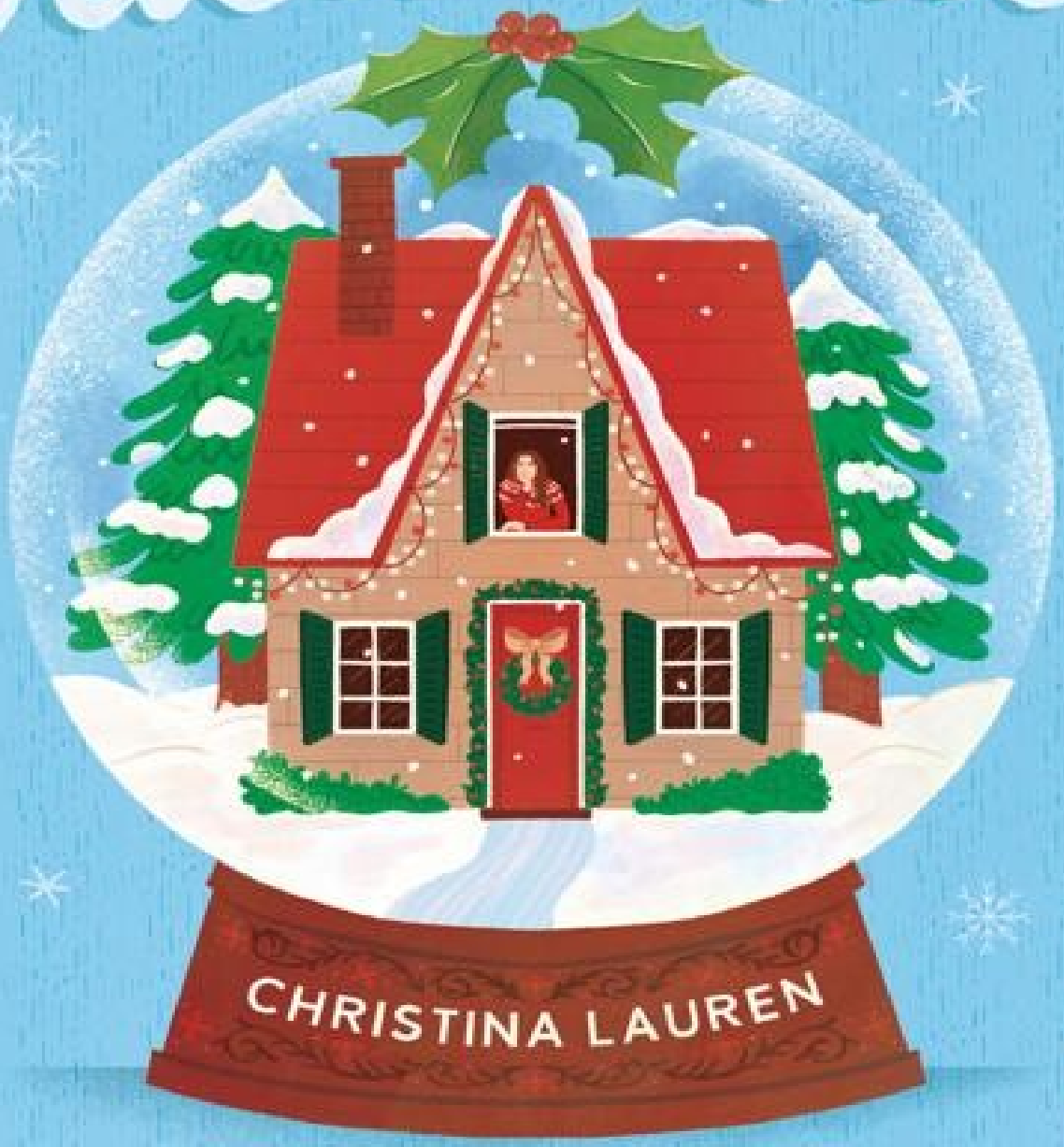
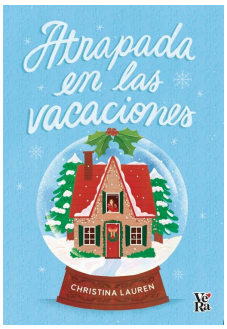
Atrapada en las vacaciones



CHRISTINA LAUREN

Vé Ra



Un deseo navideño, un héroe cariñoso y toda una vida en juego que te harán creer en el poder de los deseos y la magia de las fiestas.

Es la época más maravillosa del año... pero no para Maelyn Jones, que vive con sus padres y odia su trabajo. Sin embargo, quizá lo peor de todo sea que esta es la última Navidad que celebrará en su lugar favorito del mundo: la cabaña nevada de Utah, donde ella y su familia han pasado todas las fiestas desde que nació.

Al borde de un colapso nervioso, Mae lanza lo que cree que es una simple súplica al universo: "Por favor, muéstrame qué me hará feliz". Lo que sigue no es la escena más dichosa del año, sino los neumáticos rechinando, el metal chocando y, después, todo se vuelve negro.

Cuando despierta... está en un avión con destino a Utah, empezando las mismas vacaciones de hace unos instantes. Con un desastre temporal hilarante que la envía de vuelta al avión una y otra vez, Mae debe descubrir cómo liberarse de ese extraño bucle, para poder, finalmente, encontrar a su verdadero amor bajo el muérdago.

CHRISTINA HOBBS Y LAUREN BILLINGS

Son un dúo de autoras y mejores amigas que hace años escriben bajo el nombre de Christina Lauren. Juntas han escrito más de 17 novelas *bestseller* que se han traducido a más de 30 idiomas.
Una luna sin miel se convirtió en *bestseller* instantáneo de *The New York Times*, un éxito rotundo entre la crítica y *Goodreads*, *Publishers Weekly* y *Buzzfeed*, entre otros, lo consideran de "lectura obligatoria".

Visita su web **christinalaurenbooks.com**.

Y síguelas en
christinalauren.

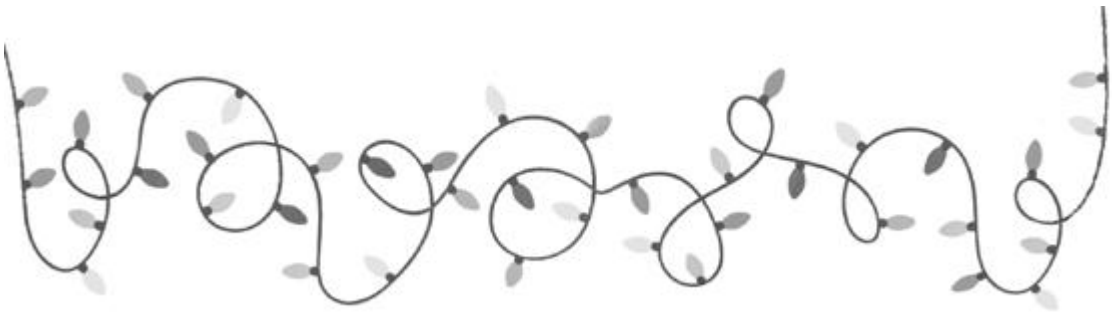
Atrapada en las vacaciones



CHRISTINA LAUREN

Traducción: Vanesa Fusco

Ve Ra



Capítulo uno

26 de diciembre

Díganme zorra. Díganme impulsiva. Díganme borracha.

Nunca nadie me ha dicho nada de eso, pero esta mañana alguien me lo tiene que decir. Lo de anoche fue un desastre.

Procurando hacer el menor ruido posible, salgo de la litera de abajo y atravieso el suelo helado de puntillas, en dirección a la escalera. El corazón me late tan fuerte que no sé si podrá oírse fuera de mi cuerpo. Lo último que quiero es despertar a Theo y tener que mirarlo a los ojos antes de que mi cerebro entre en calor y piense con coherencia.

El anteúltimo escalón siempre cruje como si estuviera sacado de una casa embrujada; ha sufrido los embates de casi tres décadas de nosotros, los "niños", subiendo a las corridas y a los pisotones para ir a comer y bajando al sótano para ir a jugar y a dormir. Me estiro

para apoyar el pie con cuidado en el escalón anterior a ese, y exhalo al notar que no ha hecho ruido. No todos han corrido la misma suerte: esa tabla floja ha delatado a Theo tantas veces al intentar entrar en silencio a altas horas de la noche (o al despuntar el día, según como se vea) que ya he perdido la cuenta.

Cuando llego a la cocina, me preocupo menos por ser sigilosa y apunto a la velocidad. Aún está oscuro; la casa está en silencio, pero pronto se levantará el tío Ricky. Esta cabaña está llena de madrugadores. Se me está acabando el tiempo para pensar en cómo solucionar este asunto se está cerrando.

Mientras un aluvión de recuerdos de anoche me inunda la mente como un humillante libro animado, subo corriendo la escalera ancha que lleva al primer piso, paso de largo el muérdago que cuelga sobre el descanso, rodeo el balaustre con los calcetines a rayas blancas y rojas, me escabullo por el pasillo y abro la puerta de una escalera más angosta que sube al ático. Al llegar arriba, abro de un empujoncito la puerta de Benny.

—Benny —susurro en medio de la oscuridad helada—. Benny, despierta. Es una emergencia.

Se oye un gemido áspero desde el otro lado, y le advierto:

—Voy a encender la luz.

—No…

—Sííí. —Extiendo la mano y acciono el interruptor para iluminar la habitación. Mientras que a nosotros, la prole, hace tiempo que nos han relegado a dormir en literas en el sótano, este ático es el dormitorio de Benny cada diciembre, y me parece el mejor lugar de toda la casa. Tiene el techo abovedado y una larga ventana con vitrales en el otro extremo que proyecta la luz del sol sobre las

paredes, en brillantes franjas azules, rojas, verdes y anaranjadas. La angosta cama de una plaza comparte el espacio con el revoltijo organizado de recuerdos familiares, cajas de decoraciones para distintas festividades y un armario lleno de la vieja ropa de invierno de la abuela y el abuelo Hollis, de cuando comprar una cabaña en la lujosa Park City no era un panorama financiero ridículo para un director de escuela secundaria de Salt Lake. Como ninguna de las demás familias tenía hijas mujeres cuando era pequeña, jugaba a disfrazarme sola aquí arriba, aunque a veces tenía a Benny de público.

Pero ahora no necesito público, necesito un oído dispuesto y un consejo frío y directo porque estoy al borde de un ataque de histeria.

—Benny. *Despierta.*

Él se apoya en un codo y, con la otra mano, se frota los ojos para quitarse el sueño. Su acento australiano sale ronco:

—¿Qué hora es?

Miro el teléfono que tengo en mi mano pegajosa.

—Las cinco y media.

Benny me mira con los ojos entrecerrados, incrédulo.

—¿Murió alguien?

—No.

—¿Desapareció alguien?

—No.

—¿Alguien sangra sin parar?

—Mentalmente, sí. —Me adentro en el cuarto, me envuelvo en una vieja manta tejida y me siento en una silla de mimbre que está frente a la cama—. Ayuda.

A pesar de sus cincuenta y cinco años, Benny tiene el mismo pelo sedoso de color castaño claro que lució toda mi vida. Lo lleva largo, un poco por debajo del mentón, con ondas como si se hubiera hecho la permanente durante años y en algún momento hubiera decidido dejárselo así. Antes imaginaba que se ocupaba de los equipos de alguna banda de rock ochentosa, o que era un aventurero que llevaba a turistas adinerados a su muerte en medio del monte. La realidad no es tan emocionante (trabaja de cerrajero en Portland), pero el repiqueteo de sus brazaletes turquesa y los collares de cuentas abren paso a la imaginación.

En este momento, ese pelo es más que nada un caos.

Tengo una profunda historia con cada una de las doce personas que habitan esta casa, pero Benny es especial. Es amigo de mis padres desde que iban a la universidad (todos los adultos de esta casa estudiaron juntos en la Universidad de Utah, con excepción de Kyle, que se incorporó al grupo después de casarse con Aaron), pero siempre ha sido más un amigo que una figura paterna. Es de Melbourne, de actitud siempre serena y mente abierta. Benny es el soltero eterno, el sabio consejero y la única persona en mi vida que sé que puede ayudarme a ver las cosas con objetividad cuando mi mente es un descontrol total.

Cuando era niña, me guardaba todos los chismes hasta que veía a Benny el fin de semana del Día de la Independencia o en las vacaciones de Navidad, y entonces le contaba todo en cuanto lo tenía para mí sola. Él sabe escuchar y dar consejos de lo más sencillos, sin juzgar ni dar sermones. Tan solo espero que su serenidad me salve esta vez.

—Bueno. —Tose para aclararse un poco la garganta y se quita unos pelos caprichosos de la cara—. A ver, dime.

—Bueno. Sí. —A pesar del pavor que me invade y el tiempo que se acaba, decido que lo mejor es introducirlo poco a poco en la conversación—. Theo, Miles, Andrew y yo estábamos jugando un juego de mesa anoche en el sótano —empiezo a contarle.

Un "ajá" grave retumba en su garganta.

—Una noche común y corriente —acota.

—Jugábamos al *Clue*. —Hago una pausa, y tiro mi pelo oscuro sobre el hombro.

—Bueno. —Benny, como siempre, me tiene una paciencia de oro.

—Miles se quedó dormido en el suelo —continúo. Mi hermano menor tiene diecisiete y, como la mayoría de los adolescentes, puede dormirse aunque esté sobre una roca puntiaguda—. Andrew se fue al hangar.

Este "ajá" es una risita, a Benny aún le parece gracioso que Andrew Hollis, el hermano mayor de Theo, al fin se haya puesto firme con su padre y haya logrado salir de las literas infantiles: ahora duerme en el hangar durante las fiestas navideñas. El hangar es una construcción vieja y fría que está a unos veinte metros de la cabaña principal. Lo gracioso es que el hangar no está ni remotamente cerca de alguna pista de aterrizaje. Se usa más que nada como una extensión del patio en verano y de ninguna manera es apto para que los invitados pasen la noche en medio de las montañas Rocosas en pleno invierno.

Y si bien no me gustó ni un poco no poder ver a Andrew Hollis en la litera de arriba al otro lado del cuarto, la verdad es que lo entendía.

Ya ninguno de los que dormimos en el sótano somos niños. Ha quedado bien claro que Theo puede…, *ejem*…, dormir donde quiera; mi hermano, Miles, idolatra a Theo y lo sigue a todos lados, y yo aguanto la cuestión porque mi mamá me mataría con sus propias manos si llegara a quejarme de la generosa hospitalidad de la familia Hollis. Pero Andrew, con casi treinta años, parece que ya no quería seguir dándoles el gusto a los padres, así que tomó un catre y una bolsa de dormir, y abandonó la cabaña en la primera noche.

—Todos habíamos bebido unas copas —digo, y luego me corrijo—: Bueno, Miles no, obviamente, pero los demás sí.

Benny alza las cejas.

—Dos. —Hago una mueca—. Ponche de huevo.

Me pregunto si Benny sabrá en qué terminará esto. Se sabe que soy muy flojita con la bebida y que Theo se pone muy cachondo. Aunque, a decir verdad, se sabe que Theo está siempre cachondo.

—Theo y yo subimos a buscar agua. —Me relamo los labios y trago saliva, sintiendo la garganta seca de golpe—. Eh…, y entonces se nos ocurrió: "¡Vamos a caminar borrachos por la nieve!", pero en lugar de eso… —contengo el aliento, ahogando mis palabras— nos besamos en el recibidor.

Benny se queda quieto, y después posa sus ojos color avellana en mí, despierto del todo.

—Hablas de Andrew, ¿no? ¿Andrew y tú?

Ahí está. Con esa pequeña pregunta, Benny le ha dado en el clavo.

—No —respondo al fin—. Andrew no. Theo.

Eso soy: una zorra.

Con el beneficio de la sobriedad y la desagradable claridad de la mañana siguiente, el ajetreo breve y frenético de anoche parece un borrón. ¿Acaso empecé yo, o fue Theo? Lo único que sé es que, para mi sorpresa, fue todo muy torpe. No fue para nada seductor: dientes que se chocaron, unos gemidos y besos febriles. Él me sujetó las tetas con un movimiento más parecido a una revisión médica que a un abrazo apasionado. Ahí fue cuando lo aparté y, con una débil disculpa, me escabullí por debajo de su brazo y bajé corriendo al sótano.

Quiero asfixiarme con la almohada de Benny. Esto es lo que me pasa por finalmente aceptar el ponche de huevo con alcohol de Ricky Hollis.

—Un momento. —Benny se inclina y levanta una mochila del suelo, cerca de la cama, y saca una pipa larga y delgada.

—¿En serio, Benedict? Ni siquiera es de día.

—Escucha, reina del caos, me estás contando que anoche te besaste con Theo Hollis. No puedes decirme nada por fumar un poco antes de oír el resto.

Bueno, muy bien. Suspiro, mientras cierro los ojos y apunto la cara al techo, enviando un deseo mudo al universo para que se borre lo que pasó anoche. Por desgracia, cuando vuelvo a abrirlos, sigo en el ático con Benny, que está fumando marihuana antes de que salga el sol, embargada por una sensación de arrepentimiento grande como una casa.

Benny exhala un humo apestoso y guarda la pipa en la mochila.

—Bueno —dice, mirándome con los ojos entrecerrados—. Theo y tú.

Me quito el flequillo de la cara con un soplido.

—No lo digas así, por favor.

Alza las cejas como diciendo: "Bueno, ¿y?".

—Sabes que tu mamá y Lisa han estado bromeando sobre eso todos estos años, ¿no?

—Sí, lo sé.

—A ver, siempre buscas complacer a la gente —dice Benny, estudiándome—, pero esto es una exageración.

—¡No lo hice para complacer a nadie! —Hago una pausa para pensarlo mejor—. Creo que no.

Es una broma que viene de largo, desde que éramos niños: nuestros padres tenían la esperanza de que Theo y yo algún día termináramos juntos. Entonces, estaríamos emparentados oficialmente. Y supongo que, en teoría, tiene sentido. Nacimos con solo dos semanas de diferencia. Nos bautizaron el mismo día. Dormimos juntos en la litera de abajo hasta que confiaron en que Theo tenía edad suficiente para no saltar de la de arriba. Él me cortó el pelo con las tijeras de la cocina cuando teníamos cuatro años. Yo le llenaba la cara y los brazos de banditas siempre que nos dejaban solos hasta que nuestros padres se espabilaron y empezaron a esconderlas. Para poder irnos de la mesa, yo me comía sus frijoles y él se comía mis zanahorias cocidas.

Pero todo eso es cosa de niños, y ya no somos niños. Theo es un buen chico y lo adoro porque prácticamente es como si fuera de la familia y un poco tengo que adorarlo, aunque nos hemos convertido en personas tan distintas que a veces parece que lo único que tenemos en común pasó hace más de una década.

Lo más importante (entiéndase: lo más penoso) es que Theo nunca me ha gustado, más que nada porque he estado loca,

silenciosa y tristemente enamorada de su hermano mayor durante casi toda mi vida. Andrew es bueno, cálido, divino y gracioso. Es juguetón, le gusta coquetear, es creativo y cariñoso. También es reservado y de principios fuertes, y casi no tengo dudas de que nada le generaría más asco por una mujer que enterarse de que se besó con el mujeriego de su hermano menor bajo los efectos de un ponche de huevo.

Benny, la única otra persona en esta casa que sabe lo que siento por Andrew, me mira con ojos expectantes.

—¿Y qué pasó?

—Terminamos en el recibidor, los tres: yo, Theo y la lengua de él. —Me meto la punta del pulgar en la boca y la muerdo—. Dime qué estás pensando.

—Intento entender cómo pasó esto… Tú no eres así, peque.

Una actitud defensiva se enciende brevemente en mi interior, pero se apaga casi de inmediato por el odio que siento por mí misma. Benny es mi Pepito Grillo y tiene razón: no soy así.

—Tal vez fue un empujón de mi subconsciente: tengo que superar esta estupidez con Andrew.

—¿Estás segura de eso? —pregunta Benny con delicadeza.

Nop.

—¿Sí…? —Tengo veintiséis. Andrew tiene veintinueve. Hasta yo tengo que reconocer que si algo fuera a pasar entre nosotros, ya tendría que haber pasado.

—Así que pensaste, ¿por qué no Theo? —sugiere Benny, leyéndome la mente.

—No fue tan calculado, eh. Digo, tampoco es que sea feo.

—Pero ¿él te gusta? —Benny se rasca el mentón sin afeitar—. Me parece que esa pregunta es importante.

—Bueno, parece que a muchas mujeres sí, ¿no?

—Eso no fue lo que pregunté —dice riendo.

—Supongo que anoche me habrá parecido que sí, ¿no?

—¿Y? —me insiste, haciendo una mueca como si no estuviera seguro de querer saberlo.

—Y… —Arrugo la nariz.

—Esa cara me dice que fue terrible.

Exhalo, abatida.

—Malísimo. —Hago una pausa—. Me lamió la cara. O sea, toda la cara. —La mueca de Benny se intensifica. Lo señalo con un dedo y le digo—: Tienes la obligación de guardar el secreto.

Benny levanta una mano.

—¿A quién le voy a contar? ¿A sus padres? ¿*A los tuyos*?

—¿Acaso lo arruiné todo?

—No son las primeras dos personas de la historia que se besan borrachos —me dice con una sonrisa—. Pero tal vez esto fue una especie de catalizador. El universo te dice que superes, de alguna forma, lo de Andrew.

Me río porque esto parece de verdad imposible. ¿Cómo se hace para dejar de pensar en un hombre con un corazón tan noble y un trasero tan firme? No es que no haya intentado superar lo de Andrew durante, a ver, los últimos trece años.

—¿Se te ocurre cómo? —pregunto.

—No sé, peque.

—¿Hago de cuenta que no pasó nada? ¿Lo hablo con Theo?

—No lo pases por alto, eso seguro —dice Benny y, por más ganas que tuviera de que él me diera permiso para hacer como el avestruz, sé que tiene razón. Evitar las confrontaciones es el peor vicio de la familia Jones. Mis padres podrán contar con los dedos de una mano la cantidad de veces que han hablado de sus sentimientos entre ellos con madurez, que es lo que probablemente diría el abogado que les tramitó el divorcio—. Ve a despertarlo antes de que empiece el día. Aclara las cosas.

Benny mira por la ventana el cielo que se va aclarando poco a poco y después vuelve la vista a mí. El pánico debe de estar invadiéndome el rostro, porque él apoya una mano tranquilizadora sobre la mía.

—Sé que sueles arreglar las cosas esquivando la confrontación, pero es nuestro último día aquí. No querrás irte y dejar las cosas así entre ustedes. Imagina volver la Navidad que viene con eso sin resolver.

—Eres el cerrajero más intuitivo que existe, lo sabes.

—Estás desviando la conversación —dice él con una carcajada.

Asiento con la cabeza, metiendo las manos entre las rodillas y fijando la vista en el suelo de madera gastada.

—Una pregunta más.

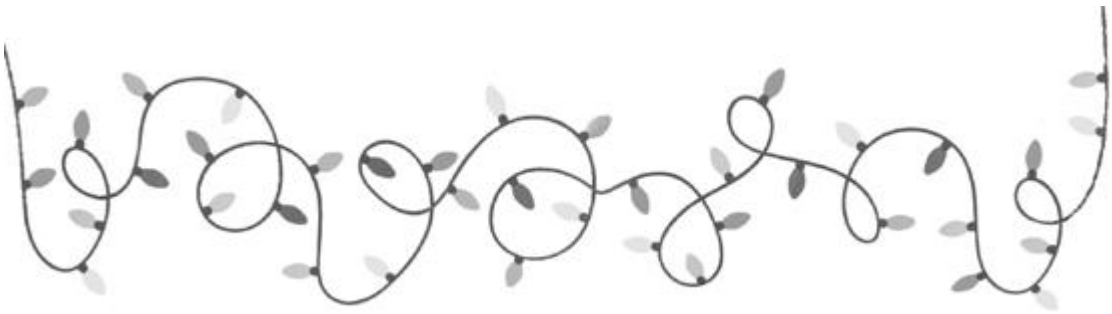
—¿Ajá? —Ese "ajá" me dice que sabe precisamente lo que se viene.

—¿Le cuento a Andrew?

Benny responde con una pregunta:

—¿Por qué necesitaría saberlo?

Lo miro, sorprendida, y percibo su solidaridad. *Uf*. Tiene razón. No hace falta que Andrew lo sepa, porque igual no le importaría.



Capítulo dos

Ruego que todos sigan dormidos cuando salgo a escondidas de la habitación de Benny y, en su mayor parte, la casa está quieta y en silencio. Mi plan: despertar a Theo, pedirle que vaya conmigo a la cocina para hablar… no, la cocina no, muy cerca del recibidor… antes de que se levante alguien más. Aclarar las cosas. Dejar establecido que fue algo azaroso, nada por lo que debamos sentirnos incómodos. ¡La culpa fue del ponche de huevo! Desde ya que nadie necesita enterarse de eso.

¿Acaso estoy siendo demasiado paranoica por un beso feo y una tocada de teta? Sin duda. Pero Theo es como si fuera de la familia, y estas cosas suelen complicarse. No quiero ser la dinamita que haga volar por los aires esta agradable dinámica de familia por elección.

En las otras cien mañanas que pasé aquí, por lo general estoy despierta en la cocina, haciendo trampa en el solitario mientras Ricky, el padre de Andrew y Theo, mastica galletas y bebe café a lo zombi, cobrando vida poco a poco. "Maelyn Jones, tú y yo somos

como dos gotas de agua", dice una vez que puede hablar. "Los dos nos despertamos con el sol". Pero en esta mañana en particular, Ricky aún no se ha levantado. En lugar de él, está Theo, inclinado sobre un tazón gigante de cereales de colores.

Aún me desorienta verlo con el pelo corto. Desde que tengo memoria, Theo tuvo pelo oscuro, ondulado, de surfista, que a veces se sujetaba en una coleta… pero ahora ya no está: se lo cortó tan solo unos días antes de que todos llegáramos a la cabaña. Ahora estoy de pie en el vano de la puerta, rodeada de guirnaldas metalizadas con hojas de acebo hechas de papel tisú que los mellizos y Andrew colgaron ayer a la mañana. Clavo la vista en el pelo corto de Theo, pensando en que parece un desconocido.

Sé que él sabe que estoy aquí, pero no me presta atención; finge estar absolutamente fascinado con la información nutricional de la caja de cereales que tiene delante. Le gotea leche del mentón y se la quita con el dorso de la mano.

Mi estómago se pone duro como piedra.

—Hola —digo, doblando un paño de cocina que estaba por ahí.

Él sigue sin alzar la vista.

—Hola —responde.

—¿Dormiste bien?

—Sí.

Me cruzo de brazos y me doy cuenta de que no tengo sostén, que estoy en pijama. Siento que se me congelan los pies descalzos contra el suelo de linóleo.

—Te levantaste temprano —digo.

Un hombro corpulento se levanta y cae, seguido por un:

—Sí.

Pestañeo y, de pronto, veo con claridad lo que está sucediendo. En este momento no estoy hablando con Theo, mi amigo de toda la vida. Este es el Theo de la mañana siguiente. Es el Theo que ven la mayoría de las mujeres. Mi error fue suponer que no soy como la *mayoría* de las mujeres.

Me dirijo a la cafetera, meto un filtro, lo lleno con café tostado oscuro y lo dejo haciéndose. El profundo efecto embriagador del café me invade la cabeza y, aunque sea por unos segundos, me distrae de mi angustia.

Echo un vistazo al calendario de Adviento que está sobre la encimera, vacío, no porque ayer fuera Navidad, sino porque a Andrew le encanta el chocolate y se los comió todos hace cinco días. Lisa, la madre de él y Theo, hizo unas galletas el primer día de las vacaciones, pero quedaron casi sin comerse porque nadie quiso arriesgarse a perder un diente después de que mi padre se rompiera uno.

Conozco todos los platos de esta cocina, todos los manteles individuales, las agarraderas y los paños de cocina. Este lugar es más preciado para mí que la casa en la que me crie, y no quiero mancharla con decisiones estúpidas empapadas de ponche de huevo.

Respiro hondo y pienso por qué venimos aquí: para pasar tiempo de calidad con nuestra familia por elección, para celebrar la unidad. A veces nos volvemos locos los unos a los otros, pero me encanta este lugar; estoy todo el año esperando el momento de venir.

Theo deja caer la cuchara sobre la mesa, y el ruido me trae de vuelta al ambiente tenso y cargado de esta cocina. Sacude la caja de

cereales sobre el tazón para servirse más. Intento volver a interactuar:

—¿Con hambre?

—Sí —responde él con un gruñido.

Le doy el beneficio de la duda. Tal vez esté avergonzado. Dios sabe que yo sí. Quizá debería disculparme, asegurarme de que nos pasa lo mismo.

—Oye, Theo. Sobre lo que pasó anoche…

Él se ríe en medio de un bocado de cereales y dice:

—Anoche no fue nada, Mae. Debería haber imaginado que le darías demasiada importancia.

Me sorprendo. ¿Demasiada importancia?

Brevemente, me imagino lanzándole el objeto más cercano a la cabeza.

—¿De qué diablos…? —empiezo a decir, pero unas pisadas interrumpen mi diatriba y salvan a Theo de terminar con los sesos estallados por un posafuentes de hierro.

Ricky entra a la cocina soltando un áspero:

—Buen día.

Toma una taza, yo tomo la cafetera, le sirvo café cuando él extiende el brazo en actitud expectante, y nos acercamos a la mesa arrastrando los pies: nuestro bailecito de siempre. Pero Ricky titubea, dudando de dónde sentarse al descubrir que Theo está sentado en su silla, así que corre otra, se sienta con un gruñido de alivio y huele el aroma del café.

Espero a que Ricky lo diga. Ya viene. "Maelyn Jones, tú y yo somos como dos gotas de agua". Pero las palabras no salen. Theo ha creado una burbuja de frío silencio en medio de un espacio que

suele ser cálido, y una chispa de horror se enciende debajo de mis costillas. Ricky es el rey de las tradiciones, y es evidente que soy la heredera a su trono. Este es el único lugar del mundo en el que nunca me he cuestionado lo que hago ni lo que soy, pero anoche con Theo nos salimos del guion y ahora todo se ha puesto raro.

Lo fulmino con la mirada desde el otro lado de la mesa, pero él no levanta la vista. Ataca los cereales como un universitario con resaca.

Theo es un idiota.

De pronto me embarga una furia brutal. ¿Cómo puede ser que no tenga los huevos para mirarme a la cara? Unos besitos borrachos no deberían ser nada para Theo Hollis. No serían más que un rayón fácil de quitar, pero parece que él lo estuviera marcando más a propósito.

Ricky se da vuelta poco a poco para mirarme, y sus ojos inquisidores penetran mi visión periférica. Quizá Theo tenga razón. Quizá le estoy dando demasiada importancia a esto. Con esfuerzo, pestañeo y me aparto de la mesa para ponerme de pie.

—Creo que iré afuera a tomar mi café y disfrutar de la última mañana aquí.

Bien. Si Theo tiene media neurona, lo que en este momento es debatible, captará la indirecta y saldrá conmigo para hablar afuera.

Pero cuando me siento en la hamaca del porche, tapada hasta las orejas con un abrigo de plumas, calcetines gruesos, botas y una manta, me siento congelada por dentro. No quiero sacudir los cimientos de este lugar especial, por eso no he sucumbido a los coqueteos de Theo ni nunca le he confesado a nadie más que a Benny que siento algo verdadero y delicado por Andrew. La amistad férrea de nuestros padres tiene muchos más años que nosotros, los hijos.

Lisa y mi madre eran compañeras de cuarto en la universidad. Mi padre, Aaron, Ricky y Benny vivían juntos en una casa destartalada que alquilaban fuera del campus. Bautizaron a la vieja casa victoriana con el nombre sumamente creativo de Casa Internacional de la Cerveza, y por las fotos que vi, parecía algo salido de una de esas películas viejas de fraternidades. Después de la graduación, Aaron se mudó a Manhattan, donde conoció a Kyle Liang, se casaron y luego adoptaron a los mellizos. Ricky y Lisa se quedaron en Utah, Benny se quedó deambulando por la Costa Oeste antes de instalarse en Portland. Mis padres echaron raíces en California, donde nací, y, tiempo después, nació Miles, el bebé sorpresa, cuando yo tenía nueve. Se divorciaron hace tres años y mi madre está felizmente casada otra vez. Mi padre… no tanto.

En muchas ocasiones, Aaron ha dicho que estas amistades le salvaron la vida cuando sus padres murieron de pronto en un accidente de tránsito mientras cursaba el tercer año de la universidad y, para ayudarlo, el grupo comenzó a celebrar las fiestas juntos. A pesar de todos los altibajos de la vida, la tradición se mantuvo: cada 20 de diciembre nos entregamos al itinerario navideño muy específico y pormenorizado de Ricky. No hemos faltado ni una sola vez desde que nací, ni siquiera el año en que se divorciaron mis padres. Ese año no fue agradable y decir que fue tenso se queda corto, pero de algún modo, pasar tiempo con nuestra familia de "no sangre" ayudó a aliviar el trastorno que se había generado en nuestra familia de sangre.

Las fiestas siempre han sido el círculo rojo celebratorio marcado en mi calendario. La cabaña es mi oasis no solo porque allí está Andrew Hollis, sino también porque es la cabaña de invierno

perfecta, la cantidad perfecta de nieve, las personas perfectas y el nivel perfecto de comodidad. Las Navidades perfectas, y no quiero cambiar absolutamente nada.

¿Acaso acabo de estropear todo por completo?

—Qué desastre soy. —Me inclino hacia delante y me abrazo las rodillas.

—No eres un desastre.

Me sobresalto, alzo la vista y me encuentro con Andrew de pie junto a mí, sonriendo con una taza de café humeante en la mano. Al ver su rostro iluminado por la clara luz de la mañana, sus pícaros ojos verdes, la sombra de una barba que se asoma y la marca de la almohada en la mejilla izquierda, mi cuerpo reacciona de manera predecible: el corazón salta de un barranco y siento unas cosquillas cálidas en el estómago. Es justo la persona a la que quiero ver en este momento y la que menos quiero que se entere de lo que me tiene mal.

Intentando recordar el aspecto de mi pelo, me subo la manta hasta el mentón, deseando haberme tomado la molestia de ponerme un sostén.

—¿Estaba hablando sola?

—Claro que sí. —Andrew sonríe y, Dios santo, es como si saliera el sol detrás de las nubes. Unos hoyuelos tan profundos que podría perder todas mis esperanzas y sueños dentro de ellos. Juro que le destellan los dientes. Como si hubiera esperado el momento justo, un rizo perfecto de color café cae sobre su frente. No puede ser.

Y, ay, Dios mío, besé a su hermano. La culpa y el arrepentimiento forman una mezcla amarga en el fondo de mi garganta.

—¿Revelé mis planes de derrocar al Gobierno e instalar a Beyoncé en el lugar que le corresponde como nuestra intrépida líder? —pregunto, desviando la conversación.

—Creo que llegué después de esa parte. —Andrew me contempla con gesto divertido—. Acabo de oírte decir que eres un desastre.

Tiene algo en la cara, un brillito travieso que no consigo interpretar. El pavor enseguida me da una patada en el plexo solar.

—¿Qué está pasando? —pregunto, señalándole la cara.

—Ah, nada. —Se sienta junto a mí, me rodea los hombros con el brazo y me da un beso en la cabeza. El beso logra distraerme lo suficiente para que el pavor se desvanezca, y hago un esfuerzo para no intentar retenerlo cuando él se aparta. Si alguna vez pudiera recibir un abrazo largo y apretado de Andrew Hollis, sería el equivalente afectivo a tragar un vaso gigante de agua en un día abrasador. Sé que nunca lo he merecido, sé que él es demasiado bueno para cualquier mortal, pero eso nunca fue razón para dejar de desearlo.

Un velo de inquietud vuelve a posarse sobre mí cuando Andrew dice mi nombre entre risas contra mi pelo.

—Qué alegre estás hoy —digo.

—Y tú *no* —señala él, inclinándose hacia delante para estudiar mi cara con ojos juguetones. Los auriculares que lleva colgados del cuello caen un poco hacia delante, y me doy cuenta de que no se molestó en apagar la música; por ellos se cuela el sonido metálico de "She Sells Sanctuary" de The Cult—. ¿Qué pasa, Maisie?

Esto es lo que hacemos cuando estamos juntos: nos convertimos en una versión anciana de nosotros mismos, Mandrew y Maisie. Hablamos con voz temblorosa y aguda, para jugar, para confiarnos

nuestros problemas, para hacernos bromas, pero estoy demasiado espantada para seguirle el juego.

—Nada. —Me encojo de hombros—. No dormí bien. —Siento como si la mentira me engrasara la lengua.

—¿Mala noche?

—Eh… —Mis órganos internos se desintegran—. ¿Algo así?

—Así que con mi hermano, ¿eh?

Dentro de mi cabeza se ha incinerado todo. Las cenizas de mi cerebro salen volando a la nieve.

—Ay, Dios mío.

Andrew se ríe, levantando los hombros.

—¡Qué chicos! ¡A escondidas por ahí!

—Andrew… no es nada… yo no…

—No, no. Está bien. A ver, a nadie le sorprende, ¿no? —Se aparta para verme la cara—. Oye, tranquila, son dos adultos.

Suelto un quejido, metiendo la cara entre los brazos. Andrew no entiende y, lo que es peor, en verdad *no* le importa.

Enseguida suaviza el tono, disculpándose.

—No me di cuenta de que estabas tan espantada. Solo estaba bromeando. A ver, para ser sincero, ya pensaba que en cualquier momento Theo y tú…

—Andrew, no. —Miro a mi alrededor, desesperada. Una trampilla sorpresa para escapar sería un gran descubrimiento. Pero lo que veo es un destello plateado: la manga del horribilísimo suéter navideño de Andrew que cuelga del borde del cesto de basura. Miso, el corgi de los Hollis, lo destrozó en Nochebuena y Lisa habrá decidido que no había chance de salvarlo. No me molestaría meterme a la basura con él en este momento—. No nos pasa nada de eso.

—Oye, está bien, Maisie. —Me doy cuenta de que le sorprende lo alarmada que estoy, y apoya una mano tranquilizadora en mi brazo, malinterpretando mi crisis—: No le contaré a nadie.

La vergüenza y la culpa se agolpan en mi garganta.

—No… no puedo creer que él te lo haya contado.

—No me lo contó —dice Andrew—. Volví a la casa anoche porque había dejado el teléfono en la cocina y los vi.

¿Andrew nos *vio*? Quiero morir aquí, por favor.

—Vamos, no hagas tanto escándalo por unos besitos. Estás hablando con un chico cuya madre se pasa el día moviendo el muérdago de un lado a otro de la casa. La mitad de las personas de este grupo se ha besado en algún momento. —Me frota los nudillos sobre la cabeza y, a pesar de parecer imposible, siento aún más vergüenza—. Papá me mandó a buscarte para desayunar. —Me da un golpecito en el hombro con el puño, como si fuéramos amigotes —. Quería molestarte un poco nomás.

Tras guiñarme un ojo, Andrew vuelve a entrar a la casa y yo me quedo sola tratando de encontrar mi cordura.



En el interior, aún se oye el tintineo de la música navideña en el aire. La sala de estar ahora alberga los restos de la Navidad: una pila de cajas rotas, bolsas de basura llenas de papel de regalo y recipientes repletos de lazos plegados para volver a usarlos el próximo año. Las maletas están acomodadas en fila junto a la puerta principal. Mientras a mí me estaba dando un ataque en el porche, la cocina se

llenó de gente, y parece que me perdí las risas cuando mi padre y Aaron quedaron juntos en el descanso de la escalera, debajo del muérdago saltarín de Lisa.

El desayuno ya empezó: mi madre hizo un revuelto con lo que quedaba de la pata de cerdo, unos huevos, papas y lo demás que había en el refrigerador. Lisa saca un pan de centeno de la despensa, y Ricky apila platos con tortitas y tocino. Todos nos movemos lento, llenos de las calorías para todo un mes que ingerimos en tan solo dos días, pero también sé que nos estamos tomando nuestro tiempo porque es la última mañana juntos. No soy la única en esta cocina que no quiere saber nada con volver a la rutinaria vida de oficina.

Dentro de unas horas, mi madre, mi padre, Miles y yo cargaremos todo al auto e iremos al aeropuerto. Tomaremos juntos un vuelo de vuelta a Oakland y nos separaremos en la terminal de llegadas. El nuevo esposo de mi madre, Víctor, habrá vuelto de su viaje anual con sus dos hijas adultas y recibirá a mi madre con flores y besos. Mi padre volverá solo a su apartamento cerca de la Universidad de California, San Francisco. Es probable que no volvamos a verlo durante semanas.

Y el lunes regresaré a un trabajo al que no me animo a renunciar. La vida que *quiero* disfrutar. Pero no la disfruto. En el momento más que justo, suena mi teléfono y se enciende la pantalla con un recordatorio: tengo que enviarle a mi jefa una hoja de cálculo de ganancias y pérdidas mañana por la mañana. Ni siquiera he abierto mi computadora desde que llegamos. Imagino que ya sé lo que estaré haciendo de camino al aeropuerto. Cada célula de mi cuerpo se entristece de solo pensarlo.

Todos nos sentamos alrededor de las bandejas humeantes de comida.

Se supone que los teléfonos no están permitidos durante las comidas, pero Miles y sus enormes ojos color café siempre se las arreglan para salirse con la suya, y nadie quiere ponerse a discutir con Theo, que ahora tiene la nariz enterrada en Instagram, dándole me gusta a una foto tras otra de modelos, autos deportivos y golden retrievers. Sigue sin mirarme. No me habla. Para él, ni siquiera estoy aquí.

Siento que Benny me mira con cara tierna y perceptiva, y le cruzo la mirada unos segundos. Espero que alcance a leer el cartel luminoso en mis ojos: ANDREW NOS VIO A THEO Y A MÍ BESÁNDONOS Y TENGO MUCHAS GANAS DE ESCURRIRME Y DESAPARECER ENTRE LOS TABLONES DEL SUELO.

Kyle canturrea por lo bajo mientras sirve café en una taza. Debe de tener un Jesús de la resaca en algún lado, sufriendo por sus pecados, porque después del festival de tragos de anoche, Kyle parece que igualmente podría subirse a un escenario de Broadway y empezar la semana bailando como si nada. Sin embargo, su esposo, Aaron, no bebió ni una gota pero está demacrado igual: ha entrado en la crisis de la mediana edad.

Al parecer, empezó cuando uno de sus amigos comentó que Aaron ya estaba casi todo canoso, pero que le "queda bien para un tipo de su edad". Kyle jura que se lo dijeron con la mejor intención del mundo, pero a Aaron no le importó eso; ahora tiene el pelo teñido de un negro tan oscuro que parece un agujero en cualquier lugar donde esté. Ha pasado la mayor parte de este viaje haciendo ejercicio como loco y mirándose al espejo con el ceño fruncido.

Aaron no está mal por una resaca; apenas puede llevarse la taza a la boca por todas las flexiones de brazos que hizo ayer.

Ahora Kyle gira y contempla la cocina.

—¿Por qué esta onda rara? —pregunta, sentándose en su lugar de siempre.

—Bueno, yo tengo una idea —dice Andrew con una gran sonrisa mirando a su hermano, y casi me atraganto con el café. Benny le golpea una oreja.

Finalmente, los ojos de Theo se encuentran con los míos y se apartan con culpa.

Así es, desgraciado, me tienes aquí delante.

Ricky se aclara la garganta y toma la mano de Lisa. Ay, Dios mío. ¿Ellos también lo saben? Si Lisa les cuenta a mis padres, mi madre va a empezar a pensar nombres para los nietos antes de que siquiera salgamos de la casa.

—Quizá sea por nosotros —dice Ricky lentamente—. Lisa y yo tenemos una noticia para darles.

El leve temblor nervioso de su voz se apodera de mi pulso frenético y lo dispara en otra dirección. ¿Habrá vuelto el melanoma de Lisa? De pronto, un encuentro poco afortunado en el recibidor parece poca cosa.

Ricky levanta la bandeja de tocino y la pone a circular por la mesa. Lisa hace lo mismo con el revuelto. Pero nadie se sirve nada. Todos pasamos los platos con expresión ausente, incapaces de comer hasta saber qué nivel de devastación nos espera.

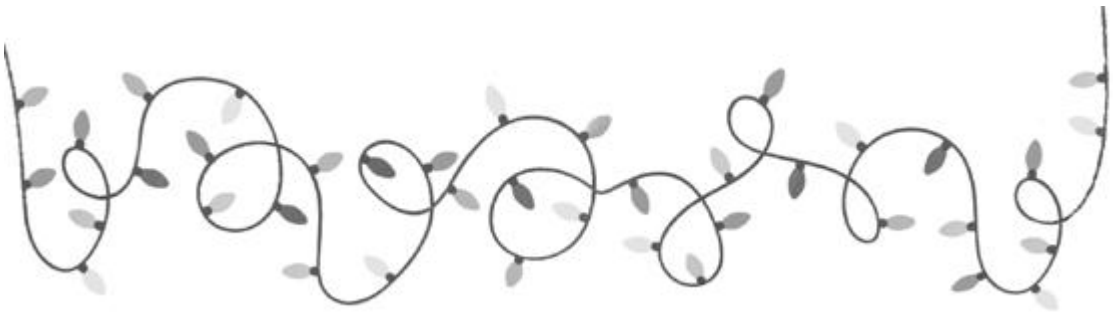
—El negocio va bien —nos asegura Ricky, mirándonos a todos a la cara—. Y no hay nadie enfermo. Así que no es eso, no se preocupen.

Todos soltamos un suspiro colectivo, pero después veo que mi padre apoya una mano por instinto sobre la de mi madre, y entonces me doy cuenta. Hay una sola cosa que valoramos tanto como la salud de cada uno.

—Pero bueno, esta cabaña está vieja —dice Ricky—. Está vieja y todos los meses hay que arreglar algo distinto.

Se me forma una maraña de calor en el pecho.

—Queríamos decirles que desde ya esperamos que podamos seguir pasando las fiestas juntos, como lo hemos hecho durante los últimos treinta años. —Ricky recibe la bandeja llena de tocino cuando vuelve a él y la apoya sobre la mesa, intacta. Todos nos quedamos en silencio, incluso los mellizos de cinco años de Aaron y Kyle: Kennedy está con las piernas apretadas contra el pecho y una bandita de los Ositos Cariñositos que aún se aferra valientemente a la rodilla lastimada, y Zachary toma a su hermana del brazo, esperando la noticia tan temida que todos sabemos que se viene—. Pero tendremos que planear algo distinto. Con Lisa hemos decidido vender la cabaña.



Capítulo tres

Que comience la música más deprimente del mundo. La verdad es que preferiría eso en lugar del silencio mórbido que reina en el auto de alquiler mientras mi madre, mi padre, Miles y yo avanzamos por la grava nevada del camino que lleva a la carretera principal.

Mi madre llora en silencio en el asiento del acompañante. Las manos de mi padre se posan inquietas sobre el volante como si él no supiera dónde ponerlas. Creo que la quiere consolar, pero parece que le vendría bien un poco de consuelo a él. Vinieron recién casados, nos trajeron a Miles y a mí de bebés. La cabaña es todo para mí, pero más para ellos.

—Mamá. —Me inclino hacia delante, apoyándole una mano en el hombro—. Va a estar todo bien. Igual vamos a ver a todos el año que viene.

Sus sollozos contenidos se convierten en un llanto desconsolado, y mi padre estruja el volante. Se divorciaron después de casi un cuarto de siglo de matrimonio; la cabaña es el único lugar en el que se

llevan bien. Es el único lugar en el que se han llevado bien, en realidad. Lisa es la amiga más íntima de mi madre; Ricky, Aaron y Benny son los únicos amigos que mi padre tiene fuera del hospital. Mi padre aceptó perder la casa, la custodia de Miles y buena parte de sus ingresos todos los meses, pero no quiso renunciar a la Navidad en la cabaña. Mi madre tampoco cedió terreno. Las hijas de Víctor estaban encantadas de poder seguir compartiendo viajes con su padre, y nosotros nos las hemos arreglado para mantener una paz bastante frágil. ¿Durará eso si tenemos que ir a otro lugar sin recuerdos felices ni áncoras de nostalgia?

Echo un vistazo a mi hermano y me pregunto cómo será ir flotando lo más campante por la vida, ajeno a todo. Tiene los auriculares puestos y sacude levemente la cabeza al ritmo de algo alegre y optimista.

—No quería quebrarme delante de Lisa —dice mi madre, entre sollozos, buscando un pañuelo descartable en el bolso—. Estaba destrozada, ¿no viste, Dan?

—Eh… bueno, sí —responde él con cautela—, pero imagino que también fue un alivio para ella haber tomado esa difícil decisión.

—No, no. Esto es terrible. —Mi madre se sopla la nariz—. Ay, mi pobre amiga.

Extiendo la mano y le doy un golpe a Miles en la oreja.

Él se aparta de mí, sobresaltado.

—¿Qué carajos?

Inclino la cabeza hacia nuestra madre, como diciendo: *Consuélala un poco, tarado.*

—Oye, mamá. No pasa nada. —Le da una sola palmadita insulsa en el hombro sin siquiera bajar la música. Apenas levanta la vista de

la pantalla del teléfono para mirarme con ojos de "¿Contenta?".

Vuelvo a mirar por la ventanilla y suelto un suspiro controlado, tratando de que nadie lo oiga.

Antes de irnos, Lisa tomó la que probablemente sea nuestra última foto juntos en el porche, aunque terminó cortándoles la cabeza a los que estaban en el fondo, y después vinieron las lágrimas y los abrazos, con promesas de que nada cambiaría. Pero ya sabemos que eso es mentira. Aunque hayamos jurado seguir pasando Navidad juntos, ¿a dónde iríamos? ¿Al apartamento de tres ambientes de Aaron y Kyle en Manhattan? ¿Al apartamento de Andrew en Denver? ¿A la casa de mi madre y Víctor, que antes era la casa de mis padres? ¡Qué incómodo! ¿O quizá nos metamos todos en el cámper de Benny en Portland?

Mi mente entra en estado de histeria.

Bueno, alquilaremos una casa en algún lugar, y llegaremos con las maletas, sonrientes, pero todo va a ser distinto. No habrá suficiente nieve, el patio nos quedará chico o ni siquiera habrá un patio. ¿Decoraremos un árbol? ¿Andaremos en trineo? ¿Conseguiremos dormir todos en una misma casa? Imaginaba que mi infancia terminaría gradualmente, no con esta corrida a toda velocidad para estrellarme contra una pared con la cruda leyenda "Fin de una era".

Mi madre inspira hondo y gira rápido hacia nosotros, lo que interrumpe mi ataque de ansiedad. Apoya una mano en la pierna de Miles y le da una palmadita cariñosa.

—Gracias, mi vida. —Después le da una palmadita a mi pierna. Tiene las uñas pintadas de fucsia; el anillo de bodas destella a la luz de la media mañana—. Perdón, Mae. Estoy bien. No hace falta que me cuides.

Sé que intenta ser más consciente de la parte que suelo absorber de su propia carga emocional, pero su vulnerabilidad se siente como una daga en el pecho.

—Lo sé, mamá, pero está bien estar triste.

—Sé que tú también estás triste.

—Yo también estoy triste —farfulla mi padre—, por si a alguien le interesa.

El silencio que sigue a esta afirmación es tan grande como un cráter de la Luna.

De los ojos de mi madre vuelven a brotar las lágrimas.

—Pasamos muchos años allí.

—Muchos —repite mi padre, desganado.

—Pensar que nunca volveremos. —Mi madre se lleva una mano al corazón y me mira por encima del hombro—. Que pase lo que tenga que pasar. —Me ofrece su mano, y siento que traiciono a mi padre si la tomo y que traiciono a mi madre si no lo hago. Así que la tomo, pero por un segundo me cruzo con los ojos de mi padre en el espejo retrovisor—. Mae, veo que allí arriba giran los engranajes, y quiero que sepas que no debes ocuparte de que todos estemos contentos el año que viene y que la transición sea tranquila.

Sé que ella cree eso, pero del dicho al hecho hay un gran trecho. He pasado toda la vida tratando de conservar la poca paz que podemos tener.

Le aprieto la mano y la suelto para que pueda girarse de nuevo.

—La vida nos trata bien —dice mi madre para tranquilizarse—. Víctor está bien, sus hijas ya crecieron y tienen sus propios hijos. Miren a nuestros amigos. —Extiende las manos—. Prósperos. Mis dos hijos… prósperos. —¿Eso me describe a mí? ¿*Próspera*? Vaya, el

amor de mi madre sí que es ciego—. Y a ti te está yendo bien, ¿no, Dan?

Mi padre se encoge de hombros, pero ella no lo mira.

A mi lado, Miles asiente al ritmo de la música.

—Quizá sea hora de probar algo nuevo —dice mi padre con cautela. Vuelvo a mirarlo a los ojos por el espejo retrovisor—. El cambio puede ser para bien.

¿Qué? Los cambios nunca son para bien. Un cambio fue cuando mi padre empezó a atender en otro consultorio y no estaba en casa durante todo el día cuando tenía cinco años. Un cambio fue cuando mi mejor amiga se mudó en octavo grado. Un cambio fue cuando me asesoraron muy mal y me corté el pelo bien corto en segundo año. Un cambio fue cuando me mudé a Los Ángeles, me di cuenta de que no me alcanzaba el dinero y tuve que volver a mi casa. Un cambio fue besar a un amigo de toda la vida estando borracha.

—Todo depende del ángulo desde el que se mire, ¿no? —dice mi padre—. Sí, es posible que las fiestas sean distintas, pero lo importante seguirá igual.

La cabaña es lo importante, pienso, y después inspiro hondo.

El ángulo desde el que se mire. Bien. Todos gozamos de buena salud. Nos tenemos los unos a los otros. Estamos en buena posición económica. Es bueno ver las cosas desde otro ángulo.

Pero el ángulo está resbaloso y se me escapa de las manos. ¡La cabaña! ¡La van a vender! ¡Besé a Theo, pero me gusta Andrew! ¡Odio mi trabajo! ¡Tengo veintiséis y tuve que volver a mi casa! ¡Miles envió solicitudes a universidades de todo el país y seguramente comprará una casa antes de que yo logre salir de mi habitación de la infancia!

Si muriera hoy, ¿qué escribirían sobre mí? ¿Que soy una conciliadora obsesiva? ¿Que armo hojas de cálculo útiles? ¿Qué también me gustaba el arte? ¿Que nunca pude saber qué quería de verdad?

Apago la voz de Judy Garland que viene de la radio, cierro los ojos y suplico en silencio: *Universo, ¿qué estoy haciendo con mi vida? Por favor, quiero…*

Ni siquiera sé cómo terminar esa oración. Quiero ser feliz, y me da pavor pensar que si sigo en este camino, voy a terminar sola y aburrida.

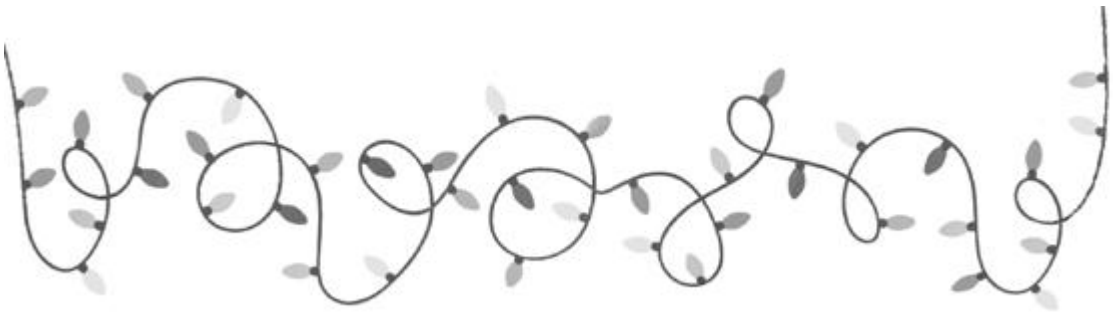
Así que simplemente le pido al universo: *¿Me puedes mostrar lo que me hará feliz?*

Apoyo la cabeza contra la ventanilla; mi aliento empaña el cristal. Cuando extiendo la mano para limpiarlo con la manga, me sobresalto al ver una corona navideña mugrienta decorada con un lazo igual de mugriento. Un claxon atronador, una maraña verde borroneada se acerca volando a nuestro auto.

—¡Papá! —grito.

Ya es tarde. Se me traba el cinturón de seguridad, y nos chocan de costado. El metal chilla y el vidrio estalla con un crujido escalofriante. Todo lo que estaba suelto en el auto sale volando, y veo que el contenido de mi bolso se escapa y flota con una lentitud surrealista mientras rodamos. En la radio se oye un clásico navideño: "Año tras año, estaremos todos juntos, si el destino lo permite…".

Todo se pone negro.



Capítulo cuatro

Disparo un brazo hacia el costado, preparándome para el impacto del choque, y recobro el sentido con un grito ahogado. Pero no veo la puerta del auto, no hay ventanilla; le pego a mi hermano en medio de la cara.

Él suelta un "uf" ronco y me sujeta el brazo.

—Oye. ¿Qué carajos, Mae?

Me enderezo de golpe y siento un cinturón a la altura de la cadera. Me tomo la cabeza, esperando encontrar sangre. Está seca. Vuelvo a inhalar hondo, entrecortadamente. Siento que el corazón se me va a salir del cuerpo martilleándome la garganta.

Un momento. Miles está a mi derecha. Estaba a mi izquierda en el auto. Extiendo las manos y le sujeto la cara, lo acerco de un tirón.

—¿Qué haces? —murmura él contra mi hombro.

En este momento, no me molesta el fuerte olor a spray Axe de su cuerpo; estoy sumamente aliviada de que no esté muerto. De que yo no esté muerta. De que ninguno…

—Esté en el auto —digo, soltándolo de repente.

Giro la cabeza a la izquierda y a la derecha, buscando con los ojos desorbitados. Me confunde una inesperada luz brillante; el ruido blanco de un motor, de un conducto de ventilación; el aire reciclado seco y recalentado; las filas y filas de cabezas que tengo delante, algunas de las cuales giraron para ver el alboroto que ocurría a sus espaldas.

Yo soy el alboroto a sus espaldas.

No estamos en el auto, estamos en un avión. Estoy en el asiento del medio, Miles está en el del lado del pasillo, y el desconocido que está del lado de la ventanilla intenta hacer de cuenta que yo no acabo de despertarme y volverme loca.

La desorientación me hace latir las sienes.

—¿Dónde estamos? —le pregunto a Miles. Nunca en mi vida he estado tan descolocada—. Hace un momento estábamos en el auto. Hubo un choque. ¿He estado inconsciente? ¿Estuve en coma?

Y si estuve en coma, ¿quién me puso aquí? Intento imaginar a mis padres transportándome por el aeropuerto en silla de ruedas, inconsciente, y poniéndome en este asiento. No lo veo. Mi padre, el médico meticuloso; mi madre, la que se angustia y sobreprotege.

Miles me mira y poco a poco se quita el auricular de una oreja.

—¿Qué?

Soltando un quejido, decido no perder más tiempo con él y me inclino hacia mi padre, que está desabrochándose el cinturón al otro lado del pasillo.

—¿Qué pasó, papá?

Él se pone de pie y luego de cuclillas junto al asiento de Miles.

—¿Qué pasó cuándo?

—¿El accidente con el auto?

Mi padre mira a mi hermano y después a mí. Tiene la barba y el pelo canosos, pero las cejas siguen oscuras, y se levantan poco a poco en medio de su frente. Parece estar bien, no tiene ni un rasguño.

—¿Qué accidente, peque?

¿Qué accidente?

Me reclino contra el respaldo y cierro los ojos, respirando hondo. *¿Qué está pasando?*

Intento de nuevo, y le quito a Miles los auriculares por completo.

—Miles. ¿No recuerdas el accidente con el auto? ¿Cuando nos fuimos de la cabaña?

Él se echa hacia atrás, mirando con ojos algo asqueados mi estado de histeria apenas contenido.

—Estamos en un avión, yendo a Salt Lake. ¿A qué te refieres con "cuando nos fuimos de la cabaña"? Aún no hemos llegado. —Se dirige a mi padre, con las manos en alto—. Juro que solo ha bebido refresco de jengibre.

¿Estamos yendo a Salt Lake?

—Había un camión —digo, tratando de hacer memoria—. Creo que la parte de atrás estaba llena de… árboles de Navidad.

—Habrá sido un sueño raro —le dice mi padre a Miles, como si yo no estuviera sentada aquí, y regresa a su asiento.



Un sueño. Asiento con la cabeza, como si eso tuviera sentido, aunque no lo tenga. No tiene sentido. No soñé unas vacaciones enteras. Pero Miles no va a ser fuente de información ni siquiera en circunstancias normales, y mi padre se ha puesto de nuevo a completar un crucigrama. Mi madre está dormida en el asiento del lado del pasillo, delante de mi padre, y alcanzo a ver que tiene la boca apenas abierta y el cuello en un ángulo incómodo.

¿En qué había estado pensando justo antes del choque? Era algo sobre la Navidad, creo. ¿O sobre mi trabajo? Estaba mirando por la ventanilla del auto.

En el que parece que ya no estamos.

¿O quizá no estuvimos nunca en él?

Meto la mano en mi bolso, que está debajo del asiento de adelante, saco el teléfono y enciendo la pantalla.

La imagen dice que hoy es 20 de diciembre. Pero esta mañana era 26 de diciembre.

—Guau. —Me reclino contra el respaldo y miro a mi alrededor. El pavor hace presión contra el filo de mi vista, poniendo el mundo negro y borroso.

Respira, Mae.

Eres una persona serena. Ya has lidiado con otras crisis. Administras las finanzas de una organización sin fines de lucro en apuros, por todos los santos. Trabajas en una crisis constante. PIENSA. ¿Qué explicaciones puede tener esto?

Uno: morí y estoy en el purgatorio. Una posibilidad se enciende en mi mente: quizá todos seamos como los personajes de *Lost*, un programa de televisión por el que, hace unos años, mi padre y Benny pasaron al menos dos horas quejándose por lo bajo como dos

borrachos. Si este avión no aterriza nunca, entonces ya sabré por qué. O si aterriza en una isla, supongo que esa también será una respuesta. O si explota en el aire…

Esto no me ayuda a calmarme. Siguiente teoría.

Dos: mi padre tiene razón, me he dormido tremenda siesta y no sé cómo, pero terminé soñando todo lo que pasó en la cabaña la semana pasada. Ventaja: no besé a Theo. Desventaja: ¿hay una desventaja…? ¿Acaso no tener que volver a trabajar el lunes y poder revivir mi semana de vacaciones preferida, sin los errores, podría ser una desventaja? ¡Y quizá los Hollis no vendan la cabaña! Pero la cuestión es que no parece ser un sueño. Los sueños se ven borroneados y alargados, y las caras siempre tienen algo raro o los detalles no se suceden de manera lineal. Tengo la sensación de que este tiempo fueron seis días de verdaderos recuerdos, metidos con toda claridad en mi mente. Además, si llegara a soñar que me besaba con alguien, ¿no sería con Andrew? Supongo que ni siquiera la Mae de los sueños tiene esa fortuna.

Miles me mira cuando suelto una risotada y frunce el ceño.

—¿Qué te pasa?

—No tengo idea de cómo responder eso.

Él vuelve la vista al teléfono, sin darle más importancia al asunto.

—Solo para confirmar —digo—, estamos yendo a Salt Lake, ¿no?

Mi hermano me esboza una sonrisa escéptica.

—Qué rara estás.

—Lo digo en serio. ¿Estamos yendo a Salt Lake City?

—Sí —responde él, frunciendo el ceño.

—¿Y después vamos a Park City?

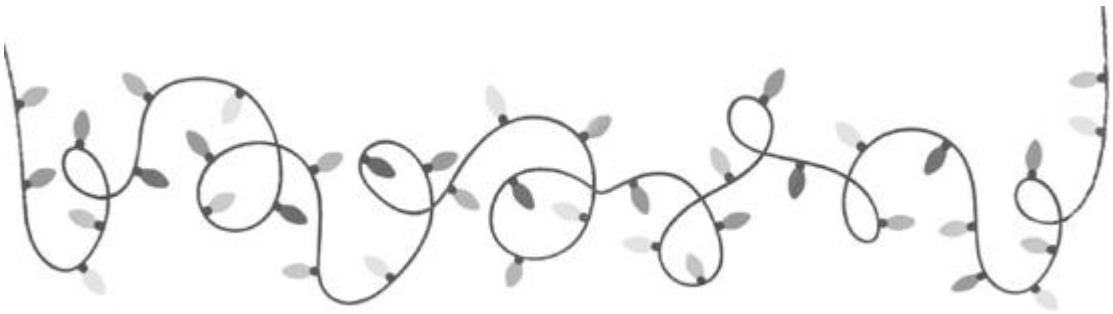
—Sí.

—¿A pasar la Navidad?

Él asiente despacio con la cabeza, como si interactuara con una criatura desvalida.

—Sí, a pasar la Navidad. ¿Ese vaso tenía algo más aparte del refresco de jengibre?

—Guau —vuelvo a decir, y me río—. ¿Quizá?



Capítulo cinco

Me quedo atrás mientras sigo a mi familia por la pasarela de descenso del avión hacia la zona de retiro de equipaje. La gente me mira impaciente más de una vez, pero parece que todo me llama la atención. Un bebé que llora en la puerta de embarque de al lado. Un empresario de mediana edad que habla muy fuerte por teléfono. Una pareja que se pelea mientras hace la fila para pedir un café. Un niño que trata de sacarse un gran abrigo azul.

No puedo quitarme de encima la sensación de *déjà vu*, de que ya he estado aquí. No solo aquí en el aeropuerto, sino *aquí*… en este preciso momento. Al pie de la escalera mecánica que va a la zona de equipaje, a un hombre se le cae un refresco delante de mí, y me detengo justo a tiempo, como si ya supiera que iba a suceder. Por al lado pasa una familia con un cartel que dice BIENVENIDOS A CASA, y giro en varios lugares para mirarlos.

—Juro que ya he visto eso —le digo a Miles—. A la familia de allá, con el cartel.

Miles dirige su atención a la escena por un segundo y vuelve a mirar al frente con total desinterés.

—Estamos en Utah. Todas las familias que viven aquí tienen un cartel que dice "Bienvenidos a casa". Son misioneros, ¿recuerdas?

—Claro —respondo, mientras él se aleja—. Claro.

Como tardé tanto en caminar desde el avión hasta la zona de equipaje, nuestras maletas son las únicas que quedan, dando la vuelta por la cinta una y otra vez. Mi padre las recoge y las apila en un carro mientras mi madre me toma la cara con las manos.

Tiene el pelo oscuro ondulado y peinado hacia un costado. Los ojos están llenos de preocupación.

—¿Qué te pasa, cariño?

—No sé.

—¿Tienes hambre? —Me mira a los ojos en busca de una respuesta—. ¿Necesitas un analgésico?

No sé qué decirle. No tengo hambre. No tengo nada. En parte siento que voy flotando por la terminal, mirando cosas que juro que ya son recuerdos en mi mente.



Se me para el corazón cuando veo que ya están todos en el porche de la cabaña, saludándonos desde la entrada. Estoy segura de que vi la misma imagen hace tan solo seis días, el 20 de diciembre. Recuerdo que fuimos los últimos en llegar. Había sido difícil coordinar los horarios de los vuelos, así que Kyle, Aaron y los

mellizos llegaron el viernes a la noche. Recuerdo que Theo y Andrew también habían llegado en auto antes de lo normal.

Las llantas de nuestro auto frenan con todo detrás de la enorme camioneta naranja de Theo, y salimos del mismo Toyota RAV4 que muy probablemente haya sido considerado completamente destruido en el "accidente que no pasó". Enseguida nos envuelven abrazos por todos lados. Kyle y Aaron me apretujan entre los dos. Los mellizos, Kennedy y Zachary, se enroscan con cuidado en mis piernas. Lisa encuentra un poquito de espacio y se mete. A la distancia, Benny espera pacientemente por su abrazo, y yo le envío un pedido de ayuda no verbal.

Parece que mi cerebro no puede procesar lo que está pasando. ¿Habré perdido un año? En serio, ¿cuáles son las probabilidades de que en realidad esté muerta? Mi versión del cielo sería estar en la cabaña, así que ¿cómo me enteraría? Si estuviera en coma, ¿sentiría el aire gélido del invierno en la cara?

Echo un vistazo a los árboles en medio del abrazo de Lisa, buscando camarógrafos escondidos. "¡Sorpresa!", gritarán a coro. Todos se reirán por la elaborada broma que me jugaron. "Te engañamos por completo, ¿no, Mae?".

Toda esta gresca mental significa que apenas he pensado en cómo será ver a Theo antes de que me levante en el aire con un abrazo gigante. Lo vivo como si lo observara a unos pasos de distancia.

—¡Sonrían! —Una luz brillante me enceguece por unos segundos cuando Lisa toma una fotografía—. Ay, no —murmura, mirando con el ceño fruncido la imagen en la pantallita. Seguro que solo la mitad de mi cara terminó en la foto, pero parece que está bien igual porque vuelve a guardar el teléfono en el bolsillo.

Cuando Theo me baja, su sonrisa se va tensando de a poco. ¿Acaso pasaron los besos en el recibidor? ¿Y cómo está mi cara en este momento? Quiero tocármela solo para saber.

—¿Qué te pasa, rarita? —dice él, riendo—. Parece que no supieras quién soy.

Finalmente, consigo emitir una risita.

—Ja. Hola, Theo.

—Debe de estar en *shock* por tu pelo. —Mi atención se dirige por encima del hombro de Theo adonde está Andrew, esperando pacientemente por su abrazo. Ah, sí. Sin duda esta es mi versión del cielo.

Pero entonces caigo en la cuenta de lo que dijo Andrew, y me percato de que todos los demás están observando el corte de pelo de Theo por primera vez. Yo lo vi hace casi una semana.

—Sí, *guau* —tartamudeo—, mírate. ¿Cuándo te lo cortaste?

Distraída, abrazo a Andrew bien fuerte. La cabeza me da tantas vueltas que al principio no registro la dicha de tener su cuerpo apretado contra el mío. Andrew es puros brazos y piernas largos y músculos duros y nervudos. El torso es plano y firme, pero se amolda a mí cuando me devuelve el abrazo, dejándome oler un dejo de eucalipto y jabón para la ropa.

—Oye. —Se ríe por lo bajo contra mi pelo—. ¿Estás bien?

Niego con la cabeza, abrazándolo más tiempo del estrictamente necesario para un saludo, pero él no parece resistirse, y yo no consigo ubicar el comando correcto para que el cerebro les indique a mis músculos que lo suelten.

Necesito la calidez de su sostén físico.

Poco a poco, el pecho se me relaja, el pulso se estabiliza y lo suelto, estrechando los ojos con sorpresa al ver que él se aleja con las mejillas sonrojadas.

—La semana pasada. —Theo se pasa la palma de la mano por la cabeza, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿La semana pasada qué? —Con esfuerzo, aparto los ojos del rubor de Andrew.

—Mi pelo —dice Theo, riéndose de mí—. Me lo corté la semana pasada. ¿Te gusta?

Y no hay ni una pizca de incomodidad en su voz. Ni una pizca en la cara que demuestre que, bueno, nos metimos la lengua hasta la garganta.

—Sí, sí, está genial. —No estoy siendo para nada convincente—. *Genialísimo.*

Theo frunce el ceño. Él funciona a base de elogios.

Alzo la vista hacia Benny, que está con Zachary dibujando algo en la nieve con una rama. Me tiembla la voz al decir:

—Hola, Benny querido.

Él sonríe, se acerca al trote y me levanta en sus brazos.

—Aquí está mi corazoncito.

Sí. Benny. Esta es la persona que necesito. Me aferro a él como si fuera una enredadera de raíces profundas y yo estuviera colgando de un barranco, y le susurro con urgencia al oído:

—Necesito hablar contigo.

—¿Ahora?

Su pelo me roza la mejilla, y es suave, con aroma al champú *hippie* de hierbas que ha usado toda la vida.

—Sí, *ahora.*

Benny me baja, y el desconcierto que gira y gira en el filo de mi vista me está mareando. No me doy cuenta de que me estoy yendo para un costado hasta que él me ataja.

—Ey, ey. ¿Estás bien?

Mi madre se acerca corriendo y me pone una mano en la frente.

—No tienes fiebre. —Me toca con delicadeza debajo de la mandíbula, en busca de glándulas inflamadas—. ¿Has bebido agua hoy?

Lisa se acerca, y ambas se miran con preocupación.

—Ha perdido todo el color.

Mi hermano levanta la vista del teléfono.

—En el avión también estaba rara.

—Tuvo una *pesadilla* en el avión —lo corrige mi padre, reprendiéndolo—. Llevémosla adentro.

Se acerca y me rodea la cintura con un brazo.

—¿Pueden dejar de hablar de mí como si no estuviera aquí parada?

Mientras subimos por la amplia escalera de la entrada, miro a Andrew por encima del hombro. Nuestros ojos se cruzan y él me sonríe, juguetón y preocupado a la vez. Lleva puesto ese horrible suéter plateado brillante que tanto le gusta, el que se pone todos los años el primer día de las fiestas.

El que Miso destrozó hace tan solo unos días.

Justo cuando pienso eso, Miso sale corriendo. En medio de un repentino *déjà vu*, grito:

—¡Cuidado, Kennedy!

Pero ya es tarde: el perro pasa como un bólido entre sus pies, tira a Kennedy del umbral y ella cae contra la entrada. La niña rompe en

llanto.

Me quedo mirando como atontada, mientras Aaron y Kyle le revisan el mentón, el codo. Esto ya ha pasado. Me zumban los oídos. Esta misma mañana vi a Kennedy en la mesa de la cocina con una bandita gastada de los Ositos Cariñositos que le cubría el corte de la rodilla.

—La rodilla. —Me está por dar un ataque—. Se raspó la…

Kyle le arremanga el pantalón y me mira por encima del hombro, asombrado. La sangre aún no había traspasado la tela, pero unas gotas rojo intenso brotan del corte.

—¿Cómo lo supiste?

La risa que escapa de mí es casi histérica.

—¡No tengo idea!

Entramos a la casa. Kyle lleva a Kennedy al baño para limpiarle la herida, y a mí me llevan a la mesa de la cocina para sentarme.

—Tráele un poco de agua —le susurra Lisa a Andrew, que me trae un vaso y lo apoya como si la mesa fuera a romperse. Lo miro y noto que le puso unos hielos de más, como lo hubiera hecho yo.

Levanto el vaso, con la mano temblorosa, el hielo que tintinea, y bebo un sorbo.

—Bueno, ya dejen de mirarme.

Nadie se mueve. Mi madre se acerca y empieza a masajearme la mano libre.

—En serio, me están asustando.

Cuando todos intentan buscar algo más para hacer en la pequeña cocina, me cruzo con los ojos de Benny y abro bien grandes los míos: *Tenemos que hablar.*

Como un misil que detecta el calor, mi atención se dirige a Andrew en el momento en que cruza la cocina y roba un chocolate del calendario de Adviento. Me mira mientras se lo mete en la boca y se encoge de hombros en un falso gesto de culpa. Cerca de él, mi padre se apoya contra la encimera, mirándome con ojos de padre preocupado hasta que se posan en un plato lleno de unas hermosas galletas que tiene al lado.

Se me para el corazón. Va a tomar una, la va a morder y…

Un crujido escalofriante resuena por toda la cocina.

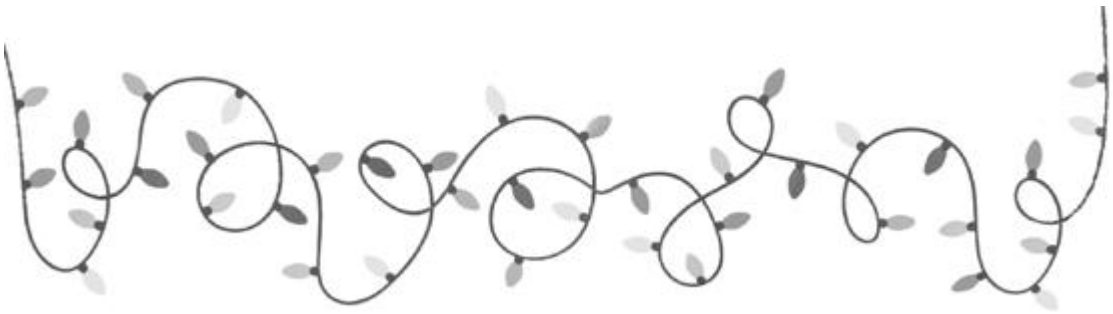
—Ay, Dios mío —dice, metiéndose un dedo en la boca—. Me rompí una muela.

AY, DIOS MÍO.

Lisa se pone pálida.

—¡Dan! No. Ay, no. ¿Fue la…?

Todos se apresuran a decirle que "Claro que no fue la galleta lo que le rompió el diente" y "Ah, están un poco duras, pero son deliciosas". Andrew toma otro chocolate. Y yo aprovecho el alboroto para escabullirme de la cocina y salir a tomar todo el aire que pueda.



Capítulo seis

Afuera, puedo respirar.

Inhalo, exhalo.

Inhalo profundo, exhalo despacio.

No fue un sueño.

Viajé en el tiempo, retrocedí seis días.

He visto cosas así en libros y películas: alguien tiene un accidente que le da superpoderes. Puede volar, tiene superfuerza o supervisión.

Ay, ojalá hubiera prestado atención a los números que salieron en la lotería la semana pasada.

Me río en voz alta de solo pensarlo, y mi aliento se convierte en bruma con el frío. *Mae, te estás volviendo loca.*

Contemplar los árboles y la nieve destellante es el amortiguador ideal que ofrece la naturaleza para semejante *shock*. En verdad es precioso este lugar, en las afueras de Park City en Navidad. Debería

sacar mi cuaderno y dibujarlo; quizá eso me calmaría los nervios crispados.

La casa de los vecinos está más escondida por las hojas que cuando era niña, y eso le da a la cabaña de los Hollis una hermosa sensación de estar aislada en el invierno. Una cerca de troncos corre a ambos lados del límite de la propiedad, y el pinar, que antes tenía la altura de mi padre, ahora se alza imponente por encima de la entrada. Una vez, Theo me desafió a orinar allí, y después se enojó tanto al ver que lo había logrado… parada, por cierto… que me robó los pantalones y se fue corriendo a la casa. Ese mismo invierno, con Andrew construimos un iglú en el patio lateral y juramos que dormiríamos dentro, pero solo aguantamos diez minutos y nos rendimos.

La vista ayuda a que se me desacelere el pulso y se aclare la confusión de mi mente hasta que respiro hondo una vez más, cuento hasta diez, y luego exhalo una larga y tibia nube de humo.

—¿Qué *mierda* está pasando? —susurro para mis adentros, y después estallo en risas otra vez.

—Estaba por decir lo mismo.

Me sobresalto de tal manera que cuando giro, termino golpeando con el brazo izquierdo la taza de *hot toddy* que Andrew lleva en la mano y la arrojo afuera del porche. Los dos nos quedamos viéndola dibujar un arco y aterrizar en un banco de nieve; la bebida caliente con licor, agua y miel derrite los copos esponjosos en medio de una nube de vapor, y la taza de unicornio blanca que le hice a Andrew a los quince años, la que siempre usa en la cabaña, se hunde hasta quedar fuera de la vista. Él no sabe que en la base pinté con blanco

las palabras "Mae + Andrew" antes de cubrirla con pintura rosa chicle.

—Epa. Bueno. —Se da la vuelta, apoyándose contra la reja del porche para mirarme—. Vine para preguntarte por qué estabas tan rara, pero veo que necesito hablar en tiempo presente.

Tengo tantas preguntas sobre qué demonios está pasando que mis pensamientos se han vuelto ruido blanco.

—Me miras como si no supieras dónde estás. —Andrew da un paso hacia delante—. Iba a molestarte un poco, pero me preocupa en serio que hayas sufrido alguna lesión en la cabeza y no nos hayas contado.

—Tengo la mente un poco confusa hoy, nada más.

Él sonríe, y entonces afloran esos encantadores hoyuelos que tan bien le quedan. Con las yemas de los dedos apoyadas en su pecho, me dice:

—Me llamo Andrew Polley Hollis, que es la peor combinación de segundo nombre y apellido que se puede tener en séptimo grado. Tú me dices "Mandrew". Me gano la vida toqueteando equipos de sonido en el anfiteatro Red Rocks. Mi hermano menor es un imbécil, digamos. Soy el único hombre del mundo al que no le gusta el whisky ni la cerveza. Tú y yo jugábamos a los vampiros cuando éramos niños y no sabíamos que las marcas que nos estábamos haciendo en el cuello eran chupones. —Se señala el cuerpo—. Un metro ochenta y ocho. Unos ochenta kilos. Aries. Estos —se señala los rizos— se hacen solos, un caos eterno.

—¿El pelo tiene vida propia? —sonrío. *¿Estamos coqueteando? Da la sensación de que estamos coqueteando.*

Cállate, mente.

—Adentro está tu padre, Daniel Jones, obstetra, dueño de un diente recién quebrado. Se lo conoce por ponerse muy nervioso respecto de sus manos y cuenta muchas historias sumamente perturbadoras sobre partos. Tu madre, la que te pone la mano en la frente a cada rato, se llama Elise y, por cierto, te pareces mucho a ella. Se preocupa todo el tiempo, pero en realidad es muy graciosa, y algún día sus cuadros van a venderse por más dinero del que vale este lugar, acuérdate de lo que te digo.

Asiento con la cabeza, también impresionada por cómo está despegando la carrera de mi madre. Andrew espera a que diga algo, pero le hago un gesto para que continúe porque su voz es hipnotizante. Tiene una profundidad melosa con apenas un dejo de aspereza. A decir verdad, me quedaría escuchándolo leerme el diccionario.

—Mis padres, Ricky y Lisa también están adentro. —Me mira con una sonrisa picarona—. Mi padre es el que va a llevar al tuyo al dentista. Lo único que tienes que recordar es que nadie debe comer ninguna galleta o pastel que haga mi madre. Mi mamá, de sangre y temperamento escandinavos, es una escritora increíble. Pero a diferencia de Elise, que es una diosa de la cocina, Lisa no es muy… habilidosa en ese aspecto.

—Ni sacando fotos —agrego con una sonrisita.

Andrew se ríe al oír eso.

—Kyle y Aaron Amir-Liang son los dos caballeros impecables con los talentosísimos niños de cinco años. No sé bien qué le pasa al pelo de Aaron este año: parece que desapareció y fue reemplazado por un espacio negro permanente sobre la cabeza. —Hace una pausa, bajando la voz—. ¿Y estaba usando *leggins*?

Se me escapa una risotada.

—Creo que sí. Supongo que podemos alegrarnos de que haya abandonado la fase de los pantalones de chándal de diseñador. Eso fue… mucha información sobre el tío Aaron que la Mae adolescente no necesitaba.

Andrew hace una mueca.

—Pero es una buena señal que lo recuerdes. Bueno, no hace falta que te diga que Kyle es un artista de Broadway galardonado que también fue bailarín de Janet Jackson porque seguramente él hoy lo mencionará en algún momento.

Vuelvo a reírme, mordiéndome el labio. Estoy segura de que parezco loca de entusiasmo, como si acabara de ganar un millón de dólares en un concurso de televisión. Mi memoria nunca recuerda a Andrew del todo bien. Mi cerebro no sabe qué hacer con el verde de sus ojos, no puede creer que unos pómulos puedan ser tan esculpidos ni que unos hoyuelos puedan ser tan profundos y pícaros. Andrew, en carne y hueso, siempre me hace entrar en estado de *shock*.

—El año pasado, Zachary tuvo un primer encuentro con la muerte cuando su pececito estiró la pata. Iba por toda la casa como una Parca pequeñita diciéndonos que un día nos íbamos a morir. Kennedy conoce las capitales de todos los estados y de los países del mundo —dice en tono confidencial—. Dice algunas de las cosas más inteligentes que han salido de este grupo, y no dejamos que nadie moleste a esa chiquita. Va a ser la primera presidente con un trastorno del espectro autista, acuérdate de lo que te digo. Pero esperemos que no sea la primera mujer presidente.

—Creo que tienes razón.

—A ver… tu hermano, Miles, eh… —Hace una mueca pícara—. Es inteligente, pero no sé si habrá despegado los ojos del teléfono en los últimos dos años. Si quieres hablar de algo con él, quizá te convenga atarte su teléfono a la frente. —Andrew se inclina y me mira a los ojos; el corazón me da un salto y sale volando por el porche—. ¿Te suena algo de todo esto?

Extiendo la mano para darle una bofetada.

—Basta. Estoy bien. Seguro me está afectando la altura.

La cara de Andrew indica que no había considerado esa posibilidad y, a decir verdad, yo tampoco, hasta que las palabras salieron de mi boca, así que felicito al puñado de neuronas que me quedan por estar haciendo su trabajo ahí dentro. Resuenan unas pisadas a nuestras espaldas, y la cabeza despeinada de Benny se asoma al porche. Sale para sumarse a la conversación, temblando por estar vestido con solo una remera de ciclista.

—Hola, peque —me dice, alzando las cejas, expectante—. Perdón que interrumpa. ¿Puedo hablar contigo un segundo?



Supongo que no puedo enojarme con Benny por sacarme de ahí después de haberlo mirado al menos diez veces suplicándole ayuda desde que llegamos. Entramos a la casa, y me derrito de placer por el calor del interior en comparación con el frío fenomenal del atardecer de invierno. Mientras se cuelan las voces de todos al final del pasillo y la proximidad de Andrew se va desvaneciendo, caigo en la realidad: no sé cómo, pero creo que ya he estado aquí.

Mi mente grita: *¡Esto no es normal!*

Con la intención de alejarnos lo más posible de todos los demás, me dirijo a la escalera que lleva al primer piso de la casa. Giro hacia Benny y me llevo el dedo índice a los labios para pedirle que haga silencio mientras subimos de puntillas. Rodeamos el balaustre, avanzamos por el pasillo arrastrando los pies y subimos por la escalera empinada y angosta que lleva a su cuarto en el ático. Cuando era pequeña, me daba miedo subir sola. La escalera crujía y el descanso estaba oscuro. Pero Benny me explicó que si la escalera que llevaba al ático era igual de bonita que el resto de la casa, todos encontrarían los tesoros escondidos allí.

Con el corazón latiendo como truenos en mi garganta, lo meto en el cuarto de un tirón y cierro la puerta.

Sus brazaletes de color turquesa repiquetean cuando él se detiene, tambaleante, con las cejas levantadas.

—¿Estás bien? —pregunta, con una preocupación genuina que le hizo decir todo como si fuera una sola palabra.

Por segunda vez en el día de hoy (¿cuánto puede durar el día de hoy?), me pregunto cómo se verá mi cara.

—No, me parece que no. —Me quedo escuchando unos segundos, para asegurarme de que nadie nos haya seguido hasta aquí arriba. Cuando me quedo tranquila de que estamos solos, susurro—: Escucha. Está pasando algo de locos.

Él me guiña un ojo cómplice y dice:

—Claro que sí. Andrew y tú parecían estar coqueteando bastante. ¿De eso querías hablar? ¿Ha pasado algo?

—¿Qué? No. Ojalá. —Señalo la silla del rincón, junto a las ventanas, y agito la mano hasta que él capta la indirecta y se sienta.

Benny se inclina hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, y fija la atención en mi cara. La tranquilidad con la que se concentra es como un bálsamo que me entumece los nervios crispados.

—Bueno —empiezo a decir, acercando otra silla plegable para sentarme delante de él, rodilla con rodilla—. ¿Alguna vez te he dado la impresión de estar… cómo lo digo? ¿Con problemas mentales?

—¿Antes de hoy? —bromea él—. No.

—¿Desequilibrada emocionalmente?

—En algunas ocasiones entre los trece y quince años, pero ¿desde entonces? No.

—Bueno, entonces, por favor, créeme que cuando te cuente lo que te estoy por contar, lo digo con toda seriedad.

Él respira hondo, preparándose.

—Bueno. Suéltalo.

—Creo que es posible que esté en el pasado, repitiendo las mismas fiestas, y soy la única que lo sabe.

Suena aún más loco al decirlo en voz alta. Benny junta las cejas tupidas y se aparta el pelo crecido de los ojos.

—¿Te refieres a la pesadilla que mencionó tu papá?

—No, lo digo en serio. —Recorro el cuarto con la vista, deseando que hubiera algo que me ayude. ¿El viejo tablero de ouija de Lisa? Da demasiado miedo. ¿La bola 8 mágica de Theo? Da muy "desesperada"—. Cosas que pasaron hace seis días están pasando de nuevo.

Benny se mete la mano en un bolsillo, saca una menta y se la mete en la boca.

—Empieza desde el principio.

Me paso una mano por la cara y empiezo:

—Bueno. A ver. Esta mañana, para *mí* era 26 de diciembre. Papá, mamá, Miles y yo estábamos yendo en auto al aeropuerto… después de irnos de aquí. Un camión pasó un semáforo en rojo… —Hago una pausa, reconstruyendo los fragmentos—. Un camión cargado de árboles de Navidad, creo. Todos estábamos distraídos, y nos chocó. Me desperté en el avión. —Levanto la vista para verificar que él siguiera el relato—. En el avión *de vuelta aquí*, hoy. 20 de diciembre.

Él emite un "Uooo" silencioso. Y después:

—No entiendo.

Me acerco más, tratando de ordenar bien mis palabras.

—Quizá no estoy hablando contigo en realidad. Quizá estoy en coma en un hospital, o en verdad estoy soñando esto. Solo sé que ya viví esta Navidad, metí la pata, un camión con árboles de Navidad me hizo puré y ahora volví, y las fiestas volvieron a empezar.

—¿Estás segura de esto?

—Ni un poquito.

—Genial —dice él, asintiendo despacio con la cabeza—. Bueno. Continúa.

—Antes de irnos, Ricky y Lisa nos contaron que iban a vender la cabaña.

Benny abre bien grandes los ojos almendrados.

—¿*Qué*?

—Sí, ¿no? —asiento enérgicamente—. Así que, claro, todos estábamos muy angustiados cuando nos fuimos. Además del pánico que tenía por haberme besado con Theo y que nos hubiera descubierto Andrew…

Benny me interrumpe.

—Eh, retrocede.

—Te habías enterado, no te preocupes. —Intento obviar el detalle como quien no quiere la cosa—. Lo que…

Benny levanta una mano y dice:

—Te puedo asegurar que no sabía que te habías besado con Theo porque esta conversación hubiera empezado con eso.

—Bueno, te lo conté esta mañana, pero al igual que todo lo demás… que todos los demás… te olvidaste. —Respiro hondo para calmarme—. Y conste que la última vez me ayudaste mucho más.

Él lo considera unos segundos y pregunta:

—¿También estaba drogado?

—De hecho, sí.

Benny levanta las palmas de las manos como si dijera: "Ahí lo tienes".

—Empieza con eso y después cuéntame todo.

Suelto un quejido de vergüenza renovada y comienzo:

—Anoche había ponche de huevo.

Benny emite un pequeño "ah" de que ya entendió. A él le encanta la marihuana, pero, al igual que a mí, un vaso del ponche de huevo de Ricky lo deja patas para arriba. Esa cosa debería venir con octanaje.

—Duró poco y fue incómodo —le cuento—. Me dijiste que fuera a hablar con él a la mañana siguiente, pero él me ignoró por completo. *Después* me enteré de que Andrew nos vio besándonos. *Después* nos enteramos de que los Hollis van a vender la cabaña, y nos fuimos. Bum: accidente con el auto. Bum: de vuelta en el avión. Bum: aquí estamos.

Benny suelta un silbido.

—Voy a tener que hablar con Theo.

—¿En serio, Benny? ¿En eso piensas después de todo lo que te conté? ¡El primer punto a favor de volver a vivir estas fiestas es *no* tener que procesar nada de esto con Theo!

Benny se queda pensando en lo que dije.

—Creo que te voy entendiendo, amiga. ¿Estás segura de que no te está afectando la altura?

Chasqueo los dedos al tener un recuerdo.

—¿El diente de papá? Sabía que iba a pasar.

—Si sabías, ¿por qué no le avisaste?

—¡Porque no entendía nada de lo que estaba pasando! —chillo, y después hago una mueca, esperando que nadie en la planta baja me haya oído. Bajo la voz y continúo—: ¿Y qué habría dicho él? "No puede ser. Esta galleta parece deliciosa". Ya había visto el corte de pelo de Theo, y por eso reaccioné como un robot. ¿Y recuerdas que supe que a Kennedy le sangraba la rodilla? —Señalo la puerta, como si Benny pudiera ver la cocina desde aquí.

—Por casualidad, no habrás metido la mano en mi bolsita azul, ¿no? —me pregunta.

—¡No, claro que no!

—Bueno, bien. Porque tengo un amigo que cultiva hongos en su armario y me dio…

—Benny, ¡no estoy drogada, no estoy borracha y no consumí hongos! Hablo en serio. ¡Me estoy volviendo loca con esto!

—Sí, lo sé, Mae. Bueno, estoy pensando.

Abajo, oigo los sonidos apagados de los demás, que van a la sala de estar a beber unos cócteles de bienvenida. Cierro los ojos con fuerza, tratando de recordar todos los detallitos que nunca pensé

que importarían, pero de los que ahora depende que Benny me crea o no. La voz sonora e histriónica de Kyle llega hasta arriba, seguida de la risa profunda y estruendosa de Ricky.

—Ah. Ah. —Me sobresalto, señalando la puerta—. Kyle acaba de mostrarle a Ricky su tatuaje nuevo.

Benny se estira, escuchando.

—¿Oíste eso desde aquí arriba? Guau.

—No —digo—. Lo recordé.

Me doy cuenta de que no lo cree del todo.

Alcanzamos a oír la risa eufórica de Zachary, y no puedo evitarlo: a pesar de todo el caos que tengo en la cabeza, sonrío.

—Bueno. Miso le está chupando los dedos de los pies a Zacky. Escucha cómo se ríe.

—Algo fácil de adivinar —dice Benny con cautela—. Ese perro adora a los mellizos.

—Vamos —suspiro—. Créeme.

—Quiero, pero ya sabes cómo suena esto.

El problema es que sí sé.

—Digamos que tienes razón —susurra Benny—, y lo que me dices está pasando en serio. Es medio como *Volver al futuro*, pero en el pasado. Espera. —Niega con la cabeza—. En esa fue al pasado, ¿no?

Asiento, y después sigo asintiendo porque el agotamiento me invade de tal manera que en verdad podría desmayarme.

—¿Entonces yo soy el Doc? —me pregunta.

—Claro —digo entre risas. Pero enseguida se desvanecen—. ¿Y qué hago? ¿Esto está pasando para que no vuelva a besar a Theo? Qué pobre, Universo.

—Pero si no besaras a Theo no estarías aquí —razona él.

—No. El momento en que besé a Theo fue cuando metí la pata… ¿no?

—No. Es como esa parte en *Avengers*, cuando quieren volver y matar al tipo de las piedras, pero si lo *hubieran* matado, entonces no estarían hablando de eso. —Hace una pausa—. Mierda, qué confusos son los viajes en el tiempo.

—Benny. —Me froto las sienes.

Él me mira, y yo me meto la punta del dedo en la boca y la mordisqueo.

—Creo que deberías hablar con Dan —me dice finalmente.

—¿Con *papá*? Es la persona más literal y científica que he conocido. No hay chance alguna de que me crea que soy una viajera en el tiempo, una superheroína o clarividente.

—Te lo digo porque es médico —se ríe él.

—Sí, un médico que sabe de canales de parto y cordones umbilicales.

Ahora me habla con más suavidad, porque está claro que no entiendo lo que me quiere decir.

—Seguro recordará lo básico para revisarte las pupilas y los reflejos.

Ah.

—¿Como para saber si tengo una lesión en la cabeza? ¿Eso es lo que piensas que es esto?

Benny apoya las manos en mis hombros.

—Creo que te está pasando algo. Pero eso es todo lo que puedo hacer: creerte. No sé si puedo ayudarte. Tu padre puede decirte si todo parece funcionar como corresponde.

Tal vez esa sea la situación ideal: que me esté pasando algo neurológico. Si no, esto es imposible, ¿no?

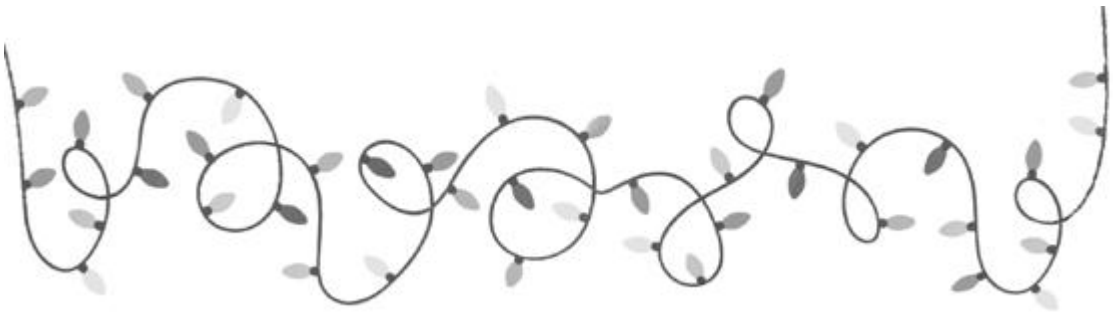
—Bueno. —Le doy un beso a Benny en la mejilla y retrocedo, asintiendo con la cabeza—. Plan A: suponer que tengo una lesión o que estoy loca.

La dulce sonrisa de Benny se derrumba.

—Yo *no* dije eso.

—Lo digo en broma. Voy a ir a hablar con papá.

Hago un pequeño ademán con la mano para despedirme, me dispongo a bajar por la escalera, pero me salto el primer escalón. Se me escapa una pierna y, en lugar de caerme hacia atrás, me voy hacia delante, me resbalo y…



Capítulo siete

—¡AHHHHHHHH!

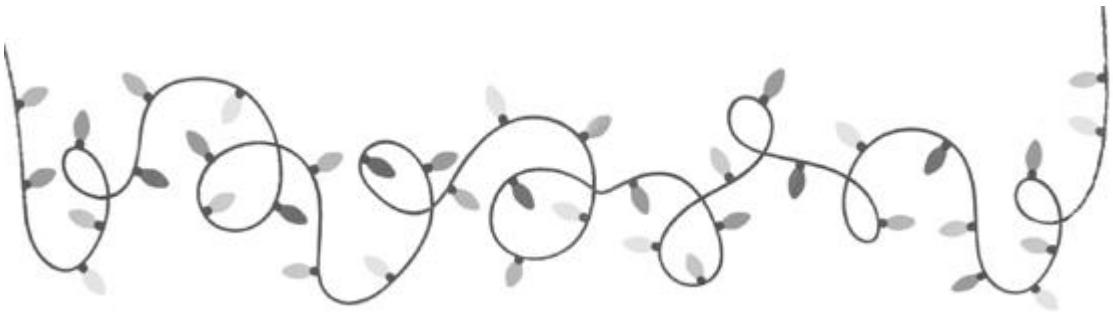
Me despierto gritando con fuerza, sobresaltándome por la sensación de caer por una escalera empinada. Mi brazo sale disparado a un costado para sujetarme del balaustre. Pero no está; tampoco está la escalera. Vuelvo a pegarle a mi hermano.

Él suelta un "uf" ronco y me sujeta el brazo.

—Oye. ¿Qué carajos, Mae?

Me enderezo de golpe, ya sudando. Me llevo la mano al cuello. ¿Pareceré un sacacorchos? ¿Tendré la cabeza bien puesta? *¿Acaso podré verme el trasero?* Me desplomo aliviada hasta que noto el mismo ruido blanco de un motor, el mismo aire seco recirculado. El mismo *todo*.

—No —susurro, con el corazón desbocado. *Otra vez no.*



Capítulo ocho

Benny se queda mirándome. Pestañea despacio, y yo lo observo en silencio mientras trata de procesar todo. Otra vez.

—Creo que te voy entendiendo, amiga. —Frunce el ceño, preocupado—. ¿Estás segura de que no te está afectando la altura?

Mientras respiro hondo, me froto las sienes y me recuerdo que debo tener paciencia; Benny no sabe que él ya ha pasado por esto. No sabe que acaba de hacerme la misma pregunta hace un rato. No sé en qué bucle temporal he quedado atrapada, pero no es culpa de él.

—Esta es la tercera vez que he vivido este día —explico—. Es la segunda vez que he tenido esta conversación contigo.

—Entonces viste a tu padre romperse un diente —dice despacio— ¿tres veces?

—Sí.

—¿Y no se te ocurrió avisarle?

Me desplomo, tapándome la cara, y suelto un quejido. Lo que pasó en el aeropuerto fue exactamente igual. La ida en auto a la cabaña fue idéntica. Solo que esta vez mi llegada fue aún más confusa que la anterior, con la garganta tensa y frágil por el pavor de ver que sí, *ya había* hecho esto… Más allá de si es una fantasía mía o si está pasando en serio, estoy viviendo este día de nuevo. Solo que no sé cómo ni por qué.

Lo único que me tranquilizó cuando llegamos fue el rato que volví a pasar con Andrew en el porche. Quizá porque me veía incluso más pálida y vulnerable, pareció esforzarse más con sus presentaciones ridículas.

"Nos reunimos aquí en diciembre para hacer criaturas de nieve, bajar en trineo por montañas gigantes, hacer pilas de galletas y ver a nuestros padres emborracharse durante el día […]".

"Antes hacíamos de cuenta que estábamos en una banda de rock y que tú eras David Bowie y yo era Janis Joplin […]".

"Hablas dormida, pero por desgracia nunca dices nada escandaloso ni interesante, más que nada hablas de comida y hojas de cálculo […]".

—¿Qué más pasa hoy? —pregunta ahora Benny, trayendo mi atención de vuelta al presente. Se estira para despegarme las manos de la cara—. ¿Qué cosas recuerdas que…?

Retomo donde él deja de hablar:

—¿Que quizá te ayuden a creerme?

El dulce de Benny me hace una mueca de disculpas y se encoge de hombros, pero lo entiendo. No he visto mi reflejo en ningún lado, pero estoy segura de que parezco una loca de remate. Tengo las manos sudadas, los nervios de punta y me cuesta respirar. Siento

una contractura extraña, así que estiro el cuello a un lado y al otro, y un fuerte crujido resuena por la habitación. Ah. Mucho mejor.

Las voces salen de la cocina, pasan por el pasillo y llegan a la sala de estar.

Abruptamente, me pongo de pie y levanto a Benny.

—Ah, ah. Kyle está a punto de mostrarles a todos su tatuaje nuevo.

Nos dirigimos hacia la puerta. Juro que Benny camina de puntillas de una forma muy curiosa, como Shaggy de *Scooby-Doo*, mientras bajamos con cuidado por la escalera del ático y espiamos desde la esquina. Se oye la voz de Ricky desde la sala de estar.

—¡Chicos, vengan! —exclama Ricky—. ¡Kyle se hizo un tatuaje buenísimo!

Cuando las palabras llegan a donde estamos nosotros, Benny me sujeta el brazo con tanta fuerza que siento cada uno de sus dedos.

Cierro los ojos, escuchando con atención.

—Ricky se va a castigar por haber olvidado comprar gin Hendrick's para Aaron. Miso va a lamerle a Zachary los dedos de los pies y él se va a reír a lo loco. Lisa va a poner un álbum de Navidad de Bob Dylan que es en verdad *espantoso*, y a Theo se le va a ir un trago de cerveza por otro lado y va a estar tosiendo durante, digamos, diez minutos seguidos. —Miro a Benny y asiento con la cabeza, decidida —. Espera y verás.

Volvemos nuestra atención silenciosa a la sala de estar, fuera de la vista pero a distancia suficiente para escuchar.

—No sé qué voy a pensar si tienes razón —susurra Benny.

—Sí, yo tampoco.



Veinte minutos después, estamos de regreso en el ático y Benny está yendo y viniendo por toda la habitación. Sus brazaletes tintinean con cada paso. Yo estoy en la cama, mirando el techo. A él le está dando un ataque por todo lo que dije que iba a pasar y pasó. Finalmente, se detiene cerca de mí y susurra con reverencia:

—Uooo. Ni siquiera estoy drogado.

Sé que debería sentirme reivindicada, pero dado que a mí no me sorprende que tuviera razón, corresponde preguntarme: *¿Así es mi vida ahora? ¿Estoy condenada a vivir este día una y otra vez? ¿Debería intentar salir del ático de nuevo, o me caeré por la escalera?*

Y la pregunta más importante de todas: ¿acaso sirve de algo lo que haga o, para mí, el tiempo simplemente… se rompió?

Bueno, en el peor de los casos, supongo que me tocará revivir este día una y otra vez y seguiré coqueteando con Andrew en el porche.

Me apoyo en un codo y digo:

—Bueno. A ver. ¿Qué hago?

—Creo que deberías hablar con tu padre —dice Benny con firmeza.

—No. —Vuelvo a acostarme boca arriba—. Dijiste eso la última vez. Bajé la escalera a lo Peter Pan y me desperté en el avión.

—Auch —susurra él, frotándose el cuello con culpa—. Perdona, peque.

El tono con el que lo dice me estruja el corazón, y tomo asiento, acercándolo para que se siente junto a mí y poder darle un beso en

la mejilla.

—No fue tu culpa.

—Tal vez… —Levanta las manos con inseguridad—. ¿Tal vez sea mejor que te concentres en sobrevivir a esta noche? Quizá mañana te resulte más claro lo que deberías hacer. Puede que tenga que ver con Theo. O con la cabaña. Estoy seguro de que lo sabrás. Mi lema es que hay que dejarse llevar por la corriente, así que pienso que eso es lo que necesitas hacer. —Me da una palmadita en la rodilla—. Estarás bien, amiga.

Hay que dejarse llevar por la corriente. Por supuesto que ese es el lema de Benny.

No es que haya un manual para viajar en el tiempo ni algún portal en la pared del ático… al menos en Narnia sabían que tenían que volver al ropero. Así que supongo que la única opción es bajar y sumarme a los festejos: habrá que dejarse llevar por la corriente.

Me pongo de pie, y Benny me toma del brazo.

—Aparte de todo eso —me dice—, ¿el resto de tus cosas, bien? ¿El trabajo? ¿La vida social? ¿Novedades amorosas?

Me detengo con la mano apoyada en la puerta.

—¿El trabajo? —Un puño de pavor me estruja los pulmones—. Qué sé yo. La vida social va bien. Mera… ¿te acuerdas de mi compañera de cuarto de la universidad? Volvió a mudarse a Berkeley, así que prácticamente nos la pasamos buscando restaurantes nuevos adónde ir a saciar nuestra angustia oral.

Benny se ríe y después se queda callado, esperando que responda la última pregunta, inminente, y me dice:

—¿Y?

—¿Qué es el amor? —pregunto retóricamente—. He tenido tres citas en un año. En dos de ellas, supe de inmediato que no íbamos bien, y usé la antigua y trillada excusa de "Mi amiga tiene una emergencia y me necesita".

—Uf.

—El tercero era lindo, tenía un empleo remunerado, teníamos de qué hablar…

—Bien.

—… pero en la segunda cita reconoció que aunque aún vivía con su esposa, *juraba* que estaban separados y que tenía toda la intención de irse de la casa pronto.

—No —dice Benny con un quejido.

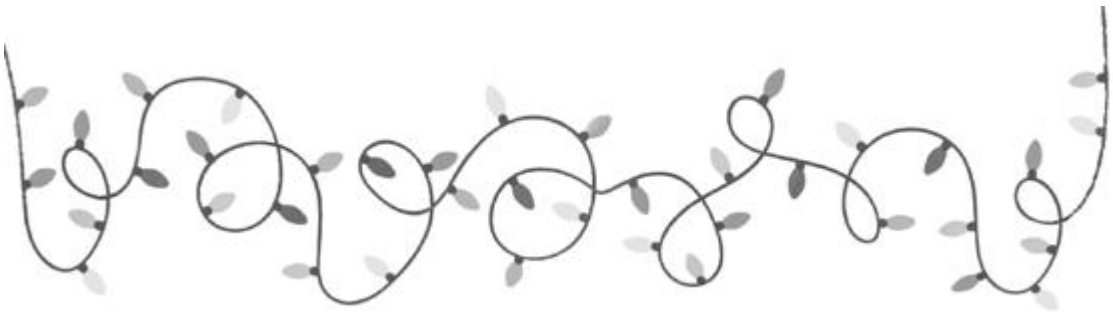
—Eh, no se puede jugar mucho cuando sigues viviendo con tu mamá. —Hago un ademán con la mano a la vez que digo—: Así que sí. El amor está en pausa.

Benny me da un beso en la sien.

—La vida no es fácil.

—Sí, ni me lo digas. —Le sonrío por encima del hombro mientras giro—. Bueno, supongo que me lo dirás otra vez, pero no vas a saber que ya me lo dijiste.

Benny se ríe mientras insiste en caminar delante de mí al bajar la escalera; yo bajo tan despacio y concienzudamente como puedo. Cuando llego al suelo, él me choca los cinco con toda sinceridad, y acepto el gesto con gusto. Ahora celebramos los pequeños logros.



Capítulo nueve

Abro los ojos en medio de la oscuridad, y la imagen de la nada total me resulta tan conocida que me invade un profundo alivio. Sé precisamente dónde estoy: en la litera de abajo, en la habitación del sótano, en la cabaña. Lo que no sé es *cuándo*.

Busco a tientas mi teléfono, sin saber qué esperar: no sé si quiero volver al presente o quedarme en el pasado. Igual eso queda por debatirse, ya que con solo mirar la pantalla de inicio, veo que es 21 de diciembre. Conseguí llegar a la mañana siguiente, pero ¿quién sabe si sobreviviré al resto del día? De todas formas, me felicito mentalmente. ¿Recuerdan? Los pequeños logros.

Me acuesto boca arriba para procesarlo. Quiero entender *qué* está pasando, pero también *por qué*. ¿Acaso yo causé esto? Si lo hice, ¿cómo fue? ¿Qué estaba pasando justo antes del choque?

Mi madre lloraba por la venta de la cabaña.

Mi padre defendía el cambio en nuestra vida.

Miles estaba en su mundo, como siempre. Y yo… bueno, estaba cayendo en un agujero negro de pavor en mi mente, aterrada ante la posibilidad de perder lo único que siempre ha tenido sentido en mi vida antes de…

Me enderezo de golpe en plena oscuridad. "Universo", había preguntado. "¿Qué estoy haciendo con mi vida? Por favor, ¿me puedes mostrar lo que me hará feliz?".

Pero ¿es posible eso? Respiro hondo y me obligo a responder la pregunta: "¿Qué me hace feliz?".

Esta cabaña, claro. Y mi familia y nuestra familia por elección, que está con nosotros aquí cada diciembre. Pero también… la risa de Andrew. Una tarde tranquila dibujando en mi patio. Ver a Miles tratando de bailar *breakdance*. Hacer criaturas de nieve en la cabaña. La comida de mi madre. Deslizarme en trineo. Los *blintzes* de queso de Aaron. La sensación de ir quedándome dormida con una ventana abierta en primavera.

Pero me enviaron de vuelta aquí, a este preciso momento y lugar. No más adelante, a la primavera o el verano. No al patio de mi casa con un cuaderno de dibujo. *Aquí*. Y necesito saber por qué.

Con los ojos cerrados, dejo que un aluvión de imágenes se apodere de mi mente hasta que una clava los frenos y entra en foco.

Theo y yo teníamos trece años, Andrew tenía dieciséis, y fue la primera vez que registré que él era objetivamente precioso. Antes, los chicos Hollis estaban dentro de la categoría "familia" y los veía como veía mi imagen en el espejo: con ojos desapasionados y sin prestar mucha atención. Pero ese invierno, Ricky estaba con varios problemas eléctricos en la cabaña y mandaba a Andrew a cada rato al tablero para activar las llaves térmicas. Mientras no ayudaba a su

padre, Andrew jugaba un juego de naipes con Kyle y conmigo, y se estaba poniendo bastante intenso. Me pareció que Andrew estaba haciendo trampa. Sin alterarse, él insistió en que no. Lo seguí hasta el sótano, gritándole en la cara mientras él apuntaba una linterna al tablero eléctrico y, con toda tranquilidad, me dijo: "Cállate dos segundos, Mae", y después las luces se encendieron, su perfil quedó iluminado y tuve la sensación de que una roca enorme rodó por mis entrañas.

Por primera vez lo *vi* de verdad: el cabello suave de las sienes, la forma cada vez más masculina de su cuello, el contorno perfecto de la nariz, lo grandes que parecían sus manos de repente. Desde ese momento, fue como si mi adolescencia se hubiera partido en dos: antes de enamorarme de Andrew y después.

Volvimos a subir, pero no quise seguir jugando. No porque me enojaría si perdía, sino porque quería que él ganara. Quería que ganara porque quería verlo feliz. Andrew nunca volvería a ser un simple amigo de la familia; siempre sería un poco más, un poco mío, aunque él no lo supiera.

Pero la sensación era inquietante: no me gustaba sentirme como una puerta mosquitera frente a un viento fuerte.

Ese año, el resto de la semana de las fiestas fue un suplicio. Andrew con pantalones de pijama, sin camiseta, rascándose el estómago distraído mientras ayudaba a un Miles de cuatro años a colgar grullas de origami. Andrew sentado junto a mí en la mesa, viéndome dibujar y maldecir, amorosamente maravillado, pensando que yo tenía un don artístico como mi madre. Andrew con jeans y un suéter grueso de lana, ayudando a mi padre y a Benny a cargar leña. Andrew tocando una canción tras otra en su guitarra, de todo

corazón, tratando de que Theo y yo apreciáramos al increíble Tom Petty. Andrew medio dormido en el sofá, delante de la chimenea, con Miles dormido encima de él. Cuando todos jugábamos a las Sardinas Escondidas y me escondía, rogaba que Andrew me encontrara primero, para pasar un rato solos en un espacio oculto y cerrado, juntos, y que "accidentalmente" nos besáramos.

A Andrew le entusiasmaba la música, hacía deporte aunque de mala gana, no hablaba mucho y era inalcanzable. Era generoso con su tiempo y sus halagos, desinteresado con su familia. Tenía el pelo adorablemente despeinado, una sonrisa tímida, y era de esos monstruos adolescentes que nunca necesitaron ortodoncia. Imaginen lo que habrá sido dormir en una litera en frente de eso todas las noches, ahora consciente de que Andrew podría tener novia, que tenía partes del cuerpo en las que nunca había pensado, que quizá ya estaba teniendo S-E-X-O.

Aunque tuviera sentido que los adultos en algún momento se preocuparan de que pasara algo escandaloso entre uno de los Hollis y yo allá abajo en el sótano, nunca nadie se inmutó. Por lo general, mi madre era terriblemente estricta con los límites, pero después de todo, éramos familia. Tal vez, como era evidente que Andrew no tenía interés en mí y estaba claro que yo no tenía interés en Theo, nunca se les activó el radar de padres, incluso cuando ya teníamos edad suficiente para beber alcohol y tomar pésimas decisiones.

Me crie yendo a la iglesia todos los domingos, pero desde hace mucho tiempo decidí que el catolicismo no era para mí. Ahora, en la oscuridad, empiezo a creer que algo me ha dado una verdadera oportunidad para empezar de cero. Una bala esquivada en el momento más festivo del año. Pero en un mundo lleno de personas

que necesitan cosas mucho más importantes que evitar un tonto beso en plena borrachera, quisiera entender por qué yo.



Salgo de la cama, con cuidado de no despertar a Theo ni a Miles. Entro en la cocina con cautela, sin saber qué voy a encontrar.

Pero todo parece normal. Aparte de la guirnalda de hojas de acebo que los mellizos aún no han colgado en la cocina, todo parece exactamente igual a como estaba cuando nos fuimos hace cinco días. ¿O fue hace dos días? Quién carajo sabe.

Ricky entra arrastrando los pies justo detrás de mí. El pelo salpicado de canas está peinado adelante, aunque atrás está hecho un desastre. Tiene los ojos aún entrecerrados, pero se pone tan contento al verme que me hace doler el pecho en serio. Me doy un segundo para celebrar que de verdad estoy *aquí*, en esta cocina. Pensé que lo había perdido.

—Maelyn Jones —dice con voz ronca—, tú y yo somos como dos gotas de agua.

Por dentro, estoy feliz de la vida, expectante.

Él se sienta con un quejido y agrega:

—Los dos nos despertamos con el sol.

Ahhhhh. Ahí está.

—¿Sabes que lo peor del mundo sería nunca volver a oírte decir eso? —Le doy un beso en la cabeza y después le sirvo café en su taza de reno preferida.

—¿Y por qué te preocuparías por eso?

No respondo. *Difícil de explicar, Ricky.*

Pero el pensamiento vuelve, esta vez más fuerte, como una piedra que cae a un río: *Pensé que lo había perdido*. Pensé que nunca volvería a tener este momento con Ricky, en esta cocina, y aquí estoy. ¿Tendrá idea él de lo maravilloso que es este lugar para todos nosotros? La cabaña es más que felicidad para mí, es mi *cable a tierra*. ¿Acaso tengo la oportunidad de evitar que la vendan?

Ricky bebe un largo sorbo y apoya la taza en la mesa.

—¿Cómo te sientes esta mañana, peque?

¿Yo? De repente, cómo me siento es lo que menos me preocupa. Con la claridad de un posible propósito, siento una euforia tan profunda que solo puede indicar que estoy en el camino correcto. Después de todo, no se cayó el techo ni se abrió el suelo para enviarme de vuelta al avión.

—Estoy bien. —Me apoyo contra la encimera. Le sonrío a Ricky mientras bebo mi café, pero en mi mente tengo un ciclón de recuerdos, mientras planeo y finjo que no pasa nada—. Mejor que nunca, de hecho.

Giro al oír el sonido de unos pies en la escalera y veo a Benny, recién salido de la cama, asomándose por la esquina. Se pone un dedo delante de la boca y me hace gestos para que vaya con él. Al echar un vistazo por encima de mi hombro, veo a Ricky bebiendo su café lo más campante y comiendo al menos la tercera galleta del frasco de galletas de mantequilla, así que me aparto de la encimera y salgo por el pasillo en silencio.

Con una mano apoyada en cada hombro, Benny flexiona las rodillas y me mira a los ojos.

Espero una explicación. No llega ninguna.

—¿Sí?

—Me fijo nomás.

—¿En qué?

—No sé. Trato de recordar las señales de una conmoción cerebral.

Pongo los ojos en blanco y lo levanto. Me sorprende lo suave que es su cárdigan.

—¿Es de casimir?

Él se lo mira como si no recordara habérselo puesto.

—¿Quizá? —Me mira—. Concéntrate, Mae.

Pestañeando, recuerdo por qué estamos aquí.

—¿Te acuerdas de lo que hablamos anoche?

—Sí.

Suelto un suspiro, aliviada.

—Bueno —digo, tratando de desentrañar la situación en mi mente —. Estamos haciendo esto de nuevo, pero soy la única que se da cuenta. No volví al principio, así que estaré haciendo algo bien, ¿no?

—¿De qué otra forma podría explicarse?

Me mordisqueo el labio y sugiero:

—¿Que estoy loca? ¿Que todo esto es al azar? ¿Que en realidad estoy en coma en un hospital de Salt Lake?

—No me gusta ninguna de esas opciones —reconoce él.

—Eh, sí —digo con una sonrisa irónica—. A mí tampoco me encantan.

—Yo estoy aquí —razona él—. Digo, soy *real*. Te estoy acompañando, así que no puede ser que solo te pase a ti, ¿no?

Se me ocurre una idea:

—Rápido. Dime algo que me sería imposible saber de ti, que no sea tu bolsita de hongos, demasiado obvio. Por las dudas que vuelva

al principio.

—¿Sabes que tengo hongos?

—Benny.

Él frunce el ceño mientras piensa. Después se inclina y susurra una serie de palabras apuradas.

Cuando se aparta, me quedo mirándolo.

—*Benny.*

—Sí, ya sé —ríe él, sacudiendo la cabeza.

Con un escalofrío, digo:

—Me refería a algo como: "Mi primera perra se llamaba Damita". No algo como: "Viví una extraña doble vida como camarero nudista en Arizona".

—Es lo primero que se me ocurrió —explica Benny, encogiéndose de hombros.

Con los ojos cerrados, niego con la cabeza para quitarme la imagen de la mente.

—¿Les contamos a los demás? —pregunta él—. O sea, toda esta situación es una locura total. ¿Quizás a alguno ya le pasó esto y consiguió superarlo? Tal vez tengas razón y este lugar sea mágico de verdad.

—Me gusta tu razonamiento, pero quizá se me ocurre algo mejor. Digo, el hecho de que Ricky y Lisa decidieran vender la cabaña fue lo que me hizo pedir mi deseo. ¿Piensas que tal vez se supone que debamos convencerlos de quedársela? ¿Quizá podríamos colaborar entre todos y mostrarles lo mucho que significa para nosotros?

Benny mira por encima de mi hombro adonde Ricky está abrazado a su café.

—No perdemos nada con intentarlo, supongo.

—Todos siempre se quejan de las tradiciones —susurro—, pero es cierto que Ricky hace muchísimo por nosotros. ¿Y si mostramos todos más entusiasmo que nunca? ¿Y si ofrecemos ayudar con el mantenimiento, con las reparaciones?

—¿Te parece que puedes hacer que todos se sumen? —pregunta él.

Miro por la ventana y hago una mueca. Un tiempo atrás, la tradición consistía en hacer muñecos de nieve, pero parece que la Mae niña un día preguntó por qué no podíamos hacer *muñecas* de nieve, y después vino el pequeñito Miles y preguntó por qué no podía hacer un mono de nieve. Ahora, el 21 de diciembre es el Día de las Criaturas de Nieve, y parece que eso les viene bien a todos.

Bueno, sí, al menos que fuera esté espantoso. Ricky no adapta el itinerario a las inclemencias del tiempo, y todos nos hemos vuelto tan competitivos con esta actividad que solemos pasar unas dos o tres horas ahí afuera hasta que elegimos a un ganador. Un vistazo por la ventana revela un intimidante cielo grisáceo. Del alero cuelgan unos carámbanos gruesos con forma de dagas amenazantes. No hay forma de que hoy el grupo salga sin quejarse. Trago saliva mientras me vuelvo hacia Benny:

—Lo voy a intentar.

Él inspira entre los dientes y dice:

—Vaya, pero eso de cambiar el futuro… Digo, ¿has oído hablar del efecto mariposa? ¿Y si cambias una cosita minúscula y después pasa algo terrible?

—Escúchame —digo—, si el universo quiere revolearme por la cabeza un anillo maldito para que eche dentro de un volcán lleno de lava, yo lo hago. Pero en este momento, esto es todo lo que hay.



Acompaño a Benny a la cocina justo cuando se abre la puerta trasera. Andrew entra y trae consigo una ráfaga de aire helado, además de una inyección de adrenalina directo a mi corazón.

Grito un muy alegre:

—¡Hola!

En mi mente, lo dije con toda tranquilidad, a lo James Dean, apoyada contra el vano de la puerta. En realidad, lo grité con una extraña agresividad, y todos se sobresaltan.

Benny me apoya una mano en la espalda para calmarme.

Andrew se quita un auricular y me sonríe, impasible porque es una criatura mágica.

—Hola a ti también.

Está temblando, abrigado con un jersey de plumas, una bufanda, guantes y una manta que usó como chalina. Esta mezcla humana de sexy y adorable suele estar escondida en la cabina de sonido del Red Rocks, pero sin duda debería estar en el escenario para el deleite de todos.

—Y… ¿qué tal? ¿El hangar estaba hecho un horno? —pregunto, ahora con un volumen normal.

Él se aparta una maraña de rizos castaños de los ojos.

—Incluso congelarme ahí afuera es mejor que dormir en la litera de abajo.

Qué mentiroso adorable. Las literas podrán estar en un sótano, pero al menos allí abajo está aislado del frío, y las camas son cómodas, cálidas y tienen unos edredones de plumas acolchonados. El hangar es un cajón de tres por tres con una pared llena de

ventanas que dan a la parte trasera de la montaña, y ni siquiera hay un hogar a leña para calefaccionarlo. Es precioso, pero es casi como acampar en la nieve. Andrew va a morir por no dar el brazo a torcer en esta batalla con su padre.

Con actitud petulante, Ricky estudia a su tembloroso hijo mayor por encima del borde de su taza de café.

—¿Estás seguro de eso?

A nuestras espaldas, Benny suelta un resoplido.

Una burbuja de recuerdo se revienta en mi mente.

—¿Y si usas esas bolsas de dormir grandes que están guardadas en el sótano?

Tres pares de ojos giran hacia mí, y me doy cuenta de que acabo de meter la pata.

El interés de Andrew se despierta enseguida.

—¿Bolsas de dormir?

—¿Cómo diablos sabías que estaban esas bolsas? —pregunta Ricky con una sonrisa de asombro—. Ni siquiera yo me acordaba de que las teníamos. Hace años que no las usamos.

—Sí, Mae. ¿Cómo supiste que estaban? —dice Benny, y me levanta un pulgar con un gesto disimulado.

Sé que estaban porque en la mañana de Navidad, Ricky recordó que estaban guardadas allí. Las aireó y se las dio a Andrew después de que él entrara a la casa temblando por quinto día consecutivo. Son unas enormes bolsas de lona verde militar que pesan como diez kilos cada una. El interior está forrado con una gruesa franela roja, decorada con un motivo de cacería de ciervos bastante raro que hace que las bolsas parezcan cadáveres de animales ensangrentados cuando están abiertas; pero si con eso Andrew no pasa frío, ¿quién

soy yo para juzgarlo? Recuerdo que se metió en una y dijo que pasó la mejor noche de todo el año. Acabo de conseguirle cuatro noches más de dichoso sueño.

Miro al cielo. ¿Puntos extra, Universo?

Así haya conseguido puntos extra o no, por haber recordado que estaban las bolsas de dormir termino afuera, muerta de frío, con una parka gigantesca y un bate de béisbol en la mano a las ocho de la mañana, golpeando una bolsa cerrada que cuelga de una soga para la ropa. Me mantengo alejada de los carámbanos.

Un poco más lejos, Andrew golpea con su raqueta de tenis el otro cadáver de lona verde y franela roja. Le da un buen sacudón, y sale volando polvo por todos lados.

—Ah, Maisie, qué oportuna esta idea.

—Ya deberías saber a quién acudir cuando necesitas ideas inteligentes.

Andrew me mira con los ojos entrecerrados en medio del frío matinal.

—Hace por lo menos diez años que no veo estas bolsas.

La pregunta implícita, la misma que hicieron en voz alta Benny y Ricky hace tan solo unos minutos, se ve con toda claridad en sus ojos.

—Estaba buscando una asadera para mamá —miento—. Estaban en el fondo, en el depósito. —Mientras miro con disgusto el rojo chillón del interior, murmuro—: Son muy morbosas. Rozan lo inquietante.

—Me acuerdo de cuando acampábamos con estas bolsas cuando era niño —me dice—, y yo hacía de cuenta que era Luke Skywalker durmiendo dentro de un tauntaun.

—Qué comentario más *nerd*.

—"Calentito como Luke en un tauntaun" todavía no es un dicho, pero podríamos hacerlo realidad.

—¿Sabes? —digo, dándole un golpe a la bolsa—. Podrías ir a la ciudad y comprar un calefactor.

Andrew golpea varias veces su bolsa de dormir, quitando una impresionante cantidad de polvo.

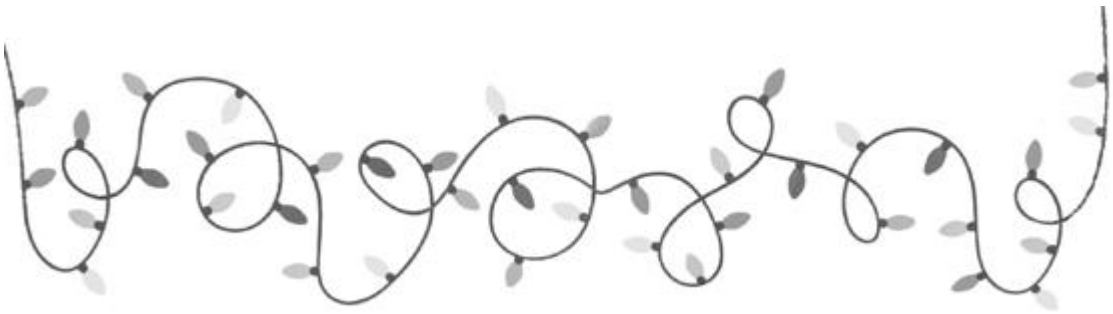
—Eso sería reconocer la derrota.

—Ah. Sin duda es mejor morir antes que eso.

—En lo que respecta a mi papá, así es. Pero gracias por ser tan lista. —Los ojos se le arrugan por la sonrisa, y una vocecita minúscula pero potente grita dentro de mi cráneo: "MIRA QUÉ FELIZ TE HACE ESA SONRISA"—. Hablando de derrota —me dice—, ¿estás preparada para hoy?

Si bien hace un frío de locos, también ha nevado y hay una maravillosa capa de nieve suelta y esponjosa para nuestra próxima aventura.

—Ah, claro que sí.



Capítulo diez

A nadie que conozca a la familia Hollis le sorprenderá el hecho de que se toman la construcción de criaturas de hielo muy en serio. Ya dispuestas para cuando saliéramos al porche después de desayunar, hay herramientas que van desde palas grandes hasta palitas de jardín, además de rastrillos y secadores de piso. En la base de la escalera, una mesa llena de vasos, platos, recipientes, cuchillos, cucharas, cucharas para helado e incluso sopletes sirven para dar forma, moldear y esculpir los rasgos perfectos de nuestras creaciones. Junto a la mesa se encuentra una caja de madera y una gran cesta de mimbre: la caja contiene zanahorias, nabos, papas y una variedad de calabazas para las narices y las extremidades; y en la cesta hay mitones, pelucas, sombreros y pañuelos.

Según dicta la tradición, nos dividimos en equipos, cada uno trata de construir la mejor escultura y después votamos por la ganadora. Hay mucho en juego: para la cena de esta noche, Ricky selecciona a propósito una amplia variedad de filetes, desde osobuco hasta *filet*

mignon. Todos depositan en una caja un papel con su voto anónimo por la mejor escultura (según el código de honor, no se puede votar a uno mismo), y el equipo ganador puede elegir lo que van a cenar ellos y todos los demás. En el Día de las Criaturas de Nieve, nunca he comido *filet mignon*.

Hace tan solo unos días, con Andrew construimos una mona de nieve, pero no se nos ocurrió la idea hasta casi el final, cuando tuvimos que terminarla a las corridas y nos ganó el oso pardo de mi madre y Ricky. Theo empezó a provocarnos; él y Andrew terminaron forcejeando. La cosa se puso competitiva, me metí y Theo se me echó encima para taclearme y después se tomó todo el tiempo del mundo para levantarse.

¿Acaso ese fue el comienzo de algo que no vi venir? Me estremezco.

No dejaré que eso vuelva a pasar.

Los mellizos bajan la escalera a los saltos y se hunden en la nieve suelta. Como ha sucedido todos los años de su corta vida, participarán con entusiasmo durante unos quince minutos y después perderán el interés.

Esta mañana Aaron hizo los famosos *blintzes* de queso de su *bobe*, pero no comió ni uno porque prefirió beber un batido proteico mientras insistía en que estaba "lo más bien sin tantos lácteos" y que "nunca [se] había sentido mejor". Ahora está en el porche vestido con unos jeans ajustados con roturas, una bomber floreada y un par de tenis de suela alta, muy a la moda, que sirven más para caminar por una nave espacial que sobre quince centímetros de nieve recién caída.

—Qué… distinto —dice Andrew, mirándolo de arriba abajo.

—Papá tiene toda la onda, ¿no? —comenta Zachary, y tironea el extremo de la bufanda Burberry de Aaron—. Tiene los mismos tenis que el señor Tyler.

—¿Quién es el señor Tyler? —pregunto.

Kyle mira con la sonrisa de resignación de un hombre que ha soportado los caprichos de su esposo durante meses y se muere por compartir su dicha con los demás.

—Es el entrenador de fútbol de los mellizos, un chico de veinticuatro años famoso en Instagram.

—Son supercómodos —dice Aaron, trotando en el lugar.

Andrew es un dulce total:

—Sí, me imagino.

A esta altura, todos conocemos la rutina: se forman las parejas, cada una empieza a pensar su estrategia y luego se ponen a construir. Quizá tenga más sentido que forme pareja con Theo porque prácticamente somos mellizos, pero 1) Miles mataría a cualquiera que se atreviera a robarle tiempo de calidad con su ídolo; 2) Andrew y yo nos distraemos fácilmente y nos esforzamos muy poco por ganar, así que nadie nos quiere en su equipo; y 3) yo solo quiero estar con Andrew, en realidad. No es una razón muy noble, pero aquí estamos.

En cuanto a los demás, a Benny no le interesa mucho el evento y más que nada hace de juez y/o animador. Lisa compite con Kyle. Aaron compite con mi padre, quien, dicho sea en su honor, se queda mirando la ropa de Aaron pero se guarda el comentario. Theo y Miles se juntan, obviamente, y Ricky y mi madre forman otro equipo. Nueve veces de cada diez, ganan ellos. Supongo que eso es lo que sucede cuando se junta a un paisajista con una artista.

Cuando Kennedy y Zachary empezaron el kínder el año pasado, instauramos la "regla del traje de baño": no se podía esculpir nada que quedara tapado por un traje de baño. Si no existiera esa pauta, no se podría confiar en Theo. Hubo unos años, cuando teníamos veintipico, en los que incluso las lagartijas de nieve de Theo tenían tetas.

Por el rabillo del ojo, lo veo en el preciso momento en que descubre la rama gruesa y encorvada que los inspira a él y a Miles a hacer el elefante de nieve. La adrenalina del hallazgo le dispara la energía por los aires, y ambos se chocan los cinco como si fueran dos novatos de una fraternidad que acaban de abrir su primer barril.

Benny se me acerca sigilosamente en la mesa.

—¿Cuál es tu plan?

Miro a Andrew inspeccionar la caja de verduras, esperando que le llegue la inspiración. Hace unos días, habíamos empezado a hacer un panda y después abortamos la idea cuando nos dimos cuenta de que en realidad se parecía a un oso, que ya estaban haciendo mi madre y Ricky, mucho mejor que nosotros, por cierto. Cambiamos a la mona, y creo que habría quedado increíble si hubiéramos empezado con eso desde el principio.

—Voy a usar lo que aprendí la última vez para ganar ahora.

Benny asiente con la cabeza durante unos segundos en silencio y después murmura con sequedad:

—Qué altruista.

Lo miro mal, aunque no mucho.

—Originalmente, ganaron Ricky y mi madre, como siempre, y todos se quejaron —susurro—. ¡No queremos que nadie se queje, queremos que todos se diviertan! La misión es salvar la cabaña,

¿no? Entonces, si ganamos Andrew y yo, podemos celebrar que por fin nos toque elegir un filete. ¡Vivan las tradiciones!

Benny se queda mirándome.

—Todos saben que no te importa el filete.

Me quedo mirándolo a él.

—¿Y si tengo hambre?

Él levanta una ceja.

—¿Y si me cansé de perder?

Benny resopla en medio de un sorbo de café y dice:

—Ahí está.

Se acerca Andrew. Choco mi hombro contra el suyo y finjo darle la posibilidad de sugerir una idea.

—¿Qué tienes en mente?

—¿Un panda? —dice él, extendiendo las manos para indicar una gran panza redonda.

Considero la idea falsamente durante cinco segundos, golpeteándome el mentón.

—Creo que tu padre y mi madre ya están haciendo un oso. —Inclino la cabeza, haciendo un gesto sutil, pero después me doy cuenta de que, claro, todavía están reuniendo los materiales y no tengo forma de saber lo que están haciendo; lo único que tienen es un montículo de nieve sin forma.

Andrew me mira frunciendo el ceño y estrechando los ojos confundidos.

—Oí a mi madre hablar de eso hace un rato —miento—. Seguro les quedará increíble.

Él me cree (*gracias, Universo*) y voy hasta el porche lateral para buscar los dos trozos ideales de corteza que se convertirán en las

orejas de nuestra mona. Me las pongo a los costados de la cabeza, a modo de demostración.

—¿Y si hacemos una mona? —sugiero.

Con una sonrisa, él revuelve en la caja y saca a relucir las dos calabazas con forma de brazo que le quedarán perfectas a la mona. Nos miramos con una sonrisa de oreja a oreja. ¡Somos unos genios!

—Muéstrate tranquila —me susurra enseguida, domando su sonrisa. Chocamos los puños con sutileza.

Al principio, todos nos enfocamos en nuestras respectivas áreas, sin prestar atención a lo que hacen los demás porque lleva un tiempo hasta que los montones de nieve empiezan a parecerse a algo determinado. Pero después de un rato, más o menos cuando los mellizos se aburren y se van a un lado a hacer bolas de nieve, nos ponemos más competitivos. Cada equipo mira por encima del hombro más seguido. Es el momento en que todos empezamos a susurrar y señalar. Nadie tiene ganas de cenar un filete nervudo de osobuco, y necesitamos saber a qué equipo debemos derrotar.

Después de casi cuarenta y cinco minutos, la mona está saliendo incluso mejor de lo que podría haber imaginado: incluso mejor que la última vez. Las orejas grandes tienen el tamaño suficiente para darle un aspecto caricaturesco y tierno. Logré conseguir unos hermosos botones de carey con los que los ojos quedan oscuros y luminosos. Parece que Andrew tiene talento para usar el cuchillo para untar porque va alternando entre calentarlo con un encendedor y tallar los rasgos con cuidado. La nariz y la boca están impecables. ¡Miren lo que podemos hacer si nos esforzamos de verdad!

Y si hacemos trampa, quizá. Un poquito.

—Está muy húmeda.

Alzo la vista y miro a Andrew cuando dice eso.

—¿Qué cosa está muy húmeda?

Tragando saliva con fuerza, Andrew señala con el cuchillo el lugar en el que me está costando lograr que la cola de la mona se enrosque hacia arriba. Se cae cada vez que quito la nieve que sobra.

—Tienes un problema de humedad —me dice.

Las palabras se quedan rebotando entre nosotros, cobrando cada vez más fuerza en medio del silencio sepulcral. A Andrew le brillan los ojos mientras contiene la risa y, finalmente, incapaces de seguir aguantando, estallamos los dos.

—¿Acabas de decirme que tengo un *problema de humedad*?

—No… sí. —No puede parar de reír.

—Pero ¿qué te pasa, Andrew Polley Hollis?

Él se dobla de risa.

—Te juro que jamás se lo he dicho a una mujer.

Apoyando una mano contra el pecho, digo:

—Qué honor ser la primera. —Le hago un ademán para que se acerque—. Ven a ayudarme con esto.

—¿Con tu problema de humedad?

—Andrew.

Él se acerca muy despacio, y sus ojos centelleantes se encuentran con los míos. Quiero atesorar este momento. Quiero ponerlo en un globo de nieve y poder verlo así tal cual, para siempre.

Decidimos que la mona se llamará Thea, porque queremos trollear al máximo a Theo cuando ganemos. Procuro quedarme parada a un costado, simulando pensar seriamente en el siguiente paso. Andrew se da cuenta de lo que hago y lo aprueba con una sonrisita.

El plan sale de maravillas: Ricky muerde el anzuelo. Se acerca como quien no quiere la cosa; le echa un vistazo a Thea.

—¿Qué es eso?

Veo que va a empezar a provocarnos, pero lo detengo en seco pasando un dedo tímido debajo de la mandíbula artísticamente tallada de nuestra creación.

—Ya sabes lo que es. Se llama Thea, pero me gusta pensar en ella como un *filet mignon*.

Ricky inclina la cabeza, caminando alrededor de Thea. Se nota que está sorprendido e impresionado; Andrew y yo sacamos la artillería pesada.

Finalmente, Ricky habla con cierta envidia:

—No sé, Mae. ¿Has visto a nuestro oso?

Después de echarle un breve vistazo, Andrew comenta:

—Ah, ¿ese montón de nieve cubierto de corteza?

—¡Ey, esa va a ser mi obra maestra! —Riendo, mi madre arroja una bola de nieve hacia Andrew.

Por desgracia, en ese exacto momento, mi padre se pone de pie en el medio y la bola de nieve le da justo en el costado del cuello con un golpe seco. El hielo se desliza y se le mete por el cuello del abrigo, y veo que buena parte desaparece debajo del suéter.

Se me para el corazón. Mi madre es alegre y divertida. Mi padre es… bueno, no es así. Es bueno pero sensible, y nunca le ha gustado ser el blanco de bromas.

Por favor, pienso. *No peleen. No descarrilen este día.*

Mi madre dice con voz cantarina:

—¡Uy! ¿Te golpeé, Dan?

Todo el grupo contiene la respiración. Mi madre, impasible, hace un bailecito descarado. Esta mujer juega con fuego.

Sosteniéndole la mirada, mi padre se inclina para juntar nieve y forma una bola perfecta… y tan compacta que da miedo. Suelto un suspiro de alivio al ver que él se pone de pie con una sonrisa. Cuando le arroja la bola de nieve a mi madre, juro que esta silba amenazadoramente por el aire, y no le pega por un pelo.

Mi madre chilla de alegría. Mi padre se ríe, se inclina para formar otra y grita:

—Ah, ahora vas a ver.

Esto es nuevo.

Pero mis nervios están volviendo a crisparse; a Andrew y a mí nos está yendo muy bien con Thea, y por unos maravillosos segundos, llegué a olvidar que ya había vivido este día y me permití disfrutarlo. Pero estar en la nieve con esta gente es como caminar en un charco de combustible con un fósforo encendido. Las guerras de bolas de nieve siempre son una posibilidad.

Los mellizos, que han estado apilando un arsenal de bolas de nieve, toman el acto de mi padre como señal de que pueden disparar y, de un momento a otro, todo se convierte en una guerra descomunal. El fósforo toca el combustible: Zachary lanza una bola a la pierna de su padre Aaron, quien se revienta la cremallera de los jeans de marca al intentar hacer una voltereta para protegerse. Cuando vuelve a ponerse de pie, le da a Kyle en el estómago, quien a su vez le da a mi padre en un brazo. Mi padre le apunta a Kyle pero le da a Lisa en el hombro, y ella contraataca con una bala de nieve feroz que le da justo en el medio de los omóplatos. Parece que

tiene mucha mejor puntería con las bolas de nieve que con la cámara.

—Ey, ¡paren! —Agito los brazos, pero nadie me presta atención. Ni siquiera Ricky parece inmutarse por romper esta tradición; les está arrojando bolas de nieve a sus hijos con una risa que resuena en la cabaña, los árboles y las montañas.

Hay gente corriendo, echándose al suelo, protegiéndose detrás de las creaciones de nieve y, para mi inmensa sorpresa, derrumbándolas. Con un destello de la ropa interior fucsia de Aaron, él y mi padre arremeten, y el oso de nieve de mi madre y Ricky se desintegra por completo. Con el entusiasmo de los mellizos, el elefante de Theo y Miles queda reducido a un triste montón de nieve, y como represalia, ellos derriban la jirafa de Lisa y Kyle, que de por sí era un proyecto demasiado ambicioso. Para cuando Theo se pone de pie, la jirafa ya no tiene cabeza y ahora parece una gran roca blanca. Hace tan solo una hora, el césped estaba cubierto de una gruesa capa de nieve, húmeda, esponjosa y perfecta. Ahora se asoma la tierra en algunas partes. Las briznas de césped se mezclan con bolas de nieve quebradas y llenas de lodo. Es un caos invernal fuera de control.

—¿Qué está pasando? —le grito a Andrew en medio del alboroto.

—¡Al fin la tradición se cae a pedazos! —Con una risa maníaca, corre a pararse con brío delante de Thea, con los brazos extendidos, y agrega con gallardía—: *¡Podrán quitarnos este día, pero no podrán quitarnos la mona!*

El pavor trepa por mi garganta como una enredadera. Sí, las guerras de bolas de nieve son divertidísimas, pero no debía pasar esto hoy. Podemos hacer la guerra mañana, o incluso en

Nochebuena. O sea, si estamos dispuestos a descartar esta tradición, ¿qué pasará esta noche cuando mi padre y Ricky vayan a comprar el árbol de Navidad? ¿Pasarán por alto la tradición de buscar el mejor y terminarán trayendo el primero que vean? ¿Vamos a ignorar todo lo que hace que estas vacaciones sean perfectas?

Con los brazos extendidos, protejo a Thea lo mejor que puedo en medio de un vendaval desquiciado de bolas de nieve. Pero por el rabillo del ojo, justo cuando Andrew le asesta un tiro impecable a Miles en la ingle, veo que Theo se tira de palomita en dirección a nosotros.

Andrew taclea a su hermano, pero ya es tarde. Thea, el último animal que quedaba en pie, cae en medio de una explosión de nieve y forcejeo de brazos y piernas, justo cuando Benny sale de la casa.

El caos amaina, y la escena que se despliega ante mí se reduce a un montón de tontos jadeantes cubiertos de nieve.

Benny se detiene al pie de la escalera y mira a su alrededor, confundido.

—Pero me fui… dos minutos nomás.

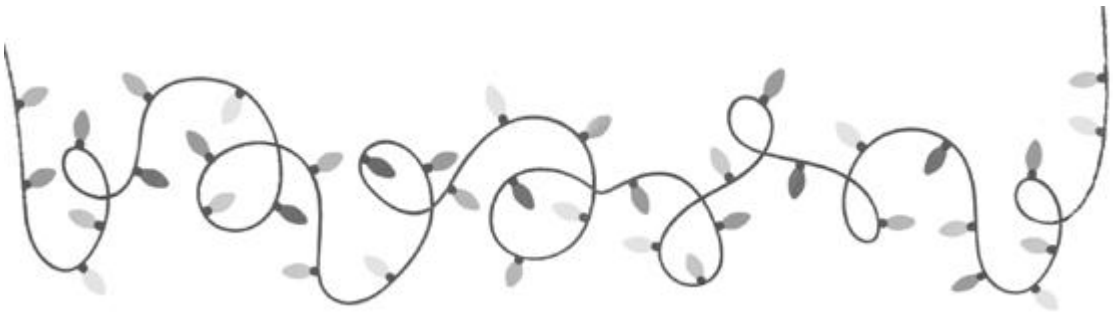
Con todo destruido, finalmente se toman unos segundos para contemplar la destrucción del césped del frente. Espero que queden devastados y sumidos en el remordimiento. Espero que Ricky grite con un llanto desconsolado: "¡¿Qué hemos hecho?!".

Sin embargo... eso nunca ocurre. Por el contrario, mira con una sonrisa el desastre que somos, y después echa la cabeza hacia atrás, soltando una risotada alegre y estruendosa.

—Pero ¿¡qué les pasa!? —exclamo—. ¿No lo ven? ¡Esto es especial! ¿Y la tradición? ¡No podemos seguir haciendo esto juntos si no respetamos lo que construimos!

Andrew apoya con suavidad una mano en mi brazo.

—Mae —dice, pero a todos nos distrae un fuerte crujido que viene de arriba. Alzo la vista justo a tiempo para alcanzar a ver una enorme rama cubierta de nieve que cede ante el peso y se desploma, casi en cámara lenta, directo hacia mí.



Capítulo once

Esta vez me despierto gritando por la traición, tomándome la cara y la cabeza, buscando sangre y sesos, o vaya uno a saber qué. Pero, claro, no hay nada.

No me hace falta fijarme para saber dónde estoy, y la verdad es que ya me importa un carajo.

—¡NO ENTIENDO QUÉ ESTÁ PASANDO! —grito a todos los que me rodean en el avión. Por supuesto, otras 219 personas tienen que soportar a una mujer desquiciada que grita dentro de un espacio cerrado con ellos adentro, pero espero que el universo me oiga también, porque me *harté*.

No le pregunté a mi padre si tenía una lesión en la cabeza.

Juré salvar la cabaña.

Estaba yendo por el correctísimo camino para nunca volver a besar a Theo Hollis.

¿Qué más tengo que hacer?

Todo el avión queda sumido en el silencio, y siento la presión de los ojos estupefactos de mi familia en el costado de la cara. Hasta mi madre se despertó.

Una asistente de vuelo se inclina por encima de Miles para susurrarme algo. Unas diminutas campanillas plateadas que lleva prendidas en el suéter tintinean en medio del silencio ensordecedor.

—Señora, ¿está todo bien?

—Estoy bien —digo, irritada y para nada bien, evidentemente. Pero ¿a quién le importa? ¡A nadie! ¡Igual no van a recordar nada de esto!—. Es solo que he estado viviendo el mismo puto día una y otra vez, pero bueno. Aterricemos y sigamos con esto.

—¿Puedo traerle algo de beber? —pregunta en voz baja.

—¿Esa sería la versión en clave de "Está asustando a los demás pasajeros. Le puedo traer vino, si quiere"?

Ella solo sonríe.

—No quiero nada. Gracias. —Me inclino hacia delante y me encuentro con los ojos de mi padre—. Papá, cuando lleguemos a la cabaña, no comas la bendita galleta.



Bajamos del auto, y el día está hermoso y todos están entusiasmados y sí, normalmente esta es mi época preferida del año con mi gente favorita, pero, Dios mío, no puedo hacerlo de nuevo. Estoy muy cansada.

Reparto consejos mientras doy abrazos a toda velocidad.

—Kennedy, ten cuidado con Miso cuando entres. Papá, repito, no comas las galletas. Escuchen todos. Kyle tiene un tatuaje nuevo. Lo tiene en el brazo, es una nota musical y está muy bueno, pero no lo toquen porque se está curando. Ricky —continúo—, no te preocupes por el Hendricks, el gin Bombay les gusta a todos. Además, Aaron no bebe alcohol porque entró en la mediana edad y le preocupa que se está poniendo viejo. Hablando de pelo, Theo, el corte te queda genial, pero tu pelo nunca fue el problema. ¿Y Lisa? —digo, sintiendo una punzada de culpa porque todos me están mirando preocupados y con los ojos como platos—. Te quiero… muchísimo… pero quizá sea mejor que dejes que Aaron elija la música esta noche. —Hago una pausa—. Y deja que mi madre tome las fotos.

Si no hiciera tanto frío, podríamos oír el canto de los grillos en el silencio de la confusión.

—En verdad no es mi intención parecer una hija de puta —digo, agregando—: ¡Uy, pónganse las orejeras, niños! Acabo de tener un día terrible. —Esto me hace reír. *¡Un día!* Y tardo algunos segundos incómodos en controlar las risotadas—. Ya se sabe que soy pésima con el alcohol, pero si alguien va a preparar tragos, me encantaría algo frutal con vodka. Ponche de huevo, no.

Andrew chasquea los dedos y lo miro. Tiene los ojos bien abiertos, pero una sonrisa en la boca. Mi eterno héroe imperturbable.

—Enseguida, loquita.

¿Quiero entrar a la casa con él? ¿Quiero coquetear con él en el porche? Sí. Pero de nada importará; lo único que lograré es inflar mis expectativas.

Mirando al cielo, suelto un largo quejido de agotamiento.

—¿Qué sentido tieneeeeee?

Una mano me rodea el brazo.

—¿Maelyn? —Es mi padre—. Cariño, ¿qué pasa?

—Diría que es una larga historia, pero en realidad no lo es. Estoy atrapada aquí. En el tiempo. —Suelto una carcajada trastornada—. ¿Quiero venir a esta cabaña todos los años? Sí. Pero ¿*en serio* quiero revivir el 20 de diciembre por toda la eternidad para hacer eso? No. No, no quiero.

Mis padres se miran con ojos preocupados.

—Quizá deberíamos llevarla a un médico —dice mi madre.

Mi padre se da vuelta y la mira con incredulidad.

—*Yo* soy médico.

—Ya sabes lo que quiero decir —suspira ella.

—No, la verdad que no.

La oleada de culpa sube dentro de mí: ya están peleando, y es por mí. Pero no puedo solucionar eso en este momento. Tendrán que resolverlo ellos.

Dirijo mis ojos suplicantes a Benny y digo:

—Tenemos que hablar.

Miro a mi madre para enviarle un "Dame un segundo" silencioso, antes de ir al porche con Benny. Amo a mi madre, pero en este momento, necesito la serenidad de Benny.

Intento deshacer mi llegada turbulenta con unos besos rápidos y tiernos en la cabeza de Kennedy y Zachary, pero se ponen rígidos y nerviosos cuando los toco.

Al menos Kennedy presta atención y mira dónde está el perro cuando entra a la casa.

Y mi padre no come una galleta.

De todos modos, nadie va a recordar esto.



Benny se sienta a mi lado en la hamaca del porche, y nos mecemos sumidos en un silencio consciente. Apenas puedo identificar la forma de la casa de al lado por entre los árboles, pero puedo ver el humo que sale por la chimenea y el resplandor de las luces de Navidad que cuelgan en el exterior a través de las ramas.

Las ramas.

Alzo la vista con cautela. Al otro lado del patio, creo divisar la rama cubierta de nieve que me partió la cabeza y la señalo, mascullando:

—Mañana no me vas a agarrar, hija de puta.

Benny se queda inmóvil.

—¿Vas a contarme qué te pasa?

—No va a servir de nada.

—¿Por qué no? —me pregunta, estudiándome.

—Porque esta es la cuarta vez que he estado en este día, y por más que intente hacer algo distinto, vuelvo una y otra vez.

—¿Cómo en *Hechizo del tiempo*, la del Día de la Marmota?

—¿Esa es una película?

—Ay, Dios, sí que eres joven —dice él, frotándose la cara con una mano—. Sigo pensando que esa tradición de la marmota es una de las más raras que tienen acá: eso de creer que el comienzo de la primavera lo determina la sombra de ese animal. De donde vengo, la primavera empieza el mismo día todos los años.

Debo de estar mirándolo perpleja porque asiente con la cabeza y agrega:

—Sí, Maelyn, *Hechizo del tiempo* es una película.

—Entonces sí. Haga lo que haga, termino desnucada y me despierto de vuelta en el avión.

—Tal vez te convendría hablar con tu…

—¿Mi padre? —digo, y niego con la cabeza—. No. Ya intentamos eso hace dos vueltas, pero me caí por la escalera del ático y… —Hago un ademán de *¡paf!* y él hace una mueca de dolor. Le indico que termine la oración.

—¿Empezaste todo otra vez?

—Bingo. Al parecer, no es un problema de mi cabeza —digo, hablándole al cielo—. Y al parecer, ¿no se trata de salvar la cabaña?

No hay respuesta. El universo no me ayuda en absolutamente nada.

—¿Salvar la cabaña de qué? —pregunta Benny con el ceño fruncido.

Respiro hondo y decido contarle todo de nuevo. Aunque tan solo sobreviva hasta mañana, necesito que alguien lo sepa. El ponche de huevo. La lamida en la cara. El traidor de Theo. El adorable de Andrew. El remordimiento por mil. La cabaña. El accidente. El purgatorio. En fin.

—Ah —digo—. Y te pedí que me dijeras algo que solo tú sabes para que me creyeras si esto volvía a pasar. Y me contaste lo del club en Sedona.

Benny abre los ojos como platos.

—¿Te lo *conté*?

—Sí. —Me estremezco—. Así que ahora tengo que vivir con esa información.

Benny suelta un "guau" por lo bajo.

—Así de loco como suena, creo que todo esto está pasando porque le pedí al universo que me mostrara qué me haría feliz y se la pasa mandándome aquí *sin manual de instrucciones* —grito hacia arriba—. A ver, sí, me encanta estar aquí. Lo entiendo. Y ahora viviré aquí para siempre. Una Navidad eterna. Cuidado con lo que deseas, ¿no?

Me río con una risa medio trastornada. Después de una larga pausa, Benny finalmente pregunta:

—Bueno, pero imaginemos que no tienes límites y puedes desear lo que quieras. ¿Qué cosa de todo este gigantesco mundo te haría feliz de verdad?

Como si estuvieran esperando el momento justo, se oyen unas pisadas que salen de la puerta principal y atraviesan el porche. Y allí, trayendo un vaso lleno de jugo de naranja, vodka y mucho hielo, viene Andrew.

—Un destornillador. Con mucho jugo —dice con una dulce sonrisa —. Porque, sin ánimos de ofender, eres una flojita, Maisie.

Andrew se sienta en la hamaca del porche, apretujándome entre el calor de su cuerpo y Benny. Mis emociones están en llamas, y la lujuria de mi vida nos mira a Benny y a mí.

—Bueno. ¿De qué estamos hablando?

No confíes en el universo.

Hablábamos de qué cosa desearía más en el mundo y apareciste tú. Qué curioso, ¿no?

Le doy un vistazo a Benny y me doy cuenta de que no va a rescatarme. Maldito sea por elegir este momento para hacerme enfrentar mis sentimientos.

—Hablábamos del día loco que tuve —digo—, y Benny me preguntó qué me haría feliz y tú saliste con un trago. —Tomo el vaso, y agrego—: Así que gracias. Ahora soy feliz.

Bebo un buen sorbo y *guau*, Andrew no se anda con vueltas: esto no tiene "mucho jugo". Me sorprende que no me salgan llamas de la boca al exhalar. La próxima vez que vuelva, le tendré que pedir que me prepare uno que no tenga tanto sabor a fuego.

—Sí que está fuerte —digo con dificultad mientras se lo doy a Benny, que lo apoya en la mesa que tiene a su derecha.

—Estás rara hoy, Maisie —comenta Andrew entre risas.

Toso bruscamente, haciendo una mueca por la sensación de ardor.

—Solo vivo mi verdad.

—Eso lo veo. —Percibo que mira a Benny por encima de mi cabeza—. Siempre y cuando no estés molesta con nosotros por algún motivo, ¿no?

La culpa se cuela en mi actitud imprudente. Así sean producto de mi imaginación o peones del juego del universo, amo a esta gente con locura. Tendré que ser más amable la próxima vez que pierda la razón.

—Espero que no haya hecho sentir mal a tu mamá.

Andrew se ríe y dice:

—Según mi padre, hace tres semanas que viene poniendo ese álbum de Navidad de Bob Dylan y todos le hemos dicho que es horrible. Quizá oír lo mismo dicho por alguien que no sea ni su hijo ni su esposo tenga otro efecto. —Andrew junta las cejas oscuras—. Pero ¿cómo sabías que mi padre se olvidó el Hendrick's?

—Una corazonada extraña —respondo.

Andrew asoma el labio inferior, pensando en esto con toda dulzura, y después asiente con la cabeza como si hubiera quedado totalmente satisfecho con mi no explicación. Acepta las cosas raras y surrealistas casi tan bien como Benny.

—Qué sueño de locos habrás tenido en el avión. La semana pasada soñé que trabajaba en un parque de diversiones —me cuenta, tratando de entablar conversación—. Durante, no sé, una semana después de soñar eso, tuve la sensación de que siempre llegaba tarde a trabajar en el puesto de algodón de azúcar. Me estresó un montón.

La anécdota me hace reír, y los tres nos quedamos callados. El silbido del viento entre los árboles es el único sonido que se oye hasta que no puedo dejar de preguntar:

—¿Y por qué el puesto de algodón de azúcar?

—¿En serio preguntas? —Andrew me mira, incrédulo—. A ver, ese sería el *mejor* trabajo en un parque de diversiones.

—El más pegajoso —lo corrijo.

Benny expresa su acuerdo con un "ajá" y agrega:

—Yo trabajaría en las tazas giratorias.

Hago una marcada mueca de asco.

—Ahí hay que limpiar mucho vómito. —Andrew se estremece al oírme, y yo lo miro—. ¿Qué? ¿Piensas que no habrá gente lanzando cerca del puesto de algodón de azúcar?

Benny se ríe y cierra los ojos, alzando la cara hacia el cielo.

—Ya no sé ni de qué estamos hablando.

Hace rato que el sol ha desaparecido detrás de las montañas, y tengo un cansancio tan profundo que siento que la gravedad me está jalando con más fuerza.

—Andrew —digo—, va a hacer muchísimo frío en el hangar.

Él se queda tieso a mi lado.

—¿Cómo sup…?

—Otra corazonada.

Se queda procesando esto un segundo y después dice:

—Sigue siendo mejor que una litera.

—Supongo —admito—. Pero sacudamos las bolsas de dormir viejas que están en el sótano antes de que te vayas allí esta noche. No quiero que te congeles. Hay que salvarte: a ti y a las partes prominentes de tu cuerpo.

—Eh… —Se queda mirándome—. ¿Bolsas de dormir? —Ante mi silencio, agrega por lo bajo—: ¿Otra corazonada?

—Sip.

Se le hunden dos hoyuelos en las mejillas cuando dice:

—¿Estás preocupada de que esté ahí afuera, Maisie?

—Siempre estoy preocupada por ti —respondo.

—¿Y por mis partes prominentes?

A mi lado, percibo que Benny está tratando de meterse con valentía dentro de la hamaca.

—Siempre —digo, y agrego con una honestidad desenfrenada—: Te amo enormemente. Vayamos a prepararte todo allá afuera, así puedo dormir una siesta después.

Cuando lo miro, el momento se estira; Andrew no se ríe, ni hace bromas ni juega. Solo se queda con la vista puesta en mí. Nuestras miradas no se separan, y por un suspiro, los ojos de Andrew bajan a mi boca y veo que sus labios forman un pequeño mohín de sorpresa, como si estuviera viendo algo en mi cara que antes no estaba.

Ojalá este sea *su* momento del tablero eléctrico, la roca enorme que rueda. Soñar no cuesta nada.

Sin embargo, la sensación de tener sus ojos puestos en mí es como una droga, y cuando intento pararme, me tambaleo en el lugar y casi me caigo. Benny y Andrew se enderezan de golpe para atajarme.

Pero Andrew me sujeta primero y con más fuerza: sus manos me toman de los antebrazos, y me estabiliza a medida que invado su espacio.

No puedo evitarlo; tengo la guardia baja. ¿Ese abrazo de Andrew que siempre he querido? Está pasando en este momento. Me entrego a sus brazos.

Solo lo necesito por un segundo. Solo quiero que me contenga, que me abrace en un momento en el que no estemos saludándonos ni despidiéndonos. Se nota que él se sorprende al principio, pero después sus brazos me rodean la cintura mientras yo le rodeo el cuello con los míos y lo estrecho más, bien fuerte.

Abro un ojo, esperando que me metan de vuelta en el avión. Sé que se viene porque aquí estoy, siendo egoísta y poniéndome en primer lugar en vez de hacer algo que vaya mucho más allá.

Pero mis pies siguen clavados en el porche.

—Voy a… —Benny enseguida se aparta y se dirige discretamente a la puerta del frente. Gracias, Benny.

—Oye. ¿Estás bien? —pregunta Andrew contra mi pelo.

—Sí. —Cierro los ojos y giro la cara hacia su cuello. Sintiendo su aroma suave y cálido, intento tragarme el afecto que se acumula en mi garganta. Pero se queda allí, como una píldora que tuve que tragar sin agua.

—¿Nada más necesitabas un abrazo? —Percibo una sonrisa en su voz áspera, y asiento con la cabeza. "Just Like Heaven" de The Cure se filtra por sus auriculares; el sonido se oye apagado por la cercanía de nuestros cuerpos, pero la melodía se oye lo suficiente para hacer que las costillas me duelan por la nostalgia. He oído a Andrew cantar esta canción cientos de veces. La música está entrelazada en su ADN, es la base de su felicidad relajada y, en este momento, su abrazo se siente como una canción de cuna, como una melodía que te serena antes de ir a dormir.

Sinceramente, podría quedarme así para siempre, pero muy en el fondo sé que esto no es lo que el universo me está pidiendo que haga. Lo aprieto una vez más y me aparto.

—Eso era justo lo que necesitaba. Das buenos abrazos, Mandrew.

—Bueno, gracias, señora. —El pelo le cuelga sobre la frente como zarzas silvestres. Tiene los ojos tan verdes y brillantes que el color siempre me pareció cautivante. Se lame los labios, y me quedo mirándole la boca, carnosa, sexy, que apunta a mí. Él se aparta el pelo de la frente, pero se le vuelve a caer.

Mi filtro se rompe temporalmente.

—Pero ¿qué te *pasa*? —pregunto en voz baja.

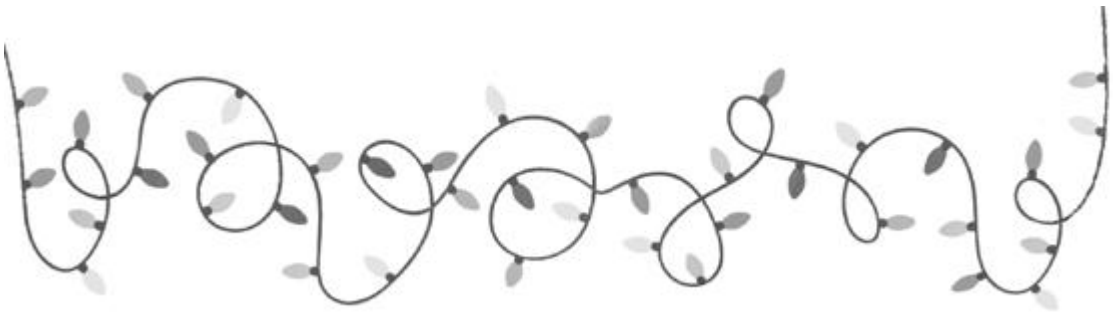
—¿Qué me pasa a mí? —ríe él—. Mejor dicho, ¿qué te pasa a ti? ¿Quién es esta nueva Mae exigente que necesita tragos y abrazos?

—No me creerías si te lo dijera —respondo.

—Bueno, sea lo que sea, me gusta —dice él—. De repente me haces sentir un poco borracho. Lo que no tiene nada de malo, por cierto.

Antes de poder pensar mucho en lo que quiso decir, la boca se le curva para esbozar una sonrisa y me tironea el gorro tejido para

taparme los ojos, así que lo único que percibo de su retirada es una carcajada.



Capítulo doce

A pesar de que, si hago las cuentas, he desayunado esto mismo dos veces en cuarenta y ocho horas, igual me abalanzo sobre las bandejas a la mañana siguiente. ¿Acaso no suelo asegurarme de que quede comida suficiente para todos en la mesa? Por supuesto. Pero también sé que hay dos tandas más de *blintzes* en el horno y que nunca los terminamos, y para qué estamos aquí, ¿no? ¿Para dejar comida de lo más aceptable en la mesa? De ninguna manera. No si estoy a cargo de lo impredecible.

Andrew toma la bandeja que le paso y se ríe.

—Veo que hoy sigue la Mae rebelde. Me gusta.

—Mira —digo—. Hay suficiente para cincuenta personas. Basta de fingir que no queremos hundir la cara entera en esta bandeja y devorar hasta la última miga.

Totalmente de acuerdo, Andrew toma una pila gigante de *blintzes* y después carga el plato con más tocino y huevos cuando le llegan las bandejas.

—Me voy a arrepentir —sentencia.

Me meto un buen bocado en la boca y digo mientras mastico:

—¿Te parece?

Él me sonríe como diciendo: "Tienes razón, no me voy a arrepentir".

—Si hoy construyes la criatura de nieve con esta misma energía —dice Aaron, dejando pasar la bandeja de la carne—, podría disparar o destruir tus probabilidades de ganar.

Sigue con el pijama puesto, y me parece que debería advertirle sobre el accidente de vestuario que va a tener dentro de unas horas, pero no sé si habrá alguna forma sensata de explicarle cómo lo sé.

—¿Y eso a qué viene? —pregunto.

—Creo que lo que quiere decir —interviene Kyle, tomando la bandeja que le pasa su esposo— es que tu onda este año parece un poco…

—Impredecible —termina mi padre, con cuidado.

—Lo que quiere decir es "loca como una cabra" —corrige Miles.

—Eso no es lo que quise decir, en realidad.

Kennedy aplasta sus panqueques con un tenedor.

—¿Qué tipo de cabra?

Miles levanta la vista del teléfono y responde:

—De las chifladas.

Zachary se para sobre la silla.

—A mí me gustan más las ovejas.

—Miles —lo regaña mi madre.

—¿Qué?

—Es Navidad. Trata bien a tu hermana —dice ella.

Kyle forcejea con Zachary para que se vuelva a sentar.

—Cuando era bailarín de Janet Jackson —continúa—, decíamos que cuando una persona estaba así, estaba "crocante".

Andrew me mira a los ojos como si dijera: "Toma nota de la mención número uno de que fue bailarín de Janet Jackson".

—"Crocante" es una descripción bastante acertada de cómo me siento.

No agrego que, a pesar de ser yo la de la "onda impredecible", todos excepto Aaron también se han servido el doble de comida que suelen servirse.

Kyle le pasa la bandeja vacía a Theo, que se queja por tener que volver a llenarla.

—Mae.

Alzo la vista y veo a Theo levantarse de la mesa, haciéndome un gesto con el mentón para indicar que lo acompañe. ¿Para ayudarlo a abrir el horno? ¿Para sostener la bandeja mientras él la llena?

Le hago un gesto para indicarle que estoy muy ocupada, les arrojo a mis *blintzes* una cucharada gigante de mermelada, murmuro "¿Por qué no?" y echo una cucharadota de puré de manzana.

Con esta obra de arte delante de mí, es fácil ignorar los ojos boquiabiertos en la mesa.

—Cariño —dice mi madre con suavidad—, ¿en serio te vas a comer todo eso?

Nunca discuto con mi madre, pero como igual nada de esto importa…

—Mis ojos dicen que sí —le respondo—. Mi estómago dice que quizá no. Pero estos son los mejores *blintzes* que comeré en todo el año, y ¿quién sabe cuándo los volveré a comer? —Miro a Benny y le guiño un ojo—. Bueno, salvo yo. Seguro los volveré a comer.

Mi tenedor baja en picada y pincho un bocado.

—Tranquila, pequeña. —Benny me mira con unos serenos ojos de advertencia—. ¿Qué tal si haces circular los acompañamientos?

Frunciendo el ceño, se los paso a Andrew, que inunda su propio desayuno con gusto.

—Mae —dice Kennedy desde el otro extremo de la mesa—, si comes todo eso, vas a vomitar.

—Una vez comí cuatro panqueques con chips de chocolate y vomité en el auto de papá —dice Zachary.

Kennedy cierra los ojos y acota:

—Hubo olor feo mucho tiempo.

—Como en el metro —agrega Zachary con entusiasmo.

—Kennedy, Zachary —empieza a decir Andrew—, no hablen de vómito en la mesa.

—Hablemos de construir —interviene Ricky, cambiando de tema—. ¿Todos saben lo que van a hacer este año?

Andrew se inclina y me dice al oído:

—Pensaba que podríamos hacer un panda.

Niego con la cabeza y giro para mirarlo. Nos separan tan solo unos centímetros. Él tiene un puntito de puré de manzana justo debajo del labio. En mi mente, se lo lamo, y una voz dentro de mí susurra: "Hazlo. De todos modos, no se va a acordar".

—Vamos a construir una mona de nieve —le comunico—. Se va a llamar Thea, y vamos a ganar.

Andrew está en cuclillas, esculpiendo con esmero la cara de Thea. A nuestro alrededor, todos están concentrados y en silencio. No hay ni una bola de nieve a la vista.

—Nunca hablamos de estas cosas en realidad, pero sigues en Berkeley, ¿no? ¿No volviste a Los Ángeles?

Lo miro, sorprendida por la pregunta. O sea, no me sorprende que me la haya hecho: es esperable hablar de eso con alguien a quien solo se ve un par de veces al año. Lo que me sorprende es que la Mae de la vida real parece haber existido hace mucho, mucho tiempo. Ahora soy la Mae de la cabaña. La Mae del bucle temporal de Utah. Al parecer, siempre está con el Andrew de la cabaña. Puede que nunca vuelva a mi casa, no lo sé. Si este salto temporal sigue ocurriendo, quizá nunca consiga salir de Utah, y el mundo real nunca se enterará de que me fui.

—Sí —digo, exhalando despacio—, Los Ángeles no funcionó, la verdad. —En realidad, Los Ángeles no funcionó porque no debería haber aceptado el trabajo. Estaba apenas salida de la universidad, y se trataba de un puesto como diseñadora gráfica en una empresa nueva y muy pequeña que a duras penas podía pagarme un salario que alcanzara para vivir en una de las ciudades más costosas y menos accesibles del país. La vergüenza de volver a mudarme con mi madre, y su nuevo esposo, fue compensada de inmediato por el alivio de no tener que pagar las cuentas con tarjeta de crédito. Pero dos años después, siento que estoy cada vez peor en lo financiero y cada vez más como en la película *Soltero en casa*.

—Pero ¿te va bien?

—A ver —respondo—, no tengo que pagar renta y puedo compartir tiempo con Miles cuando él está dispuesto. Pero también

duermo en mi cama de la infancia y me doy cuenta de los ruidos que hacen mi madre y su nuevo esposo cuando tienen sexo, así que… ¿cuál es tu definición de "bien"?

—¿*Por qué*? —se queja él, haciendo una profunda mueca.

—Oye, si yo sufro, tú también.

—¿Y cómo va el trabajo entonces?

—Bien. —Le pongo un poco más de nieve al abdomen de Thea.

—Tranquila —me dice, y su voz profunda me vibra por la espalda —, no te emociones demasiado.

—Perdón —río—. Es que cuando acepté el trabajo, pensé que me encargaría más de lo divertido y no tanto de lo tedioso y deprimente que tiene que hacerse en la computadora.

—¿No estabas haciendo algo con adolescentes?

Me encojo de hombros con una curiosa indiferencia.

—El programa no resultó como pensaba.

El eufemismo del año. Cuando me mudé de vuelta a casa, me presenté para un trabajo en una organización sin fines de lucro de Berkeley que brinda programas gratuitos e innovadores a adolescentes carenciados y de bajos ingresos. Como en la universidad me especialicé tanto en diseño gráfico (mi madre me dijo que cumpliera mis sueños) como en finanzas (mi padre me dijo que hiciera algo práctico), propuse diseñar programas gratuitos que se dictarían por la tarde en el centro de Berkeley y en los que los chicos podrían aprender artes y diseño gráfico. En un mundo ideal, yo iba a dar las clases y los chicos iban a sumar destrezas a su currículum, además de ofrecer servicios de diseño gráfico baratos a empresas de la zona con los que podrían ahorrar para la universidad.

—¿A tu jefa no le gustó tu plan? —pregunta Andrew, mientras quita cuidadosamente con el dedo una línea de nieve suelta.

—Ah, le encantó la idea —le cuento—. Pasamos más de un año diagramando cómo podía hacerse, determinando los fondos que necesitaríamos recaudar y cómo recaudarlos, redactando los términos y condiciones, y debatiendo cómo incorporar personal al sitio.

—Claro, sí, recuerdo esa parte.

—Y mi jefa lo hizo. Lo de incorporar personal. El verano pasado contrató a una amiga de ella para que diera el curso.

Andrew suelta un quejido grave y comprensivo.

—Un momento, entonces, después de toda esa preparación, ¿ni siquiera lo estás dirigiendo?

Niego con la cabeza.

—Neda, mi jefa, pensó que, como yo había estudiado contaduría, sería más beneficioso para "el equipo" que llevara los libros.

—¿Estás haciendo la *contaduría*?

—También hago algunas cosas del sitio web, pero sí. La contaduría ocupa la mayor parte de mi tiempo. —Me inclino cerca de las patas de Thea y agrego un poco más de nieve en las ancas—. Ni siquiera he visto a uno solo de los estudiantes porque por la forma en que redactamos, o mejor dicho, por la forma en que *redacté* los términos y condiciones, para proteger a los chicos no permitimos que en el aula haya adultos que no formen parte del programa. Me encanta lo que hacemos, pero no me encanta la función que cumplo.

—Quizá no me corresponda decir esto, pero ¿qué tal si renuncias? Lo bueno de vivir en tu casa es que tienes cierta protección.

No es la primera persona que me hace esa sugerencia. Mi mejor amiga de la universidad, Mera, ha estado meses tratando de convencerme de que deje este trabajo. Todos saben que se me da muy mal saltar sin paracaídas, así que me enfrento al eterno problema del huevo y la gallina: si consiguiera otro trabajo, podría renunciar, pero para encontrar otro trabajo debo reconocer que voy a renunciar. Es un círculo vicioso.

—Eh —digo con elocuencia.

Andrew frunce el ceño, comprensivo.

—Qué mal, Maisie. Lo siento mucho.

Sí, qué mal, pero de repente mi atención se desvía a lo que está pasando en otro lado. O mejor dicho, a lo que no está pasando. Todos siguen muy concentrados, en completo silencio. Andrew y yo somos los únicos que estamos hablando. No veo ninguna de las sonrisitas ni oigo ninguno de los gritos alegres de la batalla de bolas de nieve. Es evidente que todos nos estamos esforzando para construir nuestras criaturas, pero estamos así porque eso es lo que hacemos. Esa es la rutina. Pero nadie, ni siquiera Ricky, lo está disfrutando.

La batalla de bolas de nieve fue espontánea, y fue divertidísima. Hizo que todos se rieran y se sintieran conectados. No tendría que haber intentado detenerla.

—Esto no está bien —digo.

Andrew me mira a mí y después a nuestras familias.

—¿Qué no está bien? —pregunta.

—Todos se mueven como robots. ¿Para qué estamos haciendo esto?

—Porque es la tradición —responde Andrew, como si fuera obvio, que lo es, pero ¿a cuántos nos importa esto de verdad? Él también observa a los demás grupos, que trabajan con absoluta determinación.

Me pongo de pie, sonriéndole, y me inclino para juntar una gran bola de nieve. La presiono bien con las manos y recorro con la mirada a las posibles víctimas.

—La pregunta es quién merece *esto*.

Sin dudarlo, Andrew se inclina y forma una bola de nieve.

—Theo —dice.

—Quizá Miles —sugiero.

—O tu padre.

—Mi padre, sin duda —concuerdo.

—Mi madre puso esa música horrible a pesar de que le pediste que no la pusiera —replica él.

—Kyle nunca tiene resaca. No es justo —digo.

Andrew murmura un "ajá" y agrega:

—¿Piensas que la bola de nieve desaparecería dentro del agujero negro del pelo teñido de Aaron?

—Vale la pena probar —concuerdo—. La ciencia depende de nosotros.

—Pero también está Benny —dice él—. Todo este tiempo ha estado lo más tranquilo en la escalera de la entrada con un café caliente.

—Porque es listo.

—Malditos sean él y sus buenas decisiones. —Andrew pasa la bola de nieve de una mano a la otra.

—Benny, entonces. A la cuenta de tres —digo—. Uno.

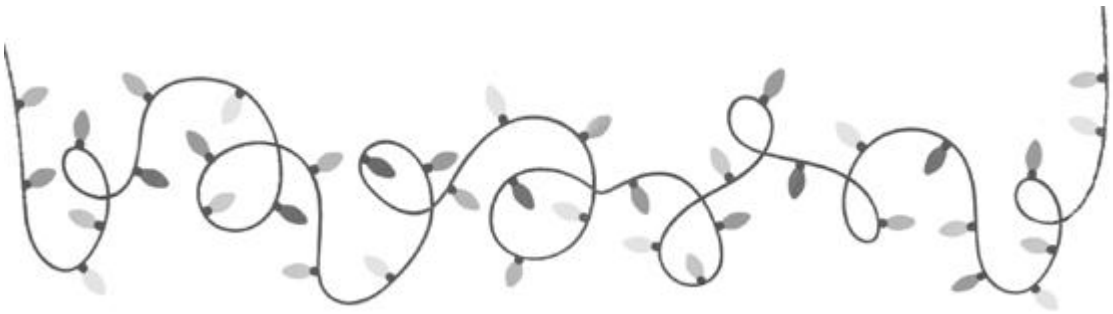
—Dos.

—Tres.

Le lanzamos nuestras bolas de nieve a Benny, que está totalmente desprevenido. La mía le da en el hombro. La de Andrew le da de lleno en el pecho. Al principio, nos mira con absoluta e inmediata traición en los ojos. Pero algo cambia en su cara cuando nos ve a los dos juntos, inclinándonos para armar más bolas de nieve. Quizá ve la dinamita en mis ojos, o quizá nota lo mucho que Andrew necesita este cambio de rutina… quizá incluso ve lo mucho que yo necesito que pase esto. Entonces toma un montón de nieve, lo aprieta y se lo lanza a Ricky.

En tan solo unos segundos, ya no sé quién me dio a mí, quién le dio a Andrew, cuándo derriban a Thea ni qué está pasando en medio del vendaval de nieve que vuela por todos lados. Solo sé que el eco de las risas de los que más quiero es el sonido más lindo que he oído.

Otro pequeño logro.



Capítulo trece

El vivero de Park City es un vivero tradicional la mayor parte del año, pero en invierno se convierte en un paraíso brilloso y centelleante. La pequeña edificación verde que suele albergar herramientas de jardinería está llena de coronas de hojas naturales y repleta de decoraciones navideñas y regalos. Del techo cuelgan hileras de luces y, en lugar de macetas con pimpollos coloridos de verano, hay guirnaldas de acebo, poinsettias y abetos diminutos por todas partes. Incluso hay un fogón enorme con asientos alrededor, y los empleados reparten sidra especiada, típica de esta época.

Por lo general, mi padre y Ricky les hacen frente a las masas, pero esta noche necesitaba salir de la casa. Como hacer lo que quiero aún no me ha fallado, le pedí a Andrew que me acompañara. Felices de no tener que lidiar con este lío, nuestros padres nos dejaron en la acera, se fueron a un café y nos pidieron que les avisáramos cuando tuviéramos un árbol listo para cargar en la camioneta.

Siento que Andrew me observa mientras avanzamos con dificultad entre la gente, lo que me produce el curioso efecto de hacerme sentir acalorada y temblorosa a la vez.

—Tendría que haberte preguntado a ti por tu trabajo —digo, esquivando a una pareja que se inclinó para ver el precio de un árbol.

—Estabas muy ocupada iniciando una batalla de bolas de nieve.

Me río y pregunto:

—¿Cómo van las cosas en Denver?

—Estoy en la rara situación —me cuenta— de tener un trabajo en verdad perfecto, pero sin ninguna posibilidad en absoluto de progresar. El único puesto más alto que el mío es el de ingeniero de sonido en jefe, y el tipo que hace ese trabajo solo tiene cinco años más que yo y jamás va a irse de Red Rocks.

Andrew siempre fue un *nerd* del sonido, como le decimos cariñosamente. Se apuntaba a todas las clases de música habidas y por haber en la escuela e iba a todos los recitales que pasaban por la ciudad. Envidio el amor que tiene por lo que hace; probablemente trabajaría gratis.

—¿Alguna vez se te ocurrió dedicarte a la producción musical?

Él niega con la cabeza y responde:

—No tengo la intensidad mental para una vida así.

—¿Quieres que me encargue de este compañero de trabajo? Quizá mi problema profesional sea que no he encontrado mi verdadera vocación como asesina a sueldo.

—Quería decirte —sonríe él— que ya sabrás qué hacer, Mae. Eres muy talentosa. De tal palo artístico, tal astilla artística.

Su confianza perenne en mí me levanta la moral.

—Gracias, Mandrew.

—Nada que ver con nada, pero ¿alguna vez te tiraron las cartas del tarot? —me pregunta.

—¿Me lo preguntas en serio?

—Sí —ríe él.

—No —admito—, en parte porque no quiero que me den malas noticias.

—A mí sí me las tiraron —dice y de inmediato levanta las manos—. Ya sé, parece una locura. Créeme, pensé que era una broma. Pero había una mujer tirando cartas en una fiesta. Dice que los que hacen tiradas trágicas son unos idiotas.

—¿Piensas que debería preguntarle al tarot cuál es mi verdadero camino profesional? —Lo último que necesito, creo, es jugar con más energía cósmica.

—Solo digo que quizá eso sacuda algo dentro de ti. —Se encoge de hombros con dulzura—. Al menos a mí sí me sacudió algo.

Una mujer me da un codazo sin querer cuando pasa por al lado y mi sidra caliente se derrama y cae por mi mano. Me quema un poco, y siseo ante la sensación.

—¿Siempre es así este lugar? Creo que nunca noté que todos los habitantes de Park City procrastinan tanto como nosotros. —Me inclino, lamiendo la bebida dulce de mi dedo. Quizá lo esté imaginando, pero juro que Andrew me mira dos veces.

—Seguro la mayoría de estas personas no viven aquí y también son turistas que están comprando un árbol a último minuto. —Andrew se mete las manos en los bolsillos—. Mi padre siempre se queja de que esto parece un manicomio.

—Estacionar la camioneta debe de ser una pesadilla. ¿Por qué no les pedimos que nos traigan y se vayan todos los años?

Andrew me mira con esos ojos, los que me dicen que es una pregunta tonta. "Lo hacemos porque así es como siempre lo hemos hecho", dice su mirada. "La tradición, obvio". ¿Cuántas cosas más como esta hacemos sin pensar, solo porque es como siempre las hemos hecho? Los mismos platos en cada comida; los mismos juegos todas las noches, con los mismos equipos. Las mismas canciones. Yo soy la peor de todos: nunca estoy dispuesta a renunciar a absolutamente nada.

Al darme cuenta de esto de repente, siento como si se me encendiera una lámpara en el cerebro.

Se oye una música navideña en el ambiente y, a mi lado, Andrew mueve la cabeza al ritmo de la melodía, contento. Visto con este nuevo cristal, me pregunto si se habrá sentido asfixiado por lo predecible de las fiestas… me pregunto si nos habrá pasado a todos.

—¿Detestas las tradiciones? —le pregunto—. ¿Las criaturas de nieve, los trineos y los juegos?

Andrew se queda pensando un segundo en silencio.

—Me *encanta* tirarme en trineo y no detesto lo demás. Pero sí, a veces quisiera hacer algo distinto. Hemos hecho lo mismo toda la vida. —Señala un bello abeto de Douglas simétrico al que nos estamos acercando—. ¿Qué te parece ese?

Arrugo la nariz y niego con la cabeza.

—Sé que a mis padres les encanta recibirlos a todos aquí —me dice, retomando la marcha—, pero ¿nunca quisiste subirte a un avión y hacer alguna locura? ¿Viajar a Grecia o pasar Año Nuevo en Londres? —Antes de poder responderle, señala otro árbol—. ¿Ese?

—No…

—¿No al árbol o no a hacer alguna locura?

—¿A las dos cosas? —Le sonrío—. Y Año Nuevo en Londres. Mmm. ¿Estaríamos todos juntos en esta situación imaginaria?

A él le brillan los ojos, y una sensación se me dispara por la espalda. Juro que nunca me ha mirado así, como si estuviera viéndome por primera vez.

—Por supuesto.

—Bueno, entonces sí, me parece una idea genial. Si bien la cabaña es el lugar que más me gusta en el mundo, empiezo a pensar que no sería muy terrible hacer algo distinto. Quizá deberíamos hacer cosas porque nos encantan, no porque siempre las hemos hecho así. —Hago una pausa, formando con cuidado la pregunta en mi mente—. ¿Andrew?

Él alza la vista al cielo, admirando un árbol imponente. De las nubes han empezado a caer unos diminutos copos de nieve.

—¿Mmm?

—Hay que hacerle muchas reparaciones a la cabaña, ¿no?

A Andrew se le desvanece la sonrisa y vuelve la vista a mí.

—Bastantes, sí.

—¿Cómo qué?

—Hay que renovar el acabado de los pisos —dice—. Pintar el interior y el exterior. Casi todos los electrodomésticos tienen tantos años como yo. Hay que hacer un techo nuevo.

—¿Cuánto cuesta un techo nuevo? —Una bola de pavor se forma en mis entrañas.

—El estimado más conservador fue doce mil dólares —dice él. Así que lo han estudiado—. Si ponemos tejas de cedro como las

originales, el costo se duplica. Ni hablar de que seguramente habrá que reemplazar machimbre cuando empecemos a quitar todo.

A la mierda. Pregunto sin más vueltas:

—Tus padres quieren venderla, ¿no?

Andrew ni siquiera parece sorprenderse por la pregunta.

—Creo que sí.

—¿Theo y tú quieren venderla?

Él esquiva con cuidado a unos niños que están corriendo alrededor de un árbol y responde:

—Yo no, pero vivo en Denver. La verdad es que no puedo obligarlos a conservarla si no estoy para ayudarlos. Theo acaba de comprar un terreno en Ogden. Pronto construirá su casa y no estará muy disponible. Mis padres ya no son tan flexibles ni tienen la energía de antes. Es mucho para hacerlo solos.

—Pero ¿por qué deberían hacerlo solos si estamos todos aquí?

Andrew se detiene y baja la vista para mirarme.

—Tú estás en California, y Kyle y Aaron están en Nueva York.

—Lo que quiero decir es que podríamos venir a ayudar durante el año.

A Andrew se le escapa un mechón de pelo rebelde por debajo del gorro tejido, y cuando fija los ojos en mí, quedo embobada.

—Mi padre es orgulloso —explica, dando un breve vistazo por encima de mi hombro, supongo que para ver si justamente su padre se está acercando—. No le gusta pedir ayuda, y no se le da muy bien aceptarla cuando se la ofrecen. En especial de parte de nosotros, los niños.

Sé que es cierto. Incluso recuerdo las veces, cuando era pequeña, que Ricky le insistía a mi madre que no hacía falta que cocinara

cuando estaba en la cabaña, como si con eso fuera a detenerla. Pero no me refiero solamente a la ayuda de los demás padres. Tengo una bestia en mi interior que quiere desgarrarme la piel y abrirse paso para salir. No quiero ser más una niña.

—Pero ya no somos niños.

Andrew baja un poco más la vista, y no se me escapa el momento en que sus ojos se posan un segundo en mi boca.

—Hace rato que no somos niños.

El estruendo de sus palabras tiene un efecto muy distinto del de un relajante muscular.

—Y a tus padres les gusta recibirnos, lo sé. Les encanta ser padres, les encanta atendernos. Pero es hora de que ayudemos todos.

Andrew se da vuelta para retomar la marcha y señala:

—Lo dices como si a tus padres no les gustara ser padres.

Por instinto, y a pesar de que es Andrew el que pregunta, respondo con cuidado.

—Ya sabes que mi madre es increíble, además de ser tremendamente protectora. Pero la relación entre ellos siempre ha sido muy desastrosa y a veces cuesta.

—Nunca hemos hablado del hecho de que tus padres están divorciados, pero siguen viniendo todos los años.

—El esposo de mi madre, Víctor…

—¿El esposo que no pasa Navidad con su esposa? —dice Andrew, sonriéndome con picardía.

—Ese mismo. Tiene dos hijas, que a su vez tienen familia propia. Las dos están en la costa este, así que si bien él se desvive por mi madre, le viene muy bien poder pasar tiempo con sus hijas sin la

complicación de las familias ensambladas. Se que puede sonar tonto porque se supone que soy adulta y no debería necesitar que mis papis estén juntos en Navidad, pero esta es la única semana del año en que volvemos a actuar como una familia.

—No me parece que sea tonto —opina él—. Antes me dabas mucha pena.

Me sobresalta un poco el cambio de vías.

—¿Yo te daba pena? —Él asiente con la cabeza—. ¿Por qué?

Andrew me mira como si la respuesta fuera evidente.

—No, en serio —digo—. ¿Por qué?

—Porque por unos años vi lo mucho que te costaba lidiar con tus padres cuando estaban juntos en la cabaña y era obvio que ya no estaban *juntos*. Todos estaban aquí físicamente, pero había veces en que te veía muy… triste —me explica—. Y después, el año en que anunciaron el divorcio, fue como si hubieras vuelto a respirar.

Me quedo mirándolo, impactada. ¿Vio todo eso en mí?

—Lo siento —dice enseguida—. Estoy diciendo estupideces, no…

—No —lo interrumpo—. No te disculpes. Es solo que me sorprendí… de que vieras eso.

—Te he conocido toda la vida, Mae. ¿Cómo no iba a verlo? —Me vuelve a sonreír—. Y aquí estás este año, impulsiva, imponiéndote y arrojando por la borda todas las expectativas. Te pusiste dominante e imperativa.

—Creo que nada más veo las cosas con otros ojos. Llegó la hora de crecer.

Andrew golpea un poco de nieve espumosa sobre una rama.

—Llegaste a estas fiestas como una topadora.

Una sensación de rebeldía me recorre por dentro.

—Es más bien que… veo toda la vida que tengo por delante y pienso: ¿qué tal si hago lo que quiero?

—Mermelada y *también* puré de manzana en los *blintzes* —bromea él—. Tragos en el porche. Batallas de bolas de nieve.

La palabra sale disparada de mi boca:

—Tú.

A él se le congela la sonrisa, y después desaparece poco a poco.

—¿Yo? —Se le escapa una risita incómoda—. Bueno, a mí me tienes.

Andrew sonríe y abre bien los brazos, señalando nuestro alrededor, los árboles y la nieve, las luces titilantes que cuelgan encima de nosotros.

—Va más allá de querer que me acompañes a comprar un árbol, y creo que lo sabes. —Tengo el corazón desbocado—. Pero podemos hacer de cuenta que eso fue lo que quise decir, así no nos sentimos incómodos.

Andrew se queda mirándome, y me siento orgullosa y aterrada a la vez de que haya logrado dejarlo sin palabras.

—¿Quieres decir… que…? —Levanta las cejas significativamente.

La adrenalina se dispara por mi sangre.

—Sí, eso.

—Pensaba que tú y Theo…

—No.

—Pero él…

—Quizá *él* sí, pero yo no. —Siento una punzada fría de culpa y le aclaro—: Quiero decir que nunca me he sentido así por él.

—Ah. —Incluso en la penumbra, noto que se está ruborizando como nunca. ¿Acaso acabo de estropear lo que borboteaba entre

nosotros? Tal vez. Pero me doy cuenta de que todo esto es instructivo. Al menos la próxima vez que vuelva al principio, ya sabré qué es lo que *no* tengo que decir.

—Vamos. —Le tironeo de la manga—. Busquemos un árbol.

Seguimos avanzando, pero el silencio es abrumador. El crujido de la nieve entre nuestras botas, el sonido de la garganta de Andrew al beber un trago de sidra. Busco y rebusco en mi mente una forma de cambiar de tema, pero no se me ocurre nada.

Finalmente él me dice:

—¿Tienes… eh… algún objetivo para el Año Nuevo?

Dios, qué espanto esto. Y todas las respuestas que se me vienen a la mente de inmediato son cosas que no puedo decir: *Quisiera saber por qué viajo en el tiempo a cada rato… O lo más probablemente imposible: quisiera besarte en la boca. Quisiera renunciar a mi trabajo…*

Me detengo en seco.

—Sí, de hecho tengo un objetivo.

Llevada por un impulso que parece una bendita revelación, saco mi teléfono y empiezo a escribirle un e-mail a mi jefa:

> Neda:
>
> Por favor, considera este mi preaviso. Te agradezco todas las oportunidades que me has dado, pero estoy lista para explorar nuevas aventuras. Podemos hablarlo mejor después de las fiestas.
>
> Un abrazo,
>
> Maelyn

Antes de detenerme a pensar en lo que estoy haciendo, toco "Enviar". Respiro hondo y exhalo con fuerza. A Neda le gustan las comunicaciones honestas y al grano. Está bien.

Ay, Dios mío. De verdad hice eso. Me embarga una sensación de alivio, como si me envolviera en una manta gruesa.

—Guau, qué bien se sintió eso.

—¿Qué pasó? —pregunta Andrew.

—Acabo de renunciar —le digo con una sonrisa.

—¿Acabas de…? ¿*Recién*? —Sus cejas desaparecen debajo de los rizos despeinados—. Guau. Bueno. Ahora sí sabes lo que quieres hacer, ¿no?

—Eso intento. —Cierro los ojos y vuelvo a respirar hondo y despacio—. Era hora. Espero que con eso cambien las cosas.

—¿Cómo no van a cambiar? Es una decisión enorme.

—Creo que cuesta saber qué decisión es la correcta hasta que todo termina —señalo, alzando la vista para mirarlo.

—¿Acaso no es así? —Andrew se detiene delante de otro árbol, extendiendo los brazos como si fuera a abrazarlo—. Este.

Pero este árbol tampoco es el indicado. Mi mayor miedo en el auto, antes del accidente, era la idea de que cambiaran las cosas. Pero ¿acaso no era eso lo que quería cuando le pedí un deseo al universo? ¿Acaso no quería que *todo* cambiara?

—No me gusta ninguno de estos —reconozco.

—Son árboles en verdad perfectos —dice Andrew.

—Creo que por eso no me gustan.

Los cambios pueden ser buenos.

Me abro paso y me dirijo a una hilera del fondo, donde esconden los árboles que tienen un lado aplastado, con huecos en lugares evidentes. Muy bajos, muy angostos, muy torcidos.

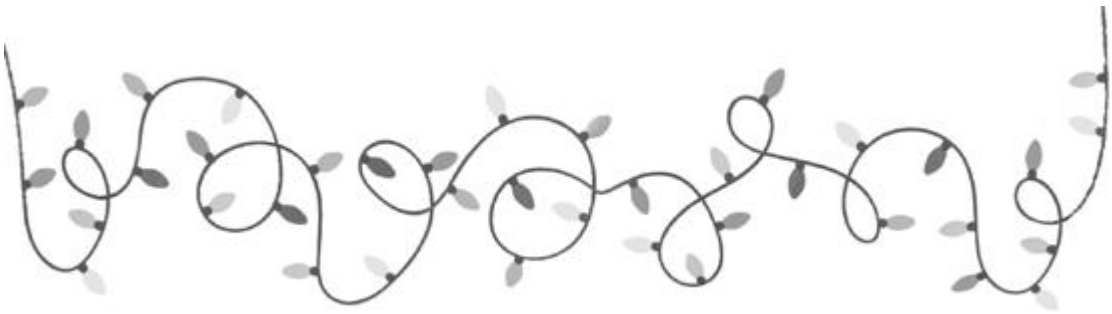
Y allí, al final de la hilera, hay un árbol que tiene todo eso.

—El de ahí.

Andrew ríe y dice:

—A mi padre le dará un infarto si cargamos ese en la camioneta.

—De hecho, no. —Me quedo mirando el árbol, sonriendo, y percibo que Andrew está igual que yo—. No creo que le dé un infarto.



Capítulo catorce

Mientras Ricky y mi padre bajan el árbol de la camioneta y lo ponen en la base, y los mellizos y Lisa se zambullen dentro de la caja de adornos para buscar los que más les gusta colgar, me quedo en el fondo de la sala, asimilando esta nueva energía extraña. Todos los demás años, incluso este, iba allí con los niños y me zambullía en las decoraciones. Pero si para cambiar debo decirle a Andrew lo que siento y finalmente renunciar a mi trabajo, también debo soltar un poco las tradiciones y dejar que Kennedy y Zachary sean los que comiencen a decorar el árbol.

Y ya que estamos entrando como bólido en la adultez, para cambiar también debo ayudar más, y no dejar que Aaron o Benny limpien solos los restos de la hora de los tragos que quedaron desparramados por la sala de estar.

Mientras junto los platos y los llevo a la cocina, me tomo el tiempo de observar la cabaña a conciencia. Noto rayones en los pisos, el balaustre desgastado por generaciones de manos que se deslizaron

por el ornamento de madera lustrada al pie de la escalera. Se está descascarando la pintura cerca de las molduras del techo, y se ha decolorado en las paredes cercanas a la puerta principal y las del pasillo. Sin el cristal de la nostalgia, veo que esta casa tiene mucho amor, pero está deteriorada. Además, esas son solo cosas estéticas. La cabaña es vieja, y pasa un tercio del año tapada de nieve y otro tercio en medio de un calor seco abrasador. Va a hacer falta más que amor y aprecio para ayudar a Ricky y Lisa a conservar este lugar.

Benny se me acerca mientras meto la vajilla sucia en el lavaplatos.

—Hola, Mayday.

—Hola, Benigno.

—¿Qué tal estuvo el vivero? —Su sonrisa se asoma en medio de su acento, encorvándose alrededor de las palabras.

Me doy vuelta para mirarlo, apoyándome contra el fregadero.

—Estuvo genial, la verdad.

A Benny se le despierta la curiosidad.

—¿"Genial"? Vi ese puñado de ramas y pensé que era el último árbol que había quedado.

—Vamos —digo—. Debes reconocer que es difícil no apoyar al desvalido. Ese pobre árbol estaba destinado a ser astillas. Lo salvamos.

Benny me concede la razón con un pequeño movimiento de ceja, y miro por encima de su hombro para asegurarme de que seguimos solos.

—Pero no fue solo por eso que me fue increíble en el vivero. —Hago una pausa, mordisqueándome la punta del pulgar—. Le dije a Andrew lo que siento por él.

—¿En serio? —pregunta Benny con los ojos como platos.

—O sea —aclaro—, no le dije: "Te deseo, Andrew, y si me pidieras matrimonio en este instante aceptaría sin dudarlo", pero bromeamos sobre el hecho de que esta semana yo estaba haciendo lo que quería y le dije que lo quería a él.

—Guau. —Junta las manos y las apoya sobre los labios.

—Ah, y renuncié a mi trabajo.

Al oír esto, Benny da un paso sorprendido hacia delante.

—¿Qué?

—Sí. Le envié un e-mail a Neda con mi preaviso.

—¿Así nomás? ¿*Recién*? ¿Cuando estabas afuera?

—¡Sí! ¡Y es muy liberador! Qué revelación. Voy a tener que buscar otro trabajo… pero ¿qué importa? ¿Qué es lo peor que podría pasar?

—*¿¡Lo dices en serio!?* —exclama Benny, estremecido.

Subo los hombros hasta las orejas, preparándome, mientras miro a mi alrededor para asegurarme de que el techo no se me esté cayendo encima.

—Uy. Bueno, eso sí fue una tontería.

—Pero… ¿qué dijo Andrew sobre lo que sientes por él? —pregunta Benny.

—No mucho, la verdad. —Frunzo el ceño—. No fue precisamente incómodo, pero él tampoco soltó un gran suspiro de alivio ni me dijo que siempre había sentido lo mismo.

Parece que mi mente se va calmando a medida que paso más tiempo aquí en lugar de despertarme de golpe en el avión. Es un alivio no seguir ocultando estas cosas, pero me atraviesa un escalofrío de vergüenza.

—Uf. En realidad, ahora que lo pienso, fue un poco incómodo.

—Andrew es un chico muy relajado —me recuerda Benny—. Es difícil ponerlo nervioso.

Es cierto, pero…

—No dijo mucho.

—Es un estadounidense con alma australiana —dice Benny, riendo —. Suele masticar las cosas. No hace un drama en el momento.

Aparto una silla de la cocina y me siento a la mesa. Benny hace lo mismo.

—Puede ser, pero aunque él no vuelva a mencionarlo nunca, igual está bien. —Asiento con la cabeza, decidida—. Si voy a repetir estas vacaciones sin parar, bien puedo confesar todo al menos una vez.

—No necesariamente sabes que vas a repetir esto sin parar —razona Benny.

He estado pensando en esa posibilidad.

—Ya casi sobreviví dos días enteros.

Él extiende una mano para chocarme los cinco, pero lo dejo colgado y le toco la palma con un solo dedo.

—*Oi* —protesta.

Por el pasillo, se oye un alboroto cuando Kyle y mi madre terminan debajo del muérdago, que al parecer, se trasladó a alguna parte de la sala de estar. Benny y yo nos tomamos un segundo para sonreír al escuchar las risas histéricas de mi madre mientras Kyle le da un beso.

Pero volvamos a lo importante:

—Mañana es 22 de diciembre —digo—. El día tres.

—¿No es bueno eso?

—Bueno, estoy pensando que quizás haya un patrón. —Voy contando con los dedos—: La primera vez, volví al avión en la

primera noche. La segunda vez, solo llegué a la segunda mañana. Hay muchas probabilidades de que llegue al tercer día, mañana, pero que después tenga que empezar todo de nuevo.

Hablando en serio, qué terrible suena esto: tener que vivir en un bucle temporal una y otra vez, y en cada ocasión solo se agregue *un* día nuevo al final. Una tortura.

—No creo que esa sea la única posibilidad —dice Benny, y me toma una mano—. Siempre reprimes muchas cosas. Quizá no se trate de solamente tomar las decisiones correctas, sino de tomar las decisiones correctas porque finalmente eres *tú*. Quizá eso es lo que necesitas.

—¿O quizá no tenga nada que ver conmigo? No sé —le digo con honestidad—. Estoy cansada de tener tanto cuidado todo el tiempo.

Él se reclina contra el respaldo, con una sonrisa de oreja a oreja, señalándome con el dedo.

—*Exacto*.



Con estas palabras resonando en mi mente, vuelvo con Benny a la sala de estar, donde los mellizos están dirigiendo la decoración del árbol. Kyle está preparando más tragos para los que quieran; Aaron está en el sillón, vestido con un conjunto deportivo ajustado; mi padre está acostado debajo del árbol, toqueteando la base.

Theo se me acerca para darme un vaso con un líquido transparente con gas, muy poco hielo y una rodaja de lima. Lo hace

con cara vacilante y culpable, como si sintiera la brecha que hay entre nosotros, pero obviamente no tiene idea de qué la causa.

No me he tomado un momento para llorar el cambio en nuestra relación, y mientras todos los demás tienen el privilegio de la ignorancia, yo no. Nuestro error, y la reacción de Theo al día siguiente, creó una grieta en este grupo raro y maravilloso. Ahora no cabe duda de eso.

Somos amigos de toda la vida y ¿Theo no fue capaz de poner buena cara ni una sola mañana después de negarle la calentura?

Este grupo sobrevivió a la incomodidad del divorcio de mis padres, confío en que puede lidiar con algo infinitamente menos dramático que eso, pero nunca quiero dar por sentadas estas amistades.

Me inclino para oler la bebida.

—Es agua gasificada nomás —me dice, un poco ofendido.

—Ah. Gracias.

—¿Quieres que hagamos algo después?

—¿Algo dónde? —Bebo un sorbo.

—¿Abajo? Miles y yo hablábamos de jugar a algo después de la cena.

Eso suena muchísimo más sano de lo que esperaba.

—¿Juegos de mesa o videojuegos?

Noto que se está molestando.

—Lo que sea que quieras jugar. Casi no te he visto desde que llegamos.

¿En verdad estamos encallados en esos hábitos de la infancia? ¿Para poder pasar tiempo juntos tenemos que jugar a algo? Parece tan obvio.

Antes de poder responderle, Aaron alza la voz desde donde está ahora, metido entre Lisa y mi madre, colgando adornos.

—Interesante lo que eligieron. —Sin duda ha estado haciendo ejercicio porque hace una mueca de dolor al tratar de colgar un adorno y al final solo… lo arroja sin mucha fuerza hacia su objetivo, esperando que se enganche al caer—. ¿Se habían acabado los árboles normales?

—Es el que quiso Mae —dice Andrew desde el otro lado del pino, fuera de la vista—. A mí me gusta.

El pecho se me llena de brasas cálidas.

Mi madre se me acerca por la espalda, me rodea la cintura con los brazos y apoya el mentón en mi hombro.

—Pienso lo mismo que Andrew.

Ella tararea contenta y, al oír el sonido de su voz, se me revuelve el estómago con el nerviosismo instintivo de una hija: no sé cómo, en la última hora, logré no pensar en cómo voy a decirle a mi madre que renuncié a mi trabajo, que lo hice por impulso y que no tengo idea de lo que voy a hacer después.

No importa, me recuerdo. *Nada de esto va a quedar.*

Ella me da un beso, diciendo contra mi mejilla:

—Te quiero, peque.

Le contaré después. Si hace falta y cuando necesite hacerlo.

A pesar de las bromas sobre este árbol nudoso y estrambótico, por las caras de todos, veo que un poco les gusta. En la televisión están pasando *Vacaciones de Navidad* y, mientras vemos a Clark Griswold tratando de entrar a la casa un árbol tamaño mamut, nos esforzamos por llenar este chiquitín con luces, adornos y las guirnaldas de palomitas de maíz que mi madre y los mellizos

estuvieron haciendo por la tarde. Cuando terminamos de decorarlo, la sala estalla de alegría. Es casi imposible ver algún pedacito del árbol debajo de todo lo que le pusieron, pero, curiosamente, es perfecto.

Sin embargo, nos lleva casi media hora tomarnos una foto más o menos decente delante de él. Con tantas personas, es de esperar que algunos salgan con los ojos cerrados o con cara rara. Ojalá tuviéramos esa suerte. Lisa pone un trípode, pero no logra configurar bien el temporizador. En dos fotos, Zachary sale con el dedo en la nariz, y en otra le está dando algo a Miso para que se lo coma. Miles sale en pleno estornudo; mi madre no logra que sus aretes de reno destellen en sincronía con la cámara. En una Theo está mirando su teléfono; y en otra, se fija si se le bajó el cierre del pantalón. (Se le había bajado). En la siguiente, Miso salta delante de la cámara. Después Miso salta encima de Kennedy y lleva un ratito calmarla. Ricky está besando a Lisa en una y no consigue esbozar una sonrisa relajada en las demás. Cuanto más se lo señalamos, peor.

Me recuerdo que para cambiar también tengo que dejar de gritar "Pero… ¡la tradición!" cuando Theo se impacienta, toma el lugar de Lisa y acomoda su teléfono en el trípode.

La buena noticia es que ahora nadie sale cortado. La mala noticia es que Kyle se puso tanto iluminador que parece una bola de espejos.

—A la mierda —dice, justo cuando suena la alarma del horno para avisar que la cena está lista—. Ya, suficiente.

Después de darnos un atracón, nos desparramamos por la sala de estar y nos sumimos en un silencio agradable.

La sala de estar es un lugar majestuoso; o sea, es gigantesco. Tiene techos abovedados de troncos y pisos de madera añosa cubiertos con grandes alfombras tejidas. Contra una larga pared, el fuego crepita y chisporrotea, calentando la sala a tal punto que casi llega a estar caluroso. Es madera de la ciudad y tiene un aroma sin igual. Quiero conseguir una vela, incienso, un aromatizante de ambientes que huela así. Quiero que todas las salas de estar de todas las casas en las que viva por el resto de mi vida tengan el mismo aroma que la cabaña de los Hollis en las noches de diciembre.

El hogar es enorme; cuando teníamos unos siete años y estábamos a cargo de barrer la chimenea al final de las fiestas, Theo y yo casi entrábamos de pie dentro de él. Las llamas en verdad cobran vida con un rugido. Incluso cuando pierde intensidad y pasa a ser un fuego lento que resuena y chisporrotea, la hoguera aún parece una criatura viviente que respira aquí con nosotros.

Hay un plato con galletas sobre la mesa del centro. Mi madre y mi padre están sentados uno a cada lado del sillón de dos plazas, leyendo sus respectivos libros. Benny, Kyle y Aaron están armando un rompecabezas en el suelo con Kennedy mientras Zachary está sentado sobre la espalda de Benny y hace de cuenta que monta una motocicleta. De fondo se oye una tranquila música navideña, y Lisa va de aquí para allá, ajustando las luces, avivando el fuego, yendo a buscar mantas para nosotros. Ricky está hablando por teléfono en la cocina, y Theo está despatarrado en el sofá, deslizando la pantalla del teléfono.

Al verlo, se me enciende un recuerdo en la mente: esta noche, en la primera vuelta, estaba sentada junto a él y estuvimos perdiéndonos en varios agujeros negros de Instagram, totalmente ajenos a quienes nos rodeaban.

Ahora que lo pienso, eso es algo muy adolescente. ¿Por qué no estábamos con los demás, y cuántas veces nos comportamos así? ¿Será por eso por lo que Andrew pensó que Theo y yo…?

Quizá si esta noche hubiera disfrutado el ritual y la dicha de estar en un lugar con toda la gente que adoro, las cosas hubieran sido diferentes.

Me acerco al árbol arrastrando los pies, me deslizo por debajo de él y me quedo acostada de espaldas para ver por entre las ramas retorcidas. Es un calidoscopio de colores y texturas: las lámparas lisas, las agujas espinosas del pino. Adornos de vidrio, de seda y estrellas puntiagudas de metal. Una pequeña figura de madera de una persona tocando el tambor que Theo le regaló a Ricky hace casi veinte años. Adornos de papel plastificados con las huellas de nuestras manos de cuando estábamos en preescolar, cosas amorfas de cerámica hechas a mano que supuestamente eran cerdos, vacas o perros. Nada coincide con nada; no hay ninguna temática. Pero hay mucha historia y amor en este árbol.

A mi lado, una sombra corta el calor y la luz del fuego, antes de deslizarse debajo del árbol. Giro la cabeza y me encuentro con los ojos brillantes de Andrew.

Casi se me sale el corazón del pecho. Después del vivero, no sabía si él se alejaría de mí.

—Me gusta esta idea —dice, alzando la vista a las ramas. Tiene el perfil iluminado por los azules y los amarillos, los rojos y los verdes.

Algunas luces forman sobre los adornos patrones destellantes que se reflejan en sus pómulos—. También huele bien.

—Es bonito, ¿no? —Me muevo un poco, metiéndome más debajo de las ramas. Me pregunto cómo nos veremos desde afuera: dos pares de piernas asomando por debajo del árbol como cuando la Bruja Malvada del Este quedó aplastada por la casa de Dorothy—. Un buen lugar para pensar.

—¿Y en qué pensabas? —pregunta él.

—Pensaba en lo mucho que me gusta este árbol.

Él extiende la mano, con la vista perdida mientras pasa el pulgar por mi mejilla. Un eco de electricidad permanece en mi piel después de que él quita la mano, y tardo un segundo en enfocar la vista en el pulgar que me está mostrando.

—Una gota de agua —me dice.

—Ah.

—Habrá caído del árbol.

—¿Otra vez me estás diciendo que tengo un problema de humedad? —digo riendo.

Andrew me mira sorprendido antes de estallar en carcajadas.

—¿Qué?

Ay, mierda. Eso no pasó en esta línea temporal. Pasó antes. Este Andrew no conoce el chiste interno.

—Haz de cuenta que no dije nada.

A Andrew le brillan los ojos de dicha.

—¿Acabas de decir que tienes un *problema de humedad*?

—No. —Quizá muera por esto—. Sí. —Me muerdo el labio, intentando no reír—. No me hagas caso. Sigamos.

Veo que está como un gato que quiere jugar con este ratón un poco más, pero se encoge de hombros y canturrea un "Bueno". Andrew vuelve la atención a las ramas de arriba y dice con su voz de anciano:

—¿Maisie?

—¿Sí, Mandrew?

—¿Sabes qué se me acaba de ocurrir?

—¿Qué se te acaba de ocurrir?

—Trajimos este árbol hace… no sé, dos horas. ¿Y si todavía hay una ardilla viviendo en él?

Nos quedamos mirándonos, con los ojos bien abiertos, y gritamos al unísono:

—¡Ahhh!

He olvidado por completo que tengo el teléfono en el bolsillo hasta que vibra, interrumpiendo nuestras risas. No hay nadie en el mundo con quien necesite hablar en este momento que no esté en esta sala conmigo, así que no le hago caso. Enseguida vuelve a vibrar.

—Te vibra el trasero —dice Andrew.

—Si llega a ser mi jefa que me responde en este preciso momento, voy a necesitar algo más fuerte que agua gasificada.

Saco el teléfono y miro. No es Neda, por suerte; es un mensaje de Theo.

Que hacen ahi

Cero puntuación, cero tildes, cero contexto. Solo Theo, escribiendo como un adolescente.

Estoy con Mandrew.

Sal de ahi y ven conmigo

Noto que Andrew está leyendo por encima de mi hombro cuando una risita le sale por la nariz.

—¿Ves?

—¿Ves qué? —Siento cómo me retraigo.

—No has pasado tiempo con él, y se puso de mal humor.

—Estuvimos hablando hace un rato —replico; no es del todo mentira.

—¿Estás enojada con él? —me pregunta.

Trago saliva, mirando las luces. Una imagen de objetos desperdigados entra y sale de foco.

—No precisamente.

—¿Qué significa "no precisamente"?

Volteo la cabeza, y Andrew se queda mirándome sorprendido, con las cejas bajas.

—Es difícil de explicar —admito—. No estoy enojada con él, es solo que soy consciente de que tenemos una relación muy cercana porque nos conocemos de toda la vida, pero no porque *sigamos siendo* amigos. —Me encojo de hombros—. El alejamiento normal por el que pasan las personas cuando crecen, supongo.

Él sonríe al oír eso.

—Mae…

—¿Sí? —Le sonrío yo también.

Andrew se aclara la garganta, un tierno *ejem* dicho adrede.

—Sobre lo que dijiste antes.

Ah.

—¿Sí? —La paradoja de un corazón galopante y un estómago que se disuelve me hace sentir mareada.

—Te agradezco que hayas sido honesta —dice él.

Uf. Es lo peor que podría decir en este momento.

—No hace falta que me suavices el golpe, Andrew.

Extiendo la mano y le doy una bofetada juguetona, lo que hace temblar el árbol.

—¡Andrew!, ¡Mae!, ¿¡qué están haciendo ahí!? —exclama mi madre.

—¡Nada! —respondemos al unísono.

—Bueno, no sacudan el árbol —nos regaña.

De nuevo respondemos juntos:

—¡Está bien!

Andrew se vuelve hacia mí, susurrando:

—¿Estás segura de que Theo no piensa que él te gusta?

—¿Dices que le he dado a entender que me gusta?

—No, pero si yo supuse…, quizá Theo lo supuso también.

Bueno, eh. Supongo que si Theo pensó que él me gustaba, eso explicaría por qué me trató con tanta frialdad la mañana después de que lo rechacé.

Niego con la cabeza, y Andrew vuelve a mirar hacia las luces, así que me cuesta ver qué cara tiene.

—¿Es extraño que me hubiera preocupado de que ustedes…? —Trastabilla un poco—. No sé, ¿que se juntaran y después terminaran heridos?

Esto no me entra en la cabeza. ¿A Andrew le preocupaba que yo saliera con Theo y terminara con el corazón roto? ¿Acaso estoy en el Mundo del Revés?

—Eh, sí, es muy raro.

Andrew se encoge de hombros, sin decir más.

—Él es un mujeriego. Tú eres buena.

—¿Soy buena? —La palabra me hace reír.

—No lo digo en el sentido… romántico o, digamos, sexual —dice, riendo con un ligero dejo de incomodidad—. Tampoco es que yo sepa de eso. Hablo de tu alma.

—¿De qué estás hablando? —Qué bueno que estoy acostada.

—Está bien, fue una mala elección de palabras. Quiero decir que eres una *buena* persona. —Voltea para mirarme a los ojos. Estamos muy cerca—. Te encanta estar aquí, nos quieres a todos por ser como somos. Eres, a ver, la persona más generosa y menos criticona que he conocido.

—No soy…

—Te mudaste a tu casa cuando tus padres se separaron —continúa—. Adorabas ese apartamentucho, pero lo dejaste porque tu familia te necesitaba. Te ocupaste de Miles, apoyaste a tu madre.

Me muerdo el labio, rebosante por sus halagos.

—¿Recuerdas cuando los desarrolladores inmobiliarios construyeron esos apartamentos detrás de nuestra casa? —pregunta —. Estabas supertriste porque a mi padre le gustaba contemplar los árboles mientras bebía su café de la mañana, y te preocupaba que los ciervos no tuvieran adónde ir. A Theo nada más lo alegraba no tener que rastrillar tantas hojas.

Me río en medio de la bruma de sentimientos. Este es el intento de suavizar un golpe más largo de la historia. Es sumamente tierno y terriblemente incómodo a la vez.

—Bueno, es un problema que no existe. Nunca me ha gustado Theo. Pero lamento si lo que dije causó incomodidad.

Él levanta una mano, se rasca la mejilla, y a mí me cuesta apartar la mirada. Nunca he estado tan cerca de él. Tiene una barba de hace unos días, pero se ve suave. Puedo distinguir al menos cuatro tonos distintos de verde en sus ojos. Cuando se lame los labios, me inyecta electricidad en el pulso.

—Creo que eso es lo que quiero decir. Si hubiera sabido que era… —Se detiene y parece pensar en qué decir. Mientras tanto, mi mente es un reactor nuclear en plena fusión. ¿Si hubiera sabido que era *qué*?—. Siempre te he admirado mucho —vuelve a empezar—. Eres una de las pocas personas de mi vida con las que espero mantener la amistad por siempre, y no quería que hubiera incomodidad después de lo del vivero. —Me echa un vistazo, con la cara iluminada—. No sabía si había reaccionado como debía. Me sorprendí mucho cuando lo dijiste.

—Está bien. Yo también me sorprendí cuando lo dije.

Él sonríe y agrega:

—Pero hizo falta mucho coraje para decirme lo que sientes, y quería que supieras que… —nos señala a los dos— esto no cambiará.

Sé muy bien lo que quiere decir: seremos como siempre hemos sido, y desde luego que estoy agradecida por eso.

Pero a pesar de que nunca, ni en sueños, imaginé que él compartiría mi cariño, cuando Andrew dice esto me embarga la sensación de rechazo. O sea, desde luego que mi objetivo al decirle lo que sentía era que nada siguiera igual.

—Hablemos de otra cosa —digo.

—Sí, buena idea —ríe Andrew.

—Si pudieras viajar a cualquier lugar, ¿adónde irías?

Él ni siquiera tiene que pensar sobre este cambio de tema:

—Budapest. ¿Tú?

—¿Además de aquí?

Andrew pone los ojos en blanco.

—Sí, además de aquí.

—Bueno, está bien. —Recorro con la mente imágenes de postales de distintos lugares, sintiéndome muy poco inspirada por mi propio juego—. No tengo idea. ¿Hawái, quizá?

—¿Tienes todo el mundo para elegir y te vas a Hawái?

—¿Qué tiene de malo Hawái?

—Parece muy fácil —dice, encogiéndose de hombros—. ¿Qué te parece Tahití? ¿O Mallorca?

—Sí, puede ser.

—Bueno, listo —ríe Andrew—. Con esa actitud, yo voy a encargarme de todos los viajes que hagamos.

Las palabras se quedan trabadas entre nosotros, y ambos nos quedamos quietos.

—Nos puse incómodos —dice él al fin, sonriéndome.

Suelto una carcajada, aliviada de no haber sido yo.

—Sí, totalmente.

Nuestras risas se desvanecen y nos envuelve el silencio. No sé cómo interpretar el ambiente. Le dije lo que sentía, le di una oportunidad para que me correspondiera, pero no lo hizo. Y sin embargo… nos estamos entendiendo de una manera nueva y extraña.

—Bueno, tengo una idea —dice—. No hablemos durante cinco minutos. Quedémonos mirando el árbol juntos.

—Y espero que ningún animal nos coma la cara.

Él vuelve a soltar una carcajada y se pasa una mano por la cara, diciendo con tono juguetón:

—Dios. ¿Por qué no puedes estar seria ni un segundo? —Se refriega los ojos—. Bueno. Cinco minutos.

Le hago caso y me concentro en el árbol.

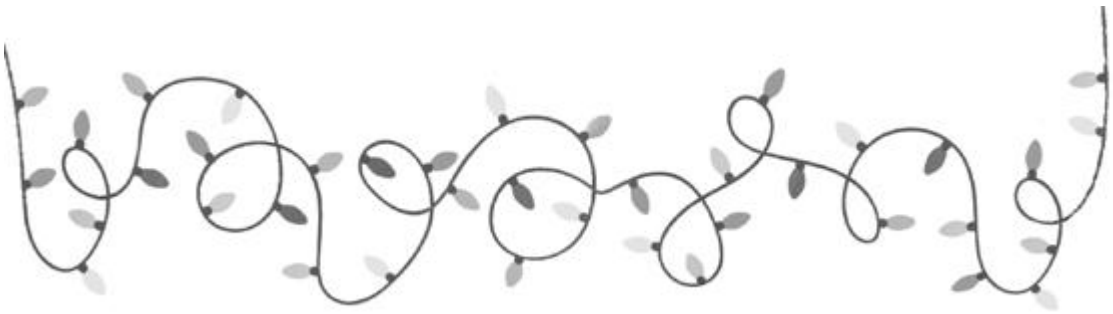
—Cinco minutos —digo.

Por más extraña que sea esta idea, también es brillante. Me evita tener que pensar en qué decir, lo que es bueno, porque mi mente está hecha una hoja en blanco de nada, muerta de vergüenza.

Durante los primeros treinta segundos, siento que me ahogo con el sonido de todo lo demás que hay en la sala y el contraste de nuestro silencio. Pero después, esa rigidez se desvanece y puedo enfocarme en las luces, en el adorno dorado que cuelga a mi derecha, en la foto plastificada de Theo y Andrew de niños que pende de una rama cercana. Puedo concentrarme en la presencia cálida y tranquila de Andrew junto a mí. Siento la presión de su brazo contra el mío, y nos quedamos así echados, respirando al unísono.

A él le ruge el estómago, y eso me hace reír otra vez, pero él me hace callar. Giro para mirarlo, y ya está con la vista puesta en mí, y con un destello de complicidad en los ojos, se lleva un dedo a los labios y susurra:

—Sin hablar. Solo quiero estar debajo del árbol contigo.



Capítulo quince

22 de diciembre. Sigo aquí.

Y la actividad de hoy, Día de Trineos, es mi preferida. Por desgracia, se me ocurren un millón de formas en que el universo podría desaprobarme y enviarme de vuelta al comienzo: una rama de árbol gigante sobre mi cabeza, una piedra enorme que aparezca en mi camino o música graciosa de fondo mientras la cámara me apunta a mí, la turista navideña, que queda atrapada en medio de una avalancha.

Inquieta, apoyo los pies en el suelo frío del sótano.

La casa está en silencio mientras arrastro los pies por la cocina hasta detenerme junto a la ventana; mi aliento empaña el vidrio helado. Los copos de nieve que anoche empezaron a caer lentamente se convirtieron en una gran tormenta mientras dormíamos, y el mundo ahora es de un blanco invernal. Los árboles se doblan por el peso de la nieve recién caída. Las montañas visten

abrigos polvosos y centelleantes. Me sería imposible cansarme de esta vista.

Las galletas de Lisa siguen en la encimera, así que tomo el plato y las arrojo a la basura. Cubro la evidencia con el café molido de ayer y preparo una cafetera nueva. ¿Qué tengo que perder?

Ya encaminada, empiezo a hacer el desayuno. ¿Para qué voy a esperar a que se levante mi madre?

El aroma del café y de la carne cocinándose es como un canto de sirena, y la gente empieza a aparecer poco a poco. Enseguida se enciende el televisor en la otra sala, y la música de *El Grinch* se va filtrando por toda la casa.

—Gracias por empezar con el desayuno, cariño. —Mi madre se recoge el pelo y se hace un rodete, se pone el delantal de Mamá Noel y me quita la cuchara de madera de la mano, diciéndome sin palabras que ella se encarga del resto.

Cuando me paro junto al fregadero, veo que Andrew ya está afuera, quitando la nieve de la entrada. Tiene un gorro de lana que le tapa hasta las orejas, pero incluso desde donde estoy alcanzo a verle las mejillas sonrosadas por el frío, el abrigo que se estira por lo ancho de su espalda. El abrigo es grueso, pero enseguida imagino el movimiento de los músculos por el esfuerzo de clavar la pala debajo de pilas pesadas de…

—Mae, cariño, ¿me puedes dar la…? *Ah.*

Me sobresalto, y al girar veo que mi madre está parada junto a mí.

—¿Qué? ¿Qué es ese "ah"?

Ella trata de hacerse la despistada y responde:

—Nada. Solo necesitaba… —toma una espátula del escurridor de platos— esto.

—Nada más contemplaba la vista mientras lavaba.

—Claro.

Abro el agua, vuelvo a enjuagar un plato limpio.

—Está lindo afuera —digo.

Ella levanta una ceja y mira por la ventana.

—Sí que está lindo.

La miro. Si le sigo el juego a mi madre, va a ser un desastre.

—La *nieve* —aclaro.

Se oyen unos pies que se arrastran a nuestras espaldas, y un Theo somnoliento murmura:

—¿Nevó?

—Sí. —Mi madre mira a Andrew una vez más, y después me esboza una sonrisita pícara antes de marcharse. Cuando vuelvo a mirar por la ventana, Andrew observa hacia la casa, y cuando nuestros ojos se cruzan, él me saluda con un pícaro gesto de la mano.

Me ruborizo, y le devuelvo el saludo antes de cerrar el grifo. No tengo idea de si me descubrió mirándolo, o si lo descubrí mirándome a mí, pero el corazón se me sale del pecho. Más allá de lo que él haya dicho anoche, no creo que volvamos pronto a la normalidad.



Seguramente ninguna madre de este mundo se sorprendería del tiempo que nos lleva salir de la casa. ¿Todas las familias son así de desastrosas? Miles se topa con Aaron en la ducha y se resbala con la alfombra del baño cuando intenta salir corriendo. Kyle no encuentra

las botas. Ricky no encuentra las llaves. A Kennedy no le gusta ponerse pantalones, y Theo se distrae buscando WD-40 en el sótano porque la puerta de su camioneta hace ruido. Cuando estamos todos listos *finalmente*, nos amontonamos dentro de la pequeña caravana de vehículos para recorrer el breve camino de subida a la montaña. Cuando salimos de los autos, el viento es cortante: ya no nos protegen los densos árboles que rodean la cabaña. Al final, Kennedy se alegra de haberse puesto pantalones.

Tapados de los pies a la cabeza, nos subimos a la aerosilla y contemplamos los árboles y a las personas que bajan en trineo por las laderas, cada vez más pequeños. Aquí arriba nevó mucho más que en el valle, y la vista es espectacular. No hay una sola nube en el cielo, y el aire limpio huele a frío y pinos, después de que la tormenta eliminó la bruma que pudiera haber quedado.

El viento en la cima es tremendo, y todos nos encorvamos ante él mientras negociamos quién se tira en trineo con quién. Mi padre se queda revoloteando, esperando a que me suba con él, pero la verdad es que estoy segura de que igual quiere librarse.

Mi padre es un compañero de trineo malísimo. Puede conducir un auto lo más bien, pero en el trineo parece una abuelita asustada. Se pone reactivo, ansioso y nervioso. La mayoría de las veces, terminamos volcando de costado, lo que le da a mi padre motivos para tener miedo. Tenemos que bajar lo que queda despacio por la ladera, mientras él clava los talones en la nieve con la mano puesta en el freno, y las demás personas se tiran una y otra vez por la ladera a pura felicidad y gritos.

Mientras Kyle está parado a un costado, temblando a pesar de tener mil capas de ropa, decido canalizar a la Mae que no le importa

una mierda.

—Papá, ¿quieres hacer esto de verdad? —pregunto.

—Sí, claro —responde él, poco convincente.

—Pero ni siquiera te gusta tirarte en trineo. —Señalo a Kyle, a quien le castañetean los dientes—. ¿Por qué no se van los dos a la cafetería?

—¿Alguien dijo "cafetería"? —pregunta Kyle, acercándose.

—¿No te gusta que nos tiremos juntos, peque? —dice mi padre, con el ceño fruncido. Pero apenas consigue generarme culpa. La idea de estar en la cafetería, charlando con Kyle y bebiendo sidra con alcohol junto a una fogata ardiente, lo ha convencido enseguida.

—Ve —le digo, levantando el mentón.

No hace falta que lo diga dos veces: mi padre y Kyle se suben a la aerosilla y bajan por la montaña, en busca de calor, comida y alcohol.

Miles ya empezó, y está bajando al vuelo por la montaña. Mi madre y Lisa se van a tirar juntas. Aaron tiene a Kennedy, Ricky tiene a Zachary, y un silencio cae sobre un radio de tres metros alrededor de Andrew, Theo y yo, mientras hacemos cálculos: quedan dos trineos, uno para una persona y otro para dos.

Estos chicos miden más de un metro ochenta; no hay forma de que puedan compartir un trineo. Yo, con un metro sesenta, sé que voy a tirarme con uno de ellos, y por lo general le pediría a Theo que se tire conmigo porque no podría hablar de los nervios si me tirara tan pegada a Andrew.

Pero ahora, la idea de acomodarme entre sus piernas abiertas y sentir sus brazos alrededor de mi cintura y el aliento en mi pelo no me pone nerviosa. Me da hambre.

Pero ¿qué le provoca esto a Andrew? Sí, anoche se acostó conmigo debajo del árbol, y sí, parecía que le gustó estar allí. Pero lo último que querría hacer es ponerlo en un lugar incómodo, ahora que ya sabe lo que siento.

Antes de poder ofrecerme para ir con Theo, Andrew da un paso adelante, toma la cuerda del trineo de dos personas y me dice, moviendo las cejas:

—¿Quieres ir conmigo, Maisie?

No hace falta que me presionen en lo más mínimo.

—Sí.

Si Theo se molesta, no se nota, porque salta delante de una pareja veinteañera, se sube a su trineo y sale disparado por la ladera soltando un chillido. Gracias a Dios.

Andrew me saca de mis pensamientos:

—¿Por qué no te pusiste un gorro?

—Mierda —maldigo, tocándome el pelo. Lo dejé en el auto. No solo hace un frío de morir, sino que mi abrigo no tiene capucha. Cuando alcancemos la máxima velocidad en el trineo, mis orejas van a quedar hechas unos carámbanos.

Andrew se quita el gorro de la cabeza y me lo pone, pero protesto:

—Mandrew, no hace falta que me des el tuyo.

Él se levanta la capucha y me sonríe.

—A mis piojos les va a gustar más tu pelo.

—Qué asco. —Me inclino para darle un beso de agradecimiento en la mejilla, y siento la barba de unos días suave y fría.

De pronto me alegra que Theo ya esté a mitad de camino de la bajada por la montaña, que mi madre no esté aquí para levantarme

la ceja y que las personas que tenemos detrás no tengan idea de hace cuánto he querido hacer eso.

Me aparto y él me sonríe, pero de pronto algo se hace evidente, porque si bien lo abrazo todo el tiempo, no le doy besos muy seguido. Ahora no sé a dónde mirar. Mis ojos quieren hundirse en su boca, pero esa sería una malísima decisión porque podría quedarme ahí trabada, inmóvil. Demasiado tarde. Sus labios están rojos por el viento, carnosos como siempre, fascinantes como pocos. Cuando quito mi atención de ahí y la pongo en su cara, los ojos de Andrew parecen brillar más aquí afuera, más intensos que de costumbre.

—¿Y eso por qué fue? —pregunta.

—Por el gorro.

—Bueno, para que sepas, siempre estoy dispuesto a los besos.

¿Perdón?

Él rompe la tensión y se sienta, se desliza hacia la parte de atrás del trineo y golpetea el espacio entre sus piernas. Se me desboca el pulso.

—Arriba, Maisie. —Andrew me mira, y se me para el corazón en seco—. Tenemos aventuras por vivir.

Una cosa fue abrazarlo, pero es una experiencia totalmente distinta sentarme entre sus piernas fuertes, sentir uno de los brazos alrededor de la cintura y la vibración grave de su voz en mi oído.

—¿Lista?

No.

Asiento con la cabeza, me reclino apenas un poco, y Andrew suelta el freno, levanta los pies para sujetarme las pantorrillas, y empuja con la mano libre. Entre los dos, movemos la pelvis hacia delante y hacia atrás para que el trineo avance, lo que me da ganas

de estallar de la vergüenza porque no puede ser más sexual, pero después vamos ganando velocidad, deslizándonos cada vez más rápido por la ladera.

Andrew tensa el brazo con el que me rodea, y sin pensarlo me sujeto a sus piernas, sujetándolas fuerte y reclinándome contra él. Puedo sentir el peso robusto de su cuerpo detrás del mío, los muslos que me sujetan. Siempre supe que Andrew era bueno, generoso y juguetón. Pero por cómo me envuelve en el trineo, me hace ser consciente de su fuerza física y sus músculos. Una imagen fugaz me atraviesa: las piernas desnudas de Andrew, su estómago apretado, la cabeza echada hacia atrás en pleno gozo.

Casi me trago la lengua, y vuelvo al presente cuando él me grita contento al oído, chillando y riendo mientras empezamos a volar cuesta abajo. No hay nada de esa inseguridad que siento al tirarme con mi padre, nada de esa sensación de falta de equilibrio por la que podríamos caernos en cualquier momento. Con Andrew detrás de mí me siento segura, en equilibrio, centrada. Quiero que la bajada dure para siempre.

—¿¡Vas bien!? —me grita por encima del viento azotador.

—¡Sí!

Una pequeña pausa, y si bien estamos rodeados de los gritos de las demás personas, el sonido del viento y la aerosilla, casi alcanzo a oír que se le corta la respiración.

—¡Voy a decir algo! —exclama en medio de la acción.

Entrecierro los ojos por el brillo del sol, y nos inclinamos los dos juntos a un costado para rodear un árbol pequeño con el trineo.

—¡Bueno! —digo.

Él me acerca la boca al oído.

—Después de lo que dijiste anoche, pensé que me ibas a dar un beso ahí arriba. Un beso *de verdad*.

Ahora se me corta la respiración a mí. No puedo girar para mirarlo, no puedo interpretar su tono.

—¿En la *boca* dices? —exclamo por encima del hombro, pero a mi voz se la lleva el viento mientras bajamos la montaña a los gritos.

Andrew se inclina hacia delante, extendiendo la mano por mi costado, acercándome a su cuerpo. Cuando habla, se lo oye sin aliento.

—Sí, en la boca.

Me quedo mirando hacia delante, y las siluetas sobre la ladera empiezan a borronearse. Mis ojos empiezan a lagrimear por el viento frío.

Ahora me habla más bajo, pero da la sensación de que todo lo demás ha desaparecido, y puedo oírlo a la perfección:

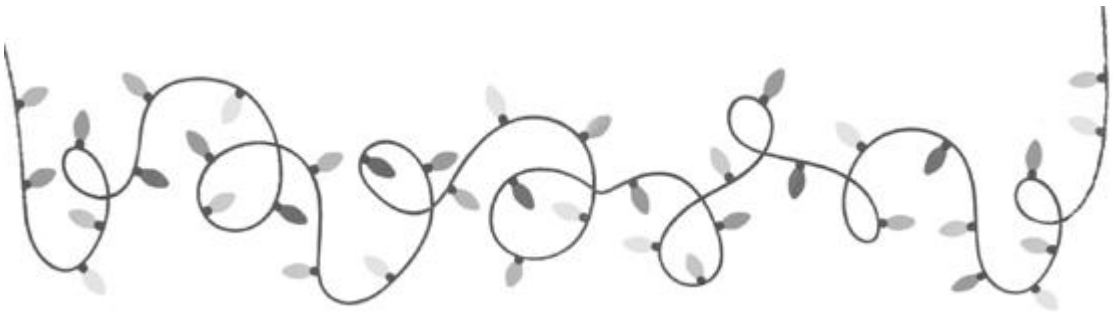
—Nunca has sido para *mí*, Maisie. No sabía que eras una opción.

—¿Qué quieres decir?

Chocamos con un montículo y giramos a la izquierda, y sus dedos me aprietan la cintura. Cuando nos enderezamos, él no me suelta; al contrario, me sujeta más fuerte, acercándome y rodeándome más con el brazo. Encorva los dedos, rozándome justo por debajo del abrigo.

Siento su aliento tibio contra mi cuello, y le tiembla la voz al decir:

—Nunca se me ocurrió que podrías ser mía.



Capítulo dieciséis

Ya han pasado dos horas, y el impacto de esa primera vez que nos tiramos por la ladera sigue intacto; oigo ese "Nunca se me ocurrió que podrías ser mía" tan claro como si Andrew volviera a decírmelo al oído, a pesar de estar sentado junto a mí en la mesa plegable del sótano y no sujetándome con fuerza mientras bajamos por la montaña a toda velocidad.

Durante la primera hora de tiradas en trineo, no sentí ni el más mínimo frío. Tenía una fogata por dentro, un infierno ardiente. Pero después llegó el momento en que se me entumecieron las yemas de los dedos y tenía el trasero prácticamente muerto por el frío del trineo de madera en el que estaba sentada. Ahora, de vuelta en la cabaña, nos hemos refugiado en el sótano, Theo, Miles, Andrew y yo, para escapar del calor abrumador de la fogata de arriba y también de las carcajadas abrumadoras de nuestros padres, que están bebiendo y poniéndose al día de sus vidas a plena luz del sol.

Theo mezcla un mazo de naipes con aire distraído mientras decidimos a qué tenemos ganas de jugar. Debajo de la mesa, un pie con calcetín encuentra el mío, y el otro pie lo rodea, atrapándome con ternura en un abrazo de pies. Cuando miro abajo discretamente, me doy cuenta de que es Andrew, y de pronto me siento como si tuviera puesto un suéter de lana en medio del Valle de la Muerte. Con torpeza, bajo la mano y tomo el suéter para quitármelo. Se me engancha en la horquilla del pelo, y Andrew tiene que moverse hacia delante para ayudarme a sacármelo.

Para eso tiene que quitar los pies del mío, y cuando ya soy libre, lo descubro conteniendo una sonrisa cómplice.

—Gracias.

—De nada —me dice, mirándome a los ojos.

Bebo unos sorbos profundos de mi agua gasificada para bajar esta fiebre ridícula. Cualquier pensaría que nunca me había tocado un hombre, por Dios.

Contemplándome desde debajo de sus pestañas, Andrew extiende la mano y se rasca el dorso del cuello.

—Estuvo divertido hoy —dice Miles e intenta tomar la cerveza de Theo, pero enseguida recibe un manotazo—. Me alegro de que hayas convencido a papá para que se fuera a la cafetería y ya. Si este año hubiera tenido que tirarme con mamá, creo que me habría ido.

—Gracias por sacrificarte por el equipo y tirarte en trineo con Mae —le dice Theo a Andrew, y después me esboza una sonrisita—. La peor conductora de trineos del mundo.

—Ey. —Lo fulmino con la mirada.

Andrew se encoge de hombros con aire magnánimo y dice:

—Soy humanitario.

—*Ey.* —Le doy un manotazo.

Sus ojos brillan cuando se encuentran con los míos, las sonrisas se desvanecen y solo queda esa misma sensación zumbante de que algo está sucediendo. Finalmente vuelvo la vista a la mesa, sorprendida. Bajamos por la cuesta unas seis veces, y creo que agradezco que ninguna fuera tan cargada e intensa como la primera, porque seguro habría tenido algún problema de combustión interna y terminado de vuelta en el avión por un paro cardíaco. Hubo mucho de Andrew siendo Andrew: una vez cantó una ópera espantosa, otra vez juró que había cerrado los ojos en toda la bajada y, en la tercera, saludó a todas y a cada una de las personas que pasábamos, algo normal en él. Me encantó, aunque también lo detesté.

Parece que, en lo que respecta a Andrew, me gusta lo cargado e intenso.

—Tenemos que dejar de llamarnos "los niños" —digo, interrumpiendo el silencio. Theo apoya el mazo en el medio de la mesa—. Ahora "los niños" son los mellizos.

—¿Los mellizos no son "los mellizos"? —pregunta Miles.

—Podrían decirnos "los niñultos" —sugiero riendo, y Andrew me mira con una sonrisa de oreja a oreja, encantado con mi sugerencia.

Él se acerca el mazo y empieza a repartir los naipes. Observo sus dedos, intentando no pensar en sus manos ni en lo grandes que son. Tiene dedos largos y gráciles. Creo que nunca me había detenido en las uñas de un hombre a menos que las tuviera sumamente descuidadas, pero las de Andrew son cortas, limpias,

sencillas. Creo que me gustaría ver esas manos recorriéndome con codicia toda la piel desnuda.

Theo se aclara la garganta y mi atención se aparta volando de los dedos de Andrew, con culpa.

—Dos verdades y una mentira —dice Theo, y me dirige un desconcertante guiño del ojo.

Andrew levanta la vista de los naipes, inexpresivo:

—Me parece que eso no es un juego de naipes.

Ignorando el comentario, Theo le hace un gesto a Miles levantando el mentón.

—Tú primero. Te daré un sorbo de mi cerveza.

—Miles no ha vivido lo suficiente para tener verdades y mentiras interesantes, y sin duda es muy joven para beber durante el día —dice Andrew.

—De hecho —señala Miles—, hicimos este juego para romper el hielo en la clase de Química del año pasado. Me costó pensar en cosas que fueran aceptables para la escuela.

—¿Perdón? —exclamo, levantando las manos.

—No corrompas a tu hermana, Miles —ríe Andrew.

—Es tu idea —le dice Miles a Theo—. Empieza tú.

Me doy cuenta, con cierta molestia, de que por eso Theo sugirió el juego: quería contar historias escandalosas. Y la verdad, si me pongo a pensar, casi todos los juegos que Theo sugiere son un ardid para hablar con mucha o poca sutileza de la vida alocada y emocionante que lleva.

—Veamos —dice, reclinándose y sonándose los nudillos—. Bueno, uno: en la universidad, uno de mis hermanos de la fraternidad tuvo

una gallina en su cuarto durante todo un año y ninguno de nosotros se dio cuenta.

Me quejo por dentro. Cierto. Mientras que Andrew vivió en un apartamento desordenado pero cómodo fuera del campus de la Universidad de Colorado en Boulder con los chicos más raros y divertidos que he conocido, Theo estuvo en una fraternidad con un montón de mujeriegos y hombres-niños con fideicomisos. Sé que hay muchas fraternidades geniales y progresistas, pero la de Theo no era una de ellas.

—Pero ¿para que escondía una gallina? —Miles empalidece—. ¿Estaba haciendo porquerías con una *gallina*?

Me dirijo a mi hermano:

—Miles Daniel Jones, no digas porquerías tú. —Y después me dirijo a Theo—: Y no corrompas a mi hermano.

—Dos —continúa Theo, riendo—, tengo un tatuaje de un loro en la cadera que me hice cuando fui a Las Vegas con unos amigos.

—¿De un *loro*? —La cara de Andrew es una mezcla graciosísima de desconcierto y una profunda crítica de hermano—. ¿En la *cadera*? ¿Por qué nunca lo vi?

Theo esboza una sonrisita y se mece en la silla.

A Andrew le da un escalofrío cuando lo entiende.

—En realidad lo tienes en la ingle.

—Quisiera volver a la parte en la que pensó que sería divertido tatuarse en Las Vegas —digo—. Espero en serio que esa sea la mentira.

—Y tres, no tengo cosquillas —afirma, y después posa los ojos en mí, agregando—: en ninguna parte.

Este guiño es tremendamente lascivo. Qué grosero.

—Eh, para mí es la uno —aventura Miles, con la mente fija en la gallina.

—Me alegro de que haya cosas que no sé de ti. —Andrew se pasa una mano cansada por la cara—. Coincido con Mae: espero que la dos sea mentira.

—Yo también espero que sea mentira —digo—, pero supongo que la mentira es la tres. No hay forma de que no tengas cosquillas en ningún lado.

—¿Lo quieres confirmar? —me pregunta con una sonrisita.

—Eh… —titubeo—. No, no hace falta.

—Bueno —dice Theo—, tienes razón. Como descubrió Ellie T. en mi último año de la universidad, tengo cosquillas detrás de las rodillas.

¿Cómo será haber tenido sexo con tantas personas que tienes que decir su primer nombre y la inicial del apellido?

—¿Qué me gané? —pregunto—. ¿Una gallina?

—Ay, no, por favor —dice Miles con una mueca de asco.

Andrew me deja helada con una sonrisa seductora.

—Ahora te toca a ti.

—Odio estos juegos —admito.

—Imagina cómo me siento yo. —Andrew, que es pésimo para mentir, se ríe, pasándose una mano por los rizos despeinados. Vuelven enseguida a su frente en una muestra de perfección desenfadada.

—Bueno, uno —empiezo—, odiaba tanto a mi compañera de cuarto en la universidad que usaba su cepillo de dientes para limpiarme las uñas después de los entrenamientos de vóleibol.

—Qué asco —murmura Miles.

—Dos, en la universidad me gustaba un chico que, después descubrí, tenía como nombre legal Sir Elton Johnson porque sus padres estaban evidentemente locos. Se hacía llamar John.

—Esa —dice Andrew, señalándome con una sonrisa eufórica— es la mejor historia que he oído. Por Dios santo, que esa sea verdad.

—Y tres —continúo, sin considerar en absoluto que mi hermano está aquí sentado—, corté con mi último novio porque tenía sabor a kétchup.

Miles se cae como si le hubieran disparado y queda convulsionando en el suelo.

Theo y Andrew entrecierran los ojos, pensativos.

—Esa no puede ser verdad —dice Theo, negando con la cabeza—. ¿Siempre tuvo sabor a kétchup? ¿Cómo puede ser eso? La número tres es la mentira.

—Para mí también —gime Miles desde el suelo—. Además, no creo que eso sea posible porque nunca has besado a nadie.

Casi suelto una carcajada.

—Lo que sea que te deje dormir a la noche —digo.

Pero Andrew se queda mirándome, con los ojos aún entrecerrados.

—La del cepillo de dientes. Esa es la mentira. Jamás harías eso, por mucho que odies a alguien.

Lo señalo, sonriendo.

—Tienes razón. Esa fue la mentira.

—Un momento. Espero que no hayas cortado con Austin por eso —refunfuña Miles—. Me caía bien.

—Es una de las razones. Y a ti nada más te caía bien porque te dejaba conducir su auto.

Observo, sorprendida y fascinada, que un rubor sube por el cuello de Andrew y le llega a las mejillas. Parece inquieto y un poco molesto. ¿Acaso Andrew Hollis se puso celoso?



Cuando terminamos con nuestro tonto juego, y a nadie le quedan ganas de jugar a los naipes o al *Clue* o a ninguno de los otros cincuenta juegos de mesa que hay, los chicos suben a buscar refrigerios y me dejan sola, así que me acurruco en la litera de abajo y sucumbo al agotamiento provocado por una mente que no se detiene.

Finalmente siento el peso de la locura de los últimos días, y duermo una siesta como nunca en la vida, un sueño tan profundo y pesado que parece una siesta después del atracón de Acción de Gracias o un desmayo inducido por Benadryl.

Me despierto poco a poco, aturdida, por el vago ruido de un papel. A mis ojos les lleva unos segundos adaptarse; el sol ya se ha puesto, por lo que los huecos de las ventanas han quedado negros. Al otro lado del cuarto, se da vuelta otra página; el sonido del papel cruje en medio de la fría quietud.

Cuando inhalo con fuerza, oigo que el libro se cierra. Un clic de la lámpara de pie al otro extremo, y después el espacio se ilumina con delicadeza.

—Estás viva. —Andrew. Me pongo en alerta como un rayo.

—¿Qué hora es? —Tengo la voz gruesa y áspera.

Él mira su reloj. En la otra mano, tiene un libro de tapa blanda.

—Las seis. Pronto estará lista la cena.

¿Dormí dos horas? Guau.

—¿Dónde están todos?

Él mira hacia la escalera, como si pudiera verlos desde su asiento junto a la mesa plegable.

—Los mellizos estaban haciendo más guirnaldas de palomitas con tu madre. Nieva de nuevo, así que los padres están quitando la nieve de la entrada. Mi madre está, eh —hace una mueca—, cocinando algo.

Pongo cara de "uy", y él asiente con la cabeza en señal de acuerdo.

—Creo que está haciendo una especie de pastel de café.

—Tiré a la basura las galletas. —Aparto las sábanas y me enderezo, pasándome una mano por el dorso del cuello. Tantas capas me dan mucho abrigo, y me siento somnolienta y acalorada.

Andrew abre bien los ojos y dice:

—Qué rebelde.

Me estiro, soltando un gemido.

—¿Estás bien? —me pregunta él.

—Solo curiosamente agotada —respondo, alzando la vista. ¿Quién se hubiera imaginado que viajar en el tiempo fuera tan extenuante? *No.* Un momento. ¿Quién se hubiera imaginado que se *podía* viajar en el tiempo?

Andrew gira la silla plegable que está usando y se sienta con el respaldo hacia delante.

—Quizá un poco de kétchup pueda animarte.

Lo señalo con un dedo acusador juguetón.

—¿Te quedaste pensando en eso?

—Quizá. —El silencio devora el espacio entre nosotros hasta que Andrew finalmente agrega con una sonrisita traviesa—: Me preguntaba si te referías a… —Se señala la cara—. O… —Ladea la cabeza, guiñando un ojo.

Soltando una carcajada, digo:

—Qué asqueroso eres.

—¿Yo soy el asqueroso? —pregunta con los ojos abiertos de par en par, con pícara indignación.

Arriba, oigo a chicos gritando y un montón de golpes contra ollas, y después mi madre chilla algo.

—¿Qué está pasando allá arriba? —pregunto.

—Tu madre iba a empezar a hacer la cena —me explica—, pero Benny les pidió a Theo y a Miles que se encargaran. —Nota la sorpresa en mi cara—. Benny dijo que tú querías que ayudemos más.

—Qué amable de su parte darme el crédito cuando estaba durmiendo una siesta monstruosa.

Andrew se ríe, y la garganta se mueve al compás de su risa. Poco a poco, el silencio nos envuelve otra vez mientras él apoya el libro en la mesa. Quiero preguntarle sobre la forma en que me sujetó en el trineo. Quiero preguntarle sobre el abrazo de pies que me dio debajo de la mesa. Tengo muchas ganas de preguntarle por qué parece estar celoso de mi ex.

—¿Qué estás haciendo aquí abajo? —termino preguntando—. Hay como setecientos lugares más cómodos para leer en esta casa.

—Bajé a buscarte —me dice—, pero no me animé a despertarte.

—¿Así que te quedaste cerca mientras dormía? —pregunto, sonriéndole en la penumbra.

—Te veías linda. A cada rato sonreías dormida.

—Pensé que estabas leyendo. —Él se encoge de hombros, y yo me río—. Muy Edward Cullen de tu parte.

—¿Quién? —pregunta con el ceño fruncido.

—Ay, por Dios, Andrew, *no.* No podemos seguir siendo amigos.

—Solo bromeaba. Conozco al tipo de *Los Juegos del Hambre*. —Suelta una carcajada cuando mi espanto se intensifica—. ¡Parece que estuvieras ofendidísima! ¿Es esa la prueba que haces para descartar a los malos?

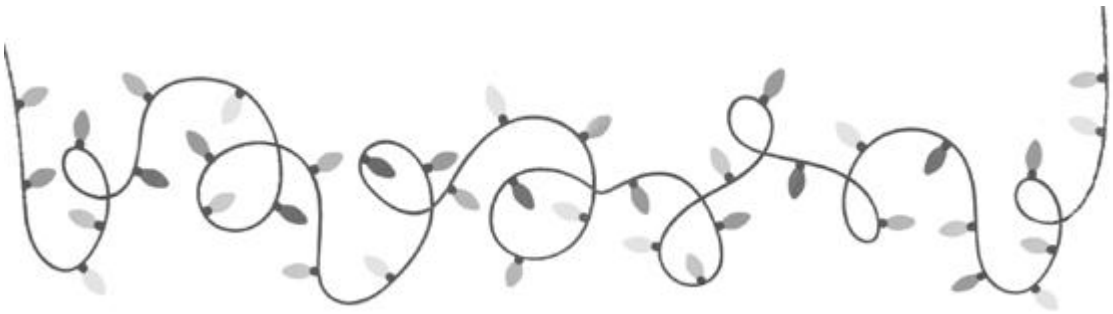
—¡Sí!

Aún riendo, Andrew se pone de pie y me hace un gesto para que me levante.

—Qué bueno que siempre he sido un estudiante fantástico.

Ah.

—Vamos. —Me toma la mano—. Les dije a los mellizos que jugaríamos a las Sardinas Escondidas antes de cenar. —En la oscuridad, los ojos le brillan con picardía—. Yo me voy a esconder primero, y tengo un lugar buenísimo.



Capítulo diecisiete

Después de haber estado en el sótano oscuro y solitario, la cocina parece estar espantosamente iluminada, como si entráramos al set de un programa de entrevistas obsceno. Mi complejo de culpa se comporta como si hubiéramos estado revolcándonos desnudos en la alfombra áspera del sótano. Todos nos miran con actitud expectante cuando salimos, y estoy segura de que lo estoy imaginando, pero me resulta inevitable sentir que un silencio sospechoso se ha apoderado de la sala.

Saludo con la mano, como una estúpida.

—Ey. Perdón por quedarme dormida—. Señalo a mis espaldas, a la escalera—. Después de que estuvimos hablando. Y jugando a los naipes. Ya saben.

Miles arruga la cara y comenta:

—Gracias por avisarnos.

Tironea de la tira de un delantal con flores que le cuelga del cuello y toma un abrelatas. Está bien, es una versión elaborada de un

abrelatas común, pero mi hermano lo gira como si fuera una pieza del motor de un cohete rescatado por la NASA. ¿En serio le vamos a confiar a este feto la preparación de la cena para trece personas?

Andrew empieza a explicarle cómo usarlo, pero lo detengo apoyando una mano en su brazo.

—No. Que aprenda sufriendo.

Me doy vuelta para mirar a mi madre con los mismos ojos de advertencia, pero ella parece estar lo más bien en la mesa de la cocina, con una copa de vino en una mano y un libro en la otra.

Miles parece tener muchas ganas de mostrarme el dedo del medio, pero después su cara se relaja y aparece una sonrisita en sus labios.

—Oigan. —Señala hacia arriba—. Ustedes dos están debajo del muérdago.

Al unísono, Andrew y yo levantamos la vista al vano de la puerta. Miles tiene razón. El ramito festivo ahora cuelga de un listón rojo sujeto a la madera.

—No sabía que eso estaba ahí —suelto a la defensiva.

—Yo tampoco. —Andrew me mira, y si bien su boca no sonríe, sus ojos siempre lo hacen. ¿Se paró el reloj? Parecería que sí. De todas las veces que he imaginado atraer a Andrew debajo del muérdago, jamás la fantasía incluyó a la mitad de la familia a nuestro alrededor.

—Podrían dar *un paso* hacia atrás —dice Theo con brusquedad, pero cuesta mucho tomar su enojo en serio cuando tiene puesto el delantal de Mamá Noel de mi madre—. No tienen que besarse.

Salvo que… me parece que sí. No rompamos la regla.

Andrew suelta una risa nerviosa, pero sus ojos se quedan enganchados en los míos. Poco a poco, se inclina. Sus labios… ay,

por Dios, sus labios perfectos… se apoyan en los míos en el beso más puro de la historia de la humanidad. Andrew se endereza, y yo me concentro en mantener la columna derecha para no inclinarme hacia él en busca de más.

Fue perfecto, pero no fue nada. Apenas duró lo mismo que uno de mis latidos agitados.

Un *flash* destella cerca, seguido de un murmullo de Lisa:

—Maldición. Me lo perdí.

—Eso no fue un beso —dice Miles con un resoplido.

De inmediato me arrepiento de todas las veces que le dije a mi hermano que es un tonto; está claro que es un profeta de la verdad con la inteligencia emocional de Yoda.

—Oye, está bien —gruñe Theo.

Pero ahora estamos en una burbuja propia. Andrew se ríe por lo bajo.

—Tiene razón. Ese no fue un beso de verdad.

Andrew. Me besó. En la boca. Encojo los hombros, fingiendo indiferencia y afirmando en voz baja:

—Estuvo bien.

—Te juro —me susurra él— que mi objetivo para nuestro primer beso no era "bien".

—Bueno, está bien —digo, con el corazón que se me dispara a la garganta—. Inténtalo de nuevo.

Él mueve una ceja, y los ojos bajan de inmediato a mi boca y vuelven a subir.

—*¿¡La vas a besar!?* —grita Zachary desde el pasillo.

Nos damos cuenta de que tenemos al menos seis pares de ojos mirándonos con una intensidad abrumadora, y cada célula de mi

cuerpo suelta un quejido para expresar lo ofendida que estoy. Un coro de conversaciones estalla a nuestro alrededor.

—Creo que interrumpir un beso bajo el muérdago es mala suerte —ríe Kyle.

—Dios, son tan jóvenes —susurra Aaron, aunque todos lo oyen—. Quiero volver a ser así de joven. Besuquearme con alguien debajo del muérdago. Quedarme despierto hasta las tres de la mañana. Atarme los cordones de los zapatos sin que me falte el aire.

—No estaban *besuqueándose* —dice mi padre con tono burlón, y después agrega con menos certeza—. ¿No?

¿Por qué era que me caía bien mi familia? Por más que Andrew estuviera dispuesto a repetir el beso, el momento se ha apagado con litros y litros de agua helada.

—Bueno —dice Andrew, dando un paso hacia atrás y metiéndose las manos en los bolsillos delanteros—. ¿Sardinas Escondidas?

—Sí. —Me armo de un poco de entusiasmo—. Juguemos.

Las Sardinas Escondidas es el juego preferido de Zachary, y el que menos le gusta a Kennedy, pero acepta jugar cuando le pregunto, porque, como nos dijo a todos una vez durante la cena: "No me gusta pararme cerca de la gente, pero no me molesta estar cerca de ustedes".

Aaron se puso de pie y fingió tener algo en el ojo para poder llorar de alegría sin que ella lo viera.

Zachary le está explicando a Lisa cómo se juega a las Sardinas Escondidas para tratar de convencerla de que juegue. La mejor de las suertes, pequeño.

Lisa arruga la nariz y pregunta:

—Entonces, ¿todos nos metemos en un mismo lugar y nos escondemos?

—Uno de nosotros se esconde —dice Kennedy con su vocecita—, y cuando alguien encuentra a esa persona, se mete en el lugar con ella.

Zachary hace un alegre combo de baile con golpe de karate, y uno de sus zapatos sale volando.

—¡La última persona que encuentra el escondite es la última ganadora!

—Esa persona pierde —lo corrige Kennedy—. Papá y papi le dicen la última persona ganadora, pero en realidad, la última persona que gana es la que pierde.

—A mí me gusta ganar. —Zachary encoge los hombros.

Veo que Kennedy se pone a pensar en si debería responder, pero al final vuelve la vista a Lisa.

—¿Vas a jugar? Andrew se va a esconder primero.

Se nota que Lisa está encantada de que su hijo y yo le hayamos dado la posibilidad de escapar. Quizá vuelva a mover el muérdago.

—Creo que voy a ver si Elise necesita que la ayude con la cena.

—Están cocinando Theo y Miles.

—¿Tal vez necesiten ayuda?

—Mamá. —Andrew hace una mueca con ternura.

—Bueno —ríe ella—. Voy a ir a buscar a Elise.

Él se dirige a los mellizos y dice:

—¿Quién está listo para jugar?

Se levantan dos manitos.

—Muy bien. Tápense los ojos y cuenten hasta cincuenta. —Andrew me mira—. ¿Y Mae?

—¿Qué?

—No espíes. —Los ojos le brillan de manera insinuante, y mis partes femeninas agitan la bandera blanca en señal de rendición.

—No me atrevería. —Me tapo los ojos con los dedos y empiezo a contar junto con los mellizos, al compás de la retirada en puntillas de Andrew.

—Uno… dos… tres…

»Veinticuatro… veinticinco… veintiséis…

»Cuarenta y ocho… cuarenta y nueve… cincuenta.

—*¡Punto y coma, el que no se escondió se embroma!* —grita Zachary.

Los niños se van cada uno por su lado: Zachary por el pasillo que lleva a la cocina y el sótano, Kennedy a la sala de estar oscura.

Yo subo con cuidado la escalera. Tengo un gran presentimiento de adónde se fue Andrew.

Cuando no estamos todos juntos en la cabaña, los chicos Hollis no tienen que dormir en el sótano; hay cuatro dormitorios arriba, además del ático. Mi padre duerme en el estudio, y mi madre duerme en la habitación de Theo. La habitación en la que duermen Kyle y Aaron es la de Andrew.

Con el corazón desbocado, abro la puerta y de repente siento la intensa fragancia de *Andrew*. Lisa pone velas en cada dormitorio, pero mientras que a ella y a Ricky les gusta la lavanda, y a Theo le pone sándalo, el eucalipto está reservado para su hijo mayor. Por debajo, también está el aroma a limpio de la ropa recién lavada, y esa sensación inconfundible de *él* por todas partes. En cuanto entro, el aire del dormitorio se pone tenso, como si las paredes y los

muebles apuntaran con disimulo al armario y dijeran con actitud conspirativa: "Está ahí dentro".

La luz está encendida, y esa es otra pista. Kyle tiene fama de querer ahorrar energía, pero Andrew no querría que los mellizos tuvieran que buscarlo en una habitación a oscuras.

Me acerco y me quedo revoloteando afuera durante un suspiro profundo con el que intento calmarme. Hemos jugado a este juego cientos de veces, pero en ninguna hemos conseguido escondernos juntos solos.

Abro la puerta del armario. Andrew se protege los ojos con las manos, pestañeando ante el brillo de la luz.

—Me encontraste enseguida.

—No estuviste muy creativo. —Entro para meterme junto a él, y el pequeño armario se encoge al tamaño de una caja de zapatos cuando caigo en la cuenta de nuestra situación.

—¿A dónde fueron los mellizos? —me pregunta él.

—Abajo. Al comedor.

Andrew no responde nada, pero siento que cambia de posición a mi lado. De inmediato me siento ahogada por la profunda tensión y el deseo de la cercanía.

—Y… ¿te resulta difícil dejar este dormitorio para que lo usen otros en Navidad? —pregunto al fin.

Apenas lo veo porque la única luz que tenemos es una rendija diminuta que nos ilumina desde abajo, estirándose con valentía desde la base de la puerta. Pero igualmente llego a ver que niega con la cabeza.

—Ya no vengo mucho aquí. Además, puedo dormir en cualquier parte.

Eso es cierto. Cuando éramos niños, Andrew siempre se quedaba dormido en la mesa después de comer mucho.

—Entonces, ¿por qué te fuiste al hangar?

—Porque me parece muy infantil dormir en una litera en el sótano —explica—. Sé que quizá no tenga mucho sentido, pero no podía hacer eso otro año más.

—Yo lo veo más como un campamento de verano, pero entiendo que quieras cortar con eso.

—Sí.

Pienso en el espacio frío, oscuro y vacío del hangar y siento un escalofrío.

—¿No te da miedo dormir solo ahí afuera?

Andrew se ríe y se inclina un poco hacia mí.

—¿Qué me va a lastimar allí afuera, Maisie? ¿Un fantasma? ¿El lobizón?

—En realidad pensaba en algo como un asesino serial que ronde la zona. —Él se ríe al oír esto—. ¿Entonces qué te da miedo? —pregunto—. ¿Algo?

—Me enamoré del trabajo con el sonido mirando *Halloween*, *El resplandor* y *El regreso de los muertos vivientes* —dice él, y percibo su dulce sonrisa orgullosa—. Miro películas como esas para relajarme.

Qué paradoja es él, este terrón de azúcar hecho hombre al que le encanta el terror.

—¿Cuál es tu película de terror favorita?

Él se ríe, con esa voz profunda y áspera.

—Eso es lo que siempre pregunta el asesino de *Scream*.

—¿Ah, sí?

—Todo el mundo sabe eso, Maisie.

Ahora yo también me río.

—Te estoy diciendo que no puedo ver nada que dé miedo, ni siquiera miedo gracioso. —Le doy un codazo despacito en la oscuridad—. Pero en serio, ¿cuál es tu favorita?

—¿Por el sonido? —pregunta él, y yo me encojo de hombros.

—Sí, puede ser.

—Creo que *Un lugar en silencio*. Pero la que más me gustó siempre es *El silencio de los inocentes*.

Se me estremece toda la piel.

—La vimos juntos, ¿recuerdas? —digo.

—Recuerdo que no me dejabas alejarme más de treinta centímetros de ti en el sillón, y después en el sótano incluso tuve que revisar que no hubiera nada debajo de tu litera.

—A ver —digo, riendo—. Soy una flojita. Siempre voy a preferir besos antes que asesinatos.

Percibo que él reclina la cabeza contra la pared, exhalando como si tuviera muchas cosas en la mente. Hago un esfuerzo para no imaginar que le paso la lengua por la nuez de Adán.

—¿Estás bien? —Le doy un empujoncito en el hombro con el mío.

—Estoy bien. —Siento que gira para mirarme.

—¿Bien solamente?

—Creo que pensando de más.

Una tormenta estalla en mi sangre, y desvío los nervios con humor.

—¿Sobre el hecho de que pensaré para siempre que tus besos están "bien"? —bromeo.

Esta vez se ríe a medias. Incluso en la oscuridad, algo chisporrotea a nuestro alrededor. Poso la vista en su quijada ensombrecida, pero eso no ayuda porque es muy angulosa y comestible. Bajo la vista al cuello, que es igual de problemático. Finalmente, mis ojos se posan en sus antebrazos, expuestos al haz de luz. Tiene la camisa de franela arremangada, y los brazos son musculosos, con vello fino, e incluso más increíbles que el cuello. Quiero clavarles los dientes.

—Este año ha sido muy raro —dice en voz baja—. Theo está construyendo una casa. Mis padres hablan de jubilarse. Todos parecen saber qué van a hacer y… —Se le apaga la voz—. Me encanta mi trabajo, pero todo el tiempo tengo la sensación de que hay algo más allí afuera. Más vida, más aventuras. Más que solo unas citas al mes.

Se me estruja el corazón.

—Conozco esa sensación.

—Salgo con chicas —dice él—, pero una cita se diluye en otra. Nunca he salido con alguien *en serio*, digo, a largo plazo, desde hace mucho. —Durante todo el tiempo que nos hemos conocido, y si bien sé que las ha tenido, Andrew nunca ha hablado de una novia cerca de mí—. Y después tú… —Deja la oración inconclusa, y me preocupa que si intento hablar, no me funcione la voz—. Me descolocó. Pero no para mal. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—La verdad que no. —Oigo que mis palabras salen temblorosas.

O sea, *creo* que sé a dónde quiere ir con esto, pero necesito que lo exprese con cuidado. Podría referirse a muchas cosas. Puede ser que este año sea distinto porque Theo y yo no estamos juntos todo el tiempo. O que este año sea diferente porque al fin le dije a

Andrew lo que siento por él. O, por ejemplo, que este año sea distinto porque he viajado en el tiempo, y él no está enterado.

—¿Recuerdas que te conté que había ido a una fiesta hace unos meses —me susurra— y una amiga de un amigo estaba tirando las cartas del tarot?

—Sí.

—Yo le hacía bromas sobre eso, y ella me hizo sentarme. Me puso las cartas delante y dijo: "Te las voy a leer". ¿Qué podía perder? Ella no me conocía. Así que le dije: "Bueno". Ella miró las cartas y dijo que podía ser feliz siendo el segundo en el trabajo. Me dijo que no necesitaba una vida ostentosa, que no hacía falta que incendiara todo. Tiene razón, no me hace falta. Pero después me dijo que ya había conocido al amor de mi vida, pero que no estaba escuchando con atención. —Se ríe—. Y yo me la paso escuchando.

Tengo un enjambre de libélulas dentro de mí, coloridas y brillantes, ocupando demasiado lugar. Me cuesta respirar, porque siento el peso de todas las cosas que podría significar esto que me contó.

—Aún no puedo creer que no lo supiera —me dice, y baja la cabeza—. Lo que sentías por mí.

Me mordisqueo el labio.

—No sé si eso te desanimó —susurro. Parece que hubiera pasado una década cuando finalmente dijo las siguientes palabras—: O si te gustó.

Él se mueve a mi lado, e inclina su cuerpo hacia el mío. Cuando me doy cuenta de lo que está por suceder, mi corazón ya no es un corazón, es un puño con un guante de boxeo que le da un puñetazo

tras otro a mis costillas. Andrew levanta una mano, con una parsimonia absoluta, y la apoya en el costado de mi cuello.

Le tiembla la respiración cuando exhala y dice:

—Me gustó.

Y así como así, los labios de Andrew se posan sobre los míos.

Una vez más, se aparta demasiado pronto, pero incluso en ese segundo perfecto, lo sentí más deseoso, más travieso. No se pareció en nada a ese momento en público debajo del muérdago.

Y a pesar de que nuestros labios ya no se están tocando, la intensidad sigue incrementándose porque él se queda ahí, a tan solo un par de centímetros, y le cuesta respirar, igual que a mí. Está oscuro, comprimido y hace calor. Unas camisas de él cuelgan de unas perchas, corridas a los costados de modo que nos envuelven, y tienen su aroma. Esas mismas camisas han estado sobre su piel cuando estuvo todo sudado, cuando durmió siestas o jugó a los naipes conmigo en el sótano, y ahora me rozan la espalda justo después de que él me besó.

—¿Está bien esto?

—Está mejor que bien —susurro.

Él se ríe, entrecortadamente, y estar aquí… respirando con él, anticipando con delicia lo que está por venir… es sin duda el momento más erótico de mi vida.

Me estiro hacia delante justo cuando él vuelve a inclinarse, y allí está su boca, con los labios que se abren poco a poco. Cuando sus brazos me rodean la espalda, acercándome a él, suelto un gemido y él aprovecha para rozarme la lengua con la suya.

Listo. Ahora entiendo. Ya no voy a resoplar con sorna al leer en las novelas descripciones de mujeres que se derriten cuando apenas las

tocan. No me imagino los sonidos que haría si alguna vez consiguiera desnudar a este hombre.

Un fuego ardiente surge en mi boca y baja por la garganta, pasa por mi pecho agitado y llega al centro del estómago. Imaginé esto un millón de veces, pero en retrospectiva, mi cerebro decepciona con su falta de creatividad, porque esto supera cualquier cosa con la que haya fantaseado. Andrew sabe a menta y chocolate, huele al humo de la madera de la chimenea y parece ser puro sol. Si pusiera todas mis cosas preferidas en una máquina de Willy Wonka, estoy segura de que la golosina que saldría sería Andrew Hollis. Hice un esfuerzo sobrehumano para no apretar la pelvis contra la de él y correrle la camisa de franela de los hombros.

—Parece que tuvieras ganas de gruñir —dice con un gruñido propio.

Nunca he conocido este lado de él, pero es como si me mostraran un pasillo iluminado por una débil luz trémula. El suelo está cubierto de piedras preciosas. Destella oro en las paredes. "Veamos a dónde va esto", dice una voz. Durante un segundo, me da terror que este no sea el camino correcto. Que besar a Andrew en un armario no sea lo que debería hacer.

Pero entonces él se inclina, me mordisquea por debajo del mentón, y la duda se desvanece.

—Me *siento* con ganas de gruñir —reconozco.

—Quién hubiera pensado que Maelyn Jones sería absolutamente irresistible —reflexiona para sus adentros, besándome el cuello.

—Yo no.

Su mano me sujeta un costado de la cadera y sube hacia mi cintura, hasta que se detiene lejos de mi seno en un gesto

exasperante.

—Durante muchísimo tiempo, fuiste solo una niña —dice él—. Y después, hace unos años, ya no.

No tengo palabras. Extiendo una mano y paso un dedo desde su cuello hasta la clavícula.

—Una vez tuve un sueño erótico contigo —confiesa él, y después estalla en risas.

—¡¿Qué?!

—En la litera —reconoce él—. Fue muy vergonzoso.

—¿Estando todos aquí?

Andrew asiente con la cabeza y continúa:

—¿Viste cuando sueñas algo así y te quedas pensando en eso toda la mañana?

—Sí.

—Después del desayuno, Theo y tú estaban forcejeando en el suelo, y tú te reías a los gritos. Divirtiéndote como nunca. Tuve que apartar esa imagen… verte de esa forma. No podía darle más cabida.

Cada palabra me hace reescribir mi historia mental.

—Si hubiera sabido eso en aquel entonces, te hubiera recreado el sueño con gusto.

Andrew se ríe y continúa:

—Y después me dijiste que me querías, y recordé las cartas del tarot y… yo no creo en nada de eso, o al menos pensaba que no creía, pero se me ocurrió: "¿Y si la he tenido delante de mí todo este tiempo?". Parecía muy obvio. Cuando estábamos en el trineo… —dice— y sentía tu aroma a caramelo y champú dulce…

—¿Sí? —Estoy en un trance de Andrew.

—Casi me inclino hacia delante para besarte el cuello. Así como así. De la nada.

Sin pensarlo, cierro la mano delante de su camisa, acercándolo. Cuando él suelta un gemido por lo bajo, su respiración se mezcla con la mía y de pronto tengo ganas de tomar a este hombre alegre y hacerle cosas muy muy cochinas.

—He pensado casi, casi lo mismo —digo—. Muchas… —Él se estira, pero después se aparta de mis labios. Su boca abierta se apoya en mi cuello, succionando, hincando los dientes con delicadeza. Apenas puedo pensar—. *Muchas* veces…

La mano de Andrew baja por mi trasero hasta el dorso del muslo, y me levanta la pierna por encima del costado de su cadera, inclinándose. Un roce pausado. Lo siento, el calor de su pelvis contra mis piernas, el peso macizo…

Una luz brillante nos parte al medio, y un cuerpecito entra como tromba en el armario.

Andrew me suelta la pierna, apartándose de un tirón. Yo levanto las manos como si me estuvieran arrestando. Tenemos la respiración tan agitada que parece que hubiéramos hecho *crossfit* en el armario.

—¡Los encontré! —Zachary grita susurrando con alegría.

—¡Ah…, ey! —Andrew inspira hondo para recuperar la compostura y levanta las manos para acomodarse el escote de la camisa—. Te tomaste tu tiempo, chiquitín.

A pesar de la penumbra, alcanzo a ver el rubor en el cuello de Andrew, el latido rápido de su pulso debajo de la piel. No me sorprendería si bajara la vista y descubriera que se me está prendiendo fuego la piel.

—Pensé que estarías en el hangar —dice Zachary.

Andrew le indica que se siente en medio de nosotros dos y cierra la puerta con un débil clic.

—No hay lugar para esconderse en el hangar.

—Eso fue lo que dijo el tío Ricky —dice Zachary, abatido.

—¿Dónde está Kennedy? —pregunto.

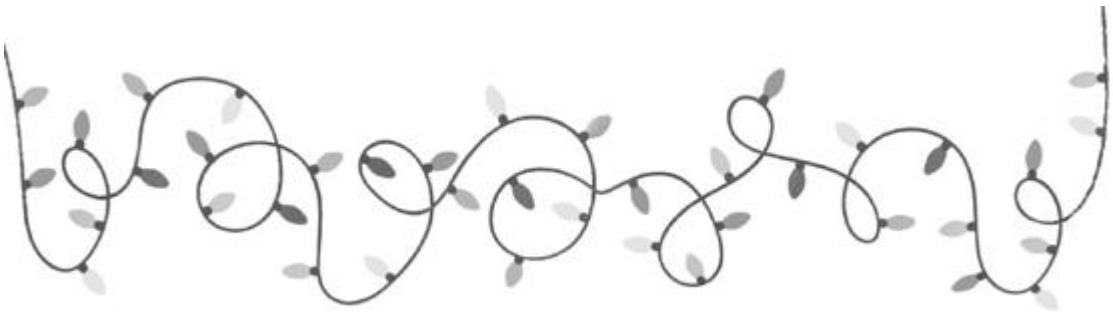
—Sigue buscando. —Los ojos oscuros de Zachary destellan cuando me mira por encima del hombro—. Pero no le digas que perdió, ¿sí?

—Jamás me atrevería —le aseguro.

Por encima de la cabeza de Zachary, Andrew y yo nos quedamos mirándonos. Siento calor y deseo por todo el cuerpo. Insatisfecha y nerviosa.

—¿Continuará? —susurra él.

Ah, eso no se discute.



Capítulo dieciocho

Andrew me aparta una silla cuando llego a la mesa, y tengo que ponerme a pensar si esto es algo normal. ¿Alguna vez hemos llegado a la mesa juntos? Y si ya sucedió, ¿Andrew me ha apartado una silla? Una risa contenida sigue brillando en sus ojos y sé que quiere burlarse de mí por estar tan nerviosa en este momento, pero ¿acaso él no sigue sintiendo mis labios sobre los de él? Sin duda aún siento la marca de su beso.

Benny cruza miradas conmigo y levanta una sola ceja, poco a poco. Miro para otro lado.

Desde un punto de vista objetivo, la cena es un espanto. La mesa está repleta de platos con comida imposible de identificar: una masa roja y color café que sospecho que será un intento de salsa boloñesa, un tazón de fideos blancos pastosos todos pegoteados. Pan de ajo carbonizado cortado en trozos desparejos. Unas hojas verdes mustias y sufridas debajo de lo que parece ser una taza de salsa ranchera.

La cocina quedó como si hubiera estallado una bomba dentro, Miles y Theo han roto al menos cuatro platos, y sé que después voy a tener que limpiar el desastre, pero esta es la mejor comida de mi vida, carajo. ¡Andrew dijo "continuará"! Podría comer pegamento y estaría feliz igual.

—En serio —digo con voz cantarina—, esto está *delicioso*.

Andrew me codea con ternura en el costado.

Ricky toma una cucharadita de salsa boloñesa y pasa la bandeja.

—¿Qué tienen ganas de hacer esta noche? —pregunta.

Casi me atraganto con la comida, y Andrew me da unas palmadas en la espalda mientras responde como si nada:

—¿Podríamos jugar al *Clue*?

—Uuuuh. —A mi madre le gusta la idea—. Aún no hemos jugado al *Clue*.

—Tampoco ha pasado tanto tiempo desde que llegamos —le recuerdo… y me recuerdo a mí también. Para ser sincera, me parece como si hubiera pasado un mes. Hago un cálculo rápido: siete días de las fiestas originales, más otros seis en la Tierra de las Repeticiones.

La salsa va dando la vuelta por la mesa. Zachary hace la mímica de que vomita cuando pasa por delante de él, y Aaron ni siquiera regaña a su hijo. De hecho, estudia la salsa con actitud sospechosa antes de decir:

—Mejor paso porque estoy a dieta. —Sin dar muchas más precisiones, le pasa la salsa a mi padre, salteando por completo a Kyle.

Seguramente lo hace en un intento de salvar a su esposo de tener que comerla, pero Kyle la persigue con una mano.

—Vamos, que estas curvas no se hacen solas. —Todos se ríen, porque Kyle es puro músculo y cero grasa, y Aaron se disculpa con un beso.

El momento es muy simple y tierno. Justo cuando aparto la mirada, veo a mis padres intercambiar una mirada cómplice. Mi padre se lleva el mentón al pecho, con los hombros temblorosos.

—Bueno. —Los señalo a ambos—. ¿Qué está pasando aquí?

—Cuando estaba embarazada de ti, de muy poquito tiempo —explica mi madre con una risa reprimida—, le pregunté a tu papá si ya parecía embarazada y él dijo: "No, nada más parece que te hubieras descuidado un poco".

—En cuanto las palabras salieron, quería volver a metérmelas en la boca —acota mi padre, tapándose los ojos.

—Uno diría que un hombre que se gana la vida interactuando con mujeres embarazadas sería más inteligente —bromea Ricky, y después enseguida se acobarda ante la mala cara de su esposa—. Ay, no.

Lisa señala a su esposo con un dedo acusador.

—¿Recuerdas cuando empecé ese curso de cerámica por las noches, en la universidad?

Ricky se va deslizando en la silla, soltando una risita y un "sí" avergonzado.

Ella nos cuenta a los demás:

—Le dije que me sentía una vieja malhumorada entre todas las jóvenes universitarias y él me dijo: "Está bien, cariño, te quiero igual".

Todos se ríen, y Theo suelta un quejido al decir:

—Ay, no, papá.

Ricky se dirige a su hijo:

—¿Lo dices en serio? El otro día te llamó una chica y no te acordabas quién era.

—¡Yo no…! —empieza a decir Theo, pero Ricky levanta una mano.

—Cuando vinimos aquí para pasar Acción de Gracias, ¿qué tenías escondido en el armario después de que se fue la abuela?

Andrew y yo nos quedamos inmóviles.

Theo cierra los ojos, fingiendo que le da vergüenza.

—Una mujer —confiesa.

—Una mujer —repite Ricky—. Pasando el rato en tu armario mientras esperaba a que termináramos de comer. —Unas risas de sorpresa estallan entre los comensales, pero por dentro, siento que he esquivado la bala más grande del mundo—. Theo, de ninguna manera estás en condiciones de decirme una mierda.

—Orejeras —les murmura Aaron a los mellizos, quienes se ponen un poco tarde las manos sobre las orejas.

Miles es el último en dejar de reír por todo esto, y Theo le dice, bromeando:

—Al menos yo tengo un poco de acción, amigo.

Debo reconocerle a mi hermano que ni se inmuta por esas palabras.

—Tengo diecisiete. ¿Se supone que debería esconder gente en el armario?

—No —dicen mis padres al unísono.

—Mae y Andrew están terriblemente callados por allí… —canturrea Lisa.

Todos hacen silencio, y todos los ojos giran hacia nosotros. Alzo la vista de los espaguetis que estoy cortando en pegotes más

pequeños y me doy cuenta de que Andrew, a mi derecha, está haciendo casi la misma cara de "¿quién, yo?" que estoy haciendo yo.

—Perdón, ¿qué? —dice Andrew mientras mastica.

—Ah, hablábamos de la conducta intachable de ustedes dos —dice mi padre, y mi madre transmite un orgullo innegable.

—No hay duda de que estos dos no andan haciendo cosas a escondidas, ocultando gente en su dormitorio para tener sexo un rato —dice Ricky para reprender a Theo.

Mientras trato de tragar un bocado de fideos pegoteados, Andrew pincha un trozo de lechuga con toda tranquilidad y acota:

—En rigor, eso es cierto.

—Mae tendría que salir con chicos para que pase eso —dice Miles, y lo fulmino con la mirada.

—A tu hermana no le interesa tener sexo con cualquiera —señala mi padre, llevándose un bocado de espagueti a la boca, pero dudando después.

Mi hermano suelta el tenedor, asqueado.

—¿Pueden dejar de decir "sexo"?

Siento que el pie de Andrew se apoya sobre el mío debajo de la mesa y de repente me concentro mucho, muchísimo, en los ingredientes de la salsa boloñesa y suelto:

—Esta salsa es muy especial, Theo. ¿Cómo la preparaste?

Halagado, se pone a explicar con entusiasmo que primero frio la carne, después echó los tomates enlatados y que encontró unas hierbas secas en la despensa. La conversación continúa con otro tema y casi consigo ignorarla… lo cual es bueno porque necesito toda mi energía para no estar con la vista puesta en cada

movimiento de Andrew. No serviría para conversar sobre nada en este momento.

Creo que está rozando su codo con el mío a propósito, aunque no puedo saberlo con certeza porque él es zurdo y yo soy diestra. Pero termino pensando en manos, dedos y en que él me sujetó la pierna y la subió por encima de su pelvis para después mecerse contra mí.

Pienso en esas manos deslizándose por debajo de mi camiseta, pasando por encima de mis costillas. Pienso en esos dedos abriendo el botón de mis jeans, bajándome la cremallera, seduciéndome. Pienso en esa boca, jadeante, bajando por mi cuerpo, por mi…

—¿Mae? —La voz de mi madre se alza por encima del ruido.

—¿Mm? —Alzo la vista, percatándome de que otra vez todos me miran. Al parecer, no he escuchado una pregunta que me hicieron.

—¿Estás bien, cariño? —me pregunta con el ceño fruncido.

Espantada, me doy cuenta de que tengo toda la cara y el cuello ruborizados.

—Sí, perdón, es que me quedé masticando la comida.

Theo se apoya en sus codos y dice:

—Dije que quería ser el profesor Moradillo en el *Clue* y ni siquiera pestañeaste.

—Ah. —Agito el tenedor—. Seré el que quede.

Siento la oleada de estupefacción que recorre la mesa. Hay cosas que me dan igual, es cierto, pero ninguna de ellas es el profesor Moradillo. Como toda mujer de veintiséis que se precie, me tomo el *Clue* muy en serio.

Sin embargo...

—¿Cuál es el problema? —pregunto—. A veces está bueno cambiar un poco.



Aviso que el coronel Mostaza ganó la partida de *Clue* de esta noche, y el profesor Moradillo ya se fue a dormir, triste porque no solo le transmití mi buena suerte a otro personaje sino porque el mismísimo profesor Moradillo fue el que cometió el asesinato, en el estudio, con la soga. Creo que a Theo no le gustó mi baile de la victoria, pero a Andrew seguro que sí.

Entre los dos, guardamos las piezas del juego en la sala de estar mientras los demás se van cada uno a su rincón: los adultos se van a los dormitorios, los niñultos se van al sótano, y quedamos nosotros dos, parados uno al lado del otro, con el fuego que se va consumiendo y la tensión sexual en aumento, pensando en cómo seguimos.

Al menos en eso estoy pensando. No estoy cansada en lo más mínimo y, por lo tanto, no me interesa en lo más mínimo bajar al sótano. Sin duda tengo más besos para dar esta noche.

Con un mínimo movimiento de la cabeza, Andrew me invita a la cocina, por donde creo que ambos planeamos escapar e irnos al hangar, pero nos damos cuenta de que aún quedan un montón de platos para lavar.

—Ah, claro. —El sueño de arrancarle en cualquier momento la camisa de franela del torso muere triste y en silencio—. Dije que los íbamos a lavar.

Andrew se arremanga y me mira en broma con ojos molestos.

—Tuviste que decir eso de "ayudemos más; tenemos que ser adultos".

Riéndome, apoyo mi vaso de sidra casi lleno en la encimera, cerca de él, y giro para recoger los platos que quedaron en la mesa.

—Perdón.

—No puedes ser más floja con la bebida —señala él, echando el contenido del vaso en el fregadero y metiéndolo en el lavaplatos.

—Lo sé. —Lo miro cerrar el lavaplatos y después lavarse las manos en el fregadero—. Pero tú eres igual.

Andrew me sonríe por encima del hombro y dice:

—Tomo decisiones sin pensar cuando estoy borracho. Quizá con uno o dos tragos más me termine tatuando una cita musical malísima.

Eso me hace reír y me tapo la boca con una mano para evitar que el sonido resuene fuera del silencio de la cocina. Lo que menos quiero es que Miles o Theo suban para estar con nosotros.

—¿Entonces no te harías un loro?

Andrew se estremece de la cabeza a los pies, y pone un tapón en un lado del fregadero para llenarlo con agua tibia jabonosa.

—Lo que no puedo entender es ¿por qué un *loro*?

—¿Por qué no un loro? —Me encojo de hombros, mordisqueándome un labio.

—¿Un loro genial en el brazo o la espalda? *Tal vez.* —Se señala la ingle con los dedos en forma de pistolas—. Pero un loro… ¿aquí? ¿Justo al lado de la verga? ¿Por qué?

Le respondería, pero se me ha freído la parte del cerebro que forma las palabras. En cuanto Andrew levanta la vista, se da cuenta con solo mirarme.

—¿Puse nerviosa a la señorita?

—Un poco. —Extiendo la mano para tomar un paño, decidida a secar los platos que supongo que Andrew empezará a lavar, pero él da dos pasos para acercarse y me toma el rostro con ambas manos.

—Tienes cara de que no sabes si esto está pasando en serio.

—Esa afirmación es tan cierta que da miedo.

Él apoya los labios sobre los míos, sonriendo.

—Tenemos que lavar los platos —murmuro contra su boca.

—Los lavaremos por la mañana —me murmura él.

—No vamos a querer lavarlos por la mañana.

Mordisqueándome el labio inferior, suelta un quejido y se aparta.

—Está bien. Sé lógica.

Se acerca al viejo reproductor de música de Ricky que está en la encimera, pone un casete y presiona la tecla de reproducir con un clic tosco. De los pequeños parlantes sale la voz de Sam Cooke, tan tenue que no creo que se llegue a oír ni arriba ni abajo, e incluso si alguien oyera la música, es Sam Cooke, no Ozzy Osbourne, así que podemos suponer que nos dejarán solos.

Don't know much about history.

Andrew canta por lo bajo, lavando los platos, y las primeras veces que me da algo para secarlo, me mira con ojos pícaros, pero después de unos minutos, entramos en un ritmo tranquilo, en la mejor combinación de amigos de toda la vida y nuevos amantes.

Él enjuaga su taza de unicornio preferida y me la da para secarla.

—¿Quieres que te cuente algo sobre esto? —pregunto.

—Más vale que sí.

—Cuando la pinté, escribí "Mae más Andrew" en blanco y después pinté todo de rosa encima.

Él me mira boquiabierto, me la quita de la mano y la voltea de inmediato.

—Mentira.

—Es verdad.

La pone a la luz, entrecerrando los ojos.

—¡Ay, por Dios, ahí está!

Los dos nos inclinamos y él señala, trazando las letras con el dedo índice. Tiene razón. El relieve de las letras bajo la gruesa capa de pintura apenas se distingue.

—Sabía que por algo era mi taza preferida.

—Una tontería —digo entre risas.

—Eh, no, Mae, es genial. —Andrew se inclina y me da un beso en la mejilla—. Entonces creo que no era broma —dice— que yo te gustaba.

—Claro que no era broma. —Cuando me volteo para mirarlo, él vuelve a inclinarse y me roza la boca con la suya.

And if this one could be with you...

Volvemos a entrar en ritmo con los platos, y no me doy cuenta de que nos movimos y nos estamos tocando hasta que su brazo roza el mío al meter la mano en el fregadero para lavar la última bandeja, pero nos miramos a los ojos después de eso. Estoy tan embobada con él que decir que estoy distraída es poco. Esto es todo lo que siempre he querido: estar aquí, justamente así con él… y tal vez no estemos "juntos" en un sentido estricto de la palabra, pero no se puede negar que ya somos *más*.

Me embarga un segundo pensamiento, que cae como algo pesado en un lago de agua tibia: *Estoy feliz. Jamás he estado tan feliz en*

toda mi vida. Quizá Benny tenía razón y finalmente me muestro como soy.

Me inclino y le beso el cuello antes de decir:

—Deja que esa bandeja se seque en el escurridor. Voy a guardar las especias y demás.

Recojo los frascos de orégano, perejil y una mezcla de condimentos para pastas, me pongo unas latas de tomates sin abrir bajo los brazos y entro en la despensa bajando la cabeza. A mis espaldas, se cierra el agua y, cuando me doy vuelta, veo a Andrew entrar también, secándose las manos con un paño.

—¿Qué haces?

—Cosas a escondidas. —Cuando cierra la puerta al entrar, su sonrisa queda oculta por las sombras, pero sigue siendo lo más brillante de este pequeño lugar.

—¿Los hombres Hollis tienen alguna especie de fetiche con los armarios?

—¿Acaso las fiestas no son para esto? —pregunta él—. ¿Para besarse bajo el muérdago? ¿Para besuquearse en una despensa?

—Parientes metiches.

Su boca está a tan solo unos centímetros cuando él se ríe y apoya los labios sobre los míos. Como una pizarra blanca a la que le pasaron un paño, se me borran todos los pensamientos.

Lo único que queda es la sensación de su beso y los brazos que me rodean la cintura, de mis manos subiendo por su pecho y rodeándole el cuello.

Quiero preguntarle, tengo las palabras en la punta de la lengua, "¿No es este el mejor beso del mundo?", porque para mí sí. Y no es solo porque se trata de Andrew, es porque siento que los dos nos

fundimos a la perfección; su boca se sincroniza con la mía. Besamos de la misma manera.

Andrew se aparta de mi boca y empieza a bajar por el mentón, apoyando estos besos perfectos sobre la piel sensible, justo por encima de mis latidos, gimiendo. El sonido me sube a un cohete y me lanza directo a Júpiter. Imagino fugazmente su cabeza entre mis piernas.

La idea de mirarlo hacer eso me genera timidez y voracidad a la vez; mi libido se ha vuelto un monstruo con colmillos. Andrew no parece inmutarse en lo más mínimo cuando lo acerco más y lo beso más fuerte, por los sonidos y la intensidad con que lo sujeto. Aquí, en la despensa oscura, puedo fingir que estamos solos, que no hay otras once personas en la casa. Empiezo a subir las manos por debajo de su camisa, en busca de la piel suave y tibia, recorriéndole las costillas con las yemas de los dedos.

—¿Me estás toqueteando? —Lo dice en broma, pero por la voz áspera con la que lo dice, entiendo que le gusta.

—Sí. Eres una delicia aquí abajo.

—Ahora yo. —Sus dedos juegan con el dobladillo de mi camiseta, y entonces siento su mano sobre mi estómago, las costillas, y sus besos no merman ni se atenúan. Quiero devorar esta sensación, quiero tragármela y darme un atracón.

—¿Piensas que les daría un ataque a todos si se enteraran de lo que está pasando aquí? —me pregunta.

—A todos, no —respondo—, pero a algunos de los más influyentes seguro que sí…

Andrew desliza el pulgar por debajo de mi sostén, para adelante y para atrás.

—Creo que se alegrarían por nosotros —dice.

Si esto existe a la vista de todos, pasa a ser real de una forma maravillosa y terrible a la vez. Si le ocultamos el secreto a nuestra familia, es como si lo mantuviéramos en secreto en general, y también puedo fingir que el universo no me está mirando. Sí, estoy feliz, y de pronto creo que ese es el objetivo, pero lo que no sé es por qué ni cómo aferrarme a esta felicidad. Nadie puede estar feliz todo el tiempo. ¿Qué pasará cuando no lo esté?

Andrew desliza el pulgar por debajo del sostén, corriendo la tela por encima de la curva de mi pecho.

—¿Está bien esto? —me pregunta.

No me importa lo desesperada que parezco al decirle que sí. Quiero que me toque en ese exacto lugar con todo su cuerpo, cada electrón de su energía concentrado en mi piel.

Me apoya la palma de la mano sobre el pecho debajo de la camiseta, y ambos soltamos unos gemidos ridículos mientras nos besamos y después nos apartamos, riéndonos en silencio. Somos igual de tontos.

Con la vista perdida y los ojos vidriosos, Andrew siente mis formas, provocándome, pellizcándome con ternura.

—Eres perfecta —me dice—. Eres muy suave.

Envío mil gracias al cielo porque, apretado contra mí, lo que *menos* siento de Andrew es suavidad.

Es el mejor beso del mundo, grita mi mente otra vez cuando él vuelve a apoyar la boca sobre la mía, distraída deliciosamente por su mano.

Una luz blanca repentina entra como un rayo frente a mis ojos y el instinto hace que ambos giremos y terminemos mirando los

estantes. Siento el frente de Andrew apoyado por toda mi espalda, y el corazón se me dispara a la garganta.

La puta madre, tenemos que buscar otro lugar para besarnos; los armarios no nos vienen nada bien.

—¡Ah, allí arriba! —grito para disimular, rogando que haya sido Benny el que abrió la puerta de la despensa.

—¿Por qué estaba cerrada la puerta? ¿Por qué están aquí dentro?

Ay, Dios. Mi hermano.

Mientras me bajo el sostén como puedo digo:

—Estaba buscando, eh…

—Esto. —Andrew se estira a mis espaldas, extendiendo un brazo por encima de mi hombro para tomar algo en el estante de arriba de todo. No tengo idea de lo que está sacando y, la verdad, a quién le importa. Su pelvis se apoya contra mi espalda y lo siento. A ver… *guau*. La tiene muy, muy dura. Se me derrite el cerebro.

Miles está concentrado en lo que intenta agarrar Andrew, y gracias a Dios, porque yo estoy concentradísima en sentir a Andrew apoyado contra mi trasero. *Yo causé eso.*

Yo quiero eso.

Andrew baja el objeto y se lo da a Miles, y en el medio se las arregla para girarme de modo que quedo frente a Miles, aunque parada delante de Andrew. *Tapándolo*. Me acuerdo de que tiene puestos pantalones de chándal, y por cómo se sentía la cuestión ahí abajo, su estado sería difícil de ocultar.

Miles estudia el objeto que tiene en sus manos.

—¿Estaban buscando este… sombrero mexicano de cerámica?

Al oír las palabras de mi hermano, miro lo que Andrew le dio. La bandeja para papas y salsa es una antigüedad. Está tapada de

polvo. No he visto esta cosa desde hace al menos una década.

—Sí, Mae tenía ganas de comer algo.

Andrew me pellizca suavemente la cintura cuando no le sigo el juego enseguida.

—¡Sí! —digo.

—¿No puedes comer papas con salsa en un tazón común y corriente?

¡Ay, ya basta, Miles!

—Quería algo más festivo —aventuro.

Él pestañea y hace una mueca.

—Estás toda *roja*.

—¿Sí?

—¿En serio? —pregunta Andrew con una risa reprimida mientras se vuelve hacia la estantería—. Voy a buscar las papas, Maisie.

Vaya si nos descubrieron. Ay, Dios, pobre Miles. Primero el novio con gusto a kétchup y ahora esto.

Cuando salgo de la despensa, Miles me aparta a un lado.

—¿Se estaban besando ahí adentro?

—¡Claro que no! —Por favor, qué vergüenza. ¿Por qué mi hermano no interpreta la situación y se va?—. Estábamos lavando los platos, me dio hambre. Vuelve a la cama… y ya.

Dando una última mirada de escepticismo a la despensa, Miles toma un vaso de agua y baja de vuelta al sótano.

Cuando estoy segura de que ya se fue, miro a Andrew, que se está acomodando los pantalones, sonriéndome.

—Bueno, eso sí que estuvo incómodo.

—Lo más incómodo que haya existido.

Algo cambia en su cara: como si una cortina se hubiera corrido, revelando la siguiente etapa de nuestra noche de aventuras.

—Ah. —Lo señalo con el dedo y sonrío—. Percibo una transición.

Se inclina hacia mí con actitud conspirativa y dice:

—Estaba pensando…

—Es muy peligroso hacer eso.

—… que en lugar de quedarnos en la cocina y que nos descubran nuestros hermanos, quizá la dama guste regresar conmigo al hangar para beber una copita antes de ir a dormir.

—Con "copita" —le susurro—, ¿quieres decir besarnos sin la camiseta puesta?

Él asiente con una solemnidad graciosa:

—Correcto. Y con el fin de cuidar la transparencia del asunto, cumplo con informarte que allí afuera en realidad no tengo ninguna opción interesante de copitas para ofrecer.

Finjo pensarlo un poco, pero por dentro estoy dando un millón de volteretas.

—Quiero ir allí afuera, pero con una condición.

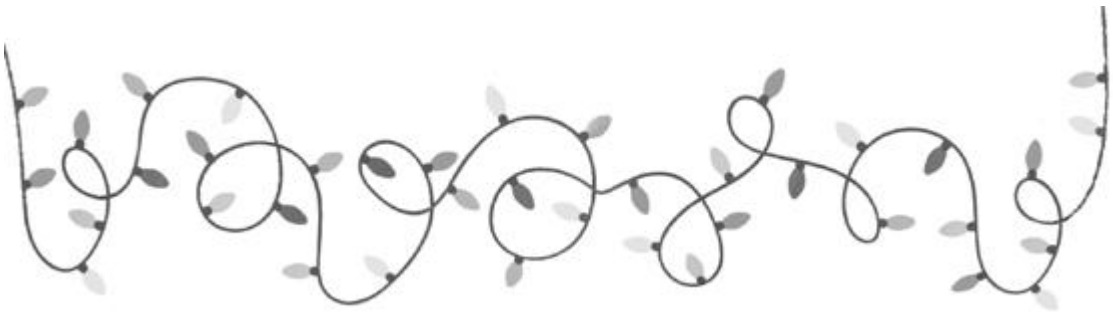
Enseguida le cambia la cara.

—No tenemos que hacer nada que tú no…

—Que me acompañes hasta aquí después —lo interrumpo, en voz baja—. No hay forma de que sobreviva a la inquisición de nuestras madres si me descubrieran durmiendo allí afuera, pero no quiero volver sola.

—¿Te trajo recuerdos de *El silencio de los inocentes*? —Un destello cómplice le brilla en los ojos.

—Al ciento por ciento.



Capítulo diecinueve

Afuera, el cielo está pleno, de un azul como el de las profundidades del océano, plagado de brillantes pececitos plateados. Hace tanto frío que mi cuerpo tarda algunas respiraciones en adaptarse, en despejar el aire seco del interior de la casa. Salimos por el porche trasero y, después de dar solo dos pasos, Andrew acerca la mano a la mía y entrelaza los dedos como si lo hubiera hecho miles de veces.

—Nunca vemos cielos así en casa —digo.

—Siempre olvido lo mucho que me encanta este lugar hasta que salgo a la noche, y entonces es como "guau"… Sí, me costaría mucho renunciar a esto.

Se me escapa un pequeñísimo sonido ahogado, y lo convierto en una tos.

—¿Quizá puedas convencer a tus padres de que la conserven?

Su pausa silenciosa me indica que es muy probable que no lo haga.

—Nada más quiero que hagan lo que consideren mejor, ¿sabes?

Levanto un brazo y me paso la mano libre por el pelo. Las hebras que se salen quedan enroscadas en los dedos, y los sacudo para quitármelas.

—Tienes muchísimo pelo —dice él con voz tenue—. Es muy bonito.

—Es un suplicio. Deberías ver mis cepillos. —El color café oscuro viene de mi madre, pero la extrema densidad viene del lado de mi padre.

—Piensa en todos los nidos de pájaros que has ayudado a construir —bromea Andrew.

Me río, pero a medida que avanzamos por la oscuridad, por la nieve iluminada de azul y tan fría que podemos caminar encima de ella sin hundirnos, me invade un miedo como una ola de agua helada.

—Solo quiero decir —empiezo—, antes de que entremos al hangar, que si esto llega a parecerte raro o equivocado, no dejes de hablarme, por favor. Te prometo que estaré bien si decides que no quieres seguir con esto, pero no estaré bien si me ignoras.

—¿En serio piensas que te haría eso?

La verdad es que no. No me lo imagino.

—Tienes razón —digo.

—¿Y por qué supones que yo seré el que cambie de opinión?

—Nada más intento protegernos a nosotros y a nuestra familia. Es maravilloso, pero sé que es algo muy importante.

Él se inclina cuando digo esto, rozando la boca contra la mía. Parece la siguiente oración de la conversación, el "Confía en mí, ¿sí?" implícito.

Ya llegamos al hangar, y él gira para extender una mano y abrir la puerta con un chirrido, que revela el espacio oscuro y vacío. No sé bien por qué, pero ver el hangar con Andrew, en estas circunstancias, hace que la fría oscuridad sea tentadora en lugar de escalofriante y poco acogedora. Sí, hace un frío de morir aquí, pero sé que en un rincón hay una pila de bolsas de dormir y, en unos minutos, estaré acurrucada dentro de ellas con Andrew apretado contra mí.

¿Y si tenemos sexo?

La palabra "sexo" aparece en mi cabeza como un cartel fluorescente de neón.

Hace tan solo unas horas descubrí cómo era besarlo. Pero aquí estamos, no más niños, amigos de toda la vida. Si la intensidad entre nosotros se parece un poco a la que hubo en el armario y la despensa, y con más de una década de lujuria contenida debajo de mi piel, no sé cómo evitar que terminemos arrancándonos toda la ropa en cuanto cerremos la puerta.

La puerta se cierra por completo, y Andrew extiende la mano para girar el pestillo. El clic hace eco una sola vez, a diferencia del *staccato* de mis latidos.

—Vamos. —Me lleva al fondo y enciende una pequeña lámpara en un rincón, que ilumina un cono de espacio con un brillo suave de color amarillento—. Tarán.

Cuando retrocede, veo que ha acomodado la pila de bolsas de dormir en el suelo, y en tan solo unos segundos me doy cuenta de que hizo eso porque en el catre entra una sola persona. Pero al unir las cremalleras de las bolsas de dormir de franela cadavérica, ha hecho una bonita cama para dos. Hay unas almohadas apoyadas

contra la pared para recostarnos, si queremos. Incluso trajo un par de botellas de mi agua gasificada preferida que había en la cocina.

Debo de tener corazoncitos en los ojos cuando lo miro. ¿Cuándo hizo esto?

—Dijiste que no tenías nada para beber.

—Dije que no tenía copitas —me corrige él, sonriendo—, pero sé lo que te gusta.

Intento que mi cerebro no lo haga, pero se filtra un destello diminuto de los pocos chicos de mi pasado a los que les costaría recordar cuánto hielo me gusta en mis bebidas o nombrar alguna de mis cosas preferidas.

Sin ningún cálculo, solo por gratitud y deseo, me acerco a él. Le rodeo el cuello con los brazos, y de su parte tampoco hay vacilación; por Dios, es como una explosión al revés, un derretimiento. Él me acerca, y su boca se aproxima a la mía con una mezcla de risa y gemido feliz de desahogo. Esta sensación es como la luz del sol. No hay pausas como pasó en el armario, no nos preocupa quién pueda encontrarnos. Aquí solo está el calor de su boca sonriente.

Andrew gira y me aprieta contra la pared. Al Andrew juguetón, dulce y tranquilo se lo lleva la sombra del hombre que tengo enfrente, que sigue sonriendo, pero que es oscuro y excitante. Sus manos me sujetan la cadera, apretándome contra él, dejándome sentir que él ansía esto tanto como yo.

Bajamos al suelo. Me sube la camiseta y me la quita. Finalmente consigo correrle la camisa de franela de los hombros y paso las manos por sus brazos, sintiendo los músculos marcados, la tensión acumulada en su espalda cuando él se pone encima de mí, apoyado justo donde quiero.

El cartel de neón volvió a encenderse. *Sexo. Sexo. Sexo.*

Habremos estado en el hangar unos cuatro minutos y ya estamos semidesnudos. No quiero cometer una tontería.

—Andrew —murmuro contra su boca.

Él se aparta y, a pesar de la penumbra, veo su gesto de preocupación.

—¿Qué? —me pregunta.

¿Lo digo? ¿O vemos qué hacemos sobre la marcha? Pero la verdad es que eso nunca es buena idea. El calor del momento existe, y estamos justo en eso.

—Es incómodo esto, sí, pero no tengo…

Él espera a que termine la oración, pero de pronto me parece muy impertinente. Demasiado rápido. Acabamos de quitarnos la camiseta, Mae, cálmate.

—No importa.

—¿No tienes qué? —insiste él. Se mueve un poco hacia adelante, acostándose sobre ese calor que me distrae entre las piernas.

—Eh. No digo que vayamos a hacerlo. O sea, por supuesto que es probable que no. Pero si una cosa lleva a la otra y…

Se oye una sonrisa en su voz cuando dice:

—Maelyn Jones, ¿estás pensando en métodos anticonceptivos?

La vergüenza que siento es total.

—Como dije —agrego de inmediato—, no digo que lleguemos a eso, acabamos de llegar *aquí*, pero preferiría…

—No correr riesgos —completa él con voz seductora, apretándome el costado de la cadera suavemente—. Yo tengo. No te preocupes.

Andrew se inclina y ahora es más tierno, menos desesperado, como si hubiéramos liberado parte de la presión con tan solo decir la

posibilidad en voz alta.

En el hangar parece que hiciera más frío que afuera, pero dentro de las bolsas de dormir hace un calor tremendo. A Andrew le cuesta un poco desabrocharme el sostén, lo que me parece tranquilizador y simpático a la vez, y después la prenda sale volando y cae en alguna parte cerca del catre. Su boca deja una estela de calor por mi cuello, por el pecho, besos y mordiscos diminutos.

Es como si quisiera apretar el freno y el acelerador al mismo tiempo; quiero ir más rápido, sentirlo moviéndose dentro de mí, pero quiero saborear cada segundo de esto porque son muchísimas fantasías de toda la vida hechas realidad y él es perfecto, como si hubiera leído el *Manual del cuerpo de Mae* y estuviera decidido a no saltarse un solo punto. Hasta el día de hoy, ignoraba por completo que Andrew sentía algo que no fuera un gran cariño fraternal por mí, pero con la muy sencilla invitación que le hice para explorar la posibilidad de un "nosotros", él aceptó. Por completo. Parece que él también hubiera estado esperándolo. También ha tenido fantasías que finalmente puede cumplir. Y me parece surrealista.

Andrew desaparece dentro de la bolsa de dormir y, con una combinación de besos, dedos hábiles y manos decididas, se las arregla para desabotonarme los jeans, bajármelos por las piernas y dejarlos en el fondo de la bolsa de dormir.

No puedo verlo, solo siento su boca en mi rodilla, mi muslo, apenas una presión de su boca entre las piernas y, Dios santo me voy a morir, creo que nunca deseé tanto algo en la vida: sacrificaría lo que fuera con tal de sentir sus besos acalorados directamente allí…

Andrew me trepa por el cuerpo, sube todo asustado y toma una gran bocada de aire cuando logra salir de la bolsa de dormir.

—Mierda. —Vuelve a dar otra bocanada—. Nunca estuve tan cerca de morir.

Se me escapa una mezcla de risa sorprendida y grito avergonzado.

Claro que todo ahí abajo es terrible y espantoso. ¿Cómo es que nadie nunca me ha dicho la verdad?

Me tapo la cara con las manos y pregunto:

—¿Estás bien…?

—Estoy genial. Quería… pero no pude aguantar la respiración… —Jadea, y vuelve a inhalar hondo—. Hace muchísimo calor en esa bolsa de dormir de franela, o sea, *no hay aire*.

Suelto una carcajada, bajando las manos.

—Estaba haciendo un trato mental para sacrificar a todos nuestros seres queridos si con eso podías seguir, pero no sirve si vas a morir asfixiado.

Él se inclina, apoyando la frente sobre mi hombro desnudo.

—Acuso a Mae, en la bolsa de dormir, con su vagina —afirma, como si jugáramos al *Clue*.

Me da un ataque de risa cuando Andrew dice eso, y él también tiembla de risa. A decir verdad, puede que reír con él estando desnuda sea la mejor sensación que haya tenido. Andrew se acomoda a un costado y apoya la cabeza en una mano. Con los dedos de la otra, dibuja pequeños círculos en mi estómago, en el pecho, en el cuello.

Me gusta verlo con esta luz: el ángulo con el que nos ilumina hace que él sea la combinación perfecta de cuerpo suave y anguloso. La

quijada y los pómulos marcados, la pequeña curva de los labios, las pestañas increíblemente largas.

—¿Alguna vez te dijeron que tienes unos ojos bellísimos? —me pregunta—. Son dulces, grandes e inocentes, como los de la protagonista de esa serie de los sesenta, *Gidget*.

—Eso sí que es de viejo, Mandrew —río.

—No, escúchame —insiste él, levantándose y quedando encima de mí—. De chico, veía las repeticiones de *Gidget* cuando estaba enfermo y tenía que quedarme en casa, y esto no lo digo en broma: creo que Sally Field fue la primera chica que me gustó.

—¿Es raro eso? —pregunto—. No puedo decidirme.

—Raro no. —Él se inclina, besándome el cuello—. Está buenísima. Aunque ya tenga setenta y pico, todavía está para darle.

—¿Sabías que Tom Cruise tiene casi sesenta años?

—¿Te gusta Tom Cruise? —Se lo ve ligeramente preocupado.

—Para nada —respondo, arrugando la nariz—. Solo pienso que es curioso que siempre parezca tener cuarenta.

Andrew se pone pensativo y señala:

—¿Sabías que Christopher Walken tiene casi ochenta?

—¿Cómo puede ser que sepamos estas cosas? —río.

—¿Somos de los raros buenos? —Su boca sube por mi cuello.

—Pero ¿no es de raro malo —digo— que esté desnuda y hablemos de Christopher Walken?

—Es muy pero *muy* bueno que estés desnuda. Y para ser sincero —confiesa—, es un gusto compartir este momento con Christopher Walken.

Me embarga un cariño tan arrollador que tomo la cara de Andrew con ambas manos y lo acerco a mí. No se trata solo de lo

maravilloso que es esto o de lo increíblemente divino que es él, se trata de lo fácil y natural que resulta estar con él, hablar entre besos, estar desnuda sin una gota de timidez, reírnos de la experiencia cercana a la muerte que Andrew tuvo entre mis piernas.

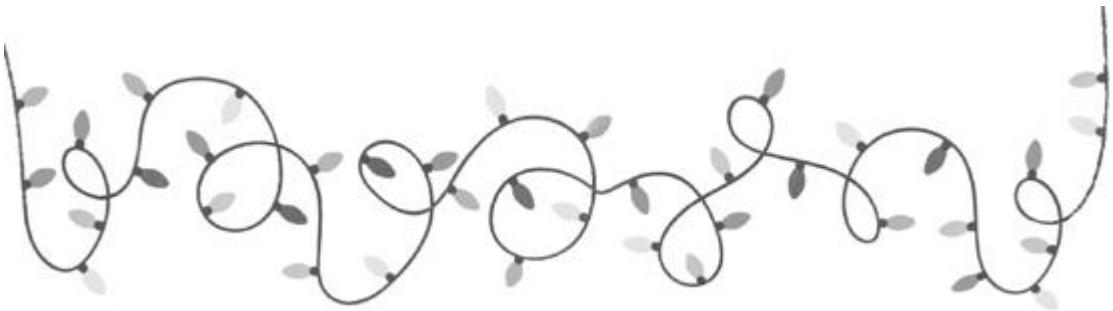
El beso comienza con calma y ternura, pero cuando él me roza los labios con los dientes, hago un sonido que parece descorchar algo en su interior, y otra vez se me sube encima, con los codos plantados a los lados de mi cabeza, besándome tan bien que me vuelvo loca por mi deseo por él.

Mis dedos juguetean con la cintura de sus pantalones, pasan justo por debajo y después… por qué no… los bajo por la cadera, y su piel cálida se desliza sobre la mía. Por un segundo pienso que va demasiado rápido, pero percibo la misma sensación en él porque se mueve y se aparta.

Jamás he estado tan en sintonía con alguien. Parece que pasaran horas mientras nos besamos y tocamos, hablamos y de repente estallamos en carcajadas. El sexo está ahí, pero también está la oscuridad de la noche, recordándonos que no hay prisa y que tenemos todo el tiempo del mundo para divertirnos. Incluso el titubeo al tratar de sacar el condón del envoltorio nos deja muertos de risa. Él me sigue besando, divertido, cuando se pone encima de mí, y entra, y entonces veo el lado silencioso y concentrado de Andrew, el que dedica su vida a escuchar, porque pone todo su empeño en responder a cada mínimo sonido que hago.

Cuando finalmente nos volvemos a vestir y él me acompaña por la gran extensión de nieve bajo la luz de la luna, hay dos cosas que deseo con igual intensidad: quiero dar media vuelta y volver a estar

desnuda en la bolsa de dormir, y quiero que él entre conmigo a la cocina, se siente a la mesa y me hable durante horas.



Capítulo veinte

A las cinco y media de la mañana, dos horas y media después de que Andrew me acompañara hasta la casa, renuncio a intentar dormir y subo a la cocina arrastrando los pies. Soy como una criatura de las alcantarillas que sale a la luz del día; una mujer que sin duda alguna necesita ocho horas de sueño. Hoy va a estar interesante.

Ricky entra adormilado casi al mismo tiempo que yo, y ambos nos quedamos inmóviles al ver que su hijo está en un extremo de la mesa, inclinado sobre un tazón de cereales. Se me para el corazón, y observo con espanto que Andrew levanta tranquilamente un brazo y se limpia una gota de leche que le cae por el mentón.

No se ha dado cuenta de que estamos cerca, lo sé, pero la imagen de él encorvado sobre la mesa, el silencio que parece extenderse como una grieta por la cocina, que por lo demás es cálida y acogedora… es tan similar a esa mañana horrible con Theo que enseguida siento un pavor nauseabundo.

¿Aquí está la trampa? ¿El final sorpresa? *¡Ahí te va! Cometiste el mismo error con Andrew. ¿En serio pensaste que el objetivo de esto era que fueras feliz?*

Me sale una especie de chirrido, una mezcla de inhalación y quejido, y los ojos de Andrew se levantan de un tirón, y después por encima de su hombro para ver a su papá, antes de volver a ponerlos en mí.

Su mirada somnolienta enseguida cambia a una felicidad destellante.

—Ah, buen día, compañeros madrugadores.

Me mira como si yo fuera justamente la persona a la que quería ver esta mañana, pero mis dudas tardan unos segundos en disiparse y la sensación no me deja adentrarme en la cocina.

Ricky me mira, después mira la cafetera y vuelve la vista a mí queriéndome decir algo, hasta que finalmente se rinde y va él a preparar el café.

—¿Qué haces levantado tan temprano, Andrew?

—No podía dormir. —Con su padre dándonos la espalda, Andrew me guiña el ojo con picardía, y por dentro siento una maraña de calor. Un eco de sus gemidos, un destello de su garganta encorvada hacia atrás en pleno gozo borra cualquier otro pensamiento de mi mente.

—¿Mucho frío en el hangar? —Ricky se voltea y me sonríe también a mí, como si hubiera tenido razón.

—En realidad, estuve calentito como un oso en la madriguera —dice Andrew, metiendo la cuchara en los cereales—. Nada más me quedé despierto hasta tarde y después no pude apagar el cerebro.

—¿Te preocupa algo? ¿Cosas del trabajo? —Ricky toma tres tazas mientras el café empieza a gotear poco a poco en la jarra.

—Lo que menos tuve en la mente fue el trabajo, la verdad. —Andrew se encoge de hombros ante su padre y come otra cucharada de cereales—. Estuve despierto del todo, lleno de energía.

Bajo la vista al suelo, fingiendo un bostezo para disimular mi sonrisa de felicidad.

—Bueno, vas a quedar cansado después de hoy —dice Ricky, sentándose a la mesa—, eso seguro.

Hoy: 23 de diciembre. Día de la Búsqueda del Tesoro. Nos dividimos en parejas, sorteadas con papelitos que sacamos de un sombrero, y nos desparramamos por todo Park City para reunir pruebas fotográficas de una larga lista de cosas al azar que se le ocurren a Ricky y Lisa: un adorno plateado, un bastón de caramelo gigante, un perro con suéter y otras cosas por el estilo.

En algunas ocasiones hacen falta pruebas en video, como el año pasado, cuando tuvimos que filmar a un grupo de personas bailando el cancán. Hay que pedir permiso, y conseguir que unos desconocidos hagan cosas extrañas puede dar mucha vergüenza, pero por lo general nos divertimos como nunca.

La búsqueda también nos da la posibilidad de hacer alguna compra navideña de último minuto (Theo y Miles nunca hacen sus compras por adelantado) y suele ser un buen momento para salir de los confines de la cabaña. Mi madre, Kyle y Aaron suelen quedarse para empezar a cocinar el festín del día siguiente. Preparan el querido menú de todas las Nochebuenas: pierna de cerdo, papas gratinadas, verduras asadas, macarrones con queso, pan casero y unos diez pasteles distintos que esperamos con ansias cada año.

Los demás nos descontrolamos y competimos sin piedad. Un año, mi padre llegó a comprarle una camiseta nueva a una mujer para que nadie más pudiera tachar "alguien con una camiseta de los Broncos" de su lista.

Los pies finalmente se me destraban, y camino hacia la mesa, aparto una silla y me siento junto a Ricky.

—¿Y tú, Mae? —me dice, codeándome—. ¿Dormiste bien?

Debería mentir, pero estoy muy cansada para ser evasiva.

—No mucho.

Andrew pone cara de exagerada preocupación.

—Ay, no. ¿Te pasó lo mismo?

Ricky se endereza de golpe en cuanto la cafetera avisa que el café está listo, y aprovecho la oportunidad para mirar a Andrew con ojos de advertencia, pero no consigo mantener el gesto y enseguida termino con una sonrisa que se siente como si la luz del sol me diera en la cara. En mi mente, Julie Andrews canta y da vueltas sobre una colina austríaca. Sale papel picado disparado de un cañón. Una bandada de pájaros remonta en un vuelo maravilloso desde la copa de un árbol enorme. Soy pura felicidad brillosa y centelleante.

Ricky apoya una taza delante de mí.

—No te *ves* cansada, Maelyn.

—De hecho, estás un poco ruborizada. —Andrew se mete otro bocado de cereales en la boca con actitud inocente, mastica, pensativo, traga y agrega—: Si necesitas dormir una siesta en el hangar más tarde, ahí está tranquilo y las bolsas de dormir son muy calentitas.

Bueno, ahora no tengo dudas de que tengo las mejillas rojas y los ojos brillantes. Me inclino sobre la taza, inhalando el cálido aroma

almendrado.

—Creo que no hace falta —digo.

—De todas formas, esta noche te llevaremos a la cama supertempranísimo —señala Andrew, y me mira por encima de su propia taza—. Te doy mi palabra.



Media hora más tarde me encuentra en el pasillo con mi bolso para la ducha, preparándome para subir la extensa escalera que lleva al baño de arriba con la mejor presión de agua. Andrew me mete en el comedor oscuro y apartado, nos escondemos detrás de una de las gruesas cortinas de terciopelo y hunde la cara en mi cuello.

—Hola. —Inhala hondo—. No te bañes todavía. —Abre la boca y sus dientes se apoyan en la sensible unión de mi cuello y el hombro —. Te quedó el olor del hangar.

—Tu coqueteo en la cocina fue muy sutil —bromeo.

Riendo en silencio, me aprieta contra él y nos acurrucamos parados.

—Bésame —me pide.

Y lo beso.

—¿Quieres saber por qué no pude dormir? —me pregunta.

—¿Por qué? —río.

—Porque no dejé de pensar en todos los ruiditos que hiciste anoche.

—Mis ruiditos.

Su boca va subiendo por mi cuello.

—Sí. Justo en mi oído. —Baja la voz—. "No pares. No pares, por favor".

La verdad es que no recuerdo nada tan concreto: solo destellos borrosos de él moviéndose encima de mí, encorvando la espalda por el placer vertiginoso, y los sonidos roncos y entrecortados que hizo al acabar.

—No me di cuenta de que estaba diciendo algo coherente.

—No todo fue coherente —ríe él. La risa se vuelve un quejido—. ¿Cómo vamos a ocultar esto? Dudo que pueda disimularlo; se me va a notar en la cara. Quizá no deberíamos tratar de guardar el secreto.

¿Lo dice en serio? No pensará de verdad que anunciaremos esto hoy, después de estar juntos tan solo un día, ¿no? ¿Acaso no conoce a nuestras familias?

Pero en realidad no quiero pensar en ninguno de ellos en este momento. Le rodeo los hombros con los brazos, y él empieza a manosearme.

—Puede que levante sospechas afuera si la cortina empieza a sacudirse, sabes.

Él se aparta, fingiendo estar horrorizado.

—¿Qué piensas que vamos a hacer aquí? —Igualmente, apoya la palma en mi seno.

Aún siento el rítmico eco de anoche por todo el cuerpo. En un giro que solo puedo atribuir a mi crianza semiconservadora, la culpa ensombrece mi júbilo. Mi madre ha abandonado buena parte de su propia mojigatería, pero el vestigio más importante que aún le queda es su preferencia por evitar la promiscuidad. Sabe que ya no soy virgen, pero también tengo la certeza de que no le encantaría

enterarse de que estuve teniendo sexo con Andrew en la cabaña de sus padres. No me arrepiento, pero tampoco quiero ostentarlo.

Andrew ve que se me ensombrecen los pensamientos; vuelve a bajar la mano a mi cintura.

—¿Qué pasa?

La cuestión va más allá de la simple realidad de que tuve sexo con Andrew tan rápido, lo que, a decir verdad, ya de por sí es sorprendente. Pero en las últimas horas, me he permitido olvidar que en realidad estoy en un viaje cósmico de locos, que quizá tenga los minutos contados. Ya he estado en este preciso día y en este mismo instante, y no sé qué podría lanzarme de vuelta al principio. ¿Me siento más afirmada aquí que la última vez, cuando me cayó una rama sobre la cabeza? ¿Tal vez? Logré sobrevivir al tercer día sin regresar al avión, pero tampoco hice ninguna declaración nueva ni me di cuenta de nada importante. Solo estuve… feliz.

Y estar feliz fue lo único que pedí.

Entonces, ¿qué pasará cuando *no* esté feliz? ¿Qué pasará cuando se terminen estas vacaciones, y Andrew vuelva a Denver, yo a Berkeley, y quede destrozada por estar lejos de él, sin trabajo ni dinero? ¿Y si no puedo mantener esta trayectoria? ¿Desaprobaré esta prueba en particular? ¿Terminaré de regreso en el principio del juego, con la tarea de revivir todos estos momentos y buscar la manera de mantener el globo eternamente en el aire?

—No pasa nada —respondo, y espero no haberme quedado callada demasiado tiempo—. Solo estoy procesando todo.

—Ay, mierda. —Él se pone serio—. Vamos muy rápido. —Se pasa una mano por la cara—. Deberíamos haber ido más lento anoche. Aunque estuvo buenísimo, y yo solo…

—No fuiste tú nada más. Fue rápido —reconozco, y su afirmación de que estuvo buenísimo me hace sentir calor por todas partes otra vez—. Pero no fue muy rápido. Había querido hacer eso contigo desde que supe qué era el sexo.

Una sonrisa pícara le encorva la mitad de la boca.

Recobrando la compostura, agrego:

—Digo, podemos considerarlo demasiado rápido si… —Trago saliva —. Si solo queda limitado a estas fiestas.

Él se aparta con un genuino gesto dolido.

—¿Eso te preocupa de verdad?

—No lo sé, en realidad, porque tú eres más reservado que Theo sobre estas cosas. Pero yo no soy para nada así.

Andrew juguetea con el tirante de mi camiseta sin mangas mientras dice:

—Nunca te haría eso, Mae. No es algo pasajero.

—Hay muchas cosas que complican esto, pero empecemos con el hecho de que nuestros padres son muy amigos y nos separan cientos de kilómetros de distancia. —Me mordisqueo el labio—. Perdón. No quería ponerme tan intensa.

—¿Bromeas? —Él flexiona las rodillas para quedar a la altura de mis ojos—. La única forma de hacer esto es con honestidad. Aunque te parezca que no fuimos demasiado rápido anoche, no hay dudas de que aceleramos de cero a cien. Dime lo que piensas.

Supongo que no tiene sentido demorar la conversación.

—Sé que quieres contarles a todos sobre nosotros, pero ¿estás seguro de eso? —Deslizo la mano debajo del dobladillo de su camiseta, buscando calor. Él se traga un gemido, y me distrae por un momento con un beso profundo y penetrante que me genera una

intensidad que va de mi corazón desbocado al ombligo—. No quiero entusiasmar demasiado a todos sin siquiera saber qué es esto.

Andrew asiente con la cabeza, y el gesto me indica que no hace falta que lo explique. Me crie con un excelente ejemplo de una relación que no funcionaba. Hasta el final más sencillo de una relación puede complicarse, y no quiero que nadie se sienta obligado a elegir bandos si esto no funciona a la perfección desde el minuto uno.

Apoyando los labios en la comisura de mi boca, Andrew dice:

—¿Entonces por qué no seguimos con esto un poco antes de contarle a alguien? Estoy tan feliz que me siento como si estuviera borracho. Pero intentaré hacer como si no pasara nada.

El problema es que yo tampoco sé hacer eso. Básicamente le he entregado mi corazón a la persona para la que lo he reservado la mitad de mi vida, y tengo miedo de que él no se dé cuenta de lo que tiene en sus manos.

Unas pisadas se detienen a tan solo unos metros de nuestro escondite detrás de las cortinas, y Andrew se queda inmóvil, con los ojos abiertos de par en par. Los pulmones se me vuelven de hormigón.

—Hola a quien esté por ahí —dice Andrew, haciendo una mueca —. Estaba, eh, revisando la traba de esta ventana.

Mientras extiende la mano por encima de mí para sacudir la traba, nos miramos con los ojos como platos, probablemente rogando que sea Kennedy o Zachary y podamos fingir que volvimos a jugar a las Sardinas Escondidas.

Pero después oímos que alguien se aclara la garganta, y debo reconocer que ninguno de los mellizos se aclararía la garganta con el

ruido de un adulto.

—Conozco a un buen cerrajero.

Benny.

Andrew corre la cortina, soltando un suspiro gigantesco.

—Ay, gracias a Dios, la puta madre.

—¿Debería preguntar? —ríe Benny—. ¿Qué hacían los dos detrás de la cortina?

Pongo un brillo esperanzador en mis palabras:

—¿Arreglando trabas?

Pero Benny no me cree:

—¿Así le dicen los chicos hoy en día?

—Besándonos —dice Andrew, encogiendo los hombros—. Pero no puedes contárselo a nadie.

—Últimamente estoy guardando muchos secretos. —Benny me mira por el rabillo del ojo.

Andrew nota el gesto y nos mira a ambos.

—¿Qué está pasando?

Me encojo de hombros dando a entender que eso lo dijo Benny, no yo.

—A Mae le está pasando algo.

—¿Bueno o malo? —pregunta Andrew, volviéndose a mí, preocupado de inmediato de que le esté ocultando algo.

—Ah… diría que bueno —responde Benny, alzando las cejas en un gesto dirigido a mí.

Por encima del hombro de Andrew, le levanto el pulgar a Benny, que hace un bailecito tonto de celebración. Se detiene abruptamente cuando Andrew gira hacia él.

—Pero venía a avisarles que Miles está buscando a Mae.

—¿Y sabías que nos encontrarías detrás de la cortina? —le pregunto.

Benny se da media vuelta para irse y nos sonríe por encima del hombro.

—Fue muy fácil guiarme por las risitas.



Encuentro a mi hermano en el porche, sentado en la hamaca, deslizando la pantalla de su teléfono. Levanta la vista cuando oye mis pisadas, guarda el aparato en el bolsillo del abrigo y mete las manos entre las rodillas.

—Hola.

—Hola.

Hace un frío tremendo aquí afuera y, recién salida de la ducha, siento como si me hubiera metido en un freezer. Con los dientes que me castañetean, envuelvo con una mano la taza de café caliente y con la otra me subo la cremallera de la parka hasta el mentón.

—Benny dijo que me buscabas.

Miles hace una pausa, ruborizándose, y de inmediato sé lo que pasa. ¿Por qué no lo vi venir?

Me siento a su lado en la hamaca, chocando su hombro con el mío.

—¿Qué pasa?

—Anoche tenía razón, ¿no? —me pregunta, y después me mira. Mi hermano tiene los ojos enormes de mi madre y sabe cómo usarlos. Puede abrirlos redondos para transmitir inocencia o entrecerrarlos

con aire travieso. En este momento, hace una pequeña mueca, con mucha vergüenza por preguntarme esto, pero esperando que no le mienta.

—¿Razón sobre qué? —pregunto para asegurarme.

—Que Andrew y tú ahora están juntos.

—Sí —digo sencillamente.

—¿Lo sabe Theo?

Una actitud defensiva me embarga por unos segundos.

—No. Y no le cuentes, por favor. Si decidimos seguir con esto, nosotros nos encargaremos de contárselo a todos.

Miles asiente con la cabeza y vuelve la vista al patio delantero cubierto de nieve.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo?

—No mucho.

—Porque sabes que mamá se va a poner muy intensa con esto.

El problema de volver a vivir en mi casa es que de ser una adulta independiente regresé al modo hija. Mi madre sigue cocinando casi todas las comidas porque le encanta. Me lava casi toda la ropa porque aprovecha para relajarse mientras piensa en cómo solucionar alguna de sus pinturas. Desde luego que adoro estos beneficios, pero también significa que no puedo quejarme de que siempre opine sobre cada aspecto de mi vida.

—Créeme —digo— que esa es la principal razón por la que aún no conté nada.

Miles respira hondo y suelta el aire despacio.

—Creo que Theo está enamorado de ti.

—¿Qué? No, no es cierto —digo.

—¿Cómo lo sabes?

Me río con sequedad al responder:

—Theo está acostumbrado a que todas quieran estar con él. Yo no quiero. Y él es de esos que quieren lo que no pueden tener.

Observo a Miles mientras procesa esta información, y entonces parece entender, asintiendo despacio con la cabeza.

—Bueno. Es que... no quiero que se ponga mal.

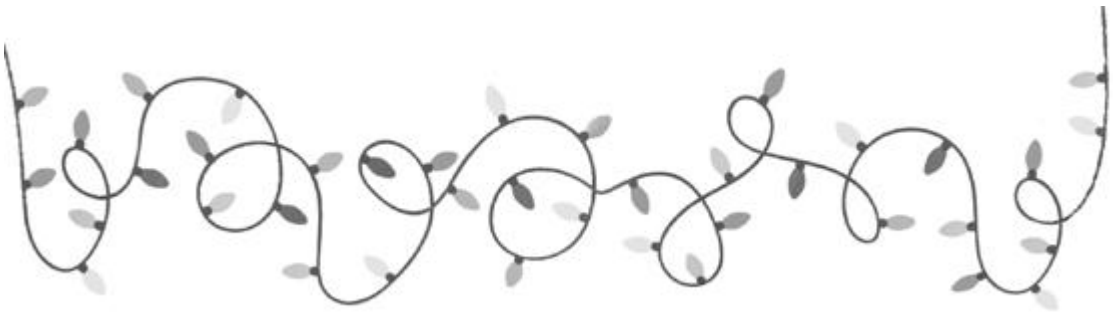
—Eres muy bueno —le digo, dándole un beso en la sien.

Él finge que el gesto le da asco, apartándome, pero se voltea antes de irse.

—Haz algo con él hoy.

—¿Por qué?

—Porque me parece que te extraña.



Capítulo veintiuno

Supongo que habrá sido el destino que Miles y Theo hayan roto el tazón en el que siempre ponemos los papelitos para sortear los equipos.

Ricky toma entonces su sombrero de cowboy y, esta vez, cuando sale el nombre de Theo, el mío sale inmediatamente después.

Andrew me mira haciendo un mohín, pero estoy segura de que él y Miles van a ganar esta búsqueda del tesoro: ese equipo tiene la combinación magnífica de los ojos grandes y oscuros de Miles y la capacidad de Andrew de convencer a cualquier persona, aunque sea desconocida, de hacer cualquier cosa.

Lo cual es bueno, porque la lista de este año requiere muchas pruebas en video, entre ellas:

- *Un desconocido cantando una canción navideña*
- *Un perro haciendo un truco*
- *Alguien recitando su lista de compras navideñas*

- *Un miembro del equipo haciendo un acto de bondad*

Theo se me acerca, con la lista en la mano, sonriendo con timidez, y es encantador. ¿Cómo puede ser que esta tortuga cohibida sea la misma persona que me chupó la cara y no quiso hablarme a la mañana siguiente? Es imposible reconciliar ambas versiones. Antes nos enviábamos mensajes de texto sobre cualquier cosa: la tarea y la escuela, su entrenamiento de fútbol y mis proyectos de arte. Él se quejaba de la nieve y yo le enviaba fotos del jardín de mi madre, en el que aún había flores. No hemos hecho eso en muchísimo tiempo. Me pregunto si lo echará de menos.

En verdad no quiero que Miles tenga razón sobre esto.

—Tendrás que conformarte conmigo —me dice Theo.

Le doy un golpe en el brazo, riendo. Muy chillona, Mae. Muy falsa. Y él se da cuenta, me conoce muy bien, así que se aparta con un dejo de sospecha. Pero como no es de esos que preguntan sobre algo así delante de todos, o que preguntan sobre los sentimientos en general, nos quedamos parados en un silencio incómodo mientras se van formando los demás equipos.

Y finalmente, salimos… a amontonarnos en la camioneta de Ricky. Sentado adelante, Andrew pone el álbum de Navidad de Nat King Cole, y todos cantamos horriblemente, leyendo nuestras listas con atención, burlándonos del hecho de que Ricky conduce como un abuelo y ya hablando con entusiasmo de lo increíble que estará la cena.

Entramos como bólidos a la ciudad, buscamos un lugar en un estacionamiento pequeño, salimos a los tumbos de la camioneta y nos ponemos en equipos. Ricky nos libera, no sin antes indicarnos

que nos volveremos a encontrar en la camioneta dentro de dos horas y recordarnos que seamos educados, que pidamos permiso antes de tomarles fotos a las personas y…

—Si quieren renunciar ahora, no hay problema. Igual Kennedy y yo vamos a ganar.

Theo les da la espalda a los demás y hacemos un grupo aparte, de dos. La sensación de tenerlo tan cerca no debería ser rara… lo conozco más que a nadie en mi vida… pero no puedo hacer caso omiso de todo lo que está pasando. No se trata solo de haber estado con él en una realidad pasada, ni del hecho de que ahora esté con su hermano. Se trata de las distintas cosas que Theo no sabe, y la sensación de que he conseguido conocerlo mucho más, y no para mejor, la primera vez que viví esta semana.

Él tiene la lista en la mano y la repasa con un dedo.

—Mejor empecemos con las cosas rápidas. El bastón de caramelo de utilería —dice, leyendo—. Una foto de nosotros dos con gorros de Papá Noel. Una foto de algo con la imagen de un alce. —Levanta la vista para mirarme—. Estas deberían ser fáciles.

En especial porque ya sé dónde encontrar casi todas estas cosas, no me molesto en agregar.

—Te sigo. —Le sonrío, pero es una sonrisa forzada. Todo se siente forzado entre nosotros. Lo odio.

Él se da media vuelta y emprende la marcha hacia la izquierda, en dirección a Main Street, y miro por encima del hombro a Andrew y Miles, que caminan para el mismo lado pero cruzando la calle para darnos espacio. Cuando se cruzan nuestras miradas, Andrew guiña un ojo. Me alivia y tranquiliza, como agua para una boca reseca, y es

el recordatorio perfecto de que a pesar de que debemos manejarnos con cuidado, lo estamos haciendo juntos.

Nos besamos.

Tuvimos sexo.

Las cosas van muy *muy* bien.

Troto para alcanzar a Theo y engancho mi brazo con el de él, sintiendo un optimismo renovado.

—Ahí estás —dice él, sonriéndome.

Antes de que Park City se volviera un destino popular para esquiar y la sede del Festival de Cine de Sundance, era un pueblo minero. El pequeño valle, que ahora está enclavado entre dos centros de esquí gigantescos, fue descubierto cuando unos soldados apostados en Salt Lake City salieron a buscar plata por las montañas. Cuando llegó el ferrocarril y se corrió la voz, se llenó de cateadores en busca de fortuna.

Main Street aún se parece un poco a ese viejo pueblo minero, con tiendas de antaño y edificios históricos, pero en lugar de tabernas y almacenes, la calle está llena de boutiques modernas y restaurantes, museos e incluso una destilería. Park City también es sinónimo de dinero. En la zona hay más turistas que habitantes, así que es probable que la cabaña de los Hollis valga una fortuna. Con razón deciden venderla.

Con Theo tomamos algunas de las fotos fáciles de la búsqueda del tesoro: un alce en una sudadera, una imagen de un vaquero, un dreidel, un copo de nieve en un adorno, una foto de un objeto con las palabras "Jo, jo, jo". Detenemos a una pareja que va caminando por la calle y les preguntamos si estarían dispuestos a que los filmemos cantando una canción navideña. Nos lleva unos segundos

incómodos tratar de convencerlos, pero por suerte aceptan, porque ya he visto a Andrew y a Miles filmando al menos a cuatro personas distintas en plena calle y, más adelante, parece que Ricky y Kennedy están completando la lista a toda velocidad. La ventaja de tener de compañera a una niñita de cinco años adorable y precoz.

No me importa ganar, pero esta actividad está logrando distraerme de la voz cada vez más chillona en mi mente que me dice que todo está a punto de estallar.

No puedo determinar por qué esa sensación va en aumento, pero la siento cada vez más fuerte; la punzada de pavor va creciendo. Sí, todo ha cambiado y para mejor. Pero nunca he confiado en mis decisiones y, cuando una consigue todo lo que alguna vez quiso, no sabe bien cómo manejarlo. Quería a Andrew, pero no es tan sencillo como besarlo y ser feliz. Si hubiera al menos alguna indicación, algún guiño de las estrellas para decirme que hice todo bien, quizás así podría respirar tranquila. En este momento, solo quiero sobrevivir al 26 de diciembre, pasar el punto en el que ya he estado, para poder relajarme y saber que ya está todo bien. Que me quedo aquí.

Faltando unos pocos puntos de la lista para terminarla, Theo se detiene delante de una de las pequeñas tiendas.

—Tengo que comprar un par de cosas para mis padres.

Sigo su atención a un escaparate lleno de utensilios de cocina modernos, mezclas de especias y chucherías culinarias.

A decir verdad, una tienda de artículos de cocina parece el peor lugar en el que podría comprarle un regalo a Lisa, pero un poco más adelante, veo que Andrew se mete en una tienda. Sin Miles, que estará haciendo sus propias compras de último momento. El corazón se me vuelve tres veces más grande.

—Voy a estar por allí. —Señalo—. También tengo que comprar unas cosas. ¿Nos vemos allí en veinte minutos?

Si Theo vio entrar a su hermano, no muestra ninguna reacción. Con un pequeño gesto del mentón, me indica que vaya, y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no salir corriendo hasta donde está Andrew.



El escaparate está iluminado con un viejo árbol de Navidad de plumas y distintos juguetes antiguos. Entro y me reciben una ráfaga de calor y música navideña, y empiezo a recorrer las estanterías de artículos electrónicos retro y muebles gastados, pilas de discos viejos y artículos de cocina usados.

Encuentro a Andrew en el fondo de la tienda, volteando un viejo disco para leer la lista de canciones del dorso.

—Hola.

Él gira y, cuando sonríe, el mundo que nos rodea se llena momentáneamente de un brillo dorado.

—Hola. —Mira primero a nuestro alrededor y después se inclina y me da un besito—. ¿Cómo te está yendo con Theo?

—Bien —digo, sacando un disco de la caja que él está revisando —. Un poco tenso. No sé por qué.

—Quizá porque estás acostándote con su hermano y él no está enterado.

Brillo por dentro al oírlo decir con toda naturalidad que estamos *acostándonos*, pero la culpa ensombrece un poco la idea.

—Siento como si estuviera mintiéndole. —Y entonces me acuerdo —. Ah. Y Miles se enteró.

—¿Se enteró de que nosotros…? —Andrew pone cara de ligero horror y hace un vago gesto sexual.

—Creo que solo sabe que nos estuvimos besando en la despensa —digo riendo. Por cómo me mira Andrew, agrego—: Ay, vamos. Tiene diecisiete, no siete. Y me preguntó directamente.

—Pobre Miles. —Andrew hace una mueca de arrepentimiento.

—Me prometió no decir nada, pero me parece que tarde o temprano todos se van a dar cuenta.

—En especial cuando vaya a visitarte a Berkeley dentro de una semana por no poder seguir lejos de ti.

Lo miro con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Que qué vas a hacer? —pregunto.

—¿Quizá? —dice él, con sonrisa ganadora—. ¿Sería medio raro?

Me mordisqueo el labio, negando con la cabeza.

—Tengo la sensación de que está a punto de cambiar todo.

—¿Sí?

—Miles se va a la universidad dentro de unos meses. Yo voy a tener que buscar otro trabajo. —Le sonrío—. Tú y yo.

—Podríamos pensar juntos en el trabajo nuevo —sugiere—. ¿Qué tienes en mente?

Me encojo de hombros, mordiéndome el labio.

—Algo artístico. Podría hacer diseño gráfico por mi cuenta hasta que se me ocurra algo.

—Podría ver si se necesita algo en mi trabajo —dice él—. ¿Algo para el sitio web? —Se encoge de hombros, y está claro de que no

tiene idea de cómo se hace nada de eso, pero igual es adorable—. Puedo preguntar.

—Sería genial. —Lo miro con una sonrisa—. Sé que debería estar más nerviosa por estar desempleada, pero…

Pero me cuesta preocuparme teniéndolo aquí delante. Cada vez que empiezo a tener miedo, por los saltos temporales, por mi trabajo, por contarles estas cosas a mis padres, me calmo enseguida al mirarlo. Eso tiene que significar algo.

Casi como si supiera en qué estoy pensando, Andrew me mira con ojos escrutadores. Se aparta de los discos, se da media vuelta, apoya las manos en el dorso de mi cabeza y me acerca para besarme. Mi mente va de *Ah, está sucediendo* a *Ah, necesito que este hombre me ponga las manos encima ya mismo*.

Él inclina la cabeza, su lengua roza la mía, y emite un sonido bajo y vibrante. Cómo lo oigo, lo siento y lo saboreo me recuerda lo que sentí cuando anoche estuve inmersa en él por completo. Me estiro, deseando apretarme lo más posible contra él, aunque en el fondo intento aferrarme a la débil idea de que estamos en público y que nuestros parientes podrían estar en cualquier parte. Sus manos bajan de mi cintura a la cadera, y acerca mi pelvis a la suya, pero después también parece acordarse de dónde estamos y aparta las manos.

Rozándome la parte de abajo del mentón con el pulgar, me da un último beso en los labios y después se aleja, sonriendo.

—Bueno, eso se degeneró enseguida.

Trago saliva, sintiéndome acalorada y para nada estable.

—Casi te acuestas conmigo en una tienda de recuerdos.

A Andrew se le encienden los ojos y después inspira hondo, tomando cierta distancia.

—No me tientes. —Vuelve a revisar los discos—. Necesito un segundo para, eh… —Exhala despacio.

—No me imaginé que hablar de nuestros hermanos te pondría como loco, Mandrew.

—Te aseguro, cariño —ríe él—, que es por tenerte cerca.

Asimilo esto, y parece un subidón de droga.

—Esta vez todo está mucho mejor.

Andrew hace una pausa.

—¿Qué dijiste?

Ay, mierda. Abro la boca para decir alguna excusa, pero algo a mis espaldas capta su atención.

—Ay, por Dios. Mira, Maisie.

Con alivio, le sigo la mirada. Allí, en un sillón de terciopelo turquesa con un cartel de "A la venta", hay una almohada con una imagen bordada de Christopher Walken con un sombrero de Papá Noel y, debajo, la leyenda "Walken in a Winter Wonderland", jugando con el título de una canción navideña.

Soltando una carcajada, digo:

—Bueno, qué coincidencia.

Andrew está encantado.

—Podríamos comprarlo y dejarlo en el hangar. Tengo muy gratos recuerdos de cuando hablamos de Christopher Walken allí.

—¿Ah, sí? —pregunto, abrazándolo por detrás y apoyando los labios entre sus omóplatos—. Cuéntame más detalles, por favor.

—Bueno, fue justo antes de tener sexo ahí anoche —me susurra por encima del hombro, contándome una confidencia con voz

seductora— con una mujer que he conocido desde siempre y que antes se hacía un sombrero de pirata con los calzones de Batman de mi hermano.

Me estiro para morderle el hombro juguetonamente.

—Mira esa bolsa gigante de Hershey's Kisses de menta. Ese es mi sueño. Podría comer eso durante todo un mes.

Él me sigue la mirada a la bolsa de más de dos kilos exhibida en un estante y se estremece con exageración.

—Lo dices en broma, ¿no?

—¡Me encantan! Solo los consigo en esta época del año, y como tantos que termino con dolor de panza.

Andrew gira en mis brazos, mirándome con el ceño fruncido.

—¿Eres una fundamentalista del chocolate blanco?

—¡Por supuesto! —chillo entre risas—. Ay, por Dios, ¿esta es nuestra primera discusión?

—Antes muerto que considerar que el chocolate blanco es chocolate.

—Puede que no sea chocolate, pero es riquísimo.

—Te equivocas, Maisie —dice él con voz de Mandrew—. Tiene sabor a culo y menta falsa.

—¿A culo y menta falsa? —respondo con voz de Maisie indignada —. Tú eres el que se roba los chocolates feos y plasticosos del calendario de Adviento.

—Bueno… no se puede discutir eso. —Empieza a inclinarse para besarme, pero ambos nos quedamos inmóviles al oír la voz de Theo a mis espaldas.

—Epa, epa. ¿Me pueden decir qué es lo que estoy viendo?



Hay un silencio de medianoche cuando me doy vuelta. Theo me mira, después observa a su hermano y luego se ríe con sequedad y baja la vista al suelo.

—Eso sí que no lo vi venir.

—Oye, Theo. —No sé qué otra cosa decir.

Andrew se ha dado vuelta detrás de mí, pero no se ha apartado. De hecho, me rodea la cintura con un brazo y acerca mi espalda a su torso.

—Theo. Hola.

—*Hola*. —Theo nos señala a uno y al otro—. Y… ¿hay algo aquí?

—Sí, hay algo. —Andrew deja que lo asimile un poco y luego agrega—: ¿Estás bien?

Theo nos contempla durante varios segundos tortuosos.

—No sé qué decir. —Mira mis manos, apoyadas sobre los dedos de Andrew, sobre mi estómago—. Es evidente que se lo ocultaron a todos.

—Es muy reciente —digo.

—¿Qué tan reciente?

—Un par de días. O quizás años —bromea Andrew, sonriéndome —. No sé muy bien.

Quisiera pensar que fue simpático, pero puede que haya sido lo peor que Andrew podría haber dicho.

Theo me mira directo a los ojos:

—Mae, ¿puedo hablarte un segundo?

Desde el punto de vista práctico, ya he vivido este día antes. Quizá tenga todo el tiempo del mundo. Incluso habiendo otros siete

millones de cosas que preferiría hacer.

—Sí, claro.

Miro por encima del hombro a Andrew, y él me suelta, asintiendo con la cabeza. Theo ya está a mitad de camino de la puerta, y no me queda más que seguirlo y dejar solo a Andrew.

Mi mente estalla de los nervios; parece que me hubiera quedado sin palabras en la cabeza. La noche con Theo parece haber sido hace cien años, pero me preocupa que siempre empañe mi forma de verlo. Y ni siquiera se lo puedo contar.

Ya afuera en la calle, Theo sigue caminando… pasa por al lado de un restaurante, una pequeña galería de arte y algunas tiendas más hasta que llegamos a una parte de Main Street más tranquila. Se voltea hacia mí, apoyado contra la fachada de una tienda cerrada, con ladrillos claros, molduras de madera y las ventanas tapadas con hojas de periódico. Inclina la cabeza hacia atrás, mirando el cielo.

—No sé ni cómo empezar —dice—. Sigo pensando en cómo reaccionar.

—Lamento que te hayas enterado así.

Él se ríe, pasándose una mano por el pelo y mirando la calle detrás de mí. Hace muchísimo frío, pero no sé si el color que se asoma en sus mejillas es por cómo está bajando la temperatura de repente o por su enojo.

Pasa un auto. Una pareja con sonrisas felices y bolsas de compras se acerca por la acera, y nos hacemos a un lado para dejarlos pasar.

Finalmente, me dice:

—Me siento un tarado.

Ya estoy negando con la cabeza.

—No, no te sientas así. A mí también me sorprendió.

—Éramos muy unidos, Mae —dice Theo—. Tú y yo. Siempre fuimos más cercanos que Andrew y tú.

—Cuando éramos chicos, sí —concuerdo con cautela. Pasa otro auto, y uno más que les toca el claxon a unos transeúntes que bajan a la calle de repente—. Pero como amigos. Theo, éramos amigos, nada más.

—¿Él siempre te ha gustado?

Asiento con la cabeza.

—¿Desde hace cuánto?

Desde siempre, quiero decir.

—Desde hace mucho tiempo.

Noto que esto lo sorprende, y el color baja por su cuello.

—¿Él lo sabía?

—¿Antes de esta semana? —pregunto—. No.

—¿Por qué no me lo contaste?

—No se lo conté a nadie.

—Salvo a Benny —adivina.

—Benny sabe todo.

Theo inspira despacio un par de veces.

—Es que… —Vuelve a reír—. No sé cómo decir esto así que supongo que lo diré y ya: me hiciste creer que te gustaba.

¿Qué carajos? Últimamente mi corazón ha pasado mucho tiempo latiendo a las corridas, pero no así, no por ira e indignación.

—¿Cómo te hice pensar eso? ¿Por ser tu amiga…?

Mis palabras se ven interrumpidas cuando, a menos de tres metros de distancia, una explosión increíble de sonido, titilante por su cercanía y su volumen, atraviesa el aire helado. Ambos nos sobresaltamos; un auto no ha respetado la señal de alto y chocó con

otro a toda velocidad. Es un estallido de metal aplastándose y vidrios quebrándose, de llantas chillando contra el asfalto. Theo se abalanza sobre mí, cubriéndome de algo que sale volando hacia nosotros, haciendo añicos la ventana que tenía detrás de mi cabeza hace tan solo un segundo.

Nos sentamos en el suelo, aturdidos. Me silban los oídos, y después de inspirar entrecortadamente, la adrenalina me invade la sangre. Me empieza a temblar el cuerpo entero.

—¿Estás bien? —pregunta Theo, y su voz se oye como si saliera de un tubo de metal hueco.

Asiento con la cabeza, atontada.

—¿Y tú? —pregunto.

—Sí.

Nos quedamos mirando el accidente, el humo que sale de ambos autos.

Mi atención se detiene en un manchón verde: una corona destrozada con un lazo de terciopelo rojo, atada al capó del auto más grande.

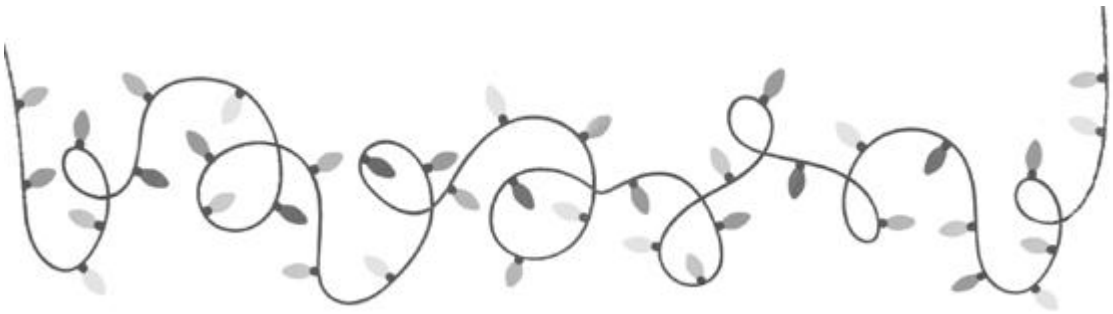
Con el alboroto, la gente sale de las tiendas y se amontona alrededor del choque para ver si todos están bien. Lo que antes era una marea de gente conversando, paseando y riendo mientras hacían sus compras de último momento ahora es una calle llena de curiosos tapándose la boca con la mano, mientras los conductores salen a los tumbos de los autos repentinamente en ruinas.

Theo me ayuda a levantarme, pero incluso cuando me pongo de pie, con las piernas temblorosas, no puedo moverme de donde estoy. Eso que salió volando era para mí, estoy segura. Me he

equivocado en algo, he tomado alguna mala decisión, y no tengo idea de qué fue ni sé qué me deparará el destino.

Pero fue una advertencia.

Mi tiempo aquí, en esta versión de la realidad, se está acabando.



Capítulo veintidós

Me alejo de los vidrios rotos y los fragmentos de metal que quedaron desparramados por la acera, con Theo caminando detrás de mí. Cuando la atención de los curiosos pasa de los autos accidentados a los alrededores, recibimos una buena cantidad de preocupación por ser las dos personas que quedaron en las inmediaciones del choque.

La búsqueda del tesoro queda olvidada por completo, y nuestras familias corren desesperadamente hacia nosotros en cuanto nos ven en medio del caos. Durante unos pocos minutos posteriores al alivio de que nadie haya sufrido heridas graves, Theo y yo nos ahogamos en la adrenalina de lo que todos vieron, lo que pasó y lo cerca que estuvo. Andrew me abraza, se fija si estoy bien y apoya los labios sin aliento en mi pelo hasta que los demás se acercan para hacer lo mismo. Pero, en el centro de mi estómago, tengo una pesada bola de pavor.

Vuelvo a buscarlo; necesito sus brazos y su mirada tranquilizadora, pero ya está en medio de una conversación muda con su hermano. Muy por lo bajo, Andrew dice:

—No entiendo por qué te enojaste.

—No mientas, Drew. Sabes por qué. —Theo se mete las manos en los bolsillos y mira a su alrededor con timidez mientras el resto del grupo hace silencio al darse cuenta de que hay otra conversación en marcha.

Ricky se acerca, apoyando una mano en el hombro de cada uno.

—Oigan, chicos. ¿Qué está pasando aquí?

Theo se quita la mano de Ricky con un movimiento del hombro.

—No te metas, papá.

—¿De qué me perdí? —Ricky frunce el ceño.

Quiero desaparecer. Los ojos se me disparan hacia el cielo. *¡Lo dije en broma!*

Theo le hace un gesto a Andrew, levantando el mentón.

—Vamos. Cuéntale.

Andrew niega con la cabeza.

—Ahora no. No es el momento.

—¿Contarme qué? —pregunta Ricky.

Entonces Andrew me mira, buscando permiso, y siento cómo el secreto se va revelando en una ola muda que recorre el círculo. Tal vez sea porque Miles mira al suelo, o porque Benny se me acerca en un gesto solidario, hombro con hombro, pero cualquier persona con un mínimo de inteligencia emocional debe de saber lo que queda implícito.

Bueno, supongo que todos menos Ricky.

—Vamos. ¿Qué pasa?

—Quizá convenga hablar cuando lleguemos a casa —dice Benny con voz tenue.

Miro a Benny con ojos agradecidos: lo que menos quiero es un escándalo, y preferiría contárselo yo a mi mamá… pero Theo suelta de pronto:

—Mae y Andrew están juntos.

Qué reacción esperaba él, no tengo idea. Pero el grupo se sume en un silencio sepulcral y después todos ponen su atención en Andrew y en mí.

—¿A qué se le llama "estar juntos" hoy en día? —pregunta Lisa con voz tenue, y se me para el corazón de la vergüenza.

—Un momento —dice Ricky—. Perdón, me parece que me perdí de algo.

—En fin. —Theo se da media vuelta para marcharse—. No importa.

—Theo. —Lo sigo, trotando para seguir el ritmo de sus zancadas, y extiendo la mano para sujetarle la manga del abrigo, pero él se suelta—. Espera.

Salto una parte de la acera en la que hay hielo y me detengo, desconcertada, delante de una pequeña heladería que está cerrada durante el invierno. ¿En serio se va a ir corriendo?

—¡Theo! —grito, pero él sigue. Doy otro paso y me quedo inmóvil ante el ruido de un chirrido metálico, seguido de inmediato por un estruendo cacofónico justo a mis espaldas.

Me volteo, con el corazón que se me sale del pecho, y veo que la estructura de metal debajo del toldo de la tienda se dobló y desplomó sobre la acera, a unos centímetros de donde estoy parada. El hielo inocente que rodeé ahora está hundido debajo del metal.

Alzo la vista al cielo.

—¿Qué? —Extiendo los brazos—. ¿Qué es lo que tengo que hacer? ¿No debería seguir a Theo? ¿Debería quedarme cerca de Andrew? ¿Qué? ¡Dime!

Benny se acerca y apoya una mano con suavidad en mi hombro.

—Mae. Cariño. Tranquila, solo fue un accidente.

—*No*, no fue un accidente. —La histeria se ha apoderado de mi cerebro, de mi sangre, de mi pulso. Me recorre toda, brillosa y ardiente, borrando todo lo racional o comedido—. ¿El choque? ¿*Esto*? —Señalo como una desaforada la maraña de tela y metal—. Es *obvio* que fue por mí.

Mi padre se acerca.

—Mae —murmura, con Andrew al lado—. Cariño, ¿qué pasa? —Lo mira a Benny—. ¿De qué habla?

Andrew se acerca, apoyando las manos sobre mis hombros.

—Maisie. ¿Qué pasa?

Miro a Benny, que está detrás de Andrew, y digo:

—No puedo seguir haciendo de cuenta que esto no está pasando. Es agotador. No sé cómo seguir fingiendo.

Benny me mira con ojos de impotencia.

Me dirijo a Andrew, y después miro a mi padre y a mi hermano. Recorro con la vista a todo el grupo.

—Estoy atrapada en una especie de bucle temporal y no sé cómo salir. O sea —digo—, hace unos días quería salir con todas mis fuerzas, pero ahora no quiero meter la pata.

—¿De qué hablas? —pregunta Andrew, tomándome la mano.

—No sé cómo explicarlo.

Benny se aclara la garganta y dice:

—Creemos que Mae está en una situación parecida a la de la película *Hechizo del tiempo*. Ya ha estado en la cabaña un par de veces, y cada vez sufre un accidente y después se despierta de nuevo en el avión el 20 de diciembre.

Andrew suelta una risa un poco incrédula. Todos se miran entre sí como diciendo "¿Todos oímos lo mismo?".

—Estoy tratando de llevar la cuenta de cada cosa que pasa —reconozco—, y sé que parece una locura, pero tengo miedo de que vaya a ocurrir algo espantoso, así que ¿podrían todos alejarse un poco de mí?

Nadie se mueve.

—Por favor —imploro, y quito mi mano de la de Andrew—. Retrocedan.

Siento que mi compostura es un hilo que se estira poco a poco sobre los dientes de un cuchillo. Me dirijo a mi hermano, que me mira con ojos preocupados.

—Miles. Dame un puñetazo.

—¿Qué? —Suelta una risa escéptica.

—En la cara. Bien fuerte.

Unas voces murmuran mi nombre con pena, pero a mí no me importa.

—Dame un *puñetazo*. Quiero volver al avión.

—Mae, no voy a…

—*¡Golpéame!*

Da un paso y se pone detrás de Benny, mirando a nuestro padre para pedirle ayuda, y entonces me doy cuenta de que Ricky ha levantado a Kennedy en brazos, Lisa tiene a Zachary y todos, incluido Andrew, me miran como si me tuvieran miedo.

Me doy media vuelta y salgo corriendo por la calle. No sé a dónde voy. Ruego con todo mi corazón que esto termine y me despierte en el asiento 19B.

Quiero que se termine esta pesadilla.

La única voz que oigo a mis espaldas es la de Benny, que dice con suavidad:

—Déjala, Dan. Necesita estar sola.



Dos horas después, Benny entra en la pequeña cafetería en la que he estado sentada. Recorre brevemente el interior, me ve, exhala aliviado y se acerca.

Estoy bebiendo mi cuarta taza de café, con las manos temblorosas mientras rompo una servilleta en trozos cada vez más pequeños. Pronto serán microscópicos, una pizca de polvo sobre la mesa de fórmica. Hay un árbol de Navidad cubierto de guirnaldas en un rincón, encima ondean unos copos de nieve de papel brilloso, y cerca arde un pequeño hogar de piedra. Nada de eso ayuda. Nada me hace sentir nada.

—Hola, Maeyonesa —murmura él, besándome la cabeza.

Al ver que no respondo con un nombre gracioso, aparta la silla que tengo enfrente y se sienta.

—No contestabas el teléfono —dice. Veo la preocupación en las arrugas diminutas alrededor de sus ojos, en la curvatura hacia abajo de su boca.

—Lo apagué. —Suena la campanilla encima de la puerta cuando entran dos adolescentes—. ¿Está bien Theo?

—Todos están bien. Estábamos preocupados.

—Parezco una loca —digo—. No tengo forma de explicarles esto. He estado dos horas aquí sentada, y Andrew no ha venido a buscarme. Voy a tener miedo de que me pase algo horrible durante cada segundo del resto de este viaje, quizá cada segundo del resto de mi vida, y todos deben de pensar que estoy perdiendo la cabeza.

Él hace una mueca compasiva.

—Si te hace sentir mejor, todos querían venir a buscarte. No espantaste a Andrew, nada más le dije que te diera espacio.

Las primeras notas de "All I Want for Christmas Is You" suenan por los parlantes de la cafetería. Alzo la vista al techo.

—¿Sabías que han pasado esta canción cada veintidós minutos?

Benny no responde nada al respecto, solo me deja ir procesando mis pensamientos. Con un quejido, me inclino para apoyar la frente en los antebrazos.

—Benny, me di cuenta de algo mientras estaba sentada aquí.

—¿Qué cosa? —Su mano se apoya en mi brazo.

—Le pedí al universo que me mostrara lo que me haría feliz.

—Pensé que eso ya lo sabías. —Parece confundido.

—No —digo, enderezándome para mirarlo—. Lo que digo es que le pedí que me *mostrara*. No dije: "*Dame* lo que me hará feliz" o "Quiero ser feliz para siempre". Dije: "*Muéstrame* lo que me hará feliz". Así que me lo mostró, pero es evidente que no sé cómo manejarlo ni qué hacer, y no puedo seguir fingiendo que todo está normal y continuar con mi vida.

Benny niega con la cabeza, bajando las cejas.

—Mae, no tiene que ser tan complicado. Solo ve a contarle a Andrew lo que me contaste a mí. Explícale lo que te pasa. Andrew es un chico listo. De todos nosotros, él es capaz de considerar la posibilidad de que el mundo no siempre es lo que pensamos que es.

—Bueno, ese es el problema. —Me siento de cien años—. ¿Cómo se lo explico? ¿Cómo se lo muestro?

—Como hiciste conmigo.

Niego con la cabeza y digo:

—Pero la primera vez que pasó y hablé contigo, fue al principio de las fiestas. Las cosas todavía pasaban como las recordaba. Podía señalar algo por adelantado porque no había cambiado nada. —Rompo un poco más la servilleta—. Pero ahora ha cambiado *todo*. Ni siquiera sé qué va a pasar. No sé cómo demostrarle que no estoy inventando esto.

—¿Y lo que dijiste de que Ricky y Lisa van a vender la cabaña?

—Él ya lo sabe. Y he estado hablando de eso, preguntando por eso. No sería raro que terminara adivinando que en algún momento nos lo iban a decir.

—Vamos, peque. Volvamos.

Me acerco el café y lo abrazo como si fuera el único amigo que me queda en el mundo.

—Igual necesitaba hacer unos cambios. Ahora vivo en esta mesa. Reenvía mi correo aquí.

Riendo, Benny se mete la mano en el bolsillo trasero y saca la billetera.

—Te sentirás mejor cuando hables con Andrew.

—¿Están todos esperando en la camioneta?

Él niega con la cabeza, saca un billete de cien dólares y lo deja en la mesa.

—Ya se fueron hace un rato. —Se pone de pie—. Podemos tomar un taxi.

Me quedo mirando el billete sobre la mesa.

—Por todos los cientos. El café costó cuatro dólares nomás.

—No tengo nada más chico.

—Déjame pagarlo con mi tarjeta de débito. —Empiezo a ponerme de pie, pero él me apoya una mano en el brazo.

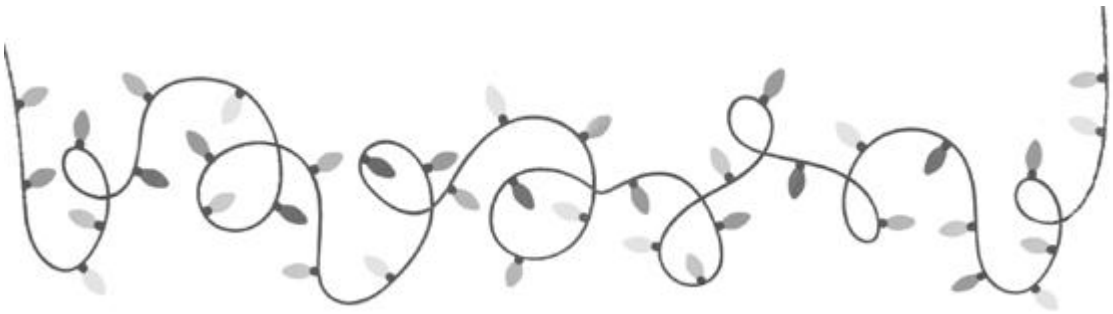
—Mae. No te preocupes. Es casi Navidad, y esta pequeña cafetería te ha protegido de los autos, los toldos y todos los demás objetos voladores peligrosos. —Se encoge de hombros—. ¿Oíste hablar de Spotify?

—Eh, ¿sí?

—Compré acciones hace mucho —dice con una sonrisa.

—¿Hace mucho cuánto?

—Muchísimo. —Señala la puerta con un gesto del mentón—. Vamos.



Capítulo veintitrés

Durante el regreso a la cabaña, pienso en todas las películas sobre bucles temporales que he visto y me reprocho no haber visto casi ninguna. Con razón estoy metiendo la pata. Nos bajamos del taxi, pero no entro a la casa. Le pido a Benny que les avise a todos que estoy bien pero que necesito un poco de espacio, y avanzo por la nieve hacia la parte de atrás, en busca de la única persona que, espero, me pueda hacer sentir mejor.

Desde afuera, oigo a Andrew tocando la guitarra, extiendo la mano y golpeo a la puerta tímidamente.

—Pasa —responde él de inmediato.

Cuando entro, el sol va menguando, escondiéndose detrás de la montaña mientras proyecta sobre el hangar una inquietante sombra crepuscular.

—Hola. Esperaba que vinieras pronto —me dice.

—Hola. —Una sensación de alivio aflora dentro de mí.

Andrew apoya la guitarra cerca del catre y se acerca. Tomándome la cara entre las manos, se inclina y me da un beso tan intenso que el mundo a nuestro alrededor se vuelve blanquecino.

—Tuviste una tarde difícil —dice después de apartarse.

—Sí, quería explicarte un poco…

—Casi mueres dos veces en cinco minutos —me interrumpe—. A cualquiera le habría dado un ataque. Estaba preocupado, Mae.

Lo beso por eso; aunque no sepa ni crea lo que en realidad me pasa, no me deja sola en esta caída al vacío emocional.

Andrew levanta las manos y me quita el abrigo de los hombros, con deseo, dispuesto. Es precisamente la distracción que necesito. Nos movemos por el hangar, dejando un reguero de ropa: botas, calcetines, camisetas, pantalones, sostén… temblando, nos metemos en las bolsas de dormir.

Él ya tiene una erección, y se me acerca con un gemido de alivio; la cara contra mi cuello.

—Cuánto me alegra que estés bien. Este ha sido el día más largo de toda mi vida.

Andrew se inclina y abre la cremallera de las dos bolsas, corriendo un lado para abrirlas como una manta. Atisbo un destello en sus ojos cuando alza la vista y me mira brevemente, pero está oscuro y tardo unos segundos en darme cuenta de lo que sucede.

Él me besa por el cuello, baja al pecho… despacio… pasa por el estómago y la pelvis, y entonces su beso se posa allí, vibrando con los sonidos que hace. Me apoyo el brazo encima de los ojos, con la intención de bloquear todo excepto sus brazos alrededor de mi cintura y los dedos hundidos en mi piel delicada.

Nunca consigo apagar mi cerebro, y en los últimos días, hoy en particular, he sido un manojo de nervios y confusión. Incluso en este instante, cuando es casi imposible hacerle lugar a algún otro pensamiento que no sea lo bien que se siente esto, aún tengo un dejo de molestia: el miedo de que todo esto vaya a desaparecer y me despierte en el avión con estas emociones reales y profundas que solo yo recuerdo.

Deshaciéndome en un gemido, extiendo los brazos para pedirle que se ponga encima de mí. Él abre el envoltorio del condón con los dientes, las manos temblorosas y apresuradas, y tan solo unos segundos más tarde estamos moviéndonos juntos y él gime contra mi cuello. Me pregunto si, ahora que he conseguido reiniciar el tiempo, podré descubrir la forma de *detenerlo*, porque no quiero que esta noche termine. Quiero que siga por siempre. Quiero que él nunca se canse de mí. Pero entonces Andrew empieza a moverse más rápido, y su respiración se entrecorta, y los músculos de sus hombros se tensan debajo de mis manos. Dice mi nombre en una exhalación y se sacude sobre mí.

Ya quieto, da bocanadas irregulares contra mi cuello.

—Te he amado toda la vida, pero esta cuestión nueva… —Inhala profundamente—. Es increíble y da un poco de miedo.

Cuando dice esto, siento como si hubiera bebido un trago con el estómago vacío: una ráfaga de calor que va directo al centro de mi cuerpo, seguida de una borrachera inmediata.

Y entonces un zumbido estalla en mi cabeza. No puede ser que haya dicho eso.

Empiezo a entrar en pánico.

Recuperando el aliento, Andrew se aparta y me mira. No alcanzo a verle bien la cara: está oscuro y veo borroso, pero siento el peso de su mirada.

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza.

Él suelta una risita y rueda para acostarse a mi lado.

—Mierda. Perdón. Fue demasiado. Eché a perder el momento.

—No, no lo echaste a perder. —El problema no es lo que dijo: yo quería que lo dijera, claro que sí. El problema es que de pronto me cuesta imaginar una situación en la que pueda quedarme con él, en la que *esto* no se esfume dentro de un segundo, o dentro de dos, o esta noche o mañana por la mañana. Ya no tengo el control de nada; es como imagino que sería saltar de un avión sin paracaídas.

—No está bien —dice él, apoyándose en un codo para quedar más arriba—. Se nota que te puso mal.

—No me puso mal. Quiero oírte decir eso.

Él vuelve a reír, esta vez de verdad.

—No hay duda. De repente te convertiste en la Mae robot.

—¿Bromeas? —pregunto, tratando de no subir la voz—. Te he querido conmigo toda la vida. En serio, no hay nada que tenga más ganas de oír que a ti diciendo que sientes lo mismo. Lo juro. —Inhalo profundo, temblorosa—. Pero en verdad necesito contarte algo y no sé por dónde empezar.

Él se queda quieto, y percibo el momento en que se da cuenta de algo.

—¿Tienes un novio en California?

—¿Qué? Por supuesto que no.

Se desinfla, aliviado. Su boca se acerca a la mía en la oscuridad, y la sigo, recostándome encima de él, de pronto queriendo diluir mi angustia con la sensación que más me gusta en este momento: tener a Andrew para mí sola.

—Ey, ey. —Sus manos se apoyan en mis hombros y me aparta con ternura. A oscuras, está hecho un montón de ángulos y sombras—. ¿Tiene que ver con el sueño a lo *Hechizo de amor* que mencionó Benny?

—¿Recuerdas cuando llegué —digo— y entré corriendo a la casa como una loca? Le dije a Kennedy que no se tropezara con Miso, le dije a mi papá que no comiera la galleta. Dije que el corte de pelo de Theo estaba bien, lo mismo con lo de tu padre y el gin. ¿Recuerdas todo eso?

Él asiente despacio con la cabeza.

—Sí. Recuerdo que tu llegada fue un poco… rara. —Agrega enseguida—: Pero graciosa. Me gustó.

—Pero en particular —digo—, ¿te acuerdas de las cosas que dije? ¿Y de las corazonadas extrañas por las que me preguntaste?

Andrew me acomoda mejor encima de él.

—Sí.

—Tenía todas esas corazonadas extrañas porque, a esa altura, ya había pasado por lo mismo tres veces.

Él suelta un suspiro lento y extenso.

—Perdón. No…

—Sabía que tu mamá había hecho esas galletas espantosas —digo — porque mi papá se había roto un diente todas las demás veces que había vivido lo mismo.

Andrew suelta otra risa incrédula.

—No puede ser.

—Sabía que Kennedy se rasparía la rodilla. Sabía que dormirías aquí y dónde estaban las bolsas de dormir.

—Bueno, bien —dice, tratando de entender—. ¿Entonces por qué volviste en el tiempo?

Me recorre un cálido alivio al ver que me escucha en lugar de salir corriendo.

—Pedí un deseo.

Andrew se ríe, un estallido radiante y feliz que enseguida se apaga al darse cuenta de que lo digo en serio.

—Un deseo.

Voy a tener que contarle. Inspiro hondo y le explico:

—La primera vez… bueno. Pasó algo distinto con Theo.

—¿Distinto cómo? —pregunta Andrew con voz tenue.

—La primera vez que viví estas fiestas —digo—, en la última noche, estuvimos jugando juegos de mesa en el sótano… en la noche de Navidad. Bebimos demasiado ponche de huevo. Tú te fuiste a dormir, y nosotros subimos, Theo y yo, digo… y terminamos besándonos en el recibidor.

Incluso en la oscuridad, se nota que Andrew se pone pálido.

—Fue un horror —me apresuro a agregar—, y los dos nos fuimos a dormir, y después a la mañana siguiente, él se levantó temprano y ni siquiera registró mi presencia. —Hago una pausa, eso no es correcto—. No, en realidad, me dijo: "No fue nada, Mae. Debería haber imaginado que le darías demasiada importancia". Era nuestro último día aquí, y fue espantoso.

Andrew sigue sin decir nada, así que continúo.

—Fue muy incómodo. Tú saliste y te burlaste de mí porque nos habías visto…

—¿Estás segura de que no lo soñaste? —pregunta.

—Estoy segura. Tus padres nos contaron que iban a vender la cabaña y después salimos con mi familia hacia el aeropuerto. Me estaba por dar un ataque, así que deseé saber lo que me haría feliz. —Trago saliva—. Tuvimos un accidente con el auto. Me desperté en el avión, viniendo aquí. Y pasó lo mismo otras dos veces: en una, me caí por la escalera, y en otra, me cayó una rama encima.

Andrew niega con la cabeza como si pudiera desplazar lo que acabo de decir.

—¿Te besaste con Theo tres veces?

—No… Dios… Eso fue una vez sola. Cada vez que volvía, intentaba entender lo que ocurría. Supuse que sería como un enigma, ¿sabes? Pensaba que ya había entendido, entonces decidía hacer algo y, pum, adiós. Volvía al principio a cada rato porque había algo que estaba haciendo mal. —Espero a que él responda, pero se ha quedado inmóvil y callado debajo de mí—. En un momento terminé mandando todo a la mierda y decidí hacer lo que yo quería, entonces todo tuvo sentido.

Aún nada. Ninguna reacción de parte de Andrew.

—Estaba al borde del colapso en la calle —explico— porque tú eres lo que quiero, y tengo la sensación de que no podré conservar lo que tenemos. Que va a desaparecer. Y entonces todo empezó a salir mal.

—¿Por eso le pediste a Miles que te diera un puñetazo? —pregunta él, confundido.

—¡Sí!

Su silencio se extiende, y mi mente se nubla por la preocupación de que todo esto parezca una locura imposible.

—Sabía qué íbamos a construir la mona de nieve. Sabía que Miso iba a destrozar tu suéter…

—Miso no ha destruido mi suéter.

—Bueno —titubeo—, no, todavía no, pero…

—Mae. —Andrew suelta un suspiro largo y cansado, y en la oscuridad veo que se lleva las manos a la cara—. ¿Puedes…? —Se detiene, y después se mueve para apartarse de mí. Un escalofrío me recorre los brazos y, de pronto, me siento demasiado desnuda. Tomo la bolsa de dormir, tratando de acercarme a Andrew, pero él no me deja—. Por favor. No… necesito…

—Sé que parece que estoy loca —digo, en verdad preocupada de haberlo asustado. Apoyo una mano en su hombro, pero lo siento frío —. Ya sé que parece eso. Pero creo que terminé haciendo esto una y otra vez para poder hacer las cosas bien. Estoy segura. Por ti, por la cabaña. Y por mi *vida*.

—Pensé que no te gustaba Theo.

Se me para el corazón.

—No me gusta. No me gustó. Jamás.

—Pero dices que —repasa despacio—, en alguna versión del pasado, ¿te besaste con él?

—Por un minuto como *mucho*.

Andrew se frota la cara con las manos.

—No sé siquiera si esto pasó de verdad, pero no hay duda de que tú piensas que sí.

—Sé que suena imposible, lo entiendo, pero pasó. Me sentía triste y desesperada. No estuvo bueno, él se comportó con mucha frialdad

después, y me arrepentí de inmediato. No…

—¿Triste y desesperada por qué?

—Por ti, en parte. Y el estado de mi vida.

—¿Entonces le pediste al universo que te mostrara lo que te haría feliz y…? —Niega con la cabeza—. ¿El resultado fui yo? ¿Yo soy el premio al final del juego?

—A ver —empiezo a decir, vacilando—. Sí… digo, no, pero…

—¿Por qué no me dijiste lo que sentías? Eso parece, no sé, *mil veces más fácil*.

—Porque tenía miedo. Porque te conozco de toda la vida y no quería estropear la amistad. Porque supuse que no estabas interesado en mí. Pero cuando volvía al avión una y otra vez, me di cuenta de que no me importaba si me salía mal. Tenía que intentarlo.

—Entonces, ¿cuál es la Mae real? ¿La que va por lo que quiere o la que se besa con mi hermano por miedo de enfrentar sus verdaderos sentimientos y después lo hace desaparecer con un deseo?

—Esta. La que tienes aquí, diciéndote que quiero que pase esto contigo.

—Necesito… —empieza a decir, y se desliza las manos por la cara. Cuando me mira, incluso con la poca luz, noto que el brillo de sus ojos se ha apagado, como una vela tras un soplido—. Necesito que me des espacio.

Sus palabras dejan un silencio abrumador en medio del espacio frío y oscuro. Se me disuelve el estómago, y siento una dolorosa acidez.

—Andrew. No fue…

—Mae —dice él con toda la calma—, no. No quieras hacerlo pasar como que no fue nada. Te besaste con Theo porque decidiste, sin siquiera hablar conmigo, que lo nuestro no existiría jamás. Así este sea un sueño que estás recordando o te hayas golpeado la cabeza o… no sé… de alguna manera estás repitiendo el tiempo. No quieras hacerlo pasar como que no es para nada raro que pienses que Theo y tú en realidad… —Se detiene abruptamente, incapaz de terminar la oración—. Y después, en lugar de lidiar con tu vida así como está, ¿pides… un deseo? —Frustrado, Andrew se pasa una mano por el pelo—. Dios. No me entra en la cabeza… lo que sea esto.

—Andrew —arranco, y hay un temblor en mi voz que tengo que esforzarme para aplacar—. Tú también tenías esa sensación extraña de que era el destino. Me contaste lo de las cartas del tarot.

—Ay, vamos, Mae, ya sabemos que eso es mentira.

Se enciende un pequeño fuego en mi interior.

—Lo que me está pasando no es *mentira*… lo creas o no.

—Sí, bueno, no creo que el destino incluya besar a un hermano y después al otro.

—¿Cuántas veces más tengo que decir que fue un error?

Él se encorva, frotándose la cara con una mano.

—Creo que lo que sientes por Theo es más de lo que reconoces.

Su estado de vulnerabilidad me duele en el alma.

—Andrew, sé que te cuesta creerlo, y soy consciente de que lo que te estoy diciendo tampoco ayuda, pero no. Ahí no hay nada para mí. Creo que me dieron otra oportunidad para hacer las cosas bien. Y quizá también para salvar la cabaña.

Él se ríe, pero no es una risa que le haya oído antes a Andrew. Es una risa hueca.

—Tienes que superar ese tema de salvar la cabaña.

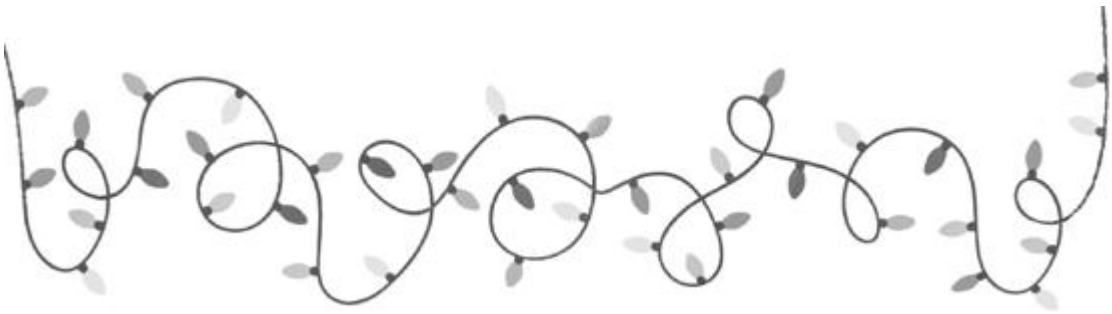
Auch. Intento hilar unas palabras para responder, pero mi cerebro está tan dolido que quedó en blanco.

—Es muy raro todo esto —dice él, más que nada para sus adentros, y después sale de la bolsa de dormir y vuelve por el reguero de ropa que dejamos, levantándola. Apila la mía delante de mí, con delicadeza, y empieza a ponerse la ropa interior, los pantalones, la camiseta, el suéter, los calcetines.

—No quiero volver a hablar de esto —dice con voz tenue—. Será mejor que vuelvas a la casa.

Y… se acabó.

Me visto en silencio, avergonzada. Quiero que Andrew me mire como anoche, con las manos detrás de la cabeza y una sonrisa adormilada y satisfecha. Pero me da la espalda, encorvado sobre el teléfono. Cuando me acerco a la puerta sin decir una palabra, él me sigue y me acompaña hasta la casa. No me sorprende, aunque estoy desconsolada. Andrew sabe que me da miedo la oscuridad y, a pesar de estar enojado conmigo, a pesar de que estoy segura de que lo nuestro acaba de terminar, sigue siendo el mejor hombre que he conocido.



Capítulo veinticuatro

Otra noche sin dormir.

Doy vueltas y vueltas sin parar, y en la oscuridad me quedo mirando hacia arriba, a la litera de Theo, con una mezcla extraña de vergüenza y enojo. El instinto me dice que no debería haberle contado a Andrew lo que pasó con Theo, pero mi instinto siempre ha sido bastante estúpido. Esa es una de las cosas que debería contarle en algún momento, ¿no? ¿Acaso no hacen eso las personas cuando se quieren? ¿Acaso no comparten sus defectos y errores al igual que sus fortalezas?

Pero ¿cómo pensaba que iba a reaccionar él? ¿Acaso esperaba que se riera sin darle importancia? ¿Esperaba que me creyera ciegamente y lo atribuyera a un error cósmico gigantesco? Cierro los ojos… Un poco esperaba que él reaccionara así. Quería que a Andrew le pareciera una ridiculez, como ahora me parece a mí. Como mínimo, quería que me comprendiera. A esta altura, no me explico por qué supuse que podría pasar eso.

Theo llegó tarde al sótano. Lo oí bajar la escalera a oscuras con sigilo, quitarse los jeans y subir a la litera de arriba. Tardé cinco minutos en armarme de coraje para decir su nombre, pero él ya se había dormido. O al menos fingió haberse dormido. Tampoco es que pueda decirle nada, la verdad, considerando que anoche también entré a la casa sin hacer ruido y me fui directo a dormir para no tener que hablar con nadie.

Para la enésima vez que reproduzco todo en mi mente, mis pensamientos ya están al rojo vivo. Sospecho que a Andrew no le estará yendo mejor en el hangar.

Asqueada, corro las sábanas, tomo el teléfono y subo la escalera. Es la una y media de la madrugada.

El suelo de la cocina parece hielo debajo de mis pies descalzos. El pasillo a oscuras roza lo siniestro. Me atrae el leve chisporroteo de las brasas que quedan en la chimenea de la sala de estar. Luchan por mantenerse encendidas, parpadeando y brillando debajo de una montaña de madera ennegrecida y cubierta de hollín.

No puedo encender el fuego otra vez sin correr el riesgo de despertar a Ricky, el del eterno sueño ligero, y ni siquiera charlar con Benny me ayudaría en este momento. Tomo varias mantas de los sillones y sillas y me armo una cama delante del hogar.

Mañana es Nochebuena y casi ni he pensado en ello. Como algunos pasamos las primeras horas de Navidad en la iglesia, mañana cenaremos un montón de comida y abriremos los regalos, y el que suele ser mi día preferido del año va a ser terriblemente incómodo. Andrew está enojado conmigo. Theo está enojado con Andrew *y* conmigo. Sin duda todos ya saben lo que pasa entre

Andrew y yo, pero se va a notar enseguida que algo ha salido muy mal.

Universo, me pregunto, *¿cómo es que estoy mejor ahora que el día en que nos fuimos de la cabaña?*

Así que aunque pienso que el whisky tiene gusto a culo en llamas, sirvo un poco en un vaso, brindo con las brasas mortecinas, me lo llevo a los labios y me lo trago de una sola vez.

Necesito dormir. Necesito escapar de mi mente.



Me despierto con la espalda dolorida y el corazón mustio justo cuando el sol empieza a asomarse por el contorno de la montaña. Con los hombros envueltos en una manta, arrastro los pies hasta la cocina, pongo a hacer café y me siento a esperar lo inevitable: una mañana incómoda con el padre de dos personas a las que he besado.

Ricky entra, adormilado.

—Maelyn —dice con voz tenue—. Tú y yo somos como dos gotas de agua.

Pero no termina la frase.

Se sirve café, se sienta con un quejido, y cierra los ojos para respirar hondo un par de veces.

—¿Estás bien, cariño?

—La verdad que no.

Él asiente con la cabeza, bebiendo un sorbo.

—¿Andrew y tú están bien?

—La verdad que no.

Vuelve a asentir con la cabeza; estudia la mesa.

—¿Theo y tú están bien? —Cuando no respondo, dice—: A ver si adivino. "La verdad que no".

Apoyo la cabeza sobre mis brazos cruzados y gimoteo.

—Hice un lío terrible. Hoy va a estar todo superextraño.

—No hiciste un lío terrible. —Apoya la taza en la mesa—. Y si lo hubieras hecho, estás en medio de un grupo de personas expertas en hacer líos antes de que tú llegaras.

—¿De qué hablas? —pregunto, alzando la vista—. Lisa y tú han estado juntos desde siempre. Mis padres estuvieron casados veintidós años.

—Sí, así es como lo ven ustedes, los niños. —Se corrige—. Supongo que ya no son niños, ¿no?

—No. —Esto me hace reír, un poquito nomás.

Ricky inspira hondo, rascándose la mandíbula.

—Sucede que lo bueno se ha extendido por mucho más tiempo que lo malo, pero todos cometen errores a los veintipico. Vaya, incluso a los treinta y pico. —Hace una pausa y me mira desde el otro lado de la mesa—. Y quizá también a los cuarenta y los cincuenta y pico.

—Te voy a ser sincera: la idea de que ustedes alguna vez hayan hecho algún lío sentimental es… a ver, no me entra en la cabeza.

Ricky se ríe al oír eso.

—Viste que tu madre y Lisa eran compañeras de cuarto, ¿no? Tu padre, Benny, Aaron y yo vivíamos en el mismo piso durante el primer año, en la residencia de estudiantes. Enseguida nos hicimos amigos y pasábamos todo el tiempo libre juntos —me explica, y esa

parte ya la conocía, pero lo que dice después me deja boquiabierta —: Lisa y Benny habían estado de novios unas semanas antes de que ella y yo empezáramos a salir. Si mal no recuerdo, creo que empezamos antes de que ellos cortaran definitivamente.

Levanto las cejas hasta la mitad de la frente.

—Perdón, ¿qué?

Él asiente con la cabeza.

—¿Acaso piensas que no fue un lío eso?

Hay mucho aquí para realinear mentalmente, pero lo único que se me ocurre decir es:

—¿Benny tenía *novia*? ¿Y era Lisa?

—Sí —ríe Ricky.

—Pero… ustedes siguen siendo muy amigos.

Él se queda mirándome con asombro y ternura.

—Claro que sí, cariño. Eso pasó hace más de treinta años. Si la amistad lo vale, la gente supera lo que haya pasado. Como ocurrió con tus padres. Hemos sobrevivido a eso por lo mucho que en verdad valoramos nuestra amistad.

—¿Y qué pasó? —pregunto—. Cuando estaban en la universidad.

Él bebe un sorbo de café mientras piensa.

—Los detalles se me escapan, pero si mal no recuerdo, lo que más le molestó a Benny fue que no hubiéramos sido honestos. Durante uno o dos meses, quizá, estuvo con otros amigos, pero después volvió. Estábamos destinados a ser familia.

Ocurre en el momento justo… o quizá en el peor. La puerta trasera se abre con un crujido, unas botas golpean el suelo del recibidor y Andrew entra a la cocina.

—Buen día, Drew. —Ricky se lleva la taza a la boca y me guiña un ojo. Le sonreiría, pero en este momento toda mi concentración está puesta en evitar que se me frunza la cara.

Andrew se sirve una taza de café y parece que va a volver al hangar. Pero su padre lo detiene.

—Ven a sentarte con nosotros.

Cierro los ojos y trato de hacer de cuenta que soy invisible.

Andrew mira por encima del hombro y dice con tono de advertencia:

—Papá.

—Bueno, al menos di "buen día".

—Buen día. —Con un dejo de dolor en los ojos, una mezcla contradictoria de culpa y enojo, Andrew vuelve a salir.

Ricky suspira dentro de la taza de café.

—Ya va a estar todo bien. Las cosas siempre parecen peor vistas desde adentro.



Por más que quiera que Ricky tenga razón y que en verdad no haya arruinado todo y que ya se va a solucionar, no veo cómo llegaremos a eso. Durante el desayuno, Theo se sumerge en una charla sobre videojuegos con Miles para no tener que hablarme. Mi madre trata de mirarme a los ojos cada vez que me pasa una bandeja, por lo que está todo el tiempo tratando de darme comida y, por desgracia, no tengo lugar en el estómago con la bola de arrepentimiento que se me está formando. No sé qué le habrán dicho mi padre o Benny

porque, curiosamente, no insiste. Cuando Andrew entra por fin, mucho después de terminado el desayuno, no solo es incómodo por demás, es doloroso. Atraviesa la cocina, le murmura algo a Lisa en el pasillo, sale de la casa y se sube a la camioneta.

Durante varios segundos cargados, los que estamos en la cocina (mi madre, Aaron, Kyle, Benny, mi padre y yo) nos sumimos en un silencio perceptivo. El único ruido que se oye es el de la camioneta de Andrew que cobra vida con un estruendo y se marcha por el camino de grava. Cuando es evidente que se ha ido, volvemos a lo que estábamos haciendo, es decir, ignorar lo que en realidad está pasando, pero se nota que el ambiente no es el mismo de antes.

Es raro que la atmósfera sea tan sombría. Normalmente, estamos todos juntos en la cocina. La música suena a todo volumen, bailamos y probamos la comida mientras cocinamos, contamos historias, nos hacemos bromas. Pero esta vez, no; está todo muerto aquí. Ni siquiera los apretados pantalones metalizados de Aaron con la riñonera gigante de Gucci alcanzan para levantar el ánimo.

Lo único que se oye es el ruido que hace mi madre al revolver unos macarrones con queso caseros, húmedos y blandos. Solo puedo pensar en que el sonido se parece mucho a los zombis cuando comen en *The Walking Dead*. Ni siquiera puedo reírme de eso. Es como si una risa se hubiera secado en mi pecho y llenado de polvo.

Nadie me dice nada, pero el peso del silencio parece acercarse a mí y apoyarse con fuerza en mis hombros.

Ricky entra: había estado quitando nieve del camino trasero.

—Oí el motor de la camioneta. ¿A dónde se fue Drew?

Todos emitimos sonidos poco claros, y él va a la sala de estar a preguntarle a Lisa. En la cocina, otra vez nos quedamos todos callados, inclinándonos levemente para escuchar la respuesta.

—No sé. —La voz de Lisa se cuela desde el pasillo—. Dijo que quería salir un rato de la casa.

El volumen de la pregunta que todos se hacen en silencio, *¿qué carajo está pasando?*, se vuelve estridente. Junto unos platos sucios que hay que lavar y voy al fregadero.

Benny me sigue.

—Hola —me dice.

Mientras abro el grifo del agua caliente, murmuro:

—Soy el equivalente humano de un pedo que hace que todo el mundo se vaya.

Por desgracia, los demás alcanzaron a oírme, y Benny trata de contener la risa, aunque con poco éxito. Exhalando aliviados, todos aprovechan el momento de frivolidad para acercarse, abrazarme, asegurarme uno encima del otro que todo va a estar bien, que seguramente no he hecho nada malo. Sé que no saben los detalles, pero no les importa. Me quieren, y lo quieren a Andrew. Lo que sea que esté pasando quedará en el olvido, como dijo Ricky.

Para ellos, es algo que vamos a superar y de lo que saldremos fortalecidos.

Supongo que tendré que descubrir cómo lograr eso: dejar atrás los sentimientos que han vivido dentro de mí día tras día durante más de la mitad de mi vida.

La voz de mi madre se oye más fuerte que las demás, lo que indica que se me acabó la tregua, y está bien. Seguro merezco lo que sea que me vaya a decir.

—Mae. —Siento que me da vuelta, busca mi mano y me saca del amontonamiento—. Ven, cariño.

Me lleva de la cocina al pasillo. Cuando ya estamos solas, me pasa las manos por el pelo, mirándome primero a un ojo y después al otro. Me embarga la vergüenza, ardiente, como el agua caliente sobre una quemadura.

—¿Quieres hablar? —me pregunta.

—La verdad que no. —Cierro los ojos, tragándome las náuseas—. Perdón. No sé ni qué decir más que metí la pata.

—¿Por qué demonios pides perdón? —pregunta ella, tomándome el mentón para que vuelva a mirarla—. Tienes veintiséis. Este es el momento para hacer locuras y meter un poco la pata.

Me sorprende que no se haya molestado más. Mi madre no suele reprimir sus emociones fuertes: a diferencia de mi padre, ella manifiesta todo en cuanto empieza a sentirlo. Mi padre es de los que piensan: se lo guarda todo hasta que, de la nada, estalla como una olla a presión. Solo lo he oído alzar la voz dos veces en mi vida. Pero de mi madre lo espero. Esperaba que me dijera de todo.

—¿No hay nada más? —pregunto.

—Bueno —ríe ella—, si quieres que te regañe, podría pensar en algo, pero es Navidad. Considéralo mi regalo.

—Bueno, en ese caso —digo con una mueca de dolor—, debería contarte también que renuncié a mi trabajo. Ahora sí me puedes decir de todo.

Veo que estalla el fuego en sus ojos por el tiempo que dura su inhalación extensa y controlada y después, con una risa cansada, me acerca a ella.

—Ven aquí. —Me besa la sien—. Estás tan nerviosa que parece que quisieras escaparte de tu cuerpo.

—Sí. —Es cierto, quiero salir de mi cuerpo y hundirme en la nieve de afuera.

—Escúchame bien —me dice—, porque voy a contarte un secreto que no todos saben: ya se va a solucionar. Lo digo en serio. Ya sé que con tanta gente metiendo la pata a tu alrededor puede hacerte pensar que tú nunca puedes permitírtelo, pero eso no es cierto. Está bien meter la pata a veces, cariño.

Cuando le rodeo la cintura con los brazos y apoyo la cabeza debajo de su mentón, me siento arraigada aquí por primera vez en no sé cuántos días.



Andrew pasa toda la tarde fuera de la cabaña, que es cuando solemos repartir y abrir los regalos, así que nos ponemos a cocinar galletas. *Muchas* galletas. De menta, bolas de nieve, de jengibre, de cerezas y almendras. Las mismas galletas que hemos hecho todos los años desde que tengo memoria. Con un plato lleno de galletas para Papá Noel y el cielo oscureciéndose cada vez más, empezamos a poner la mesa.

Los candelabros que usamos eran de la madre de Aaron, un recordatorio de cómo empezó todo. Acomodo las flores en el centro, y las botellas de vino quedan dispuestas a igual distancia una de otra a lo largo de la mesa. Los mellizos decoran las botellas, a Miso y a ellos mismos con unos lazos que encontraron en la sala de estar.

Andrew entra discretamente en la cocina justo cuando estamos poniendo el resto de los platos, y se sienta lo más lejos posible de mí, en la otra punta, donde suele sentarse Aaron.

No tengo dudas de que la comida estará deliciosa, es mi comida preferida del año y tiene un aroma divino, pero no puedo probar bocado. Mastico con aire distraído y trago, tratando de fingir que sigo la conversación. Siento como si tuviera un bloque de hielo en el estómago. Andrew ni siquiera me mira, y me siento tan deprimida que no sé cómo es que sigo aquí, en la mesa del comedor, en lugar de estar de vuelta en el asiento 19B. Quizá no he terminado de arruinar las cosas por completo y el universo espera que destruya todo. Levanto mi copa de vino, llena casi hasta el borde. No lo voy a defraudar.

—Quisimos esperar a que volvieras para abrir los regalos —le comenta Ricky a Andrew.

Él mastica un bocado y lo traga enseguida, mientras la culpa le ruboriza las mejillas.

—Gracias. Perdón. No hacía falta.

—Claro que sí, mi amor —dice Lisa—. Queríamos estar todos juntos.

Los mellizos han esperado pacientemente todo el día, y ahora que al fin se mencionó la posibilidad de abrir los regalos, es como si se hubiera accionado un interruptor. Kennedy y Zachary estallan de ruidoso entusiasmo. Recuerdo esa sensación, la de querer terminar pronto la comida para poder arrancar el envoltorio de los regalos, y después siempre terminábamos agradecidos de habernos controlado, si no, el día habría pasado muy rápido. Pero esta vez, quiero saltear el momento por completo e irme al sótano. Quiero

meterme en la cama y sucumbir a la oscuridad. Es exagerado, pero me pregunto qué tan terrible sería desaparecer cuando todos se hayan dormido, volver antes a Berkeley y pasar la Navidad sola mañana. Quizá se me trabe la bufanda en la escalera mecánica del aeropuerto y termine otra vez en el principio. ¿Y sería malo eso? La verdad es que no parece peor que lo que está pasando ahora.

Después de levantar la mesa, nos dirigimos todos a la sala de estar. A mi alrededor, mis seres queridos comentan con alegría las ganas que tienen de que la persona a la que les tocó comprar un regalo finalmente lo abra. Mi madre trae una bandeja enorme de galletas, y Ricky viene detrás con una jarra de leche y una pila de vasos. Se sirven tragos, se pone música, el fuego ruge. Es todo lo que me encanta en esta vida, pero no puedo disfrutarlo. Qué buena lección de vida: ten cuidado con lo que deseas. Quería deshacer el daño que había causado con Theo, pero eso fue un nivel introductorio de arruinamiento de vidas. Lo que pasó con Andrew parece como si hubiera hecho un doctorado en estupidez.



Al otro lado de la sala, Andrew está sentado en un sillón, mirando el fuego en silencio, lo que contrasta con lo conversador que suele ser. Me pregunto dónde habrá estado todo el día, lo que habrá estado haciendo. ¿Cómo puede ser que parezca tan triste después de haber terminado una relación de dos días? Yo estoy mal porque era algo que había querido la mitad de mi vida. ¿Qué excusa tiene él?

Quizá esté tratando de decidir cómo decirles a todos que no volverá el año que viene, si es que llegamos a reunirnos el año que viene; y eso es precisamente lo que me merezco, a decir verdad.

Cuando vuelvo a la sala, veo a Kyle con un gorro de Papá Noel, lo que significa que le toca elegir el primer regalo que se va a abrir. Si bien cada uno saca un nombre, la idea de que cada persona reciba un solo regalo de otra persona es un chiste. La pila que hay debajo del árbol es colosal. Hay regalos de padres a hijos, de hijos a padres, cositas que vemos durante el año y que tenemos que comprarnos. A Kyle le regalan cualquier cosa con imágenes de tacos. A Aaron le encantan los calcetines divertidos. A mi padre le hacen muchos regalos para jugar bromas: almohadones de pedos, chicle con gusto a zorrino, timbres que vibran cuando le estrechas la mano a alguien. A él le encanta gastarle bromas al personal de su consultorio, y en algún momento todos aceptamos colaborar. La pila de regalos que está debajo del árbol es una exhibición comiquísima de adoración, capitalismo a pleno y una total falta de capacidad para moderarnos.

Cuando Kyle me trae una caja pequeña y veo en la etiqueta que es de parte de Andrew, siento como si me hubiera tragado una pelota de básquetbol. Esto no pasó la primera vez. Sé que con los cambios que han ocurrido en esta versión de la realidad es posible que no signifique nada. Podría ser algo inofensivo que compró en una ida al supermercado. Podría ser una caja de Snickers, mi golosina preferida, o una lata de Clamato, un jugo de tomate y caldo de almejas que es un regalo tan gracioso como asqueroso.

Por el quejido minúsculo que suelta, como si se hubiera olvidado de que el regalo estaba allí y quisiera llevárselo, deshacerlo, me doy

cuenta de que no es algo gracioso. Es tierno.

Bajo la presión de los ojos de todos, quito el lazo verde claro a rayas y saco el grueso papel rojo. La caja tiene el nombre de la tienda en la que estuvimos juntos, y se me para el corazón. Adentro hay una camiseta con una imagen de Christopher Walken que dice "The Walken Dead".

Auch. Debe de haberlo encontrado ayer después de que salí corriendo.

El regalo es tan perfecto que casi me dan ganas de llorar, pero alzo la vista y consigo esbozar una sonrisa. Es muy probable que nunca cuente con la fortaleza emocional que necesitaría para pasarme esta camiseta por la cabeza. Más bien dormiré con ella cerca. O sea, hasta que tenga ochenta años y la prenda se haya reducido a un montón de hilos de tanto acariciarla desconsoladamente, y entonces tendré que acurrucarme con uno de mis setecientos gatos.

—Gracias, Andrew.

—No es nada.

—Es perfecta.

Él flexiona la mandíbula, asintiendo mientras mira el fuego.

—Ajá.

Benny se mira los zapatos con el ceño fruncido. Mis padres intercambian miradas de preocupación. Ricky y Lisa también.

Pero ahora me toca a mí elegir el siguiente regalo. Me pongo de pie, caminando como puedo hasta el árbol, y tomo la primera caja que encuentro. Es para Kennedy, por suerte, y su felicidad me distrae por un momento.

Se abren los regalos. Se reparten abrazos. Por todos lados hay voces alegres, entusiasmo y color. Me esfuerzo por estar presente, por sonreír cuando parece apropiado y responder cuando alguien me hace una pregunta. Hago "uuh" y "ahh" en los momentos indicados, o al menos me parece que eso hago. Mis padres me regalaron un Apple Watch. Miles me regaló un Snickers gigante. El que tenía asignado mi "único" regalo en realidad era Aaron, que me compró entradas para ver a los Lumineers en febrero. Durante unos minutos, mi alegría, al volver a vivir todo esto, es genuina.

Pero después mi madre se levanta para servirse más té y oigo que se abre la puerta de la cocina, el clic clic de unas patitas de perro contra el suelo y el afligido grito ahogado de mi madre.

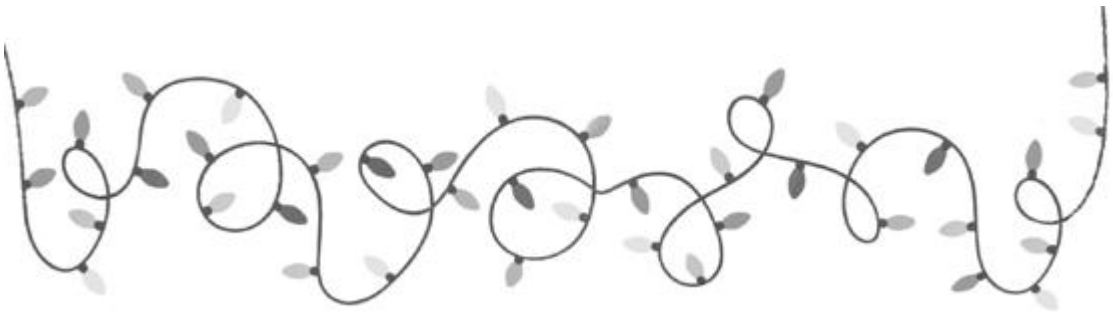
—Ay. Ay, no. Ay, Miso. —Y luego exclama—: ¿Andrew?

No sé si lo hace con intención, pero los ojos de Andrew vuelan para encontrarse con los míos. Creo que ambos sabemos lo que está por suceder, pero cuando mi madre sale de la sala de estar con los restos del horrible suéter navideño de Andrew, pienso por un segundo que me he salvado.

Él me va a creer.

Pero ese es el problema. Puedo ver en sus ojos que sí cree todo lo que le dije, y entonces es peor.

Andrew se pone de pie, toma el suéter de las manos de mi madre y se va.



Capítulo veinticinco

La Iglesia católica de Santa María en Park City es una antigua construcción de piedra y madera de verdad impresionante, ubicada en el medio de un campo cubierto de nieve. En verano, está rodeada de árboles gigantescos llenos de verde, pero en esta época del año, las ramas están desnudas y decoradas con el esplendor cristalino del invierno.

Mi madre, Miles, Lisa y yo vamos a la primera misa de Navidad, en parte para no perder mucho tiempo con el resto del grupo, pero también para evitar el caos que causan los niños pequeños en la misa siguiente.

Me encanta la iglesia de donde vivimos, pero al venir a Santa María solo una o dos veces al año, esta ocupa un lugar muy nostálgico en mi vida. Adentro, es de una simplicidad bellísima: techos abovedados con suaves curvas, vigas de madera clara entrecruzadas, unos sencillos muros de piedra, bancos de madera lisa y unas ventanas altas que iluminan por completo el lugar.

Y después, por desgracia, está el altar: la única cosa que demuestra que soy una católica horrible y que probablemente me vaya directo al infierno más allá de lo que haga los domingos. La estructura de piedra, un arco terminado en punta, tiene una ventana con la misma forma, y se parece tanto a una vagina desde el costado donde nos sentamos con Miles que nunca podemos mirarla sin estallar en risas contenidas.

Pero hoy, me quedo contemplando el altar durante cinco minutos completos hasta que me doy cuenta de que estoy observando las profundidades del canal vaginal del edificio. ¿Qué me pasa?

Pestañeo y aparto la mirada, fijando la vista en las manos que tengo apoyadas en el regazo. Tengo a mi madre sentada a mi izquierda y a Lisa a mi derecha, en cálida compañía. Sus brazos se apoyan contra los míos; un punto de contacto sencillo pero, curiosamente, muy tranquilizador. Mis dos madres, la que me dio a luz y me crio y la que mi madre eligió como mejor amiga. Una pensaría que hoy las cosas estarían raras con Lisa, después del fiasco sentimental con sus dos hijos durante estos días, pero no.

Supongo que se deberá al hecho de que me conoce desde hace más tiempo que nadie, sin contar a mis padres. Esta mañana, cuando nos dirigíamos al auto, me apartó un momento y me dijo: "Quiero que sepas que pase lo que pase, siempre, *siempre*, puedes contar conmigo". No fue un intercambio muy largo, solo un abrazo y una sonrisa triste y comprensiva, pero fue justamente lo que necesitaba escuchar para liberar el vapor de esa olla a presión de estrés. Defraudar a los adultos de mi vida es la kryptonita de mi paz mental.

De todos nosotros, mi madre es la más devota, pero cada uno tiene una relación distinta con la iglesia. La mía por lo general se ha inclinado más hacia el consuelo sentimental: me encantan las canciones, la comunidad, la belleza impactante de la arquitectura de la iglesia (salvo la vagina). Y me encanta la regularidad de los rituales. Mi madre nunca nos exigió que creyéramos en todo lo que ella cree; a fin de cuentas, mi padre tiene una absoluta falta de interés en lo que respecta a la religión. Tampoco nos ha pedido que hagamos todo lo que la iglesia quiere que hagamos, lo cual es bueno, porque descubrí que nunca pude aceptar que la Biblia sea una obra de no ficción. Mi madre solo pide que vayamos y escuchemos con respeto, y que nos esforcemos para ser buenas personas y vivamos con generosidad.

Pero estamos en *este momento*, y es la primera vez que vengo a una iglesia después de tener pruebas reales e irrefutables de que en este mundo hay otras fuerzas, más grandes que yo. Aún no sé bien qué fuerzas son, pero corresponde reconocer que existen muchas más cosas de las que entiendo. Ahora creo que el universo ofrece ayuda al azar, y está en nosotros decidir qué hacer con ella.

Está en mí encontrar la manera de superar esta semana y encontrar la felicidad, ya sea con Andrew o por un camino distinto.

Mientras el sacerdote da su apacible sermón sobre el Evangelio de san Lucas, cierro los ojos e intento desdibujar todos los sonidos y las imágenes. Intento estar presente en este momento tranquilo, asimilar la calidez que irradia mi madre a mi lado y la firmeza del banco en mi espalda. Intento con todas mis fuerzas no desear nada más: ni el perdón de Andrew ni un trabajo que tenga ganas de hacer todos los días. Durante años he desconfiado de mi capacidad de

tomar decisiones y he dejado que la vida simplemente me pasara. No puede ser una mera coincidencia que en el momento en que dejé de ser pasiva y empecé a seguir mis instintos, todo pareció tener sentido. Sé lo que me hace feliz: confiar en mí. Qué regalo, ¿no? Encontré la felicidad.

Ahora solo me queda encontrar la manera de recuperarla.

Mi madre se inclina y extiende la mano para tocarme la oreja.

—¿Estás bien?

Ella nunca habla durante las misas, y menos en la de Navidad, salvo para regañarnos porque estamos hablando. Pero sería capaz de cortarse un brazo antes de permitir que sus hijos atraviesen solos un problema.

—Estaba pensando nomás —le susurro—. Quiero que estés orgullosa de mí. Yo quiero estar orgullosa de mí.

—Siempre estoy orgullosa de ti. —Envuelve mi mano con la suya —. Confío en ti. Las únicas expectativas que debes cumplir son las tuyas. —Se lleva mi mano a la boca y la besa—. Quiero que encuentres lo que te hace feliz.

Vuelve a acomodarse en su lugar, mirando hacia delante, ajena al hecho de que sus palabras han encendido una brasa cálida en mi corazón. Esto es real. Tengo muchas cosas que resolver, pero es como si volviera a tener ese momento de la roca gigante, como si viera encajar una pieza del rompecabezas.

"Las únicas expectativas que debes cumplir son las tuyas".

Cuando pensé que no importaba y que nadie lo recordaría, finalmente empecé a vivir con autenticidad. Renuncié a mi trabajo. Hablé con sinceridad sobre mis sentimientos. Traté de conseguir lo que quería sin miedos.

Mis pies sienten el suelo; la espalda siente el banco.

Soy consciente del aire fresco y limpio del interior, del murmullo y las vibraciones de cientos de cuerpos que me rodean. Después de que mi madre repitiera mi deseo, se me ocurre una idea.



Miles se me acerca mientras caminamos por la entrada de grava de la cabaña.

—¿Estás bien?

Es la primera vez que hablamos, la verdad, desde aquella mañana en el porche, y no tengo dudas de que mi hermano de diecisiete años no entiende qué diablos le ha pasado a su hermana aburrida y sensata.

—Estoy bien. —Suelto una exhalación controlada—. Tuve una semana extraña.

—Así parece.

Me detengo a unos pasos de la base de la escalera del porche, mirando la cabaña. Mi madre, que me hace un pequeño gesto conspirativo con la cabeza, sube la escalera después de Lisa, golpea las botas a través del porche y se mete en el cálido interior. Pero si bien sé que ya está en marcha parte de mi plan de hoy para arreglar todo, una fría sensación de abatimiento se desliza por mi garganta y me llega a las tripas. Hoy es el último día entero que pasaremos aquí.

Miles arrastra los zapatos lustrosos por el camino mojado que lleva a la casa. A mi madre no le gustarán la nieve fangosa y la sal que

están empapando los dobladillos de sus mejores pantalones de vestir, pero yo tampoco estoy lista para entrar. Si mi hermano quiere tomarse su tiempo, que así sea.

—Theo me dijo que se arrepiente de haberse enojado contigo el otro día —me dice.

Ah.

Sus palabras apartan mi atención de la cabaña y la ponen de vuelta en él. Miles ya está más alto que mi padre. Es muy fácil verlo como un niño eterno, pero en tan solo unos meses se va a ir a la universidad. Va a despegar, y va a estar bien.

Entrecierro los ojos ante el reflejo del sol en el patio cubierto de nieve.

—¿Theo dijo eso?

Él asiente con la cabeza.

—Anoche. Medio de la nada. ¿Qué pasó entre ustedes?

—Eso queda entre Theo y yo.

Miles fija la vista a mis espaldas, cambiando de posición.

—¿En qué más piensas, corazón? —pregunto.

—¿Es verdad que Ricky y Lisa van a vender la cabaña?

Me quedo pensando, dudando sobre cuánto decir antes de que ellos les cuenten a todos.

—Creo que sí. Al menos eso se rumorea. ¿Quién te lo contó?

—Papá dijo algo. —Se queda mirando la cabaña, con el ceño fruncido—. Malísimo. Ojalá la compraran papá o mamá.

Oigo un crujido en mi mente, un cofre del tesoro que se abre poco a poco. Le doy otro beso a mi hermano y subo trotando la escalera, dispuesta a llevar a cabo una segunda buena idea en la misma mañana.



—Benito Mussolini —digo, entrando con aire majestuoso a la sala de estar, que por suerte está tranquila—. Qué casualidad encontrarte aquí.

El árbol de Navidad destella en un rincón como el escaparate de una joyería; el hogar crepita cerca. Arriba oigo a los mellizos corriendo, probablemente aún con el pijama puesto y con el subidón de energía tras comer lo que encontraron en sus botas.

—Bueno. —Benny alza la vista de su libro y mete el pulgar para marcar la página—. Qué saludo tan alegre e inesperado.

—Inesperadamente, estoy de muy buen humor. Después de todo, es Navidad. —Señalo el pasillo—. ¿Puedes venir a hablar conmigo?

Benny se pone de pie, me sigue y subimos la escalera hasta la primera planta y luego otra más hasta llegar al ático. No veo a Theo en ninguna parte, y Andrew estará en el hangar con su guitarra, arrepentido. Pero es lo mejor: no puedo conversar sobre esto si él está cerca.

Hace frío aquí arriba en comparación con el calor crepitante de la sala de estar, y Benny toma una manta de la cama para ponérmela sobre los hombros. Después se pone el cárdigan de casimir verde. Esto es típico de él: tiene dinero suficiente para comprar ropa de casimir pero se compra un cárdigan igualito al que siempre ha usado.

Se sienta en una silla destartalada cerca de la ventana y me hace un gesto para que tome asiento en la alternativa más firme, un taburete de madera, mientras se quita el pelo de la cara.

—¿Cómo estás, peque?

—Desde un punto de vista general, genial. No tengo trabajo pero tengo salud, y cuento con una comunidad increíble, que te incluye a ti. —Hago una pausa mientras observo a un pájaro que se posa sobre una rama del otro lado de la pequeña ventana del ático—. Pero desde el punto de vista romántico, estoy… ¿cómo lo digo? Hecha mierda.

Él se ríe a pesar de la oscura verdad de estas palabras.

—¿Fue bueno mientras duró?

—¿El segundo que representó Andrew Polley Hollis en mi vida romántica? Sí, Benny, fue una felicidad absoluta.

La sonrisa de Benny se encorva un poco hacia abajo y, de pronto, el gesto se pone serio, con ceño fruncido y todo. Él me ha escuchado durante años suspirar por Andrew, perdidamente enamorada. El verano antes de cursar el noveno año, Benny me descubrió escribiendo nuestros nombres en un recibo del centro de esquí Park City Mountain, y me dio tanta vergüenza que traté de quemar las pruebas con una de las velas aromáticas de Lisa. Terminé incendiando la funda de una almohada. Benny me acompañó durante las cuatro horas que duró la clase virtual de seguridad contra incendios que me hicieron tomar mis padres para que no estuviera todo el día sola.

A mis diecinueve años, Benny fue el primero en entrar corriendo a la cocina cuando me hice un tajo en la frente por estar mirando a Andrew sentado a la mesa tocando la guitarra en lugar de vaciar el lavaplatos. Me puse de pie sin prestar atención y me golpeé la cabeza con una puerta abierta de la alacena. Debe de haber cien historias como esta, y Benny fue testigo de casi todas.

—Siento tristeza por ti —me dice ahora.

—Yo también —respondo. Me trago el dolor que tengo atravesado en la garganta y continúo—: Pero creo que he aprendido algo bueno: no se pueden borrar los errores; solo hay que encontrar la manera de solucionarlos.

—¿Es eso lo que estamos haciendo aquí arriba?

—De hecho —digo, metiendo las manos entre las rodillas—, sí. Pero no vine a pensar entre los dos cómo solucionar el problema de Andrew.

Benny frunce el ceño, y mete la mano en el bolso para sacar su pipa.

—¿Qué pasó?

—En la cafetería mencionaste algo sobre Spotify.

Él asiente con la cabeza, activando el encendedor. La chispa deja impresos en mi retina unos fuegos artificiales de luz que tardan en apagarse. Benny inhala con fuerza y exhala hacia el costado para que el humo no quede entre nosotros, y se vuelve a sentar.

—Es cierto, dije algo sobre eso, ¿no?

—Sé que es muy entrometido de mi parte, pero fue una sorpresa saber que puedes pagar cien dólares un café por no tener billetes más chicos.

—Sí —dice él, asintiendo con la atención puesta en algo detrás de mi hombro—, ha sido una sorpresa. Una buena sorpresa.

—¿Cuándo…? —empiezo a preguntar, y luego vuelvo a intentarlo, vacilando—. O sea, no teníamos idea.

—Bueno, a decir verdad, no es que estuve guardando el secreto; no solemos manchar las fiestas hablando de dinero —explica él, sonriéndome—. Pero lo cierto es que vendí algunas de mis acciones hace muy poco. Ya me conoces. —Se señala los jeans gastados—.

No me importa mucho lo material. Prefiero usar las cosas y gastarlas. La verdad es que no tenía idea de qué hacer con todo ese dinero. Ahora tengo un tipo que me asesora. Es bueno. Inteligente. Confiable, creo.

—Bueno —digo, y el estómago se me pone todo retorcido y nervioso con solo abordar el tema—, quizá me convierta en un terrible cliché de la amistad por hacer esto, pero quería saber si podría hablarte sobre algo con lo que me podrías ayudar.

Benny esboza un dejo de sonrisa.

—Creo que sé a dónde va esto.

—¿A dónde va esto? —pregunto, sorprendida.

—Continúa. —Me hace un gesto con el mentón.

Voy subiendo los hombros cada vez más a los costados del cuello, arrepintiéndome por adelantado, pero descarto la sensación con una mueca.

—Estaba pensando que, quizá, ¿podrías ser garante de un préstamo para que yo compre la cabaña? —Le cambia la cara. Sin duda lo he sorprendido, así que me apresuro a agregar—: Creo que puedo cubrir la cuota inicial… he ahorrado. Y cuando consiga otro trabajo, puedo pagar la hipoteca. Vivo en mi casa, la verdad es que no tengo gastos. Seguro encontraré un trabajo relativamente rápido, y solo serías el garante, lo juro.

Él sigue con el ceño fruncido, y estoy muerta de vergüenza, pero insisto.

—Podrías vivir aquí sin pagar renta y hacer tus cosas de Benny. Puedes tocar la guitarra. Hacer tonterías. Yo pagaría la hipoteca y, a medida que vaya ahorrando, quizá también pueda pagar cosas más grandes. Sería una inversión. También soy consciente de que esto

depende de lo que estén pidiendo… bueno, depende de muchas cosas… —Hago una pausa para tomar aire al fin—. Es que no quiero que perdamos este lugar.

—Yo tampoco quiero que lo perdamos. —Me estudia unos segundos en silencio—. ¿Es importante para ti ser la dueña?

Niego con la cabeza y respondo:

—A ver, sé que ser propietaria de una casa, en especial una casa vieja que encima está en otro estado, no es fácil. Pero si tú vivieras aquí, ¿tal vez sería más sencillo? Qué sé yo. Parece una locura, lo sé, y para serte sincera, los pormenores se me acaban de ocurrir hace una media hora. Que yo sea la dueña no importa tanto, lo que importa es que todos tengamos este lugar para reunirnos. A fin de cuentas, pienso que volví en el tiempo porque esta es una de las cosas que debo arreglar.

Él asiente con la cabeza como si entendiera.

—Ya veo.

—Piénsalo —digo, agregando enseguida—: O no. Digo, no tengo idea de si te ofendí o…

—En absoluto.

—… si esto es algo que podría hacerse. —Hago una mueca, disculpándome—. De pronto me siento muy ingenua.

—Perdón —me dice él con una sonrisa, y después se inclina hacia delante, tomándome las manos—. No me has ofendido, y lo que dices no es para nada ingenuo, cariño. No era mi intención dejarte titubeando; estaba tratando de entender lo que te motivaba a hacer esto y si quizá te estaba quitando algo que no había tenido en cuenta.

—¿Quitando…? —Niego con la cabeza—. No entiendo.

—La posibilidad de ser propietaria de este lugar. Yo ya les he hecho una oferta a Ricky y Lisa.

Abro la boca, pero no sale nada más que un chirrido sibilante de zombi. Finalmente, digo:

—¿Una oferta por la cabaña?

Benny me aprieta las manos.

—La primera vez que viviste esta semana, te enteraste en el último día de que Ricky y Lisa iban a venderla. O sea, ¿quién sabe? Tal vez habría intervenido más tarde y hecho una oferta, pero me conozco. Dudo mucho antes de comprometerme con cosas importantes. Quizá me habría puesto triste como todos, habría considerado comprarla por un momento, y para cuando volviera a Portland, ya habría dado marcha atrás. Pero esta vez me lo contaste el primer día. Así que —dice, sonriendo de nuevo— estuve aquí toda la semana, pensando en lo mucho que me gusta este lugar y tratando de imaginar cómo sería no volver aquí nunca más con todos ustedes. Al saber lo que pasaría, me resultó más fácil acostumbrarme a la idea de arriesgarme. Y también pude sacarle un poco de información a Ricky. —La sonrisa se torna pícara—. Con sutileza, por supuesto. Alguna que otra pregunta.

—Perdón. —Extiendo las manos, sin querer liberar la euforia—. ¿Qué es lo que estás diciendo?

—Digo que voy a comprar la cabaña.

Salgo disparada del taburete y me abalanzo para abrazarlo. Su silla cruje y se rompe; caemos hechos un revoltijo polvoriento sobre el suelo de madera.

—¿Supongo que te parece bien? —ríe Benny debajo de mí.



Estoy segura de que mi siguiente conversación no podrá superar lo perfecto que salió todo con Benny, pero me alivia el hecho de que, cuando Theo me ve bajar al sótano, no se pone de pie para irse de inmediato.

De hecho, sonríe.

Se endereza en la pequeña mesa plegable, vestido con un suéter navideño del Capitán América que parece quedarle al menos un talle más chico y rodeando una taza de café con las manos.

—Te estuve buscando.

—Fuiste el único —digo, riendo mientras me siento—. Parece que casi todos en esta casa se dan media vuelta y se van cuando yo entro.

—Ay, ¿en serio?

Niego con la cabeza.

—Solo bromeaba. Todos han tenido una paciencia increíble con mi calamidad mental, como era de esperarse.

—Salvo yo.

Me río, inesperadamente fuerte.

—Salvo tú —confirmo.

—Mira —me dice—. Ayer fui un imbécil. Perdón. Ya me conoces: a veces necesito un día para enfriar la cabeza.

Creo que no me había dado cuenta de lo mal que me sentía por la fisura en nuestra relación hasta que él dice eso, y siento que las lágrimas me suben por la garganta como una ola. Claro que sé cómo es él. Siempre he sabido que tarda en enojarse, pero tarda mucho más en calmarse. Entonces ¿por qué no le di el beneficio de la duda

la primera vez? En retrospectiva, nada más necesitaba que lo dejaran solo la mañana después de que nos besamos, para poder salir del pozo de su propia vergüenza. Todo este tiempo he estado molesta con él por ser simplemente la persona que siempre supe que era.

Pero antes de llegar a tragármelas, las lágrimas se derraman por mis mejillas. Él salta de inmediato y rodea la mesa a toda prisa para arrodillarse y abrazarme. Seguramente mi reacción lo habrá sorprendido, pero no tiene forma de saber lo mucho que necesitaba oír esa disculpa… por algo que su versión de Theo ni siquiera hizo. Es como cuando te enojas con alguien por haberse comportado mal en un sueño; no es culpa de Theo que yo necesitara unos días de espacio emocional apartada de él.

Su pregunta es un murmullo grave contra mi hombro.

—¿Vas a contarme lo que te pasa?

Incluso la idea de volver a repasar todo parece, en mi mente, como si fuera directo a chocarme con una pared. También sé que no ayudará: si a Theo le costaba aceptar la idea de que yo estaba con Andrew, lo que menos necesita escuchar es lo que pasó en una realidad alternativa. Si le cuento, no me sentiré mejor, Theo no se sentirá mejor, y no ayudará en nada a Andrew ni a mí.

—¿No te molesta si me salteo todo eso? —digo—. Me estoy dando cuenta de que, en esta situación en particular, debería ir para adelante y ya.

Él se aparta y levanta el mentón, estudiándome con dulzura.

—Bueno. No voy a insistir. Pero si cambias de opinión, sabes que puedes contar conmigo para aconsejarte mal.

—Gracias —río.

Después de un largo segundo de silencio meditabundo, me pregunta:

—Así que ¿te ha gustado mi hermano todo este tiempo?

Asiento con la cabeza.

—Desde que tú y yo teníamos trece —respondo.

Theo emite un silbido bajo y comprensivo.

—A la mierda. Eso es mucho tiempo, Mae.

—¿Es raro si te digo que no sé cómo sería no estar embelesada con Andrew?

—No es para nada raro —me dice—. O sea, está bueno que lo hables conmigo, ¿sabes?

—Sí.

—¿Arruiné lo que había entre ustedes dos?

Eso me hace reír.

—No temas. Eso lo hice yo solita.

—¿Piensas que lo podrás solucionar?

Me mordisqueo el labio.

—Lo voy a intentar —digo.

Theo se levanta para sentarse en la silla a mi lado.

—No sé qué es lo que pasó entre ustedes, pero Andrew nunca cuenta nada. Así que el hecho de que haya sido tan franco de inmediato sobre lo que pasaba me sorprendió un montón. —Pasa la uña del pulgar por un rayón de la mesa—. Creo que mi reacción de ayer fue por eso. La confianza. Me hizo pensar que estaban juntos desde hace mucho tiempo.

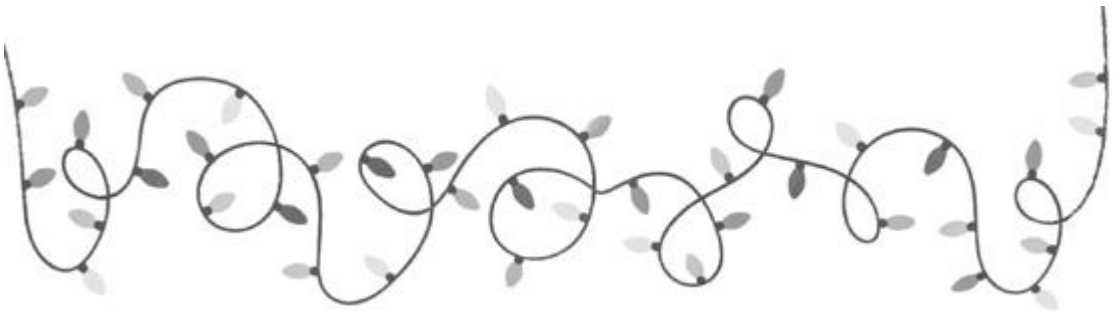
Suelto una risa seca.

—Nop —digo.

—Se lo veía *tranquilo*, ¿sabes? Te cuento esto por si te sirve, pero si piensas que de verdad sientes algo por él, vale la pena luchar un poco más antes de rendirte.

Miro la hora en mi teléfono y me doy cuenta de que si voy a hacer esto con una demostración de amor única, más vale que empiece pronto.

—Me resultaría más fácil cortarme un brazo que olvidarme de tu hermano, así que no voy a rendirme. —Me pongo de pie, y después me inclino para darle un beso en la mejilla—. Tengo unos planes bajo la manga. Deséame suerte.



Capítulo veintiséis

En la primera versión de estas fiestas, Andrew jamás estuvo solo en el hangar en Navidad. Alrededor de esta hora, casi las cinco de la tarde, estaba en la cocina con Zachary y Kennedy, colgando guirnaldas metalizadas con hojas de acebo hechas de papel tisú, cantando villancicos navideños con voz de Muppet y matando de risa a los mellizos.

Pero esta vez, la cocina está en silencio. Los regalos ya se abrieron y los envoltorios ya se han metido en el cesto de reciclaje. No hay ninguna guirnalda a la vista, no hay tijeras pequeñitas sobre la mesa ni recortes de papel desparramados por el suelo. Comeremos las sobras dentro de una hora, más o menos, pero por ahora todos están usando el tiempo muerto para dormir una siesta, leer o beber un trago junto al hogar, disfrutando de lo que queda de nuestro tiempo juntos. Excepto yo: en el ático de Benny, me pongo a trabajar.

Y después, con el corazón en la garganta, tomo el paquete que mi madre me ayudó a preparar y cruzo a los pisotones la nieve recién caída hacia la pequeña Fortaleza de la Soledad de Andrew.

No responde cuando toco a la puerta, así que me quedo parada afuera unos dos minutos, debatiendo para mis adentros qué hacer, entrando en pánico porque me ignora, dejando que la histeria se ponga al rojo vivo… hasta que pienso que quizá solo hace falta que golpee más fuerte.

—Adelante —dice esta vez—. Está abierto.

Abro la puerta y entro.

El bolso de Andrew ya está empacado y las bolsas de dormir, enrolladas y apoyadas contra la pared del otro lado. Él está sentado en el catre vacío, con una pierna doblada y metida debajo de la otra, tocando la guitarra.

Había planeado empezar con el discursito que tengo preparado, pero cuando veo que tiene el bolso empacado, me descoloca. No sé si siquiera pensaba despedirse.

—¿Vuelves a Denver esta noche?

—Sí, me voy. —Levanta la vista y trata de sonreír. A pesar de lo tirante que se puso nuestra relación, no le sale ser descortés—. Después de la cena.

Titubeo, incapaz de pensar en algo apropiado para decir.

—¿Te enteraste de lo de Benny y la cabaña? —Hago una mueca de dolor por dentro, recordando lo que él dijo sobre el complejo de la salvadora que tengo con este lugar.

—Papá me lo contó anoche. —Lo dice con una seriedad poco común—. Una buena noticia.

—Sí. —Me estoy hundiendo en arenas movedizas; no tengo idea de cómo seguir—. Te traje un regalo —digo, y él frunce el ceño, sorprendido.

—No hace falta que me regales nada, Mae.

—No es un regalo de Navidad —le explico, y decido continuar con el discurso que preparé—. Mira, Andrew, sé que estás enojado conmi…

—No estoy enojado contigo —me dice con suavidad—. Estoy enojado conmigo. —Niega con la cabeza, rasgueando las cuerdas con aire distraído mientras piensa—. No suelo tirarme de cabeza tan rápido en algo, y acabo de confirmar por qué.

—¿Por qué? —necesito preguntar.

Me mira, con los ojos dolidos porque sabe que lo que va a decir va a ser hiriente.

—Porque puedo pasar toda la vida conociendo a alguien e igual equivocarme.

Guau. Eso duele como un puñetazo. Pero está equivocado: habremos pasado toda la vida conociéndonos, sí, pero nunca fui tan genuina como lo fui con él.

—No te equivocaste. —Doy otro paso, pero me detengo a unos tres metros de él—. O sea, puede que nos hayamos topado con un reductor de velocidad apenas salimos a la carretera, pero no te equivocaste conmigo. Y estuvo bueno, Andrew. Si no hubiera estado tan bueno, no estarías tan angustiado ahora.

Él me sostiene la mirada otros largos segundos, y después baja la vista, volviendo a rasguear las cuerdas en silencio.

—Hace unos años —digo—, le pregunté a mi mamá cómo fue cuando conoció a mi papá y, básicamente, me dijo que se

conocieron en la residencia estudiantil y empezaron a salir, y a partir de ese momento, entraron en una rutina.

No responde, pero escucha, lo sé. A pesar de estar tocando la guitarra, está aquí cien por ciento conmigo.

—Le pregunté: ¿lo supiste y ya?, y en lugar de explicarme que le pareció que era el destino o algo con una mínima pizca de romanticismo, me dijo: "Supongo que sí. Era bueno y fue la primera persona que me animó a pintar". Sé que están divorciados y quizás ahora eso se vea con otros ojos, pero mi madre me hablaba a *mí*, al fruto de su matrimonio, y no mencionó nada sobre enamorarse ni sobre no poder imaginarse con otra persona. Simplemente *pasó*.

Espero a que él reaccione, pero no pasa nada. En medio del silencio, la letra de la canción que está tocando sin pensar me llega como una cálida brisa.

"No sé mucho de historia…".

"Y si este uno pudiera ser tú…".

Sus movimientos son tan distraídos que no sé si registra lo que está tocando.

—A ver, desde luego —continúo—, eso fue una tremenda desilusión. —Hago una pausa—. Por mucho que ninguno quiera imaginar a nuestros padres empezando a salir, queremos pensar que al menos hubo una chispa, pasión o *algo* del destino.

—Sí. —Andrew se aclara la garganta y juguetea un poco más con las clavijas.

—Sé que esto… lo *nuestro*… ha estallado por los aires —digo—, pero igual siento que nuestra historia fue buena. He querido esto durante muchísimo tiempo, y tú no estabas enterado, y después cuando lo supiste, fue como… si se hubiera activado algo dentro de

ti. —Me detengo, buscando las palabras adecuadas—. Lo que pasó entre nosotros fue en verdad romántico.

Él titubea, pero después de un segundo, acomoda los dedos en los trastes y continúa.

—Y no fue romántico en la teoría nada más; fue romántico en la realidad. Cada segundo contigo fue perfecto. —Cambio un poco de posición—. Cuando fuimos a buscar el árbol, los copos de nieve en tu pelo, el trineo, el armario… la noche que pasamos aquí. Viví esos momentos por un deseo que pedí. ¡Un deseo! ¿Quién cree de verdad que los deseos se hacen realidad? El mundo es un lugar totalmente distinto al que pensé que era… a ver, hay magia *verdadera*, pero eso no es lo que más me cuesta creer. Lo más increíble de todo esto es que pude estar *contigo*. La persona de mis sueños.

Andrew inclina la cabeza hacia atrás para apoyarse contra la pared, con los ojos cerrados, y acomoda la guitarra en el catre que tiene al lado. Se lo ve cansado, y respira bien hondo. Se nota que no me está ignorando. Tampoco me está escuchando pasivamente: está asimilando cada palabra. Me da la confianza para seguir.

—Y aunque lo deseé, también me esforcé para conseguirlo. Jamás podría haberte dicho una palabra sobre lo que me pasaba ni sobre la metida de pata con Theo. —Tengo el mentón en alto—. Pero estoy orgullosa de habértelo dicho. ¿Me hubiera gustado explicarlo mejor? Por supuesto. Pero te dije la verdad porque quería empezar lo que sea que tenemos siendo sincera.

»Fui sincera respecto de lo que sentía. Fui sincera respecto de mis errores. Fui sincera en mis mejores y peores momentos de esta semana. —Inspiro para calmarme porque estoy empezando a sollozar—. Y algo que hicimos a la perfección fue hablar entre

nosotros con total honestidad desde el minuto uno. Enseguida, *hablamos*. No se me ocurre nadie más en este mundo con quien me haya sentido tan cómoda.

Eso le llega, se nota. Se le tensa la cara; la nuez de Adán rebota cuando traga saliva.

—Hay una intimidad enorme cuando se comparten cosas que una nunca le contaría a otra persona —digo—. Dejar a alguien verte de verdad, sin filtros. Así que lamento que toda esta situación sea tan decepcionante, y lamento si la intensidad de lo que siento por ti te hizo ir más rápido de lo que quizá hubieras ido en otras circunstancias. Pero te he amado desde que supe lo que era el amor, y no puedo deshacerlo. Jamás desearía que eso desapareciera. Amarte es toda la prueba que necesitaba de que el amor puede durar décadas. Quizá incluso toda una vida, quién sabe. —Me aclaro la garganta y agrego sin pensarlo—: Pero esperemos que pueda superar esto, porque si no, no va a estar bueno para ninguno de los dos ni para tu futura esposa.

Suelto un "ja, ja" incómodo, pero el silencio se vuelve sepulcral… hasta que trago saliva muy ruidosamente. Quiero hundirme en la tierra.

Pero no puedo detenerme ahora. Con un subidón de valentía, atravieso el resto de la distancia que me separa de él y le entrego el regalo envuelto con un papel verde metalizado y decorado con un lazo rojo mate. Cuando lo terminé de hacer, mi madre lo envolvió y me lo dio con lágrimas en los ojos y un beso en la palma de mi mano.

—Quería darte esto —digo—. Se llama *Felicidad*.

Finalmente, él endereza la cabeza y abre los ojos, pero no me mira. Estudia con cautela el paquete que tengo en las manos.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Ante el destello de confusión en sus ojos, agrego:

—Es una obra original de Maelyn Jones. En un marco pintado por Elise Jones. Lo hicimos hoy.

Vacilante, con respeto, Andrew lo toma. Con los dedos que han tocado casi cada centímetro de mi piel, quita el lazo sedoso sin dificultad. El ruido del papel rasgándose atraviesa el hangar. El regalo no está dentro de una caja, lo envolvimos así como estaba: un dibujo enmarcado, carbón sobre papel.

Pienso por unos segundos en dónde habrá encontrado mi madre el sencillo marco de madera que decoró cuidadosamente con hojas de álamo temblón pintadas con colores vívidos. No sé si Lisa habrá quitado algo viejo y sin valor sentimental para hacer espacio ni si Benny habrá ayudado a mi madre a revolver el ático. Pero la verdad es que no tengo tiempo para detenerme a pensar en esto, porque Andrew ahoga un grito y después se convierte en un muñeco inflable sin nada de aire. Se ha desinflado de la manera más tierna.

En mi dibujo, la persona tiene unos ochenta años, pero se nota que es Andrew. Me esforcé por capturar la cálida bondad de sus ojos, la desobediencia absoluta de su pelo, la curva pícara de su boca. Y está muy claro que la mujer a su lado soy yo. Traté de suavizar mis pómulos por la edad, de capturar la redondez de mi labio inferior y la amplia profundidad de mis ojos sonrientes.

Estamos sentados en la hamaca del porche de la cabaña, uno al lado del otro, con los dedos entrelazados. Mi mano izquierda está

apoyada en mi regazo y está adornada con un sencillo anillo de bodas. Andrew me ha dicho algo que me hizo reír; tengo la boca abierta, la cabeza inclinada hacia atrás, llena de alegría, y los ojos de él brillan encantados con un orgullo presumido. No estamos actuando para nadie; ni siquiera parecemos estar conscientes de que hay alguien cerca, capturando este momento.

Quién sabe lo que habremos pasado en los últimos sesenta años, pero no se puede negar que seguimos siendo felices.

—Mandrew y Maisie —le digo con voz tenue y cargada de emoción —. No tuve tiempo de hacer una pintura de verdad, pero creo que me gusta cómo quedó. Así, es solo un bosquejo, una posibilidad. Aunque nunca se convierta en algo más, tú eres el único que me hace así de feliz, y lo agradezco.

Me inclino hacia delante, le doy un beso rápido en la frente y me doy media vuelta para irme antes de que me largue a llorar.

Me guardo eso para cuando salgo, sola, a la nieve de afuera.



No tengo ganas de volver a la cabaña. Por extraño que parezca, estar bajo techo en este momento me da claustrofobia. He tenido tantas revelaciones importantes en los últimos días que me parece que necesito un poco de tranquilidad para procesarlas, dejar que todo se consolide para poder pensar en cómo continuar.

El camino que sale de la cabaña mide alrededor de medio kilómetro y le han quitado la nieve hace poco. Mis botas crujen sobre la capa de nieve delgada y compacta, pero esta tarde hace un

calor poco común para la época y oigo cómo se derrite el hielo de las ramas en una alegre cacofonía de gotas y salpicaduras. Cuando llego a la carretera principal y de pronto me quedo desprotegida ante el viento, me subo la cremallera del abrigo y doblo a la izquierda, para luego caminar otro medio kilómetro hasta una calle que conozco casi tanto como la calle de mi casa.

Andrew, Theo y yo hacíamos esta caminata cuando nuestros padres querían que saliéramos de la casa. Tomábamos palos y los usábamos de espadas, bastones o varitas mágicas. Nos turnábamos para señalar la cabaña que cada uno compraría cuando fuéramos grandes y qué haríamos cada día de la semana cuando fuéramos vecinos permanentes. Hacíamos cortes en los árboles y buscábamos madrigueras de osos o trampas de cazadores, aunque nunca encontrábamos ninguna. Con el correr de los años, algunas de las casas se han vendido y remodelado o incluso se han renovado por completo. Pero a la pequeña calle le falta un poco del lustre ostentoso de otras partes de la lujosa Park City; incluso las casas renovadas mantuvieron la idea de estar protegidas por el bosque. En pleno verano, si se mira a la calle y se entrecierran los ojos, aún puede verse el paraíso invernal listo para hacer su aparición.

Sale humo de las chimeneas y una mezcla de canciones navideñas llega a oírse desde la carretera. En la casa que más me gusta de esta calle, una construcción de piedra cubierta de hiedra que parece la casa de un gnomo en el bosque, me detengo y alzo la vista hacia la amplia ventana salediza que da a la calle. Dos siluetas se mueven por el salón, cerca del árbol de Navidad lleno de luces encendidas. Otra persona está ocupada en la cocina. Desde aquí afuera, llego a oler el pavo asado y la manteca salada de los pasteles que se van

enfriando, entremezclados con el marcado aroma de los pinos helados. Si se me hubiera ocurrido traer mi cuaderno, dibujaría esta escena, aquí mismo.

Si soy tan feliz en la nieve, pienso, ¿por qué no vivo en algún lugar donde nieve? Es una realineación mental repentina, la revelación de que no necesito quedarme en California, y que no debo intentar meter mi vida con calzador en la plantilla actual. Puedo moverme. Puedo indagar en los túneles de mis pensamientos para imaginar mi trabajo soñado. Puedo pensar en quién demonios es Maelyn Jones de verdad. Me arriesgué con Andrew y eso se me fue de las manos, pero no significa que deba dejar que se escurran los demás vestigios de valentía.



Mi humor, resplandeciente después de mi epifanía, se hunde en cuanto entro de vuelta en la cabaña y me doy cuenta de que Andrew no está entre las personas que ocupan la sala de estar.

—Hola a todos —digo.

El bullicio se detiene abruptamente cuando entro. Miles se endereza de golpe.

—Hola, Mae —me saluda.

Todos se quedan mirándome, expectantes. No pensé que mi regreso se registraría con tanto detalle.

—Hola…

Zachary se echa boca abajo sobre la alfombra, riendo.

—¿Qué pasa? ¿Tengo un nido de pájaros en la cabeza?

Aaron se pasa los dedos por el pelo de agujero negro y me dice que no, como si hubiera preguntado en serio.

Finalmente, Lisa pregunta:

—¿Entraste por el recibidor?

Niego con la cabeza.

—Por la puerta principal. ¿Por qué?

Siguen mirándome como si esperaran a que dijera algo más.

—Bueno. Eh… ¿Andrew sigue en el hangar?

—Está… —Kennedy empieza a decir al mismo tiempo que Ricky suelta—:

—¿Hacía frío afuera?

Pestañeando confundida, le respondo con un prolongado:

—¿Sí?

Miro mi nuevo reloj y me doy cuenta de que me he ido casi dos horas y no me fijé si el auto de Andrew seguía en la entrada. Preguntaría si está aquí, pero no sé si quiero saber.

Me doy vuelta en el lugar, incómoda, sin saber qué hacer.

—Bueno, todos están actuando muy raro, así que me iré al sótano por un rato. Avísenme cuando pueda ayudar con la cena.

—Deberías ir arriba —canta Zachary con la cara contra el suelo.

—¿Sí?

Todas las cabezas de la sala asienten al unísono.

Me quedo mirándolos un segundo, perpleja, antes de decir:

—Bueeeno. Voy a subir. —Al menos me da una excusa para escapar. Atravieso el pasillo arrastrando los pies, rodeo el balaustre y empiezo a subir la escalera, pero mi pie se apoya en algo que cruje debajo de la suela de mi calcetín. Levanto el pie, tomo el objeto plateado que quedó debajo y lo estudio.

Es un Hershey's Kiss de menta. Quedo absolutamente desconcertada por un segundo, pero después mis ojos vuelven a enfocarse en el suelo, y me doy cuenta de que hay otros dos a tan solo treinta centímetros en distintas direcciones: uno sube por la escalera y el otro baja a la cocina, por donde normalmente volvería después de salir a caminar.

Un destello plateado de esperanza comienza a brillar en mi mente. Subo la escalera al trote y sigo el caminito de dulces por el pasillo y doblo la esquina. Me lleva al dormitorio de Andrew, y se detiene justo afuera de su armario.

El corazón se me pone loco de remate cuando abro la puerta y Andrew entrecierra los ojos al ver la luz.

—Qué tremenda caminata hiciste, Maisie. He estado como una hora y media esperando para esconderme.

Estoy demasiado atónita para hablar, pero parece que no tanto como para romper en llanto.

—¿Andrew?

Desde la base de la escalera se oye un estallido de aplausos y vítores.

—¡Te dije que debías ir arriba! —grita Zachary antes de que, al parecer, alguien le ponga una mano sobre la boca y se lo lleve a un lugar donde no se oigan sus gritos.

Con una risa áspera, Andrew me mete en el armario.

No sé si estaré gritando, pero el latido de mi corazón suena tan fuerte en mis oídos que es atronador.

—¿Qué pasa?

Él habla con suavidad, y un dejo insinuante:

—¿Qué te parece?

Parece que me ha hecho venir hasta aquí con toda la dulzura, que me está mirando la boca, que está a punto de besarme. Pero debido a mi estado emocional tan frágil como el azúcar soplada, probablemente sería una muy mala idea suponer cualquiera de esas cosas.

—Bueno. —Me muerdo el labio y miro alrededor del espacio pequeño y penumbroso. Empezar con lo evidente sería lo más seguro—. Parece que dejaste un caminito de mis dulces preferidos para te encontrara en este armario.

Él me muestra una enorme sonrisa de oreja a oreja. Siento su mano mientras baja con cuidado por mi cintura y se desliza por la cadera, los dedos presionando, acercándome más.

—¿Tienes idea de por qué?

Estoy a punto de responder que, por las dudas, será mejor que lo diga él, pero siento las palabras cansadas y polvorientas en mi garganta. Lo que sale me sorprende:

—Querías estar solo conmigo en el lugar donde nos besamos por primera vez para poder reconocer que yo siempre tuve razón.

Andrew se inclina y apoya los labios sobre los míos una vez, suavemente.

—Siempre tuviste razón, Maisie.

Sé que habla de nosotros y de lo que dije en el hangar, pero el aroma a menta persiste en su aliento.

—Por supuesto que tenía razón: los Hershey's Kisses de menta son riquísimos.

Él se ríe, exhalando una cálida bocanada de aire sobre mi cuello.

—¿Sabías que en realidad se llaman "Hershey's Kisses de bastón de caramelo mentolado" y que son de "crema blanca con el crujido

refrescante de la menta"? —Me besa la garganta—. Eso quiere decir, por supuesto, que en rigor no están hechos de chocolate blanco. Ya no tengo que hacerte pasar vergüenza porque te gustan.

—Guau, *gracias*.

Su sonrisa se debilita un poco.

—Te fuiste tan rápido del hangar que no llegué a decirte nada.

—Pensé que necesitabas espacio.

—Ojalá pudieran salirme más rápido las palabras —reconoce—. Pero no funciono así.

—Pero si te salieran más rápido las palabras —digo—, entonces no podrías haberme atraído con este gesto único a tu espacio preferido: un armario.

—Con lo que más te gusta: dulces horribles.

—No seas tímido, Andrew Polley Hollis, ya sabes que tú eres lo que más me gusta.

Su sonrisa pícara se desvanece y se le relaja la cara, aliviado, cuando dejamos de jugar. Andrew me toma la cara con las manos y me da un largo beso en la boca. Se vuelve más intenso, y él me estrecha más fuerte, soltando un tenue gemido cuando su lengua toca la mía.

—¿Puedo decirlo ahora? —me pregunta, apartándose unos centímetros.

—¿Decir qué?

—Que te amo.

Siento un sonido seco en los oídos, como si se hubiera cerrado una puerta e impedido que entrara el viento. La atención de Andrew se fija en mi sonrisa grande como una casa.

—Yo también te amo.

Él retuerce un mechón de mi pelo con un dedo.

—¿Y no tienes que volver a California mañana? —me pregunta.

—No. Voy directo a chocarme con la aventura, lista para lo que sea.

—Qué buena noticia.

—Sí, en serio. Lo que menos quiero es subirme a un avión.

Él se ríe.

—Da la casualidad de que tengo una camioneta, y Denver queda a solo ocho horas. Quizá podríamos hacer un viajecito por la carretera.

Me estiro para alcanzarlo justo cuando él se inclina para besarme, y el alivio es tan intenso que siento como si hubiera una *rave* en mi torrente sanguíneo. Primer paso para tomar el control de mi vida adulta: esta noche voy a dormir en el hangar con Andrew. Y todas las noches, si por mí fuera. ¿Electricidad? ¿Agua corriente? Sobrevaloradas.

Él tararea de felicidad, apartándose poco a poco después de una seguidilla de besos que parecen gotas de lluvia azucaradas. Tarda un segundo en abrir los ojos, y juro que, con esa pequeña señal de que él también está metido hasta el cuello, vuelvo a enamorarme de él.

—Me alegro de que hayamos superado nuestra primera pelea.

Me aparto, alarmada.

—¿Esa fue nuestra primera *pelea*?

—¿Pensaste que era el *final*? —Parece igual de sorprendido.

—Eh, ¿sí? Prácticamente me dijiste que no me conocías en absoluto. —Me río, incrédula, viendo que los ojos se le llenan con una sonrisa que poco a poco se apodera de toda su cara—. ¿Qué? ¿Te ríes de mí?

—Porque tienes razón, creo, pero te rendiste bastante rápido después de trece años.

Lo empujo juguetonamente, aunque no demasiado.

—¿Qué iba a pensar si no?

—¡Me conoces desde hace veintiséis años! Un día es una gota en un balde.

—¡Solo estuvimos juntos treinta y seis horas! Un día es, a ver, dos tercios de nuestro romance.

Él se ríe, encantado, y entonces el tiempo se detiene, y Andrew me mira con gracia y cariño. Empiezo a ponerme nerviosa mientras el impulso de ponerme a la defensiva va trepando por mi cuello.

—Mis padres no pelean —le recuerdo—. Se fastidian y se mandan indirectas, y después de la única pelea importante que tuvieron, mi padre se fue de casa.

—Bueno, vas a tener que aprender a manejar los conflictos porque las personas inteligentes que están en una relación como nosotros no están de acuerdo todo el tiempo. Es un dato científico.

—¿Eso es? —pregunto, sonriendo—. ¿Lo nuestro es una relación?

Andrew es una combinación dulce y tierna de gracia y nervios.

—¿Espero que sí?

—La Mae de entre trece y veintiséis años está festejando con un bailecito acá adentro. —Me golpeteo la sien.

La risa con la que responde se debilita poco a poco.

—Entonces… ¿somos…?

—Depende. —Decir eso es como si tragara vidrio porque es el momento de la verdad—. ¿Me crees?

—¿Lo del deseo?

Ha sido la experiencia más reveladora y apabullante de mi vida, y por más que lo ame, no sé cómo haría para continuar la relación con Andrew si él pensara que fue todo un sueño.

—Sí —respondo.

—Claro que te creo.

La tensión de mis hombros se arruga como papel de cera.

—Y… ¿no tienes problema… con nada de eso?

—Te pregunto algo —replica Andrew—. En esta versión de tu Navidad, ¿tu papá se rompió un diente con una galleta?

—De ninguna manera.

—¿Y Kennedy se raspó la rodilla?

Ya veo a dónde va con esto, y sonrío.

—Nop.

—¿Ves? Ya sabías que las bolsas de dormir estaban en el depósito. Le dijiste a mi papá que no se preocupara por el gin. No sé cómo, pero conseguiste que Benny comprara la cabaña. Y si te hubiera hecho caso con lo de Miso, aún tendría mi preciado suéter espantoso, ¿no?

—Para que aprendas a escuchar a la viajera en el tiempo que ahora es tu… —Me estalla una sonrisa, y titubeo cuando el resto de mi oración queda suspendida como un lazo en el viento.

Andrew entrecierra los ojos con una sonrisita cómplice.

—¿Que ahora es qué?

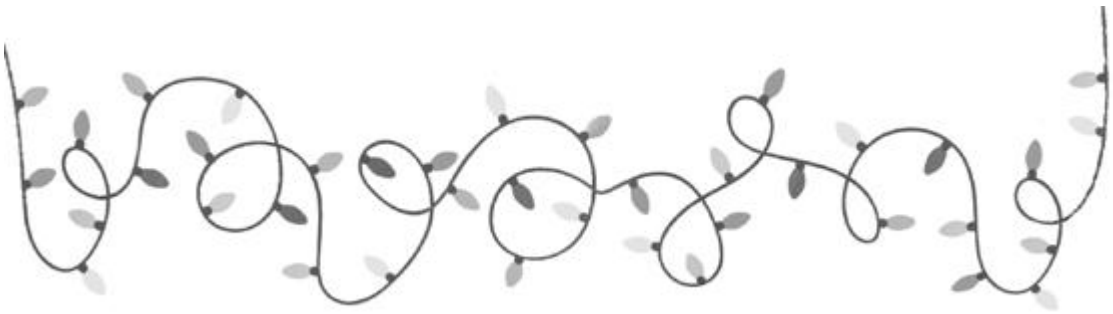
Y en este momento, por tan solo un segundo, mi confianza se tambalea. Con una esperanza tan intensa que podría hacer flotar la cabaña, ¿no sería perfecto si el universo me tomara por sorpresa una última vez?

Pero en esta ocasión, no me voy a ninguna parte.

—Que ahora es tu novia.

La sonrisa de Andrew ilumina el interior del armario.

—Al fin, Maisie. Pensé que no me lo ibas a pedir nunca.



Epílogo

Seis meses después

—*O*i —exclama Benny desde el porche—. Podría verte a un kilómetro de distancia.

No necesito preguntar a cuál de los dos le habla. Sin duda no es a mí, que llevo una camiseta sin magas de un apagado gris melange y shorts de jeans desflecados.

—¿Ah, sí? —Andrew se pasa las manos por su suéter espantoso—. ¿Dices que me queda bien?

—¿No te estás muriendo de calor? —pregunta Benny, y hace tanto calor que juro que alcanzo a ver su voz atravesar el aire ondulante.

Andrew niega con la cabeza.

—Estoy de lo más bien.

Echo un vistazo a mi novio y observo las pequeñas gotas de sudor que le salpican la frente por los treinta y dos grados de temperatura. Sigue siendo un mentiroso adorable. Ni siquiera quise tomarlo de la mano para atravesar el camino de entrada porque está muy pegajosa. Todos sabemos que es capaz de sacrificar su confort personal con tal de sostener una idea, y ha decidido que su "característica" en la cabaña son los suéteres con motivos festivos. Cualquier día festivo lo amerita. Supongo que el suéter azul aciano, rojo cereza y blanco inmaculado es una cuidadosa oda a nuestros padres fundadores. Seguro no llega al almuerzo sin quitárselo.

—¡Feliz Día de la Independencia! —exclama.

—Feliz Día de la Independencia. Vengan aquí. —Benny agita la mano para llamarnos.

La grava cruje debajo de mi calzado mientras voy trotando hacia la escalera del frente y mi tío preferido. Nuestro auto quedó en la calle principal, estacionado lejos de los vehículos de construcción que en este momento ocupan el camino de entrada de la cabaña, o la hondonada, como le dice Benny.

Ya puedo ver el trabajo que se ha hecho: es impresionante. El porche se ha renovado por completo. Se ha pintado la cabaña entera: mantiene el mismo tono color café con postigos verdes, pero es increíble lo que una buena lavada y una capa de pintura pueden hacerle a un lugar. Se han reemplazado todas las ventanas y reconstruido los aleros. En el lado oeste de la casa, están en marcha un techo nuevo, un paisajismo renovado y un porche lateral con ventanales que dan a la montaña. Me muero por ver cómo estará por dentro.

El abrazo de Benny me envuelve, y me sorprendo al notar que lagrimeo de inmediato. Huele al champú de hierbas que suele usar, pero también huele a pino y álamo, a tierra y barniz. Su risa estruendosa vibra contra mí, y la sensación de estar de regreso aquí con Andrew, por primera vez desde las fiestas, se parece mucho a meterme en un baño de burbujas mirando el mar al atardecer. Es el paraíso.

Benny me pone a un brazo de distancia y me inspecciona.

—Te ves bien, peque.

No dudo de que tiene razón: es sabido que la felicidad nos hacer brillar la piel y dar saltitos al caminar, pero Benny no se queda atrás. Está bronceado, tiene el pelo aclarado por el sol y polvoriento, supongo que por estar todo el tiempo trabajando en esta casa. Su sonrisa forma arrugas distintas en el rabillo de los ojos, y en un segundo me doy cuenta de que no solo está contento aquí: está loco de contento.

Andrew recibe su abrazo y un apretón de manos con palmada en la espalda y, cuando mis ojos ya tuvieron suficiente del porche nuevo y la conversación trivial y los saludos de ellos dos me ponen impaciente y empiezo a balancearme sobre los pies, Benny al fin nos hace entrar.

Quedo estupefacta. El balaustre es el mismo de cuando éramos chicos, pero restaurado, de un color café meloso que brilla con los rayos del sol de la tarde que se cuelan por la puerta principal. Se renovó el acabado de las escaleras, al igual que los pisos de la planta baja. Benny ha conservado gran parte de los muebles, pero los hizo lustrar, tratar y limpiar de modo que adentro quede más

iluminado pero acogedor. Con la capa de pintura para interiores, el espacio parece mucho más claro.

—No puedo creer que hayas hecho todo esto en seis meses —dice Andrew, girando poco a poco en el lugar—. No ha estado tan bien desde… bueno, supongo que desde antes de que yo naciera, a decir verdad.

—Hay más. —Benny nos lleva a la cocina, donde el piso nuevo destella bajo el sol de la tarde y los electrodomésticos de acero inoxidable han reemplazado todos los originales. El refrigerador es un mastodonte con tanta tecnología en las puertas que sospecho que podría hacer la tarea de análisis matemático de Miles. Mi madre, Aaron y Kyle van a empezar a hacer un programa de cocina aquí cuando vean este lugar. Una nueva mesa de madera rústica ocupa el centro del amplio espacio, con lugar para dieciséis personas.

Benny ha convertido el comedor que nunca se usaba en un salón con unas bibliotecas empotradas impresionantes, repletas de libros. El sótano ahora está terminado y dividido con placas de yeso, de modo que hay cuatro habitaciones distintas: una amplia sala de estar al pie de la escalera, donde Benny nos dice que pondrá una mesa de pool, una de ping-pong y un pinball, tres dormitorios cuyas puertas dan a la sala principal y un baño compartido.

—Basta de literas —dice Andrew con alegría.

—Se las doné a una familia que vive en la otra cuadra, en esa casa de piedra en Mountain Crest. —Benny toma un destornillador suelto que quedó en el estante—. Las dos hijas van a tener mellizos. De locos, ¿no?

Andrew se encuentra con mis ojos abiertos de par en par; los suyos destellan. Sabe, al igual que yo, de qué casa habla Benny.

Sabe que me fui caminando por esa calle y hasta esa casa mientras él había ido a comprar dulces para profesar su amor por mí en un armario. Sin duda el universo obra de maneras misteriosas.

Benny recorre la sala con la vista, asintiendo con la cabeza.

—Ahora tenemos lugar para todos, y sobra un poco si hace falta más.

Los dormitorios de arriba están prácticamente iguales, salvo el ático, que Benny está renovando para que sea su dormitorio principal. No está terminado, sigue siendo una zona de construcción llena de cosas, pero puedo ver la estructura en medio del desorden. La ventana con vitrales sigue ahí. Los techos inclinados no van a cambiar. De hecho, se parece mucho a como ha sido siempre, pero mejor.

Una voz llama a Benny desde abajo, y Andrew y yo nos quedamos solos para seguir recorriendo. Los muebles del dormitorio de Andrew siguen todos aquí, y se siente el aroma a eucalipto en las sábanas, las paredes y la ropa de la cómoda. Paso un dedo por la mesa de noche justo cuando un par de brazos me rodean la cintura desde atrás y me jalan, riendo, al armario. La puerta se cierra a nuestras espaldas, y Andrew se convierte en el señor Manotas, haciéndome cosquillas y manoseándome.

—En serio creo que los armarios te excitan.

Él suelta un "ajá" y dice:

—Tantos años desperdiciados sin hacer esto.

Chillo, espantándolo con un manotazo juguetón, y él me estrecha en un abrazo.

—Ven aquí —dice Mandrew, y hunde la cara en mi cuello. Suelta su gemido de "cómo me gustas" y pregunta—: ¿Qué tal estar de

vuelta?

—Increíble. —Rodeo sus hombros con los brazos, hundiendo mis dedos en su pelo—. Y raro. Pero raro bien.

—Raro tipo Christopher Walken.

—Exacto. —Me aparto, besándole el mentón—. ¿Dónde quieres dormir este fin de semana?

—Supongo que aquí —aventura, encogiéndose de hombros—. Las camas de abajo son todas de una plaza, y en el hangar va a hacer mucho calor.

La verdad es que no sé qué sentiré al ir allí. Nostalgia, por supuesto, pero ¿quizá también sentimientos encontrados? Sé que Benny tiene proyectado algo grande para el hangar, pero hasta donde yo sé, aún no ha comenzado la obra. No tendría problemas en dormir allí afuera tal y como estaba, por los viejos tiempos, pero no tiene aire acondicionado. Andrew tiene razón, en pleno verano hay muchas chances de que no sea muy agradable.

—¿Alguna vez dormiste con una chica aquí?

—Una vez —responde Andrew, que da un paso hacia atrás y me toma la cara con las manos, apretándome las mejillas—. Liz. —Una de las chicas que más tiempo estuvo de novia con Andrew, hace varios años. Nos encontramos con ella y su esposo para tomar algo hace un par de meses y era comiquísima—. Pero no hicimos nada.

Me río ante semejante tontería. No concibo la posibilidad de estar en una cama con Andrew Hollis sin desnudarlo.

—Qué mentiroso.

—No, en serio —me dice—. Mis padres estaban, a ver, a metro y medio de distancia. Me sentía muy cohibido para cumplir con mi labor.

—Bueno, esta vez no van a estar aquí tus padres —le recuerdo—. Y las cosas de Benny estaban en una de las habitaciones terminadas de abajo, así que… vía libre.

Andrew gruñe, volviendo a hundir la cara en mi cuello.

Este fin de semana estamos solamente nosotros dos y Benny; todos los demás tenían otros compromisos. Mis padres van a ayudar a Miles a mudarse a la universidad, donde ya empezó los entrenamientos de fútbol. Kyle tiene ensayos de ensamble para un musical que todos esperamos que se convierta en el nuevo éxito de Broadway. Theo está en plena construcción de su propia casa cerca del cañón Ogden, a una hora y media de aquí, y Ricky y Lisa decidieron hacer un crucero de verano de Seattle a Alaska. Pero con Andrew no teníamos problema en venir en auto desde nuestro apartamento en Denver. Ambos tenemos el fin de semana largo libre y nos moríamos de ganas por ver lo que había hecho Benny en la cabaña.

Se oye un golpe tenue a la puerta, y Andrew y yo compartimos una mueca de "nos descubrieron" antes de que él abra la puerta, dejando entrar un brillante haz de luz y la cara divertida de Benny, que se ríe:

—Supuse que estarían aquí dentro.

—Bueno, Bentley —susurro—, este armario es nuestro *espacio sagrado*.

—Prometo no cambiarlo. —Levanta el mentón—. Vamos. Quiero mostrarles algo.

Bajamos la escalera con él, e intento descifrar qué se viene ahora. Ya me siento abrumada con la mezcla perfecta que ha logrado entre lo nuevo y lo viejo. ¿Qué no hemos visto aún? ¿El patio? ¿Algo

interesante en el nuevo porche del frente? Andrew se encoge de hombros cuando lo miro con ojos inquisidores y se limpia las palmas de las manos contra los muslos. Parece estar ruborizado, y me pregunto si le estará costando un poco ver lo mucho que ha cambiado esta casa. Para mejor, pero igual.

Giramos en el pie de la escalera y atravesamos el pasillo, la cocina, el recibidor y salimos por la puerta trasera.

El patio no tiene cambios, pero me detengo en seco igual. Andrew sigue caminando, pero no puedo seguirlo, no puedo hacer que mis pies se muevan porque la estructura que estoy viendo apenas se parece al hangar que conocí desde chica. Lo que tengo enfrente es un hermoso refugio rústico. Es una pequeña cabaña de troncos, con una ventana gigante que sigue dando a la montaña. Tiene una chimenea, escalera, un porche pequeño con dos sillas Adirondack y una mesita.

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que Andrew se da vuelta y me toma la mano, riéndose de mí con una sonrisa amorosa, secándome las lágrimas con la otra mano.

—Vamos.

Está temblando.

—¿Lo sabías? —le pregunto.

No me responde, solo me tironea para que camine y entre al hangar. Sigue siendo un solo espacio, bueno, salvo por el baño nuevo; pero hay una cama con dosel en un extremo, un sillón de dos plazas y uno individual hacia el frente, dispuestos alrededor de una mesa de centro sobre una alfombra preciosa. Desde luego que el hogar no está encendido, pero el nuevo aire acondicionado zumba con valentía, manteniendo el interior a una temperatura agradable.

Mi atención se posa en todas las fotos enmarcadas que decoran las paredes. Hay al menos veinte, algunas pequeñas, otras de veinte por veinticinco, y estamos todos juntos en distintas combinaciones: mi padre y yo en un trineo; Andrew, Ricky, Theo y Lisa en el porche de la cabaña principal; Benny y mi madre con tragos en la mano y brindando ante quien tomaba la foto; Miles y los mellizos jugando a las damas en el suelo de la sala de estar; Kyle sosteniéndome a mí, de cinco años, bocabajo cerca de un muñeco de nieve; Aaron y mi madre con delantales puestos y cocinando; Benny con Theo, Andrew y yo adolescentes en verano, haciendo una caminata por el cañón Iron.

—Son increíbles. —Me doy media vuelta para ver cómo está asimilando todo esto Andrew, pero ya no lo tengo parado a mi derecha, está…

Está de rodillas.

¿Acaso tengo el cerebro más lento del universo?

Puede ser. Pero tardo unos cinco segundos en lograr juntar las letras para formar una palabra, y la palabra es nada más: "Ah".

—Maisie —me dice, y abre la palma de la mano para revelar un anillo de oro con un óvalo perfecto de zafiro. Me mira durante varios segundos en silencio, emocionado.

—Hemos tenido una buena cantidad de aventuras en estos seis meses —continúa, con la voz ronca—. Te mudaste a Denver, empezaste un trabajo nuevo, nos fuimos a vivir juntos a un apartamento. Nada me gusta más que preparar la cena contigo, hablar de lo que hicimos en el día, soñar con lo que vamos a hacer en el futuro. —Traga saliva, con los ojos centrados en mi cara—. No he pasado una sola noche sin ti desde que nos fuimos de aquí. No

sé cómo lo logramos, pero sí sé que le hemos dado prioridad a esta relación. Tú eres mi prioridad, Mae. Estoy muy enamorado de ti. Me parece inconcebible la posibilidad de estar con otra persona. Por favor —dice con voz más tenue—, ¿te casarías conmigo?



Solo una tonta haría algo que no fuera gritar "*SÍ*" y, una vez confirmado que Benny se ha ido, abalanzarse sobre este hombre. Andrew pasa unos diez segundos tratando de convencerme, sin poner mucho empeño, de que deberíamos ir a darle la buena noticia a Benny, pero se termina rindiendo y me deja empujarlo hacia la cama y quitarle el suéter horrible.

Nunca me voy a cansar del suave calor de su torso, de las manos que me recorren ansiosamente como si quisiera tocar todo al mismo tiempo, de los dedos que se hunden en mi pelo cuando le beso el cuerpo. Siento que se le tensa el abdomen debajo de mi mano, las piernas se arquean y después me levanta y me pone debajo de él, tomándose su tiempo, exhalando y diciéndome guarradas traviesas al oído.

Nos hemos vuelto buenos en esto: practicamos con dedicación; pero aún me sorprende la profunda emoción que me embarga cada vez que lo siento cerca, cuando siento que empieza a tensionarse y volverse un poco desenfrenado. A él le parece gracioso cómo lo miro, pero creo que por dentro le encanta porque juro que ver que se le cierran los ojos justo en el exacto segundo en que cae sobre mí es lo más sexy que he visto en mi vida.

No lo dejo levantarse, todavía no. Extiendo mi brazo delante de nosotros y nos quedamos mirando el anillo que llevo en el dedo, riendo sobre lo extrañas que nos suenan las palabras *marido* y *mujer*.

¿Dónde lo vamos a hacer?, me pregunto. Andrew me mira como si fuera tonta. Aquí, por supuesto.

A la pequeña fiesta de casamiento invitaremos a nuestra familia por elección. Decidimos que Tahití es un buen destino para la luna de miel. Y un perro antes de los hijos.

Los besos tiernos se vuelven lentos, después más profundos, y termino encima de él, que me mira con una concentración adorable, jugueteando con las puntas de mi pelo, rozándome las curvas con las yemas de los dedos, guiando mi pelvis hasta que se pone sudoroso y ansioso debajo de mí.

Me desplomo en la cama al lado de él. Las sábanas son suaves, de algodón, y las siento frescas en la espalda. Andrew suelta una risa fuerte y satisfecha.

—¿Cómo esperas que pueda caminar después de eso?

—Espero que Benny haya pensado que íbamos a dormir nosotros aquí —digo, recuperando el aliento poco a poco.



Pero necesitaremos agua y comida, y aún faltan varias horas antes de irnos a dormir.

Andrew me mira y ríe.

—¿Quieres peinarte un poco?

Me miro en el espejo del baño y veo que tengo el pelo todo enmarañado, los labios hinchados y enrojecidos de tantos besos. Mi sonrisa está torcida, loca de amor. Trato de arreglar el tema del pelo con los dedos, pero me rindo.

—Mis cosas están en el auto —digo—. A Benny no le importa cómo tengo el pelo.

Pero cuando entro a la cocina y me reciben con un "¡SORPRESA!" gritado a coro por siete voces entusiasmadas, entiendo por qué Andrew quería que entráramos a contarle a Benny, por qué me sugirió que me peinara y por qué está rojo como un tomate y doblado de la risa en este momento. Ricky y Lisa no están en un crucero. Theo no está en Ogden construyendo su casa, y si bien Kyle se quedó en Manhattan, Aaron y los mellizos están aquí. No sé cuándo llegaron ni cuánto tiempo habrán estado esperando a que entráramos para felicitarnos por nuestro compromiso.

—¿Se pusieron a jugar a la *lucha*? —pregunta Zachary, ceceando, porque ahora le faltan las paletas, y Aaron hace todo lo posible para no estallar de la risa.

—Sí —responde Andrew con toda seriedad—. ¡Y mira! Mae se ganó un anillo.

Quedo envuelta en abrazos de mi futura familia política (!), Aaron y los mellizos. Benny aprovecha la oportunidad para reírse del desastre revelador de mi pelo y me estrecha en un fuerte abrazo. Si bien es la mejor sorpresa del mundo, parece estar todo muy quieto sin mis padres y Miles.

Tomo mi teléfono de la encimera de la cocina, donde lo dejé, me fotografío la mano izquierda y le escribo a mi madre:

Me imagino que ya sabías que él iba a hacer esto, pero ¡mira!

Me quedo observando el teléfono, esperando la indicación de que ha leído el mensaje, pero este tarda en enviarse, mientras la barra se va completando poco a poco en la parte de arriba.

—Me contaron que te encanta tu trabajo nuevo —dice Aaron, llamando mi atención.

—¡Sí! —confirmo, sonriendo. Ahora soy la diseñadora gráfica principal de Sled Dog, una cervecería pequeña pero con mucho futuro que está a tan solo un kilómetro de Red Rocks y que es el patio cervecero más popular de la ciudad. Tengo un equipo de dos personas que se ocupan del sitio web y las redes sociales, y yo diseño todos los productos publicitarios: camisetas, vasos de cerveza, gorras, gorros de lana y todo tipo de productos divertidos. El dueño ha quedado tan impresionado con mi trabajo que me ha pedido que rediseñe todas las etiquetas, así que algún día mi obra se verá en refrigeradores de todo el país. Hasta ahora, Sled Dog ha sido el trabajo más divertido y gratificante que he tenido.

—Compré una botella de la imperial stout —me dice Aaron.

—¿Cómo la conseguiste? —La imperial stout acaba de ganar una medalla de oro internacional, así que es casi imposible conseguirla en Denver, y en Nueva York, menos.

—Uno de los padres de la escuela es distribuidor. Me consiguió una.

—Eres de lo mejor. —Me estiro y le doy un beso a Aaron en la mejilla. A pesar de estar al otro lado del país, en Manhattan, aún se mantiene al tanto de lo que hacemos en el oeste. Después del beso,

le sacudo el pelo, que ahora está canoso—. Y esto también es de lo mejor.

—Sí. —Me sonríe—. La crisis de la mediana edad más corta de la historia.

—Espero que Lisa haya documentado el pelo teñido.

—O al menos la mitad —bromea él.

—Ey —protesta Lisa, riendo.

No me doy cuenta de que Andrew ha salido para traer mi bolso del auto hasta que me lo da.

—Es una pena arruinarte la sorpresa, pero quizá quieras esto.

—¿La sorpresa?

Andrew hace una mueca.

—El vuelo de tus padres se retrasó. Ya están por llegar.

—¿En serio? —chillo, y enseguida saco el cepillo y me hago un rodete.

Justo a tiempo, porque mi madre ya está canturreando mi nombre sin haber llegado aún al porche de entrada.

—¡Mae! ¿Dónde está mi chiquita?

Detrás de ella, mi padre carga los bolsos de ambos, con una sonrisa de oreja a oreja.

Andrew se me acerca por detrás mientras mi madre sube la escalera al trote y se abalanza para abrazarnos.

—¡Lo sabía! —canturrea—. ¡Lo sabía, lo sabía, lo sabía!

—¿Desde cuándo saben que él iba a hacer eso? —le pregunto.

—Bueno, a ver. —Mira a Andrew, haciendo cuentas, y mi padre nos viene a dar un abrazo a cada uno—. ¿Unos dos meses?

—Compramos los pasajes en abril —dice mi padre—. Así que más.

—Yo les pedí permiso en febrero —acota Andrew, entre risas—. Cuando cumplimos dos meses.

Sale Lisa, y ella y mi madre empiezan a chillar con alegría por la felicidad compartida. Ricky, mi padre y Aaron se miran con ojos de "ya empezaron" y entran a la cabaña, supongo que para servirse una cerveza del lujoso refrigerador nuevo. Benny saluda a mis padres y baja la escalera para ir con Kennedy, que tiene un libro sobre hojas. Theo forcejea con Zachary en la sala de estar.

Echo de menos a Kyle y a mi hermano, pero seguramente habrá una mínima chispa de electricidad en su humor, incluso en medio de su ajetreo.

Alcanzo a oír un poquito de lo que está diciendo mi madre:

—… aquí, pero ¿antes o después de Navidad? —Supongo que estarán planeando nuestra boda sin nosotros, que la presión para darles nietos empezará casi de inmediato y que estaremos lidiando con entrometidos el resto de nuestra vida. Todo eso habrá que hablarse, pero después de intercambiar los votos matrimoniales, pase cuando pase, por suerte no tendremos que negociar cómo integrar a nuestras familias. Ya estaban integradas mucho antes de que nosotros naciéramos.

Cuando salimos del sol y entramos a la casa, mis ojos se posan en una foto enmarcada, colgada en la pared del nuevo salón. Desde lejos cuesta identificar qué es, pero de cerca, me doy cuenta de que es una foto aérea. Andrew me rodea con el brazo y se inclina para estudiar la foto. Finalmente, extiende el otro brazo y apoya la punta del dedo en el centro.

—Aquí estamos.

—¿Qué?

Mueve el dedo a un costado, y veo lo que me está mostrando. Es la cabaña, en el centro de un grupo de otras casas, en el medio de un remolino de calles y un montón de montañas. Afuera de eso, el mundo se extiende en ambas direcciones, y cada punto de la superficie de la Tierra es el centro del universo de alguna persona, pero esta foto lo representa muy bien.

El centro de mi mundo está justo donde estoy parada ahora.

Agradecimientos

Un poquito de magia nada más, pensamos. Claro que podemos hacerlo. ¡Será fácil!

Puede que no haya sido fácil, pero sin duda nos divertimos escribiendo esta novela. Lo hicimos antes de que llegara el año 2020, antes de que todo estallara por los aires, y la idea de quedar dentro de un bucle temporal romántico nos pareció un escape perfecto para las fiestas.

La sensación es aún mejor ahora que podemos volver a leerla. Mae se siente segura en esta cabaña, con sus seres queridos y con el único requisito de descifrar el camino que debe tomar. Si todos tuviéramos que concentrarnos en algo tan sencillo, la vida sería mucho más fácil.

Suponemos que eso es lo que nos dan las historias románticas. Sí, nos dan ganas de aspirar a esas relaciones y nos cumplen lo que deseamos, son divertidas y levantan el ánimo, pero este año también constituyen un escape muy necesario. Las historias románticas están aquí haciendo lo que tienen que hacer, y las necesitamos más que nunca. Así que primero tenemos que agradecer a algunas creadoras de historias románticas cuyas obras nos han sacado de la realidad y nos han permitido sentir verdadera dicha este año: Park Ji-eun (*Crash Landing on You*), Alexis Hall (*Boyfriend Material*), Scarlett Peckham (*The Rakess*), Rebekah

Weatherspoon (*Xeni*), Martha Waters (*To Have and to Hoax*), Kate Clayborn (*Love Lettering* y también tu *feed* de Twitter), Lisa Kleypas (hola, diosa) y Nora Ephron por, bueno, todo. Son una inmensa fuente de inspiración, y estamos sumamente agradecidas de poder acudir a su creatividad y entretenimiento en estos tiempos raros y caóticos.

Nuestro equipo es el mejor: la agente Holly Root es la voz de eterna calma, sabiduría y sarcasmo en el momento justo. Nuestra editora de Simon & Shuster/Gallery, Kate Dresser, tiene que soportar muchas, pero muchas, vueltas en U. Gracias, Kate, por ser la entusiasta de CLo cuando empezamos, nuestra caja de resonancia cuando nos estancamos y la cuidadosa bandera roja cuando editamos. Kristin Dwyer es nuestra representante de relaciones públicas y joya más preciada, e incluso cuando el tiempo se detuvo y dejamos de saber cómo estaba el mundo más allá de nuestra ventana, estuvimos bien. Lo logramos, lo conseguimos: la gente encontró nuestros libros. Siempre haces todo excelente.

Gracias al equipo de S&S/Gallery por poner todo su empeño, como siempre: Jen Bergstrom (te adoramos de verdad), Aimée Bell, Jen Long, Rachel Brenner, Molly Gregory, Abby Zidle, Anne Jaconette, Anabel Jiménez, Sally Marvin, Lisa Litwack, John Vairo y a los grupos de ventas y derechos subsidiarios de Gallery. En medio de la pandemia, la pérdida de Carolyn Reidy nos afectó mucho a todos. La vamos a extrañar muchísimo. Nos hace sentir el doble de agradecidas con todos los que integran S&S por ser siempre los mejores y no dejar de apoyarnos.

Gracias a Marion Archer por leer, y volver a leer, y volver a leer. Tus notas y comentarios siempre dan en el clavo y los valoramos

mucho. Erin Service, nuestro único objetivo es hacer que te derritas. A quienes nos leen en Clo and Friends, gracias por hacernos reír y hacernos compañía (y, por supuesto, por amar nuestros libros). Adoramos a todos y a cada uno de ustedes.

A quienes nos leen por el mundo, esperamos que este libro los encuentre bien y felices. Gracias por elegirlo. El deseo que más le pedimos al universo es que la historia de Mae y Andrew les dé el escape que buscan, pero (por su bien) que no necesiten con urgencia. Ha sido un año difícil, pero aquí estamos, enviando amor y, esperamos, una buena dosis de diversión mágica.

Con todo el amor del mundo,
Christina y Lauren

Índice

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Epílogo
Agradecimientos

VeRa
Un sello de
V&R Editoras



Elegí esta historia pensando en **ti** y en todo lo que las mujeres románticas guardamos en lo más profundo de **nuestro corazón** y solo en contadas ocasiones nos atrevemos a compartir. Y hablando de compartir, me gustaría saber qué te pareció el libro…

VeRa

yo también
creo en el amor



vera.romantica

Christina Lauren
Atrapada en las vacaciones / Christina Lauren. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-300-580-2

1. Novelas Románticas. I. Fusco, Vanesa, trad. II. Título.
CDD 813

Título original: *In a Holidaze*
Dirección editorial global: María Florencia Cambariere
Edición: Florencia Cardoso
Coordinación de arte: Valeria Brudny
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Armado de interior: Florencia Amenedo
Diseño de tapa: Caro Marando
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2020, Christina Hobbs y Lauren Billings
© 2024 de la traducción del inglés al español por V&R Editoras S. A.
www.vreditoras.com

Publicado originalmente por Gallery Books, un sello de Simon & Schuster, Inc. Derechos de traducción y publicación gestionados por International Editors.

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

ISBN 978-631-300-580-2

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

EDITORAS

Seguinos en tu red favorita

VR.editoras



Con todo mi amor

Elizabeth, Morgan
9786313005260
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Y SI LA PERSONA QUE MÁS AMASTE AÚN FUERA TUYA? Riggins ha estado enamorado de Stella desde que tiene uso de razón. De niños, se escapaban por las noches para tumbarse bajo las estrellas, componer canciones, confiarse sus secretos más íntimos y soñar con

dejar atrás su pequeño pueblo. Cuando su banda consigue un contrato discográfico y una gira como cabeza de cartel, él la convence para que lo acompañe. Sin embargo, no pasa mucho tiempo antes de que Riggins se deje arrastrar por el estilo de vida de estrella del rock y todo empiece a desmoronarse, incluida su relación. Cuando Stella se marcha sin decir una palabra y no vuelve la vista atrás, él se queda destrozado, perdido y sin entender nada. Hasta que descubre la verdad…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



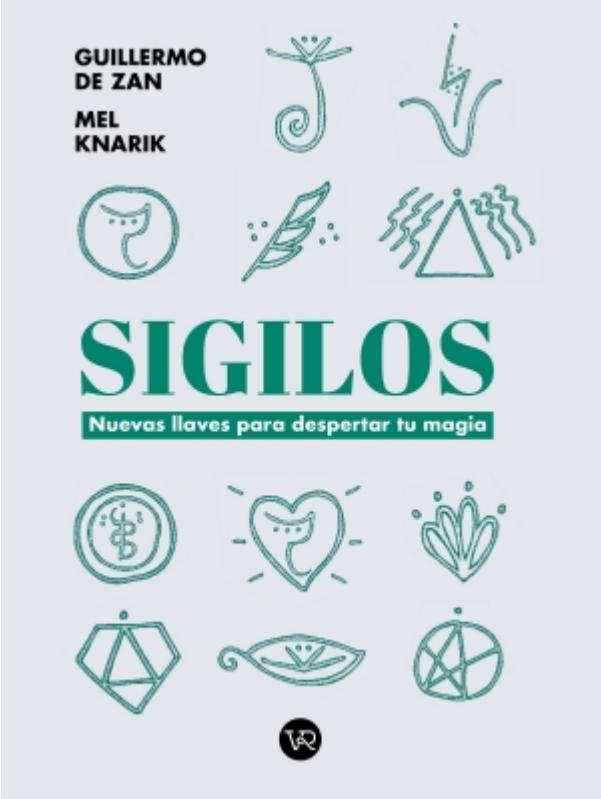
Escudo de gorriones

Perry, Devney
9786313004997
728

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

SER EL GORRIÓN NO ES UN HONOR. ES UNA TRAMPA. En el principio, los dioses enviaron monstruos al mundo para mantener a los humanos humildes. Pero Odessa jamás necesitó un recordatorio de su insignificancia. Hija del Rey Dorado y hermana del Gorrión, su destino siempre fue permanecer en las sombras. Hasta que el príncipe Zavier del reino de Turah llegó a la corte con la cabeza de siete monstruos y, según un antiguo tratado, exigió como pago una esposa: Odessa. De la noche a la mañana, la joven no solo se ha vuelto el Gorrión de su reino, sino también una espía de su padre, que busca invadir la secreta capital de Turah antes de que una migración monstruosa deje un tendal de muerte a su paso. Sin formación ni entrenamiento, Odessa sabe que es un caso perdido. Especialmente cuando parte de su misión es asesinar a la mano derecha del príncipe, el Guardián. Invencible, incorruptible, extremadamente seductor. Mientras atraviesa una tierra plagada de monstruos, ¿podrá ser una buena reina, esposa y espía? ¿O sucumbirá a las provocaciones del Guardián?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Sigilos

De Zan, Mel Knarik y Guillermo
9786313002559
140

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

"Todos tenemos un enorme potencial para modificar nuestra realidad de formas inimaginables... A través de sigilos —dibujos simbólicos con propósitos mágicos que podrás usar para fines concretos y específicos— Guillermo De Zan y Mel Knarik te brindarán las llaves para conectar con tu Yo Creador y despertar el potencial mágico que duerme en tu interior. Los sigilos te darán acceso al poder ilimitado

que espera pacientemente tras la puerta del potencial. Como quien halla un tesoro, podrás comprobar por ti mismo tu capacidad de abrir el caudal de magia que es tuyo por derecho. Los sigilos son la llave. Este libro es la llave. Es tu momento de evolucionar."

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Crenshaw

Applegate, Katherine
9789877471403
192

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Decir lo que sentimos puede cambiar el rumbo de nuestras vidas. Jackson y su familia están atravesando un momento duro. No tienen dinero para pagar el alquiler. Tampoco abunda la comida. Tal vez, él, sus padres, su hermanita y su perra deban volver a vivir en la minivan. Otra vez. Cuando las cosas parecen ponerse realmente mal, Jackson recibe una visita inesperada: Crenshaw, su amigo imaginario. Aun cuando él se resiste a creer en esas cosas, Crenshaw parece estar dispuesto a ayudarlo. ¿A qué? A hacer eso que le es tan difícil: expresar lo que siente. "En esta emotiva novela se muestra cómo la resiliencia creativa de la mente de un niño puede suavizar situaciones difíciles, mientras se exploran los límites entre la imaginación y la verdad". –Publishers Weekly

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



1.000 datos locos del fútbol mundial

Litvin, Anibal
9789876127769
264

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

• En los primeros años de fútbol, los árbitros usaban un pañuelo, que agitaban para avisar sobre sus decisiones. En 1878 se introdujo el silbato para dirigir.• Según informes antropológicos hay comunidades aborígenes en Oceanía que no saben quién es el

presidente de su país, pero conocen a Maradona, Pelé y Messi.• El Estadio Tamaulipas, en México, se encuentra ubicado geográficamente en dos municipios diferentes: medio campo está en Ciudad Madero y el otro medio, en Tampico.• A los 25 años, Lionel Messi superó a glorias del fútbol, como Johan Cruyff, Marco van Basten y Michel Platini, al obtener mayor cantidad de Balones de Oro. Estas son algunas de las 1.000 curiosidades que contiene este libro. Te sorprenderás con tantos datos insólitos y divertidos de la historia mundial del deporte más popular de todos los tiempos, desde sus orígenes hasta la actualidad. Prepárate: ¡leerlo es un verdadero golazo!

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Christina Hobbs y Lauren Billings
Portada
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Epílogo
Agradecimientos
Créditos


Cubierta